Los Crímenes de Yorkshire LIBRO 1



LOS ASESINATOS DEL VIADUCTO

WES MARKIN

Los Asesinatos del Viaducto

Los Crímenes de Yorkshire

Libro 1

Wes Markin

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o lugares, es puramente coincidencial

Derechos de autor © 2025 Wes Markin

Primera publicación 2025

ISBN :

Editado por: Candida Bradford

Publicado por: WFM Publishing Ltd

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ninguna manera sin el permiso expreso del autor

Índice

Acerca del Autor
Otras Obras de Wes Markin

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Epílogo

Acerca del Autor

Wes Markin es el autor superventas de "Whitby's Forgotten Victims" (Las Víctimas Olvidadas de Whitby), protagonizada por el implacable Inspector Jefe Frank Black y su ingenioso compañero, la Inspectora Gerry Carver. También es autor de los thrillers del Inspector Jefe Michael Yorke ambientados en Salisbury, y los thrillers de Jake Pettman ambientados en Nueva Inglaterra. Wes vive en North Yorkshire con su esposa, sus dos hijos y su travieso cockapoo, Rosie, cerca de las escenas del crimen de las Víctimas Olvidadas de Whitby.

Puedes encontrar más información en:
www.wesmarkinauthor.com
Facebook.com/wesmarkinauthor

Otras Obras de Wes Markin

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Huesos Olvidados

Vidas Olvidadas

Almas Olvidadas

Tumbas Olvidadas

Sombras Olvidadas

Profundidades Olvidadas

Asesinatos de Yorkshire

Los Asesinatos del Viaducto

Los Asesinatos del Lago Solitario

Los Asesinatos de la Cueva Llorosa

Los Asesinatos del Cementerio

Los Asesinatos de Invierno

Los Asesinatos de la Roca Negra

Las Investigaciones del Inspector Jefe Yorke

Una Última Oración

La Serpiente Arrepentida

El Silencio de Severance

El Resurgimiento de los Ray

Danza con la Muerte

Navidad con el Conduit

Más Vale el Diablo

El Diario Secreto de Lacey Ray

Thrillers de Jake Pettman

El Pozo Asesino

Fuego en los Huesos

Cataratas Azules

El Núcleo Podrido

Entre la Espada y la Pared

Prólogo

ENTONCES

El laberinto de espejos de Malcolm.

Un cartel colgado en el quiosco de la entrada del laberinto decía:

Bienvenido a lo desconocido.

Emma Gardner, con diez años y rebosante de curiosidad, no era de las que le daban la espalda a «lo desconocido», aunque eran casi las seis y prácticamente todo el mundo había abandonado ya el parque de atracciones.

—Por favor, papi.

Su padre la miró. —¿Los ojitos?

Ella pestañeó.

Él le pellizcó una de las coletas y deslizó los dedos por ella. —¿Estás segura, cariño? ¿Estás preparada para lo «desconocido»? —hizo el gesto de las comillas con los dedos al pronunciar la palabra.— Y vas a entrar sola...

—Me encanta lo *desconocido* —dijo Emma, sin dejar de agitar las pestañas—. Y trabajo mejor sola.

Su padre le puso dos monedas de una libra en la mano.

—Pobre ingenuo —dijo su madre riendo.

—El *mejor* ingenuo del mundo —dijo Emma, dándose la vuelta para mirar a su madre.

Su madre tenía las manos en los hombros de su hermano pequeño.

Hablando de lo desconocido, pensó, bajando la vista hacia el rostro demacrado y pálido de Jack.

El niño de ocho años no le sostuvo la mirada. Tenía la vista perdida en el vacío, completamente absorto en sus pensamientos.

—¿Quieres llevar a Jack contigo? —le preguntó su madre.

En realidad, no. —Claro, mamá. —Sonrió. Era una niña buena y obediente. Siempre lo había sido. Así se consigue lo que una quiere. *Por lo general.* No iba a estropearlo ahora negándose a cumplir con su parte con el hermano rarito que siempre la ignoraba.

Su madre se inclinó hasta que sus labios quedaron a la altura de la oreja izquierda de su hijo. —¿Quieres entrar con tu hermana?

Jack se sorbió ruidosamente el labio inferior durante un momento para dar a entender que se lo estaba pensando. Era un engaño. Levantó la vista hacia Emma. —No, gracias.

Cuando estuvo segura de que su madre miraba a su padre y no a ella, le articuló la palabra «rarito» sin emitir sonido. Debió de pasarle desapercibida la crítica, porque no reaccionó.

Se dirigió al quiosco y alzó la vista hacia la anciana de pelo morado y gafas grandes. A Emma le pareció que se parecía notablemente a aquella presentadora que a sus padres les gustaba ver en la tele. *Dame Edna Everage. ¿O era en realidad un hombre vestido de mujer?* Recordaba vagamente que su padre le había contado algo así hacía un año más o menos.

—A ver, cielo, ¿te das cuenta de que cerramos en cinco minutos? —dijo Edna.

—Solo tardaré cinco minutos —replicó Emma, irguiéndose y abriendo la mano para mostrar las dos libras.

—Qué segura estás de ti misma, ¿eh? —Edna sonrió y cogió el dinero. Tenía los dientes más blancos que Emma había visto en su vida. Se preguntó si serían de verdad—. Vas a estar completamente sola ahí dentro, ¿sabes? No es el laberinto más difícil del mundo, pero hay muchos espejos deformantes y luces extrañas. ¿Seguro

que no quieres llevar contigo a ese jovencito de ahí? —Señaló con la cabeza a Jack y a sus padres.

Me preocuparía más si estuviera él ahí dentro conmigo, pensó, negando con la cabeza.

—Entonces, pasa por la cortina, cielo... No te entretengas... ¡Como den las seis y cinco, mi jefe me va a despellejar viva!

Emma saludó con la mano a su pequeña familia y luego se colocó frente a la cara de un gran payaso sonriente pintada en el lateral de la estructura. Supuso que el payaso debía de ser Malcolm. La entrada estaba en la boca de Malcolm, y la cortina que daba acceso parecía una larga lengua negra que le colgaba sobre el labio inferior. Temblaba con la ligera brisa.

Bueno, querías lo desconocido, Emma, pensó, *y desde luego, desconocido es lo que vas a tener.*

Levantó la cortina y entró.

Esperaba que estuviera oscuro; sin embargo, el túnel de espejos se extendía ante ella, bañado en un resplandor verdoso.

Aparte del leve zumbido del sistema de iluminación y el silbido ocasional de la brisa a través de los viejos listones que formaban la frágil estructura, apenas se oía nada.

Edna había tenido razón. Estaba completamente sola. No es que eso la pusiera nerviosa. Más bien al contrario, estaba exultante, y soltó una risita mientras recorría el pasillo, a sabiendas de que nadie podía oír sus tonterías.

En los espejos, se observó a sí misma de muchas formas y tamaños.

Emma la nabo. Emma la lápiz. Emma con una cabeza como una berenjena.

Llegó al final del túnel y optó por girar a la derecha en lugar de a la izquierda. Varios pasos más allá, optó por la izquierda en lugar de la derecha.

Una luz estroboscópica se encendió.

Se detuvo ante un espejo que la hacía parecerse a Tweedledum y se puso a bailar delante de él.

Hizo el Brooklyn Shuffle de *Staying Alive*. Era la película favorita de su madre y, por extensión, una de las de Emma.

Tweedledum haciendo el Brooklyn Shuffle a cámara lenta. Esto le provocó la carcajada más sonora hasta el momento. Cuando se le pasó la gracia, se adentró más en el laberinto, pero las luces parpadeantes le estaban provocando náuseas.

Suspiró aliviada cuando la luz estroboscópica se detuvo.

Pasos rápidos. *En algún lugar más adelante... No... ¿quizá, más atrás?*

Al darse cuenta de que no sabía de dónde venían, se le cortó la respiración.

Desorientada, dio una vuelta completa sobre sí misma. *¿Hacia dónde iba?*

Los pasos cesaron. Se detuvo y escuchó...

El zumbido de las luces... el silbido de la brisa...

Miró su reflejo. Una cabeza de globo y un cuerpo delgadísimo. Le entraron ganas de llorar.

—¿Hola? —llamó—. Le pareció sensato. Volvió a hacerlo—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Ninguna respuesta.

¿Había sido sensato?

Sintió que se le revolvía el estómago y se llevó una mano a él, como si así pudiera calmar el malestar.

Contrólate, Emma. Se lanzó hacia delante, en medio del resplandor azul. Giró a la derecha y, luego, otra vez a la derecha. Cabía la posibilidad de que una de las direcciones la llevara a la salida, ¿no?

Cuando llegó a un callejón sin salida, se detuvo, apoyó las palmas de las manos en el espejo y miró su reflejo: era tuerta y tenía la cara tan aplastada que resultaba irreconocible.

El corazón le martilleaba en el pecho. Optó por una palabra que su padre era famoso por decir, pero que a ella le costaría una semana de paga. —¡Mierda!

Las luces estroboscópicas volvieron a encenderse.

Se apartó de su monstruoso reflejo y echó a correr. —¡Ayuda!

Esta vez zigzagueó a la izquierda y luego a la derecha. —Ayúdame...

Se estrelló contra un espejo y retrocedió, agarrándose la nariz. Al darse la vuelta en el callejón sin salida, se miró la palma de la mano. No había sangre.

Las luces estroboscópicas se detuvieron.

Jack estaba de pie frente a ella, con las manos a la espalda.

—¡Jack! —gritó—. ¡Gracias a Dios, Jack!

Sí, su aspecto era peculiar, ahí de pie, mirándola con aquellos ojos vacíos, pero él *siempre* tenía un aspecto peculiar y, además, su presencia significaba que no la estaba acosando por un laberinto de espejos Malcolm el payaso ni ningún otro psicópata.

—¿Así que has cambiado de opinión?

Él no respondió, pero eso era lo típico.

—Tiene su gracia —dijo, dando un paso hacia delante hasta quedar justo enfrente de él—. Es difícil encontrar la salida. ¿Quizá podamos hacerlo juntos?

No movió la cabeza ni los ojos, pero sí dejó caer a los costados las manos que tenía a la espalda.

Sostenía una piedra grande en la mano izquierda.

—Jack, ¿qué ha-?

Su hermano blandió la piedra hacia arriba y todo se volvió blanco. Ella se tambaleó hacia atrás, con un dolor punzante en la frente. El espejo la detuvo y resbaló por él hasta quedar sentada en el suelo.

Tenía la visión borrosa, así que se frotó los ojos con la manga. Al bajar el brazo, vio que la rebeca estaba empapada en sangre.

Levantó la vista hacia él. Sostenía la piedra a un costado y seguía con aquella expresión vacía.

Dejó caer la piedra al suelo con un golpe seco.

—Rarita —dijo, antes de darse la vuelta y marcharse.

Desde ese día, Emma Gardner dejó de anhelar lo desconocido.

El problema es que siempre se las ingeniaba para encontrarla.

AHORA

La inspectora jefa Emma Gardner cerró el coche con el mando a distancia y alzó la vista hacia el bloque de pisos de doce plantas.

—Ha conocido días mejores —dijo la sargento detective Collette Willows, protegiéndose los ojos del resplandor del sol.

—Todos los bloques de pisos de los sesenta han conocido días mejores —replicó Gardner, encaminándose hacia la mole de ladrillo.

—Wiltshire es precioso, jefa, y, sin embargo, en los últimos diez años, parece que solo he acabado en los lugares más lúgubres.

—¡Pues prueba con veinte, Collette! —exclamó Gardner—. Y yo tampoco he aterrizado en ningún sitio exótico.

—De verdad que sabes cómo hacer que una se sienta feliz con sus decisiones en la vida.

Gardner se rio y señaló un sello borroso de una mariquita en el dorso de la mano de Willows. —No tienes de qué quejarte. De fiesta entre semana. Te das la vida padre.

—Ladybirds es una discoteca LGTB, ¿sabes?

—Sí, ya lo sé. ¿A dónde quieres llegar?

—Quiero llegar a que salir de fiesta es un mal necesario. Estoy buscando pareja. Preferiría estar acurrucadita en casa, viendo Netflix tan feliz como tú y el señor Gardner.

—Bueno, lo de «feliz» es una exageración. ¿Conoces a Barry? En fin, mejor no hablemos de eso. Además, ¿no es internet una apuesta más segura para encontrar a la mujer ideal hoy en día?

—Qué va. Las que conozco en esas aplicaciones solo buscan una cosa.

Gardner enarcó una ceja. —¿Y qué buscan en las discotecas? Desde luego, no es conversación. O sea, ¿de verdad se puede oír algo ahí dentro? He pasado con el coche por delante de Ladybirds y casi me estallan las ventanillas.

Pasaron junto a varios jóvenes que daban vueltas en sus BMX y hacían caballitos.

—Deberían estar en clase —comentó Willows, midiéndolos con la mirada.

—No estamos aquí por eso —dijo Gardner—. Ojos en el objetivo.

—¿Cuál es el objetivo?

—Todavía no lo sé.

Y era cierto. Era una corazonada. Pura y simplemente.

Dos días antes, un delincuente local, Nirpal Sharma, había sido asesinado detrás de un pub. El arma elegida había sido una escopeta de cañones recortados. Siempre una buena elección para un asesino, pero nunca la mejor para los familiares que tendrían que identificar al pobre desgraciado.

El caso, como solía ocurrir cuando involucraba a indeseables que operaban al margen de la ley, había llegado rápidamente a un callejón sin salida. Sin embargo, antes del choque frontal, Gardner tuvo una corazonada.

Nigel Harnett.

Nigel solía pasar droga para Nirpal. Solo hacía un par de años. Así que, ¿quién sabe? Quizá tuviera alguna idea de lo que había ocurrido aquella noche detrás del Old Nag's Leg, en Tidworth.

Gardner divisó la entrada y cruzaron un pequeño jardín sembrado de basura.

—Dios mío…, esto es prácticamente un vertedero ilegal. Y encima en tu propio patio —dijo Willows, apartando de una patada una rueda de bicicleta abandonada.

—Si quieres, después de hablar con Nigel, podemos pasar a ver a los doscientos y pico residentes y ponerlos al día de tu opinión —propuso Gardner, entornando un ojo.

—¿Cómo he aguantado tanto tiempo tu sarcasmo, jefa? —preguntó Willows, poniendo los ojos en blanco.

—¿Te ciñes a las unidades de alcohol recomendadas a la semana?

—¡Claro que no!

—Exacto.

Cuando llegaron a la entrada, Gardner vio que la puerta metálica estaba entreabierta, lo que les evitó tener que llamar al timbre. Empujó la puerta y se encogió ante el olor agrio. Decir que olía a pis sería simplificarlo demasiado. Había muchos otros olores en juego.

—A lo mejor debería haberme puesto un chaleco antipuñaladas —dijo Willows.

—A lo mejor.

—¿Lo dices de broma o en serio?

Gardner se encogió de hombros. —No lo sé.

—Esto es como una escena de *The Wire* —dijo Willows.

—¿Esa *Wire* es una serie policiaca?

—Sí.

—¿Para qué iba a ver yo series policiacas? Las vivo cada puñetero día. Prefiero los dramas de época.

—¿*The Crown*? —preguntó Willows, con una sonrisa asomando por la comisura de los labios.

—Sí. Y *Los Bridgerton* —dijo Gardner enarcando una ceja—. Sobre gustos no hay nada escrito.

—*The Wire* va sobre unas urbanizaciones de edificios altos conocidas como «los proyectos» en Baltimore. Mucho tráfico de drogas, armas y asesinatos.

—¡Qué exagerada eres siempre! ¡Esto no es Estados Unidos, Collette! Y desde luego no es Baltimore. Aquí hay sobre todo ladronzuelos y camellos de poca monta. Y todos los susodichos siguen cobrando ayudas para salir adelante. En fin, para, tenemos que tomar una decisión.

La sargento detective, bajita y de pelo oscuro, se detuvo y enarcó una ceja hacia Gardner.

—¿Escaleras o ascensor? —preguntó Gardner.

—Vive en el octavo, jefa, así que tendrá que ser el ascensor.

Gardner miró los escalones amarillentos, cubiertos de paquetes de patatas fritas y latas de cerveza vacías. Miró el ascensor, que estaba lleno de grafitis. Una de las puertas parecía torcida y también faltaba el botón, lo que significaba que había que meter la mano en el agujero para pulsar el sensor y llamar al ascensor. —Pues arriésgate la vida con eso. —Gardner subió el primer escalón y apartó de una patada una lata vacía de Skol—. Te veo en el octavo.

Gardner oyó a Willows subir los escalones detrás de ella y sonrió. En el segundo piso, se volvió hacia ella. —¿No te ha hecho gracia el ascensor, entonces?

—¿Arriesgarme la vida? Pues no.

Gardner se echó a reír. —¡Solo es un ascensor! Ya te han pegado un tiro alguna vez. Estás hecha de teflón.

Willows se rio. —Eres insufrible, jefa. ¡Con razón has adelgazado! ¡Ese cerebro sarcástico que tienes trabaja a toda máquina para sacar de quicio a la gente!

Gardner se dio una palmadita en los abdominales al llegar al siguiente rellano. —Si este es el resultado de mi cerebro sarcástico, doy gracias a Dios por haber desarrollado el sentido del humor cuando lo hice.

Relajaron la conversación hasta que llegaron al octavo piso, o más bien, Willows se relajó. Estaba concentrada en su respiración.

Atravesaron la puerta y Willows se apoyó en la barandilla, que le llegaba a la cintura, para recuperar el aliento. Gardner se acercó y se quedó mirando el jardín cubierto de escombros. Había una buena caída.

Gardner esperó a que Willows se recuperara. —Por esto tienes que elegir las escaleras más a menudo.

—¡Dame paciencia! ¡Eres igual que Jenny! Siempre dándome la matraca con mi salud.

—Jenny. Me caía bien esa chica. Tenía carácter.

—Como me recuerdas a menudo.

—Es un decir.

—Con el debido respeto, jefa…

—Ah, ya empezamos. Eso significa que el comentario vendrá sin ningún respeto.

Willows sonrió con suficiencia. —Con el *debido respeto*, jefa, da igual cuántas veces me digas lo mucho que te cae bien mi ex, esa llama nunca podrá reavivarse.

Gardner asintió y suspiró.

—Esa llama —continuó Willows—, está más que extinguida.

Gardner siguió asintiendo. —Ya veo.

—Así que, ¿podemos vetar la palabra *Jenny?*

—¡Has sido tú quien la ha sacado a relucir! —Gardner se dio la vuelta y echó a andar—. Además, ¿qué pasa si aparece una sospechosa con ese nombre? ¡No podremos vetarla entonces!

—Insufrible —masculló Willows.

Gardner se dirigió a la sexta puerta y llamó. Casi no reconoció al hombre que abrió. Aparte de su pelo lacio y ralo que pedía a gritos

un corte, y la piel pálida y ajada, resaca de una juventud llena de drogadicción, Nigel Harnett era un hombre transformado.

Sus ojos parecían más vivos. Había ganado una cantidad saludable de peso y se mantenía erguido con un aire de confianza que no posee alguien que está bajo el peso colosal del abuso de sustancias.

Pero lo más asombroso era su uniforme de Correos. ¡El drogadicto encorvado que había detenido en Tidworth hacía muchos años parecía tener un empleo remunerado!

—¿Nigel Harnett?

—¿Quién pregunta?

Le enseñó la placa. —Inspectora Jefa Emma Gardner.

—Me acuerdo de usted.

—Tiene buena memoria, señor Harnett. —Señaló a Willows—. Ella es la sargento detective Collette Willows.

—Espero que sea más amable conmigo que usted —dijo Nigel, con una mueca de desdén que dejó ver sus dientes amarillentos y rotos.

—Estaba usted detenido por agresión, señor Harnett. Un hombre estaba en soporte vital —dijo Gardner—. ¿Cómo de amable podía ser? Le traje café, si no recuerdo mal.

—¡Café! —gruñó Nigel—. ¡Me tuvo en esa sala casi toda la noche!

—Y usted necesitaba un chute..., pero como acabo de decir, no era culpa mía. Usted era drogadicto y había un hombre en soporte vital.

—Yo no lo hice.

—Y se le puso en libertad en cuanto lo supimos.

—En fin, ¿qué quiere? Mi vida es diferente ahora. Yo soy diferente ahora.

—Ya lo veo. Y me gustaría decirle lo mucho que me alegro.

—No sea educada conmigo ahora que encajo en su definición de la sociedad. Me trató como a escoria cuando necesitaba ayuda. Vaya al grano... ¿Qué cree que he hecho esta vez?

—Nada, señor Harnett. De hecho, hemos venido a pedirle ayuda.

Nigel se echó a reír. —Increíble. ¿Esto es lo que se consigue desintoxicándose y encontrando un trabajo? ¿Más atención de los suyos en lugar de menos?

Gardner ignoró su tono agresivo. Últimamente, era algo habitual en la calle y no era presagio de un fracaso. —Creo que puede ayudarnos. Por supuesto, no tiene ninguna obligación, pero si piensa en lo lejos que ha llegado… Su ayuda hoy también podría evitar que otros cometan los mismos errores.

—¡Ahórreme el sentimentalismo barato! Si tiene que entrar, entre —dijo, y se dio la vuelta para adentrarse en su piso—. ¡Pero si está aquí para convertirme en una especie de chivato, más le vale irse ahora mismo!

Gardner y Willows intercambiaron una mirada mientras lo seguían. Willows cerró la puerta. —¿Nos quitamos los zapatos o no? —le preguntó Gardner a voz en grito a Nigel, que se metía por una puerta a la izquierda del pasillo.

—¿Usted se los quitaría en la puerta de su casa?

Gardner se quitó los zapatos.

—Qué hospitalario —susurró Willows mientras lo seguían al salón.

El salón estaba escasamente amueblado, pero muy ordenado. Las paredes estaban recién pintadas y tenía varias macetas repartidas por la estancia.

Bien por él, pensó Gardner.

—Está muy bonito.

—Bueno, usted me ofreció un café hace tantos años, inspectora jefa, así que supongo que le devolveré el favor.

—Un té, por favor —dijo Gardner.

—Yo no quiero nada, gracias —dijo Willows.

Cinco minutos después, Gardner y Willows estaban sentadas en un sofá que se hundía por el centro y las hacía deslizarse la una hacia la otra. Gardner bajó la vista hacia la bolsita de té que nadaba en su bebida de aspecto aceitoso y luego la dejó en el suelo, junto a sus pies, ocultando su asco.

Nigel se sentó en una mecedora, sorbiendo su propio té. Gardner se preguntó si también habría dejado su bolsita dentro para que se

curtiera, o si era así como trataba a los invitados no deseados.

—Señor Harnett, querríamos hacerle unas preguntas sobre Nirpal Sharma —dijo Gardner.

Nigel puso los ojos en blanco. —Joder, ya lo sabía yo.

—Créame cuando le digo que hemos agotado otras líneas de investigación...

—Ese hombre es un monstruo. No quiero tener nada que ver con él ni con lo que sea que haya hecho.

Gardner intercambió una mirada con Willows, y luego volvió a mirar a Nigel enarcando una ceja. —¿No lo sabe?

—¿Saber el qué?

—Ha salido en todas las noticias. Está muerto. Asesinado.

Nigel se encogió de hombros.

—No parece sorprendido —observó Gardner.

—¿Por qué demonios iba a estarlo? Acabo de decirle que ese hombre era un monstruo, ¿no? ¿Cómo suele acabar la gente como él?

Gardner suspiró para sus adentros. Su corazonada empezaba a parecer un fracaso. —¿Me preguntaba si habría oído algo?

—¿Es que no capta el mensaje? Dejé esa vida hace mucho tiempo.

—Cuando todavía estaba metido en líos con Nirpal, hace tantos años, ¿recuerda a alguien que le guardara rencor?

Nigel se rio. —Pruebe con un millón de personas. ¡Incluido yo!

Gardner suspiró, esta vez de forma audible. Había tenido el presentimiento de que su corazonada iba a topar con un muro. Nigel no iba a dejarse arrastrar de nuevo a un mundo del que tanto le había costado escapar.

Willows le tocó la pierna a Gardner. —¿Me permite, jefa?

Por mí, adelante. Gardner asintió.

—Señor Harnett, sospechamos que alguien ha asesinado a Nirpal Sharma para quedarse con su negocio. Si nos puede decir algo ahora que nos ayude a identificar a ese asesino, quizá podamos quitarlo de las calles. Piense en los jóvenes que se beneficiarían de ello... Una persona menos obligando a niños a vender droga.

—¡A mí nadie me ayudó! —Nigel negó con la cabeza—. De todos modos, quitas a uno y aparece otro. No cambiará nada. Seguro que usted lo sabe mejor que nadie, ¿no?

Y tanto que sí. Pero eso no nos da derecho a dejar de intentarlo. —Pero por algún sitio hay que empezar. *Siempre* hay que empezar por algún sitio.

Nigel golpeó la taza contra una mesita que tenía al lado. El té salpicó la madera negra. —¿Siquiera sabe lo que ha hecho viniendo aquí hoy?

Gardner sintió un escalofrío repentino recorrerle la espalda. —No la sigo...

—¿El peligro en el que me ha metido?

—Hemos venido de paisano, señor Harnett.

—¿Pero qué ingenua es, joder? ¿Cree que eso va a engañar a alguien por aquí? Además, ¡estaba agitando las placas en el rellano como si fueran mi maneki-neko!

—Perdone, ¿su qué? —preguntó Gardner.

Él señaló una figurita blanca de un gato que saludaba con la pata, sobre la repisa de la chimenea. —Un gato japonés de la buena suerte.

—Ah, ya veo —dijo Gardner, asintiendo—. Yo...

—¡Suéltame, tío! —gritó alguien justo fuera del piso de Nigel.

Gardner se levantó y se acercó a la ventana del salón.

—No se moleste. Son críos —dijo Nigel—. Siempre están igual. Peor aún por la noche, cuando intento dormir, coño.

Los gritos continuaron. Gardner apartó el visillo y miró por la ventana. Efectivamente, dos chavales se estaban peleando fuera. Ninguno de ellos tendría más de quince años. Ver lo cerca que estaban de la barandilla le revolvió el estómago a Gardner.

Pasó a toda prisa por delante de Willows. —Quédate aquí, por favor, sargento detective. Prosigue con el interrogatorio. Yo los separaré.

—Una puta pérdida de tiempo —le gritó Nigel a su espalda.

Gardner se calzó los zapatos, abrió la puerta y salió. Evaluó el peligro y sintió una descarga de adrenalina. Un chaval del sudeste

asiático blandía un cuchillo ante un chaval negro, que tenía las manos en alto. —Lo siento... lo siento...

La súplica fue ignorada. El agresor lanzó una cuchillada hacia el chico asustado. Por suerte, el joven fue lo bastante ágil como para esquivar la hoja.

Gardner se quedó clavada en el sitio mientras un ardor helado se extendía por su pecho. Se llevó la mano al punto exacto donde, años atrás, una herida de cuchillo la había dejado en estado crítico. Respiró hondo. —¡Eh! ¡Policía! ¡Suelta el cuchillo!

Funcionó. El chico del cuchillo miró a Gardner, abrió los ojos como platos y empezó a retroceder.

Revelar su identidad a voz en grito en esta urbanización le pareció una imprudencia, y sospechó que el paranoico de Nigel estaría soltando un gemido de angustia. Sin embargo, la necesidad obliga. Y su decisión había dado resultados. El chico aterrorizado estaba fuera de peligro.

—¡He dicho que sueltes el cuchillo!

El chico obedeció. El cuchillo rebotó en el suelo.

Ella suspiró. Su decisión había sido la correcta.

Con las palmas de las manos a la vista, mostrando que iba desarmada, avanzó. Posó una mano en el hombro del aterrorizado chaval y lo guio para que se pusiera detrás de ella. Luego, siguió avanzando. El otro chico parecía desarmado, pero las apariencias, como bien sabía, podían engañar.

—Escucha —dijo Gardner—. He parado esto antes de que se fuera de las manos. Podemos arreglarlo...

El chico asiático se dio la vuelta y echó a correr.

—¡Espera! —Miró el cuchillo en el suelo y luego al chaval que huía. Necesitaba detenerlo. La próxima vez, si lo intentaba de nuevo, ella no estaría allí para garantizar que todo saliera bien.

Salió tras él. *A lo mejor tenías razón con lo del chaleco antipuñaladas, después de todo, Collette.* Se arrancó la radio del cinturón y pidió refuerzos.

Desde la central le dijeron que tardarían cinco minutos, pero ella planeaba tenerlo todo resuelto para entonces.

Dobló la esquina derrapando justo a tiempo de ver cómo se cerraban las puertas del ascensor. *«¡Espera!».* Miró la flecha descendente iluminada sobre la puerta del ascensor; no había luces que indicaran los números de las plantas. Se abalanzó hacia el hueco de la escalera.

Las escaleras eran otra reliquia de los sesenta. Empinadas y estrechas. Mientras bajaba a toda velocidad, mantuvo los dedos deslizados por la barandilla por seguridad. Apartó de una patada las latas de cerveza vacías y esquivó restos de comida aplastada.

Al final de los escalones, aprovechó el impulso y el extremo de la barandilla para girar noventa grados a la derecha, hacia donde estaban las puertas del ascensor.

Cerradas.

Miró hacia arriba. Ninguna flecha indicaba si subía o bajaba. Coló el dedo por el agujero donde antes estaba el botón y presionó el sensor con un clic. Las puertas no se abrieron. La flecha descendente sobre las puertas volvió a iluminarse.

Mierda… Se había bajado en otra planta.

Golpeó la pared junto a la puerta del ascensor con el lateral del puño. Esperó a que la puerta se abriera, confirmó que el chaval asiático no estaba dentro y entró. Sorprendentemente, olía mejor que la escalera, teniendo en cuenta que era un espacio muy cerrado. Gardner pulsó el botón de la octava planta.

Mientras recuperaba el aliento, observó cómo los números de las plantas se iluminaban uno por uno.

Uno…, dos…

Había seis plantas entre la primera y la octava. Unos quince pisos en cada una.

Tres…, cuatro…

Había pedido refuerzos. Así que, en cuanto llegaran, los pondría a trabajar, registrando puerta por puerta…

Cinco…, seis…

Aunque le llevara todo el día, lo encontraría. Sabía qué aspecto tenía y estaba en alguna parte de esa torre.

Siete…

No iba a permitir un apuñalamiento bajo su supervisión.

Ocho.

La puerta se abrió y el sonido de un grito la atravesó.

Mierda…, mierda… ¿Collette?

Hubo más gritos, y ahora también algunas voces. Empezó a correr y dobló la esquina.

El ruido parecía venir de abajo, del exterior. Sintió cierto alivio. Collette estaba aquí arriba. En el piso 111. Con Nigel.

Se arriesgó a echar un vistazo por encima de la barandilla. Nada en el jardín sembrado de escombros de abajo. Pero el barullo de gente venía de algún lugar de ahí, estaba segura. ¿Quizás del otro lado de la torre?

Mientras pasaba corriendo por delante del piso 110, se le ocurrió una idea y notó un sabor a bilis en la boca. ¿Y si después de que ella cogiera el ascensor, el chaval hubiera terminado de bajar por las escaleras y luego hubiera acabado lo que había empezado con el otro crío?

Llegó al piso de Nigel Harnett sin aliento, pero sin tiempo para recuperarlo. La puerta estaba abierta de par en par. ¿La había dejado ella así? Aunque lo hubiera hecho, ¿no habría sentido Nigel la corriente de aire y habría venido a cerrarla?

—¿Señor Harnett?

Ninguna respuesta.

Sintió de nuevo el escozor de su antigua herida de arma blanca.

—¿Sargento detective Willows?

Seguía sin haber respuesta.

¿Habrían oído el ruido de abajo y habrían ido a ver qué pasaba?

Miró los zapatos de Willows junto a la puerta.

Recordó las palabras de Nigel: «¿Sabe siquiera lo que ha hecho al venir aquí hoy?».

¿Le he traído el peligro a la puerta? No puede ser; solo me he ido un minuto o dos.

Miró a la izquierda, donde había interrumpido a los chavales que se peleaban.

Una distracción.

Dios, no…

—¿Collette?

Corrió por el pasillo. La puerta del salón estaba abierta. Miró dentro.

Nigel estaba boca arriba en el suelo, en un charco de sangre. Sus ojos, fijos. Su rostro, fantasmal. Tenía la garganta rajada.

Gardner oía su corazón martillearle las costillas. El ardor en su cicatriz era implacable.

—¡Collette! Por favor, ¿dónde estás?

Miró a la derecha, hacia una puerta cerrada.

Los gritos y las voces del exterior parecían estar amainando.

—¿Collette?

Abrió la puerta. El ruido de fuera volvió a ser más fuerte. Venía del otro lado de la torre. Gardner examinó la impecable cocina y luego posó la vista en la puerta abierta que daba a la terraza. Una cortina se agitaba con la brisa.

Se agarró la cicatriz del pecho y se obligó a no detenerse. Se acercó a la cortina y la descorrió.

Un pequeño balcón. Unas cuantas macetas. Una silla de mimbre.

Una barandilla a la altura de la cintura.

—¿Collette?

Con lágrimas asomándole a los ojos, miró por encima de la barandilla.

Justo debajo, una multitud de gente ansiosa se había congregado en el parque infantil de la urbanización.

En el centro de la multitud, tendido sobre el tiovivo, yacía el cuerpo de su sargento detective.

Emma Gardner se deslizó hasta el suelo, miró al cielo y lloró.

Tres meses después...

—Han pasado más de tres meses, Emma —dijo la comisario jefe Joan Madden, metiendo la mano en el cajón y sacando unas pinzas amarillas para el pantalón. Las dejó sobre la mesa, junto al portalápices.

—Sí, señora —dijo Gardner, mirando a su jefa de arriba abajo, admirando lo delgada y tonificada que estaba con su ropa de ciclismo de licra, a pesar de sus más de cincuenta años.

¿Tengo envidia?

Sí. Probablemente.

Pero al menos la envidia podría ponerle las pilas de nuevo. Apenas recordaba lo que era sudar. De hecho, la última vez que lo había hecho fue en aquel rascacielos…

Se frotó la frente mientras pensaba en el cuerpo destrozado de Willows, allá abajo. No luchó contra los recuerdos. Su terapeuta le había advertido que no lo hiciera. Solo los empeoraba. Mejor dejar que hicieran lo que tuvieran que hacer. Aunque parecieran un cáncer voraz.

—Tres meses —repitió Madden—. *Más de* tres meses.

—Sí, señora —dijo Gardner, dándose cuenta de que se estaba repitiendo.

—Entonces, ¿no te importará que le ponga punto final?

—¿Punto final a qué?

—A que te culpes a ti misma.

Tajante.

Pero así era la Comisario Jefe Joan Madden en estado puro. Desde luego no era una terapeuta, de esas que te ofrecen un pañuelo mientras te aconsejan que aceptes tus sentimientos.

Gardner suspiró. —No debería haberla dejado.

—Tenías una razón.

—La dejé y está muerta.

—Está muerta por culpa de Lewis Petrich. Y él está detenido.

—La puse en peligro.

—¡Emma! ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Presenciaste un delito con arma blanca. Perseguiste al autor para impedir que hiriera a nadie más. Además, si tuvieras la culpa, ya estarías en la calle. Y no lo estás.

Gardner se frotó la frente de nuevo. —Si pudiera volver atrás, lo haría de otra manera.

—¡Pues me alegro de que no puedas, o tú también estarías muerta!

¡Joder! ¡Decir que era tajante era quedarse corto!

—Ya ha pasado todo —continuó Madden—. Mike y su equipo encontraron a Petrich. Petrich delató a su jefe, Rob Mitchell. Mitchell admitió haber matado a Nirpal Sharma. No tienes ninguna misión de venganza que cumplir. No digo que debas olvidar. Nadie aquí olvidará jamás a Collette; era una de las nuestras. Pero tienes que dejar de compadecerte. Eres una Inspectora Jefa.

—Gracias, señora. Ya casi lo he superado. Se lo prometo. Mi trabajo no se está resintiendo.

—Tampoco es que lo hagas con mucho entusiasmo.

—Voy a espabilar, señora. ¿Ha visto el peso que he ganado?

—No me había fijado.

¿Era aquello un atisbo de sutileza? No. El tono de voz era completamente falso.

—¡Casi trece kilos! La cuestión es que estoy decidida a recuperar el control.

—Bien. Lo que me lleva a la solución. —Se miró el reloj—. Aunque tendré que darme prisa; no quiero ir en bici en hora punta.

—¿La solución?

—Comisión de servicio.

Gardner se agarró al borde de la mesa. —¿Perdón?

—Comisión de servicio. Tú. Un nuevo comienzo. Algo de experiencia. A la larga, cuando vuelvas, recuperaré a mi Inspectora Jefa.

—Estoy bastante arraigada aquí. Anabelle está adaptada al colegio. Mi marido...

—Trabaja desde casa y puede trasladarse.

—Sí, pero volviendo a Anabelle...

—Pues no te los lleves. He visto a muchos hombres de familia felices de tomarse un descanso de su mujer.

—Gracias por pensar en mí, señora, pero de verdad…

—¿Ni siquiera quieres saber dónde es? —preguntó Madden mientras empezaba a ajustarse las pinzas del pantalón para la bicicleta.

Emma negó con la cabeza.

—Probablemente sea mejor que lo sepas, ya que vas a ir.

Zorra tajante. Gardner se mordió el labio y bajó la mirada.

—Un lugar encantador —dijo Madden—. North Yorkshire.

—¡North Yorkshire!

—Precioso. Mira esto.

Madden abrió una carpeta marrón y dejó caer unas fotografías delante de Gardner, que cogió una. Era una foto aérea de un extenso río salpicado de cafeterías, con un puente de ferrocarril sobre él. La segunda foto era de un castillo. La tercera mostraba un surtido de grandes rocas, apiladas unas sobre otras, formando figuras imponentes: el sueño húmedo de un geólogo. —Knaresborough, el castillo de Ripley, Brimham Rocks. He pedaleado mucho por los valles de Yorkshire.

—Parece encantador, pero...

—Cerca de Harrogate también. La cafetería Bettys. No encontrarás un té de media tarde mejor.

Gardner asintió. Recordó la admiración de Willows por Harrogate. Solía ir una vez al año al Festival de Novela Negra Theakston Old Peculier para ver a todos sus escritores de novela negra favoritos. Emma sintió un dolor frío en el estómago.

—Supongo que no me permitirá rechazarlo.

—Me he jugado el cuello por ti, Emma.

Ya estamos. El chantaje emocional.

—Yo no le he...

—Les dije a los de Harrogate que tenía a la persona perfecta para el puesto vacante de Inspector Jefe.

Emma suspiró y bajó la mirada.

—Todo está en marcha. Eres de Wiltshire, Emma. Donde las vidas rurales, ricas y *pobres* se encuentran en una colisión embriagadora. Estaban salivando ante la perspectiva de recibirte.

Ahora los halagos.

—Tienen un mundo similar. Desequilibrios similares. Una belleza similar. Necesitan a alguien como tú para mantenerlo todo unido.

¡No estoy solicitando el puesto de primera ministra!

—Hazme feliz, Emma. Doce meses como máximo. Si haces que esto funcione, te llegarán cosas buenas.

Finalmente, la manipulación…

Gardner suspiró para sus adentros. La idea de dejar a su familia la llenaba de desesperación. —De verdad que yo...

—Vale. Te dejaré que lo pienses. Pero que sepas que todo está en marcha. Tenemos un sitio preparado para ti en Knaresborough. ¡Espera a verlo!

Mi mundo está a punto de ponerse patas arriba, ¿verdad? Gardner asintió.

—Genial, Emma —dijo Madden, empezando a ajustarse el casco en la cabeza—. Pues, ¿a menos que haya algo más?

Gardner volvió a asentir. —Señora. —Se levantó y se dio la vuelta para marcharse.

—Te va a encantar. El puesto empieza el lunes. Celébralo este fin de semana, luego haz las maletas y recibirás los detalles de tu alojamiento por correo electrónico.

Gardner se fue y se sentó en un cubículo de los baños.

Madden le había dado aproximadamente treinta segundos para pensarlo.

Emma Gardner iba a ir a North Yorkshire, le gustara o no.

Ahí estaba de nuevo. Lo desconocido. Siempre abalanzándose sobre ella cuando menos se lo esperaba.

lectuepublibre2.com

1

El golden retriever de Doug Brace, Lancelot, dio un tirón del demonio de la correa y consiguió meter el hocico en una bolsa de patatas fritas a medio comer.

Doug tiró de Lancelot con suavidad para no hacerle daño, pero el perro se quejó de todos modos. —¡Estate quieto ya, quejica!

Frente a los dos compañeros, iluminado por la luna a su espalda, se alzaba el castillo de Knaresborough. Erigido en primera instancia por un barón normando alrededor del año 1100 al borde de un acantilado, ahora se encontraba en ruinas, tras su toma por las tropas parlamentarias en 1644 durante la guerra civil. No fue la contienda lo que lo destruyó, sino más bien una orden brutal e insidiosa del Parlamento para desmantelar los castillos realistas. Parte de la sillería del castillo se había reaprovechado en los edificios del centro de la ciudad, manteniendo así el alma del castillo encendida en el corazón de Knaresborough.

Doug no creía que hubiera un lugar mejor en el mundo para un paseo de medianoche que el castillo de Knaresborough. Sin embargo, era de allí de toda la vida, ¡así que su opinión era sin duda parcial!

Doug guio a Lancelot a través de las dos imponentes y macizas torres centrales del muro del recinto, y bajó por el sendero flanqueado por el Castle Yard, que consistía en dos grandes parcelas

de césped, una de las cuales se había habilitado como campo de minigolf, para fastidio de los cientos de excursionistas que acudían en masa en los días de verano.

Pasaron junto a la pista de petanca, que él personalmente encontraba mucho más agradable que el minigolf, hasta llegar a la torre del homenaje, de cinco lados. Al igual que el resto del castillo, la torre estaba en gran parte en ruinas. Doug había visitado el interior en varias ocasiones y admirado el sótano abovedado y los pisos superiores, que no tenían techo, por lo que se podía subir a tomar el sol.

Lancelot levantó la pata y la emprendió con el umbral de la torre.

—¡Dame paciencia, chico! Aquí es donde solía residir el señor del castillo.

Lancelot lo miró.

—No tienes ni puñetera idea de lo que te estoy diciendo, ¿a que no?

Lancelot se le acercó, apoyó las patas en el estómago de su dueño y recibió una cariñosa caricia por su falta de modales.

A pesar de estar bien entrada la primavera, el tiempo aún no ofrecía el calor del verano, así que Doug se abrochó el botón superior de su parka cuando la torre dejó de protegerlo del viento y llegó al borde del acantilado.

Allí hizo una pausa, como *siempre* hacía, para admirar la vista del viaducto de Knaresborough, que se extendía majestuoso sobre el río Nidd.

Por la noche, la vista era aún más especial gracias a la luz de la luna que danzaba sobre el Nidd; y, por supuesto, a la ausencia de los turistas y su afán por sacar fotos, que llegaban en tropel.

Las numerosas cafeterías y casas a lo largo del Nidd dormitaban a esas horas, y los árboles frondosos y las flores lozanas se mecían alegremente en la paz y la tranquilidad.

Lancelot gimoteó y tiró de la correa.

—¿Y ahora qué has visto, chico?

Lancelot gimió más fuerte y tiró con más ímpetu. Algo, en la parcela de hierba que tenían delante, había captado su atención.

—Vas a acabar conmigo, Lancelot —dijo Doug, mientras negociaba la empinada pendiente de la parcela de hierba. Se acercaron al borde del acantilado, pero no era peligroso. Había barreras que los protegían de una caída entre los arbustos y sobre los escalones que bajaban al río Nidd. Sin embargo, a Doug seguía sin hacerle ninguna gracia dar un traspié en aquella pendiente. Tenía los huesos viejos y el especialista no paraba de darle la matraca con una prótesis de cadera—. Mientras pueda andar, andaré —era su mantra.

El mantra de su especialista era otro: «Si no tiene por qué andar con dolor, ¿por qué andar con dolor?».

Doug siempre accedía a pensárselo. Un proceso que duraba hasta que salía del aparcamiento del hospital, antes de olvidarse del asunto sin más dilación. Bastante malo era pasar una hora en el hospital; ¿por qué iba a querer pasar allí unos días bajo un maldito bisturí?

Doug se detuvo y entrecerró los ojos. Su vista ya no era muy aguda, pero estaba seguro de que podía ver un par de zapatillas de deporte asomando por detrás de la torre del homenaje.

Los gemidos y tirones de Lancelot continuaron.

—Lancelot, estate quieto y no te muevas, por el amor de Dios.

Doug se acercó poco a poco y, cuando estuvo lo bastante cerca como para concluir que eran unas zapatillas de deporte y que *todavía* estaban en los pies de alguien, inspiró hondo y bruscamente.

Al espirar, levantó la vista hacia el paisaje, que a lo largo de los años había dejado boquiabiertos a millones de personas, antes de volver a bajarla hacia los pies. —Dios santo —dijo.

Juntos, los dos compañeros llegaron a la altura de la parte trasera de la torre y vieron a un joven, vestido con un chándal, tumbado boca arriba. Doug dio un paso hacia él. —¿Joven, se encuentra usted bien?

No hubo respuesta, así que se arriesgó a dar unos pasos más, acortando la correa y manteniendo a Lancelot pegado a su costado.

Finalmente, Doug se acercó lo suficiente como para ver que el chico estaba demasiado pálido para estar vivo. Sus ojos abiertos y

sin vida confirmaron su fallecimiento. Entonces, lo reconoció. —Bradley Taylor. Dios santo.

Solo diecisiete años.

Lancelot dejó de tirar, se sentó y gimió.

2

Al inspector Paul Riddick le costaba meter la llave en la cerradura.

No era porque estuviera borracho, sino porque su cita, Cynthia, estaba pegada a su cara y tenía las manos bajo su cazadora de cuero, intentando desabrocharle los botones de la camisa.

Riddick se zafó, boqueando en busca de aire. —Más despacio.

Sus ojos ebrios estaban entrecerrados; llevaba el pintalabios corrido por toda la cara.

—Dame una oportunidad para abrir la puerta...

Cynthia le fue a la hebilla del cinturón.

Él le puso las manos sobre las suyas y las apartó de sus pantalones. Había bebido mucho más que su cita; sin embargo, últimamente, su aguante superaba al de la mayoría de la gente, por lo que era capaz de ejercer un autocontrol mucho mayor. —Tengo vecinos.

Volvió a centrarse en la puerta. La llave se deslizó en la cerradura. La puerta se abrió y él suspiró aliviado. Pero antes de que Riddick hubiera cruzado el umbral, Cynthia ya estaba pegando su boca a la de él de nuevo. *¿Qué demonios?, allá donde fueres...*, pensó, dejándose acorralar contra la pared del pasillo y cerrando la puerta principal de una patada.

Se deslizaron por la pared en un abrazo apasionado.

Sin embargo, cuando Cynthia intentó de nuevo desabrocharle el cinturón, él volvió a detenerla.

—¿Por qué? —Su frustración era evidente.

—Yo...

—¿Me voy? —¡Qué rápido podía la frustración convertirse en ira!

—No. Quiero que te quedes. Sube, es la primera puerta a la derecha. Deja que traiga unas copas.

—Las copas, *después* —dijo ella, inclinándose y acariciándole el cuello con la nariz.

Él consiguió apartarse de ella. —Por favor. Solo necesito un momento...

Ella echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos. —Ah... ya veo —sonrió y le guiñó un ojo—. ¿No llevas uno en la cartera, verdad?

No era eso a lo que se refería. Pero serviría. Él negó con la cabeza. —No, soy un tonto.

—No te preocupes. —Cynthia lo besó lentamente.

Él la oyó inspirar hondo por la nariz.

Mientras se apartaba de él, se mordisqueó el labio un momento y luego dijo: —No me hagas esperar.

—No lo haré.

Riddick observó a Cynthia subir las escaleras y se dio cuenta de que se le había hecho una carrera en las medias durante su forcejeo.

Se dirigió a la cocina, comprobando rápidamente que sus pantalones seguían abrochados. Fue directo a la isla donde le esperaba una botella de Merlot abierta. Cogió la copa, manchada de rojo por el uso de esa misma noche, y la llenó. Bebió con avidez, suspirando cuando la copa estuvo vacía y el alcohol rellenó su torrente sanguíneo.

—¿Ha ido todo bien esta noche? —preguntó Riddick, sirviéndose otra copa.

—La discusión de siempre —contestó Rachel—. Molly quería a Julia Donaldson. Lucy quería al Dr. Seuss. Un poco de cada uno y se han calmado.

Riddick se giró para mirar a su mujer. Estaba sentada a la mesa en camisón, haciendo ganchillo.

—¿Haces algo bonito? —preguntó él.

—Un conejito para Louise.

—Será una sobrina muy feliz.

Riddick dio un paso hacia Rachel, tomando otro sorbo de Merlot. Su mujer no lo miró. Estaba demasiado absorta construyendo una zanahoria para el conejito.

—He traído a alguien a casa —dijo Riddick.

Rachel asintió. —¿A quién?

—A Cynthia. Trabaja en la inmobiliaria Earl's, en el centro.

—¿Te gusta?

—Es simpática, supongo, pero no la conozco muy bien.

—¿Dónde está ahora?

—Arriba, en la habitación de invitados.

—Deberías ir con ella.

—Quería verte a ti primero.

—Ve, Paul.

—¿Estás segura? Quiero decir, podría abrir otra botella de vino...

Rachel negó con la cabeza. —Paul, ya hemos hablado de esto. Sube.

—Lo siento.

Rachel dejó de hacer ganchillo y se volvió para mirarlo. —No tienes nada que sentir. Ahora ve, por favor. Quiero terminar esto para la mañana. Y llévale una copa de vino a ella también. ¡Es una invitada!

MÁS TARDE, después de que Riddick hubiera hecho el amor con Cynthia, entró en la habitación de las gemelas en bata. Se acercó primero a Molly. Sonrió al ver las sábanas de las Princesas de Disney. Estaban descoloridas de tanto lavarlas, pero ella estaba decidida a no renunciar a ellas, a pesar de los incesantes ofrecimientos de Riddick y Rachel de comprarle la funda que quisiera.

Se giró y miró a Lucy. Ella estaba igual de apegada a sus sábanas de Marvel. Sonrió al ver el libro de Dr. Seuss *¡Oh, cuán lejos llegarás!* abierto sobre su cama.

Eran como el día y la noche, estas dos.

Lucy abrió los ojos. —¿Papá?

—Lo siento, cariño, vuelve a dormir.

Ella sonrió. —¿Estás bien?

Riddick hizo una pausa.

—¿Papá?

Él asintió. —Sí, cariño, estoy bien.

Se dirigió hacia la puerta antes de que ella pudiera verle las lágrimas.

3

La llamada de la Comisario Jefe Rebecca Marsh había sido totalmente inesperada, y no solo porque se produjo en mitad de la noche.

¡Sospecha de asesinato!

Hacía mucho tiempo que no ocurría algo así por aquí.

Riddick optó por ir andando. El castillo de Knaresborough estaba a solo quince minutos a pie, y no quería ni pensar en cuánto superaba la tasa de alcoholemia. El viento había arreciado desde su cita con Cynthia, y deseó haberse puesto un jersey entre la camisa y la cazadora de cuero.

Tras echarse un puñado de caramelos de menta extrafuerte a la boca, entró por el aparcamiento anexo a los terrenos del castillo. Vio la furgoneta negra de la unidad de intervención, varios coches patrulla y un par de Audis deportivos, propiedad de algunos de los peces gordos que ahora estarían presentes. También distinguió un par de furgonetas que reconoció. *Mierda. La prensa.*

La luna llena iluminaba bien los terrenos del castillo. Debido a los recientes aguaceros primaverales, la tierra estaba blanda bajo sus pies, pero no embarrada. No muy lejos, pudo ver la fachada ruinosa de la torre del homenaje y una cinta de cordón policial azul y blanca que se extendía entre una cancela oxidada junto a la torre y un banco al lado del campo de petanca.

Había una buena y una mala noticia respecto al pequeño grupo de gente que se encontraba frente a la cancela oxidada. La buena era que estaban en el lado correcto del cordón. La mala era que eran periodistas y, si había alguien a quien los periodistas detestaban, era a él.

Evitó el contacto visual al pasar junto a ellos.

—¿Inspector Riddick?

Con la vista al frente, masticó más caramelos de menta.

—Inspector Riddick, ¿sabe a quién pertenece el cuerpo?

Gruñó.

—¿Es esta su primera escena del crimen desde el caso Winters?

Riddick se detuvo y se volvió para clavar su mirada entornada en la periodista que había hecho esa pregunta. Marianne Perse. Periodista autónoma. Siempre vendiéndose al mejor postor, y las pujas debían de ser altas: conducía un Bentley.

La fulminó con la mirada.

Ella sonrió con suficiencia. —¿Y bien, inspector Riddick, *es* esta su primera escena del crimen desde entonces?

Riddick inspiró hondo por la nariz y exhaló lentamente.

Mascullando «vete a la mierda» entre dientes, se giró hacia el cordón y examinó la escena. Entre los Oficiales de la escena del crimen, ataviados con sus trajes blancos, vio a Ray Barnett, que también llevaba su mono de papel. El sargento detective, alto y de raza negra, sostenía un libro de registro en su enorme mano. Riddick le hizo un gesto para que se acercara. —Buenas noches, Ray.

—Señor. —Asintió y garabateó el nombre de Riddick en el libro de registro.

A su espalda, Riddick oía a los sabuesos de la prensa gritar su nombre.

—Son implacables —dijo Barnett.

—Rabiosos es la palabra que busca —dijo Riddick con una sonrisa—. Supongo que no le apetecerá sacrificar a esos animales enfermos por mí, ¿verdad?

Barnett le devolvió la sonrisa. —Por desgracia, voy desarmado, señor.

—Ese libro de registro es bien grande, Ray, y le he visto echar pulsos. Seguro que podríamos encontrar una solución...

—¡Hombre, mira quién está aquí! —dijo la Comisario Jefe Rebecca Marsh—. Mi inspector más preciado, haciendo lo que mejor se le da: rebelarse contra la convención de la puntualidad. Ray, déjenos un momento, por favor.

—Sí, señora. —El corpulento hombre se alejó, sorteando las placas que la Científica había colocado para proteger la escena.

La Comisario Jefe Rebecca Marsh era apodada «Harsh Marsh» por algunos debido a su mal genio, y «Dr. Frank-N-Furter» por otros por su pelo corto y negro, su apariencia masculina y su inclinación por el maquillaje oscuro. Ella no conocía ninguno de los dos apodos, pero muchos creían que apreciaría el primero. El segundo, no tanto.

—Era mejor venir andando, señora —dijo Riddick, echándose otro caramelo a la boca—. Me he tomado unas copas antes.

—Da igual cuántos caramelos de menta mastique, Paul, se le nota en los ojos, en el pelo y en el color de la piel que ha vuelto a salir de juerga.

—Es difícil pasarse de la raya en Knaresborough...

—¿Hay bares?

—Sí, pero...

—Si hay bares, hay posibilidad de pasarse. Y usted ha estado de juerga toda la noche. *Otra vez.*

Riddick asintió.

—¿Se da cuenta de que no paro de usar la palabra *otra vez*?

—Señora, estoy perfectamente capacitado para hacer mi trabajo.

—Bien. Porque tenemos un caso grave. La Unidad de Crímenes Mayores no ha visto nada parecido en sus cinco años de existencia.

La Unidad de Crímenes Mayores de Harrogate se ocupaba principalmente de secuestros, violaciones y casos sin resolver. Los asesinatos eran raros en esta zona.

—¿Inspector Riddick? ¿Comisario Jefe Marsh? —La prensa continuaba sin tregua.

—Ya estaban pesados antes de que usted llegara —dijo Marsh—. Pero no así. Realmente sabe cómo irritarlos.

Riddick puso los ojos en blanco. *¡Pero si no he dicho ni una puta palabra!*

—Afortunadamente —dijo Marsh—, Joe está de camino.

Joe Bridge era el jefe de prensa, y era como el flautista de Hamelín cuando se trataba de plagas de ratas como esta.

Barnett regresó con un fardo envuelto y se lo entregó a Riddick, quien lo rasgó para abrirlo y se puso el mono de papel blanco y los cubrezapatos. Luego, pasó por debajo de la cinta del cordón. —¿Qué tenemos, señora?

—IC1 varón, pelo negro. Es alto, delgado, joven.

Riddick respiró hondo. —¿Cómo de joven?

—Es Bradley Taylor.

Riddick soltó el aire. —Dios santo. ¿Estamos seguros?

—Sí. Hay suficientes agentes aquí que lo reconocen.

—No me sorprende. Es uno de nuestros delincuentes locales. Y también es un crío. —Riddick miró a la prensa y suspiró—. Lo que significa que estarán muy hambrientos.

—Voraces, sin duda —dijo Marsh—. Sin embargo, Bradley cumplió los dieciocho hace poco; Doug Brace se equivocó. Al menos, ya no se le considera un niño.

—¿Causa de la muerte?

—No lo sabemos. El médico legista aún no ha llegado.

Empezaron a caminar por el sendero de placas. Riddick saludó con un gesto de cabeza a la jefa de la Científica, Fiona Lane, que en ese momento supervisaba cómo vertían resina en algo sobre la zona de hierba. Otros agentes, entre ellos Roy Reid, el oficial de pruebas, ayudaban a sujetar la carpa que estaban montando sobre la hierba y el lateral del torreón por si de repente caía un chaparrón primaveral.

—¿Tendrá usted alguna corazonada? —dijo Riddick.

—No —dijo Marsh—. No hay marcas en el cuerpo.

—¿Causas naturales?

—Puede que sí..., pero ¿por qué estaba detrás del torreón?

—¿Bradley Taylor? Puedo darle un sinfín de razones. La principal es que estuviera fumando algo que no debía —dijo Riddick.

—¡Nunca se ha cortado un pelo en hacerlo a la vista de todos! Además, a estas horas no hay nadie por aquí, ¿para qué

esconderse?

—¿Marcas de arrastre en el suelo?

—La hierba cercana sí que parecía aplastada, pero he dejado que la Científica se encargue de eso.

Mientras se acercaban a la parte trasera del torreón, Riddick contempló el impresionante viaducto y el reflejo de la luna danzando sobre el Nidd. Se preguntó brevemente si la vista más famosa de Knaresborough habría quedado arruinada para siempre.

—Por cierto, usted no es el director de investigación —dijo Marsh.

En ese momento, una mujer con un impermeable amarillo debajo del mono de protección salió de detrás del torreón. Miraba algo en el suelo. Riddick siguió su mirada y vio que observaba unas zapatillas blancas que asomaban por detrás del torreón.

—Es la inspectora jefa Emma Gardner —dijo Marsh—. Llegó ayer.

—Bonito impermeable. Aunque no llueve, claro.

—Es del sur. De Wiltshire. No está acostumbrada a la llovizna.

—¿Del oeste de Inglaterra? Vaya. No soy muy fan de ese acento. *Tampoco soy fan de la gente nueva. Sobre todo teniendo en cuenta el caos que está a punto de desatarse en Knaresborough.*

—¿Y qué cree que pensará ella de su acento? —preguntó Marsh.

—¿Que está lleno de «northern soul»?

—«Northern», sí, Paul. Lo de «soul», cuestionable.

—Sabe, señora, creía que iba a proponerme a mí para ese puesto de inspector jefe.

—¿Lo quería?

—Claro que no.

—Ya me lo imaginaba.

Sin embargo, tampoco quiero trabajar para alguien nuevo. Y menos para una sureña con un impermeable ridículo. —Aun así, habría sido un detalle que me lo hubiera preguntado.

—Voy a presentarle a...

—No hace falta, señora. Ya me encargo yo.

4

Gardner se arrodilló para examinar las zapatillas de deporte. Tenía un pie inclinado hacia dentro y pudo ver que estaba manchado de barro y hierba.

—¿Qué has encontrado, jefa?

Gardner alzó la vista hacia un hombre alto, de complexión media, pelo negro y barba de un par de días.

—¿Y tú eres?

—El inspector Paul Riddick.

Gardner asintió.

—Inspectora Jefa Emma Gardner.

—Lo sé… La comisario jefe me puso al día.

—Estupendo… Llámame jefa, por favor. No soporto lo de «señora».

—De acuerdo, jefa. Seré el subdirector de la investigación.

—Ya me lo habían dicho.

Riddick sonrió.

—¿Dicho o advertido?

Gardner notó los casi trece kilos que había ganado últimamente al levantarse.

—Es irrelevante. Conmigo, todo el mundo empieza de cero. Espero recibir la misma cortesía.

—Por supuesto —Riddick dio un paso al frente y observó el cadáver pálido y con los ojos muy abiertos. Doug Brace no se había

equivocado: era Bradley Taylor—. Estabas mirando algo cuando me he acercado, ¿no?

—Arrastraron a la víctima. Manchas de barro y hierba en la parte trasera de la zapatilla. Por supuesto, no soy de la Científica, pero ya lo he visto antes. De todas formas, no me decanto por causas naturales.

—Depende de cómo se mire —dijo Riddick.

—¿Perdona?

—Bueno, es perfectamente *natural* que alguien quisiera matarlo.

Gardner enarcó una ceja.

—Este es Bradley Taylor, jefa. Conocido por muchos como *un auténtico capullo*.

Gardner respiró hondo. *«¿Debería contenerme o soltarlo todo? Es un crío el que yace muerto».* Lo soltó todo.

—No me gusta ese tono, inspector. ¡Solo tiene diecisiete años!

—De hecho, eso es incorrecto. Bradley cumplió los dieciocho hace poco. Sin embargo, dieciocho, diecisiete o incluso quince, da igual, jefa. Te lo digo yo, Bradley Taylor era un capullo de siete suelas.

Gardner había tardado menos de dos minutos en darse cuenta de que su nuevo subalterno tenía una actitud cuestionable.

A sus espaldas, los focos halógenos de arco de la Científica se encendieron de repente. Todo resplandeció, incluido el blanco de los ojos del chico muerto.

—Vale, ya que parece que sabes tanto sobre Bradley Taylor, inspector, cuéntame más.

—Por favor, *jefa*, llámame Paul.

Había enfatizado la palabra *jefa*. ¿Se estaba burlando de ella?

—Posesión de marihuana —dijo Riddick—. Consumo de alcohol siendo menor, hasta que cumplió los dieciocho, claro. Un par de agresiones. Sospecha de tráfico de drogas.

—¿Sospecha?

—Sí, es decir, lo *sospechábamos*, pero no se encontraron pruebas.

—Entonces, ciñámonos a los hechos, por favor, Paul.

—¿Hechos? Aquí tienes uno. Neil Taylor, el padre de Bradley, es un traficante de drogas *condenado*. ¡Ahí no hay sospechas! También es un matón del barrio. Un tipo malo en toda regla. De joven, también era *un capullo de siete suelas*.

—¿Por qué no está en la cárcel?

—Lo estaba. Hasta hace dos meses. Solo estamos esperando su primer desliz para poder mandarlo de vuelta.

—¿A menos que se vaya por el buen camino?

Riddick negó con la cabeza.

—Neil vive por y para el crimen. Si no fuera por los recortes presupuestarios y la reducción del número de ojos que podemos tener sobre él, ya estaría de nuevo entre rejas.

Gardner bajó la vista hacia el cuerpo.

—¿Crees que sería capaz de matar a su propio hijo?

Riddick también bajó la mirada.

—Se me había pasado por la cabeza.

—¿Y Doug Brace, el hombre que lo encontró? —preguntó Gardner—. ¿Sabes mucho de él?

—Sí. ¡Es el polo opuesto a Neil Taylor! Doug es el héroe de todos. Sobre todo de los críos de por aquí. Lleva una heladería desde antes de que yo naciera. También dirige el equipo de fútbol infantil local, el Knaresborough Celtic.

Gardner asintió. Estaba gratamente sorprendida. Conocía a su comunidad. Eso no solo lo convertía en un recurso valioso, sino que también demostraba que se preocupaba por la gente a la que le pagaban por proteger.

—¿Se te ocurre alguna razón por la que el buenazo del barrio, Doug, y el chico malo, Bradley, pudieran haber llegado a las manos?

Riddick se encogió de hombros.

—Creo que eso puede ser una vía muerta, jefa… Además, ¿alguien te ha dicho a qué hora encontró Doug a Bradley?

—La llamada de emergencia se registró a las 00:03.

—Un paseo de medianoche para Doug, entonces.

Gardner se giró y contempló las vistas.

—¿Y por qué no, con un paisaje tan increíble?

—Sí —dijo Riddick—. Pero el paisaje nos causa la mayoría de los problemas.

—¿Perdona? —dijo Gardner, volviéndose a mirarlo—. ¿Problemas?

—*Turistas.* Montones de ellos —señaló a lo lejos una formación rocosa—. Esa es la cueva de la Madre Shipton. La gente va allí para ver cómo las cosas se convierten en piedra por arte de magia.

—No lo entiendo.

—Con el tiempo, el alto contenido mineral que corre por las paredes de la cueva calcifica los objetos. La reina María dejó allí su zapato en 1923. Si eso no te va, el mago Paul Daniels calcificó allí el conejo de juguete de su mujer con su pajarita puesta.

—Suena fascinante.

—La verdad es que no lo es, pero a lo que voy es a que estamos a rebosar de turistas, pero no a rebosar de asesinatos. Habrá una explicación sencilla para todo esto.

Varios oficiales de la escena del crimen se llamaban unos a otros. Gardner miró hacia allí. Uno de ellos sostenía un preservativo bajo el resplandor de la bombilla halógena, antes de dejarlo caer en una bolsa de pruebas.

—¿Un juego sexual que se fue de las manos, quizás? Bastante sencillo —dijo Riddick.

Gardner se volvió hacia Riddick y negó con la cabeza.

—Yo vengo de un sitio muy parecido al tuyo, Paul. Y, por mi experiencia, el asesinato es de todo menos sencillo.

Tras hablar con la jefa del equipo de la Científica, Fiona Lane, Emma pasó por encima de las placas protectoras hasta el cordón policial. En un momento dado, casi perdió el equilibrio, pero no se sintió irritada. Proteger la escena del crimen a cal y canto siempre daba sus frutos. El molde que Fiona había sacado de una huella nítida era prueba de ello.

Más adelante, la prensa acribillaba a preguntas a un joven trajeado con un gran tupé. Él se los quitaba de encima una y otra

vez con facilidad. Sobre todo con comentarios como: «Les informaremos en cuanto podamos», «Todavía no hemos sacado ninguna conclusión al respecto» o «Como siempre, daremos una rueda de prensa completa y sincera una vez que se haya procesado la escena del crimen».

Después de cada una de estas evasivas, el agente se arreglaba el tupé antes de dirigir su atención al siguiente sabueso exaltado.

Gardner sintió que alguien se ponía a su lado.

—Joe Bridge —dijo Marsh—. Nadie sabe calmar a la prensa como ese chico.

—Desde luego, parece que lo tiene todo bajo control.

—Y lo tiene. Pero tarde o temprano, Emma, tendrá que ser usted la que se ponga en el punto de mira. Sin embargo, si me fío de lo que el comisario jefe Madden me ha dicho por teléfono, no tengo nada de qué preocuparme.

Gardner tragó saliva. —Eso espero.

—Claro que me han mentido más veces de las que puedo recordar. ¿Sabe cuántas comisiones de servicio me han endosado con referencias excelentes? Demasiadas. Parece que somos un vertedero.

No había que ser un genio para darse cuenta de que esas palabras estaban cargadas de hostilidad. ¿Qué podría haber hecho ya para sacar de quicio a su nueva jefa? ¿A menos que esa fuera su forma de dejar claras sus expectativas?

—Sin embargo, estoy segura de que no es el caso —concluyó Marsh.

—No lo será, señora —dijo Gardner, aliviada.

La comisario jefe le sonrió. Su oscuro maquillaje le daba un aspecto macabro bajo el resplandor de las luces halógenas. —¿Espero que usted y el inspector Riddick se lleven bien?

De maravilla, vamos.

—Hemos mantenido conversaciones iniciales sobre la víctima. Su conocimiento de la zona será valioso.

—Sí, en cierto modo. En otros, será un obstáculo.

—¿Disculpe, señora?

Marsh desvió la atención de Gardner. —Dejaré que él la ponga al día. Es bueno en lo que hace. Solo que viene con su propio equipaje. Mantenga el equipaje fuera de la ecuación y tendrá al mejor director de investigación adjunto del negocio.

—¿Y cómo mantengo ese equipaje fuera de la ecuación?

—Bueno, para empezar, lo mantiene alejado de *ellos*. —Señaló a la prensa—. O, más bien, supongo, mantiene a *ellos* alejados de *él*.

—Señora, eso podría ser difí...

—¡Inspector jefe Smith! —gritó una periodista.

—Inspector jefe Smith, ¿un momento, por favor? —pidió otro.

Este misterioso inspector jefe Smith le había robado el protagonismo al encantador de masas Joe Bridge. El círculo de periodistas perdió la forma y empezó a arremolinarse tras un hombre que avanzaba lentamente hacia el cordón policial.

—¿Qué demonios hace este aquí? —masculló la comisario jefe.

—¿Quién es? —dijo Gardner—. No sabía que hubiera otro inspector jefe.

—No lo hay. Es su predecesor. Anders Smith.

—¿Jubilado? —dijo Gardner—. No entiendo... ¿Qué hace aquí entonces?

—Buena pregunta —dijo Marsh, echando a andar.

Gardner se movió a su lado. Esta era su escena del crimen. Nadie la tocaría sin su permiso. ¡Y mucho menos un detective jubilado!

El ex inspector jefe Anders Smith era un hombre alto y de aspecto fuerte, pero dependía de un bastón de madera que ralentizaba su avance. Llevaba una camisa abotonada, una chaqueta vaquera y unos vaqueros rotos. Gardner y Marsh se encontraron con él en el cordón.

—Anders —dijo Marsh—. Son casi las dos de la madrugada. ¿Puedo preguntar por qué no está disfrutando de su bien merecida jubilación? A no ser que deambular por ahí en mitad de la noche sea su idea de diversión.

—La noche siempre fue cuando cobraba vida, señora. Si lo recuerda, siempre hacía mi mejor trabajo a estas horas.

—¿Te ha llamado alguien para que vinieras, Anders?

Anders debía de rondar los sesenta y cinco años, pero su pelo era de un llamativo rubio. Lo más probable es que fuera teñido, pero Gardner había oído hablar de gente que conservaba ese tono hasta bien entrada la vejez. Él negó con la cabeza. —Nadie me ha llamado. —Señaló en dirección al viaducto—. Vivo en el río, ¿recuerda? Cuando encendieron las luces halógenas, estaba a medio vaso de mi leche con miel en la cocina. He venido en coche. Subir esos escalones del acantilado no es algo que intente con esta espalda que tengo hoy en día. —Sonrió. Toda su cara se arrugó.

—Disculpe, señor, ¿puedo preguntar por qué ha subido? —preguntó Gardner.

Su sonrisa se desvaneció y se volvió hacia ella con una expresión de asombro. También podía sentir los ojos de Marsh clavados en su sien. Probablemente no había sido su mejor momento para ganarse a un lugareño curtido como aquel. Sin embargo, la necesidad obliga. Anders Smith ahora estaba jubilado, por lo tanto era un civil, y no pintaba nada allí.

—Para ver si podía echar una mano, cielo —dijo Anders.

A Gardner nunca le había gustado que la llamaran *cielo*, pero que la llamara *cielo* en un puesto de responsabilidad alguien que debería tener más consideración, dados sus antecedentes, era sencillamente degradante. Y deliberado. —No soy...

—Anders —interrumpió Marsh—. Agradecemos su preocupación y su ofrecimiento de ayuda, pero sabe que no sería apropiado. Tenemos suficiente personal para cubrirlo.

Anders se rio. —¡Nunca hemos tenido suficiente personal para cubrir nada!

—Gracias por pasarte, Anders —dijo Marsh—. Pero de verdad que tenemos que seguir.

—¿Quién es? —preguntó Anders.

—Disculpe...

—¿Quién ha muerto? Supongo que ha muerto alguien... Dudo que monten todo este escándalo por un accidente.

Gardner ya había oído bastante. —Sabe que no podemos decírselo. Ahora, por favor, señor, soy la directora de investigación de este caso y debe marcharse. En este momento, usted es un civil.

Ya tenemos bastantes problemas para mantener a raya a la prensa, como probablemente sabrá...

—¡Espere! —espetó Anders—. ¿*Directora de investigación*? —Miró a Marsh—. ¿De verdad que esta es mi sustituta?

—Sí, lo soy. *Cielo* —dijo Gardner, y reprimió una sonrisa de suficiencia. Miró a su comisario jefe y creyó detectar también el fantasma de una sonrisa en su rostro.

Anders frunció el ceño. —Ya veo que mi recomendación sobre Paul no fue escuchada, entonces.

—No estaba preparado, Anders... *Además*, no es el momento para esta discusión.

¿Así que le he pisado el terreno a Paul Riddick?, se preguntó Gardner. *¿He alterado el orden natural al presentarme aquí y reclamar el puesto de inspector jefe?*

A juzgar por sus primeras impresiones de Riddick, puede que hasta fuera algo bueno.

Marsh siguió haciéndole gestos a Anders para que se fuera. —Ahora, voy a tener que insistir...

Anders levantó la mano que no sujetaba el bastón. —No es necesario, señora. Lo entiendo. Quien es policía, lo es para siempre, y todo eso. No podía quedarme de brazos cruzados viendo problemas en la puerta de mi casa sin ni siquiera ofrecer mi ayuda.

Marsh asintió. —Lo comprendo.

—Y la oferta sigue en pie si quiere pegarme un toque...

Gardner oyó pasos a su espalda. —¡Buenas, jefe! —Era Riddick.

—Vaya, vaya, perro viejo —dijo Anders, y soltó una risa profunda.

Riddick se colocó junto a Gardner y Marsh. —¡Me imaginé que serías tú cuando oí la conversación acalorada!

—Bueno, ya me conoces, hijo. Siempre me ha gustado coger el toro por los cuernos.

Claramente, pensó Gardner, *a pesar de ser totalmente inapropiado... ¡Y ahora, lárgate de una vez!*

—Y déjate de «jefe», Paul. Ahora soy un civil. Tal como mi *sustituta* se ha encargado de recordarme.

Gardner entrecerró los ojos.

La prensa se acercó más por detrás de Anders. Joe Bridge, a pesar de los elogios que Marsh le había dedicado, ahora fracasaba estrepitosamente en su intento de contenerlos. Tenía el tupé revuelto y parecía azorado.

—En fin, me alegro de veros a todos —dijo Anders—. Paul, ya te daré un toque para esa caña.

Riddick le hizo un saludo militar a modo de broma.

Anders se despidió con la mano, se dio la vuelta y se alejó lentamente. El bastón de madera parecía haber visto días mejores, y Emma se preguntó cuánto tiempo aguantaría el peso de un hombre tan corpulento.

Cuando se acercó a los periodistas, estos se abrieron como el mar Rojo para dejarle pasar.

Gardner esperaba que se abalanzaran sobre él cuando llegara al centro del pasillo que habían formado, pero la emboscada nunca se produjo. Gardner nunca había visto a los periodistas ser tan respetuosos con un objetivo.

Antes de que llegara al final del pasillo, una de las periodistas probó suerte. Una mujer elegantemente vestida, con un corte de pelo glamuroso y unos ojos que brillaban con juventud y energía, se lanzó delante de él. —¿Inspector Jefe Smith? ¿Tiene algo que pueda compartir con nosotros?

—Disculpe, cielo, ¿su nombre?

Gardner puso los ojos en blanco; aquel hombre era de la Edad de Piedra.

—Marianne Perse.

—Bueno, señorita Perse, me temo que no puedo ayudarla. Estoy jubilado. ¿No le llegó la circular?

—¿La circular? —dijo Marianne.

Anders se rio entre dientes. —Debió de haberse perdido. No, ya he terminado. Por culpa de esta espalda. Sin embargo, si necesita a alguien con quien hablar... —se giró y señaló a Gardner—, ella es la persona que buscan.

Gardner enrojeció por una mezcla de vergüenza y furia.

Gilipollas.

Se dio la vuelta y desapareció de nuevo en la escena del crimen antes de que la jauría se le echara encima.

A Gardner le presentaron al médico legista, Hugo Sands, que rondaba la treintena y no respondía a las preguntas de inmediato. En su lugar, tenía la desconcertante costumbre de mirarte fijamente durante unos instantes antes de contestar.

Sin embargo, pronto quedó claro que no lo hacía porque tus preguntas fueran estúpidas. Lo hacía porque su respuesta, cuando por fin llegaba, había sido objeto de una seria reflexión.

—¿Hubo forcejeo? —preguntó Gardner.

Hubo una larga pausa. —Es demasiado pronto para decirlo, pero si lo hubo, no fue muy grande. Esto acabó rápido.

—¿Sugiere eso que la víctima conocía al asesino?

Hubo una pausa aún más larga, lo cual era ridículo teniendo en cuenta la respuesta monosilábica. —Quizá.

Gardner intentó que la frustración no se notara en su voz. —¿Cómo cree que murió? —Gardner reprimió el impulso de apartar la mirada mientras el cerebro de él funcionaba.

Finalmente: —Necesito tenerlo en mi mesa. No querrá conjeturas.

—A estas alturas aceptaría una conjetura..., *lo que sea*.

Hugo negó con la cabeza. —Sería un cálculo a ojo de buen cubero.

Gardner reprimió el impulso de tamborilear con el pie. —Por favor.

—¿Asfixia?

—¿Pero no hay marcas en el cuello?

—He visto algo parecido antes. Una llave de estrangulamiento no siempre deja marcas. Al menos no al principio... —Luego hizo una pausa, como si se hubiera hecho una pregunta a sí mismo—. Si lo *arrastraron* con una llave de estrangulamiento, como sugieren el suelo y las zapatillas, eso podría haberlo matado...

—¿Lo que convertiría el homicidio en no intencionado?

Hugo enarcó una ceja. Ella esperó, pero estaba claro que no iba a responder a eso.

—De acuerdo —dijo Gardner.

—Si me disculpa, señora, me gustaría volver a examinar el cuerpo un poco más.

—Por supuesto.

Se volvió hacia Riddick, que había permanecido callado durante toda aquella tensa conversación. —Un homicidio involuntario sería ciertamente más realista en una zona que no es conocida por sus índices de asesinato.

Riddick asintió. —Sin embargo, Bradley se movía en malas compañías. *Muy* malas compañías. Y esas compañías son famosas por llevar a la gente del punto A al punto B. —Se pasó un dedo por la garganta para indicar a qué se refería con el punto B.

Gardner asintió y luego volvió a contemplar la vista. —Entiendo por qué tu pueblo atrae a los turistas, Paul; es precioso. —Pensó un momento antes de volverse de nuevo hacia Riddick—. El preservativo —dijo—. ¿Estaba Bradley aquí arriba con alguien con quien no debería haber estado?

—Si es que es suyo... Hay que acelerar la prueba de ADN —dijo Riddick—. Me imagino que bastantes parejas suben por aquí para ponerse románticas a la luz de la luna; no queremos que esto sea una pista falsa.

—Sin embargo, si es suyo, ¿podríamos tener aquí a un cornudo de los de toda la vida?

Riddick sonrió. —Si lo interrumpieron en plena faena con una llave de estrangulamiento, ¿no tendría los pantalones por los tobillos? Aunque supongo que nuestro autor podría haber esperado a que se vistiera para atacar.

—¿O lo vistió después? —dijo Gardner.

Riddick asintió.

—En cualquier caso, sería un caso rápido de cerrar —dijo Gardner—. Solo tendríamos que encontrar a la testigo que tuvo sexo con él.

—Eso espero, porque sabes que la lista de sospechosos con móvil será larga. Bradley era...

—Un auténtico cabroncete, Paul. Ya te he oído la primera vez.

—Y donde hay un cabroncete, hay un millón más.

—Muy filosófico.

—Realista, jefa. Y solo tienes un equipo de unas doce personas. Los cabroncetes superan con creces al equipo.

Gardner suspiró.

Es mi primer día, tengo un asesinato (algo completamente inaudito por aquí), la prensa me la tiene jurada gracias al gilipollas pomposo del bastón, ¡y son casi las tres de la madrugada! Por favor, Paul, ¿podrías dejar que conserve un mínimo de confianza en mí misma?

Se alegró de no haberlo dicho en voz alta, pero aun así se sentía lo bastante irritada como para insistir en la advertencia de Marsh.

—La comisario jefe dijo que arrastrabas cierto lastre.

—¿Dijo eso?

Gardner asintió.

—No le hagas caso. Me tiene manía. No la llaman Harsh Marsh por nada.

—En realidad, habló muy bien de ti.

Él bufó con desdén.

—Miente. ¡Se alegraría si me perdiera de vista!

—¿Por qué piensas eso, Paul? ¿Qué es ese lastre?

Riddick se giró para mirarla y enarcó una ceja. Luego le dio la espalda y empezó a alejarse.

—Todos tenemos un lastre, jefa. Si te enseño el mío, tú me enseñas el tuyo.

Ella puso los ojos en blanco y lo alcanzó.

—Al menos, dime algo sobre ese tal Anders Smith.

—¿Qué quieres saber? ¿Que su madre era escandinava y de ahí su nombre de pila tan poco común? ¿O que su padre era un constructor local, Trevor Smith, y de ahí su apellido tan corriente?

—Eso no era lo primero que tenía en mente... ¿Qué tal qué hace en nuestra escena del crimen?

Riddick se encogió de hombros.

—¿Y yo qué sé?

—Bueno, parecías muy amigo suyo.

—Todo el mundo es amigo del Lionman.

—¡Lionman!

—La traducción de Anders..., su apodo.

—He oído hablar de los hombres de hierro, pero nunca de los hombres león. ¡Si ese hombre apenas puede andar!

—El poli más duro que hayas conocido, Lionman —dijo Riddick—. En sus tiempos, claro.

—Los polis duros no me impresionan mucho.

—Bueno, desde luego a muchos por aquí sí que los impresionó —se detuvo y miró a Gardner—. Una vez sacó a un par de críos de una casa en llamas.

Gardner se quedó sin habla. Y bastante preocupada. Acababa de tener un encontronazo con el héroe local.

—¿A qué viene la sorpresa, jefa? —dijo Riddick con un atisbo de sonrisa—. Que todo el mundo lo adore no significa que tú les vayas a caer mal. En fin, relájate; te ha tocado el gordo. Ahora estás conmigo, y eso te quitará toda la atención de encima, créeme.

—¿Cómo es eso?

—Sígueme y te lo enseñaré.

Salieron de la escena del crimen y se quitaron los monos de papel.

Gardner examinó a la prensa, aliviada al ver que Joe Bridge había conseguido la ayuda de unos cuantos agentes de paisano para volver a controlarlos.

—¿Qué piensas enseñarme? —preguntó Gardner mientras se dirigían al aparcamiento.

—Ya llega..., espera...

—¡Inspector Riddick! —gritó alguien.

—Como prometí —dijo Riddick—. ¡El Director de investigación de este maldito caso es oficialmente inmune! Ya tienes tu propio escudo humano, jefa.

—No lo entiendo. ¿Por qué están tan interesados en...?

—¿Unas preguntas, inspector Riddick? —era la periodista que había parado en seco al inspector jefe retirado Anders Smith. *Marianne Perse.*

—No, señorita Perse, no puede —replicó Riddick.

Gardner miró a Riddick. Pudo ver la furia en sus ojos. Le puso una mano en el brazo.

—Es mejor ser educado, Paul. No queremos montar una escena.

—¿Educado? —Paul enarcó una ceja—. ¡Esa palabra ni siquiera existe en su puñetero vocabulario!

—¡Inspector Riddick! —gritó un periodista.

Riddick siguió caminando recto. Gardner lo siguió de cerca.

—¡Dos minutos de su tiempo! —gritó otro.

—Que os den —masculló Riddick.

—Si esto es un asesinato, inspector Riddick —gritó Marianne—, ¿lo apartarán del caso?

Riddick se detuvo. Gardner lo miró. Aquellos ojos furiosos se habían entrecerrado. No sabía qué demonios estaba pasando, pero no quería que él picara el anzuelo. Le tocó el brazo de nuevo. Él se lo quitó de encima de un manotazo y siguió caminando. Gardner suspiró aliviada para sus adentros.

Una vez que Gardner y Riddick se pusieron a la altura de Bridge y sus ayudantes, Marianne Perse volvió a gritar:

—El caso Winters todavía está muy presente en la memoria de todos, inspector.

Riddick se paró y la señaló.

—Presente en *vuestra* memoria. El mundo ha pasado página.

—Es fácil pasar página para usted, inspector. No tanto para otros —dijo Marianne—. Hubo vidas que se pusieron patas arriba. ¿Podemos obtener una declaración?

—Esta es la única declaración que tengo, señorita Perse —dijo Riddick, todavía apuntándola con el dedo—. ¡Le importa una mierda que la vida de nadie se ponga patas arriba! Solo va detrás del dinero; pase a otra cosa.

—¡De acuerdo! —dijo un periodista—. Entonces, ¿podríamos tener una declaración sobre *este* caso?

—Habrá una rueda de prensa a su debido tiempo —respondió Gardner—. Hasta entonces, les ruego que dirijan sus preguntas al agente Bridge.

Aquello no fue suficiente para la prensa —obviamente—, que continuó lanzando preguntas a gritos y picando a Riddick, pero Gardner siguió caminando con la mano en la parte baja de la espalda de su compañero.

En el aparcamiento, se detuvo y esperó a que él se girara para mirarla.

—Así que, escudo humano, ¿quieres ponerme al día de lo que está pasando?

Riddick se encogió de hombros.

—La verdad es que no.

—¿No crees que es importante para mí entender...?

—No tiene nada que ver con Bradley Taylor. Este caso no está relacionado en absoluto.

—Será bastante fácil para mí buscarlo. ¿El caso Winters? Unas relaciones rotas con la comunidad a menudo influyen en cualquier investigación.

Él suspiró.

—¿Tienes tu coche? —preguntó Gardner.

—He venido andando.

Apretó el botón del mando a distancia y las luces de su BMW se encendieron.

—Sube, entonces, y puedes ponerme al día sobre este caso Winters de camino a Harrogate.

—No te preocupes, jefa —dijo él, dándose la vuelta—. Cogeré un taxi. No quiero meterte en medio de unas relaciones rotas con la comunidad —se marchó con las manos en los bolsillos.

Mierda.

¡Desde luego que las relaciones estaban rotas, sí que lo estaban!

5

Kelsey alzó la mano y tocó el diploma que su madre le había colgado en la pared del dormitorio: Literatura Inglesa. A la alumna más dedicada. ¡Enhorabuena! Sra. Bradford.

Se quedó mirándolo durante casi diez minutos.

Era un galardón obtenido gracias a innumerables horas de duro y dedicado trabajo, una muestra de admiración y respeto de la señora Higgins, su profesora de inglés, y de la directora, la señora Bradford, y un símbolo del inmenso orgullo de sus padres.

Kelsey resistió el impulso de arrancarlo de la pared.

Aquel premio solo les había dado más munición a esos malditos cabrones.

Subió a su dormitorio y se sentó en el borde de la cama. Se remangó la manga y se acarició las viejas cicatrices de la parte superior del brazo, evitando las recientes, que aún le escocían. Levantó la vista hacia su estantería, donde el cuchillo estaba escondido dentro de un viejo libro de matemáticas que a nadie se le ocurriría mirar. Apretó los dientes, luchando contra la llamada de la distracción: esos agudos y punzantes dolores que le hacían olvidar sus penas, aunque solo fuera por un instante. Se bajó la manga, cerró los ojos, se recostó en la cama y buscó otra distracción.

Richard Hill.

¡Alguien más a quien le gustaba la literatura inglesa!

Alguien que siempre tenía una palabra amable para ella cuando muy poca gente la tenía...

Alguien que era popular, pero no dejaba que eso corrompiera su buen corazón.

Richard Hill.

Recordó el momento, hacía varias semanas, en el que habían hecho juntos un experimento de ciencias y él le había dicho: «Llámame Rich». Le había sonreído. Sus dientes eran perfectos y resplandecientes.

Ella sonrió ahora. Richard «Llámame Rich» Hill. ¡La distracción más perfecta!

Otra distracción era su móvil. Primero leyó las noticias en la aplicación de la BBC, antes de comprobar su Gmail. Después, se metió en Facebook, y...

Sintió que el mundo a su alrededor se estremecía de repente.

Vio una foto suya recibiendo el diploma de inglés en el salón de actos. La directora le estaba estrechando la mano. Sobre la parte inferior de la imagen, alguien había hecho un dibujo con un rotulador rojo de ordenador.

No cabía duda de lo que era la imagen. Una lengua lamiendo un culo.

Sintió como si el mundo girara en la dirección equivocada.

La imagen ya había acumulado ciento siete emojis de risa y muchos comentarios.

Repasó los nombres. Un buen número de alumnos de quinto y algunos de cuarto habían dejado un «me gusta» o un emoji. Los mismos nombres. Los que la habían estado torturando durante años.

Los comentarios eran crueles, pero la mayoría eran de la gente de siempre.

Sin embargo, alguien había publicado:

¿Qué dices, Rich, todavía te mola?

La respuesta de Richard «Llámame Rich» Hill:

Ni de coña

Fue en ese momento cuando el mundo de Kelsey dejó de estremecerse y girar, y simplemente se derrumbó a su alrededor.

6

Momentos antes de que comenzara la reunión informativa, Gardner se miró en el espejo del baño. *Puedes con esto. En lo que respecta a las salas de incidentes, has aprendido de los mejores.*

Con el corazón desbocado, salió con paso firme del baño y entró en la Sala de Incidentes 1.

En su mente, se había imaginado que todos en la sala de incidentes guardarían silencio en cuanto entrara, tal como hacían siempre con su amigo y mentor, el Inspector Jefe Michael Yorke, allá en Wiltshire. Sin embargo, no lo hicieron. Los once agentes que había en la sala siguieron charlando sin parar. Desde el frente de la sala, los examinó con la mirada. Muchos de los agentes, como solía ocurrir, eran hombres. Parecían emocionados. Los asesinatos casi nunca estaban en el orden del día, así que les perdonó esa indiscreción. Sin embargo, ya estaba bien, así que tosió. *Fuerte.*

La mayoría miró en su dirección. Sin embargo, algunos de los hombres de más edad siguieron hablando.

El detective al que respetaba por encima de todos, Yorke, era capaz de organizar y controlar un equipo sin despeinarse. Por un momento, sintió la ansiedad del síndrome de la impostora, pero entonces recordó la charla de ánimo que se había dado a sí misma frente al espejo del baño. *¡Espabila, Emma!*

Levantó una mano. —Lo siento…, su jefa, una mujer, está al frente de la sala. —Aquello detuvo la arrogante exhibición y los

agentes responsables la miraron con la cara roja. Sus compañeros, no obstante, se rieron entre dientes, así que se apuntó la introducción como un éxito.

—Buenos días a todos. Aún no he tenido la oportunidad de conocer a la mayoría de ustedes. Llegué ayer. Y no, antes de que pregunten, no he traído a esta víctima conmigo. Estoy tan sorprendida como cualquiera de ustedes, ¡esperaba un comienzo tranquilo!

Algunos murmullos y risas.

—Me llamo Emma Gardner, soy Inspectora Jefa, y seré la Directora de investigación del caso. —Buscó a Riddick entre la multitud. Estaba sentado solo al fondo. ¿El lobo solitario o el paria? A juzgar por lo de la prensa de antes, supuso que sería lo segundo. Asintió en su dirección—. El Inspector Riddick será mi segundo.

Los murmullos y las risas fueron reemplazados por susurros ahogados y burlas.

Parecía que la impopularidad de Riddick no se limitaba a los sabuesos de la prensa; los más cercanos a él también parecían tenerle manía.

Riddick se repantigó en su silla y se puso las manos detrás de la cabeza, intentando parecer lo más indiferente posible.

—Por mi acento de la Región Oeste deducirán que soy una chica de campo, o una *lass*, como quizá prefieran llamarme aquí.

Vio algunas risas entre los agentes mayores de cara sonrojada. ¿Se estaba ganando a la parte más endurecida de su audiencia? Sintió una repentina oleada de confianza.

—Bueno, como le dije antes al Inspector Riddick, no soy de las que les gusta que las llamen «señora». Nunca me ha gustado. «Jefa», por favor. También me gustaría presentar a Matthew Blanks, nuestro operador de HOLMES 2. Es su primer día en el trabajo. Y vaya día para empezar.

Matthew Blanks, encorvado sobre su ordenador, levantó una mano, pero no dijo nada. Tenía más vello facial que un yeti y Gardner se preguntó brevemente si le pesaría tanto como para impedirle levantar la vista y saludar a sus compañeros.

Se acercó al gran panel de investigación de la escena. En la parte superior estaba escrito *Operación Edén*, el nombre de la operación escupido al azar por el ordenador. Señaló la foto del centro—. Bradley Taylor. Nuestra víctima.

Habían usado la foto de perfil de Facebook de Bradley. Miraba a la cámara de forma agresiva con media ceja afeitada. Estaba claro qué imagen intentaba proyectar Bradley, pero Gardner no quiso detenerse en ello; ya se hacía una idea de las opiniones que circulaban sobre la víctima. Necesitaría despertar cierta simpatía por él para infundir algo de empuje en el equipo. Junto a su imagen estaban escritos con rotulador su nombre, dirección y fecha de nacimiento.

Debajo de esos datos: *Cuerpo descubierto en la torre del homenaje del castillo de Knaresborough. Notificado a las 00:03.*

Junto a esos detalles había una fotografía de Doug Brace posando con orgullo frente a su heladería para un comunicado de prensa. Sus datos también estaban cuidadosamente escritos a su lado.

—La familia aún no lo ha identificado, pero ha sido reconocido tanto por Doug —señaló la foto de Doug—, como por el Inspector Riddick y varios otros agentes. Creo que ya podemos proceder con la certeza de que la víctima es, en efecto, Bradley.

Estaba mirando el panel cuando creyó oír a alguien murmurar: «Buen viaje le dé Dios». Se giró para examinar a su audiencia, sin poder determinar si lo había imaginado, pero dudando mucho que así fuera.

—Escuchen. Voy a ser directa ahora, pero creo que algunos de los presentes en esta sala necesitan oír esto. Ya he oído esta noche referirse a Bradley Taylor como «un cabroncete» —no miró a Riddick al decir esto para no socavar su ya frágil autoridad—, y vamos a tener que quitarnos esas ideas de la cabeza. Era joven, acababa de cumplir dieciocho años.

Una mano se alzó en el aire. Era un agente bajito sin un pelo en la cabeza.

—Perdone, ¿podría decirme su nombre? —preguntó Gardner.

—Sargento detective Phil Rice, jefa.

—Gracias, sargento detective Rice. Dispare.

—Bradley ha traído de cabeza a nuestra gente estos últimos años. Él y sus amigos.

—Lo entiendo, pero no hace tanto era un niño. Tenía un futuro por delante. La oportunidad de cambiar…

Alguien gruñó. Buscó entre las muchas caras que la miraban, pero no pudo identificar quién había sido.

—Era el hijo de alguien… —Sus ojos se movieron rápidamente de un lado a otro, preparada para el siguiente gruñido. No llegó.

—Nuestro trabajo es hacer justicia por él y por su familia.

La mano de Rice se alzó de nuevo.

—¿Sargento detective Rice?

—Hablando de su familia, jefa, su padre es un pieza de cuidado. Neil Taylor.

—Gracias, sargento detective. El Inspector Riddick ya me ha puesto al corriente. Neil salió de la cárcel hace poco y también ha sido una sangría para nuestro presupuesto… Sin embargo, eso no cambia nada. Miren, si les hace sentir mejor, hagamos justicia por su madre. Y si eso tampoco ayuda, recurramos al viejo clásico.

—¿El viejo clásico? —dijo Rice con una ceja arqueada.

—Haciendo su trabajo, sargento detective. —Había sopesado la idea de añadir «maldito» antes de *trabajo*, pero pensó que eso podría hacerla parecer demasiado agresiva y, para colmo, bastante americana—. Ahora, inspector Riddick, ¿le parece que repasemos lo que tenemos hasta ahora?

—Sí, jefa —dijo Riddick, poniéndose en pie—. Bradley Taylor, dieciocho años. Dejó los estudios a los dieciséis sin el graduado escolar. Se suponía que iba a repetir Lengua y Matemáticas en bachillerato. Nunca se molestó. No creo que en el instituto estuvieran muy preocupados por insistir en el asunto y obligarle a asistir.

Se oyó una risita, pero Gardner lo dejó pasar.

Riddick continuó: —Desde entonces, lo han detenido por consumo de alcohol siendo menor, vandalismo y hurtos en tiendas. Nada lo bastante grave como para que acabase en un centro de menores. Se sospechaba que traficaba con drogas, pero nunca hubo

pruebas para que la acusación se sostuviera, aunque yo diría que era muy probable, sobre todo teniendo en cuenta sus antecedentes familiares.

Matthew Blanks, el operario del sistema HOLMES 2, tecleaba sin cesar en su portátil, registrando los detalles. Su pelo largo, que se balanceaba de un lado a otro mientras lo hacía, le daba el aspecto de un heavy en un concierto de metal.

—Bradley vivía con su madre, Honey Taylor —dijo Riddick—. Está divorciada de Neil. Por consiguiente, está completamente sola. Tenemos al agente de enlace familiar con ella.

—Disculpe que le interrumpa, inspector Riddick. Me gustaría expresar mi gratitud al sargento detective Ross y al agente detective O'Brien por haberle dado la terrible noticia. Una tarea que ninguno de nosotros envidia.

Ross y O'Brien recibieron unas palmadas en la espalda.

—Y, por supuesto —prosiguió Riddick—, también se le comunicó la noticia a Neil Taylor. —Miró al sargento detective Ross—. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Como era de esperar, no ha habido lágrimas —dijo Ross—. Solo unos cuantos gruñidos furiosos y una negativa rotunda a tener un agente de enlace familiar.

—¡No me extraña! —bromeó Rice.

Los agentes de enlace familiar solían ser los ojos y los oídos del equipo. Neil Taylor sería muy consciente de ello y, si, como muchos creían, seguía traficando con drogas, no recibiría a nadie en su casa con los brazos abiertos.

—La causa de la muerte es sospechosa —continuó Riddick—. Hay indicios de que el cuerpo fue arrastrado hasta el lugar donde fue encontrado, detrás de la torre, así que la primera impresión es que la muerte no fue natural; a no ser que, supongo, quien estuviera con él se asustara por una muerte repentina y escondiera el cadáver de todos modos. Aunque eso sería lo último que yo haría si alguien cayera fulminado por un infarto delante de mí. El médico legista lo tiene ya en la mesa de autopsias y se pondrá en contacto con nosotros en cuanto sepa algo más.

—Gracias, inspector Riddick. Doug Brace —dijo Gardner, señalando su foto—, llamó para comunicar el hallazgo de Bradley a las 00:03 h. La Científica todavía está trabajando en la escena del crimen en estos momentos. En el césped, junto a la torre, donde muchos se detienen a admirar las vistas del Nidd y el viaducto, han encontrado un preservativo usado. Las pruebas de ADN determinarán si fue utilizado por Bradley y, de ser así, podremos empezar a averiguar con quién mantuvo relaciones sexuales. También han recuperado la huella de una bota de la talla cuarenta y tres de una zona de barro en esa área de césped. De nuevo, es demasiado pronto para decir si tiene alguna relevancia, pero, aun así, es algo. Necesitamos determinar los movimientos de Bradley antes de que encontrara su aciago destino en el castillo. Y, por supuesto, los de cualquier otra persona que entrara en el recinto sobre la misma hora.

Se desplazó por el tablero hasta una gran imagen aérea del recinto del castillo.

—Hay varias rutas diferentes para entrar en los terrenos del castillo. —Trazó la ruta que Doug había tomado entre las grandes y macizas torres de la muralla: la entrada principal. Luego trazó la ruta a través del aparcamiento que ella y los demás investigadores habían tomado—. Por último, desde Waterside, aquí junto al viaducto, y subiendo estas escaleras hasta los terrenos del castillo. Las escaleras terminan justo al lado de la torre. Tres vías de acceso para Bradley y su asesino. Necesitamos reunir todas las grabaciones de videovigilancia que podamos de estas zonas. Hay un pub aquí, en la esquina del aparcamiento, así que ahí habrá alguna. También habrá algunas a lo largo de Waterside, ya que hay muchas casas. Y hablando de casas, tenemos que ir puerta por puerta. ¿Alguien vio a la víctima? Si es así, ¿cuándo?

Miró a su alrededor, a las caras ansiosas. Ya no se sentía nerviosa y ellos ya no la miraban como si fuera un extraterrestre. Debía de haber conseguido presentarse como alguien que sabía lo que hacía. Reprimió el deseo de gritar «¡aleluya!».

Decidió dar por terminada la reunión informativa mientras la cosa iba bien y dejar que su gente se ocupara de este misterio.

—Hasta que sepamos lo contrario, trabajaremos partiendo de la base de que esto fue un asesinato y que no fue al azar. Todos ustedes saben tan bien como yo que el móvil es el mejor punto de partida. Así que, si Bradley fue el objetivo, tenemos que averiguar por qué. Y aquí es donde sé que la cosa se va a complicar. Porque, como muchos de ustedes no se han cansado de señalar, ha causado muchos problemas en el pasado. Esto significa que tenemos que hacernos una idea de cómo era su vida. ¿Con quién se juntaba? ¿Estaba metido en bandas? ¿Redes de narcotráfico? ¿Conflictos? ¿Tenía novia? ¿Novias? ¿Quién? Estaba en el paro, así que debía de conseguir dinero de alguna parte. ¿De las ayudas de su madre o de actividades ilegales? Por desgracia, su teléfono móvil ha desaparecido, pero podemos acceder a los registros. Las redes sociales son siempre un filón. ¿Problemas médicos? Improbable a su edad, pero investiguémoslo. ¿Y el instituto? Averigüemos cómo era y qué hacía mientras asistía a clase. —Hizo una pausa para respirar—. Podría seguir, pero según la comisaria jefa, he heredado un equipo fantástico, así que confío en que se pondrán a ello sin más.

Algunos enarcaron las cejas. O bien les sorprendía que Marsh les hubiera transmitido cumplidos, o simplemente pensaban que les estaba contando una trola.

Por supuesto, era una trola. Marsh nunca había hecho ningún cumplido, pero Gardner conocía el valor de la motivación y la positividad.

—El inspector Riddick y yo hablaremos con los padres. Las sospechas sobre el papel de Neil Taylor en todo esto son altas, así que parece un punto de partida importante y lógico. He asignado las tareas y las he colgado en la pared. Nos reuniremos de nuevo a las 18:00 h. Sé que han perdido horas de sueño esta noche, así que, dependiendo de lo que averigüemos, intentaré recuperar algo de tiempo para ustedes. Gracias.

Fue la primera en salir por la puerta. Marsh estaba allí de pie, sonriendo. —No quería coartarla, así que la he escuchado desde aquí, inspectora jefa.

—Señora… ¿Qué tal lo he hecho?

Marsh le agarró la parte superior del brazo, sonrió y le guiñó un ojo. —No está mal para ser una mujer, Emma. No está nada mal.

7

La agente de enlace familiar Sandra Fletcher les abrió la puerta de la casa de Honey Taylor a Gardner y a Riddick.

Sandra tenía un rostro joven y cálido, todavía sin el peso de las tribulaciones y las grandes pérdidas. Estaría en marcado contraste con la mujer que les esperaba en el salón.

Honey Taylor vapeaba con mano temblorosa, sentada en el borde del sofá, mientras tamborileaba un pie con nerviosismo.

La habitación era un desastre. Había un par de cajas de pizza abiertas sobre la mesa y un par de latas de cerveza vacías. También flotaba en el aire un olor a comida podrida. Un olor que a muchas personas equilibradas les costaría soportar. Gardner sospechaba que Honey no era una mujer muy estable ni en sus mejores momentos, y que la muerte de Bradley sería la gota que colmaría el vaso.

La madre de Bradley ni siquiera se había percatado de la entrada de los inspectores.

—¿Honey? —dijo Sandra.

Tras bajar su vapeador rojo, Honey se volvió para mirar a sus visitantes. Tenía los ojos vidriosos y desenfocados.

—¿Sí?

—Son la inspectora jefa Gardner y el inspector Riddick.

Apuntó a Riddick con el vapeador y lo agitó. Entrecerró los ojos.

—Sé quién es usted. —Miró a Gardner—. Pero a usted no la he visto en mi vida, la verdad.

—Siento mucho su pérdida, señora Taylor —dijo Gardner.

—¿Está completamente segura de que es él? —preguntó Honey.

—Sí, señora. Ya lo han identificado varias personas. Lo lamento.

Se giró y continuó mirando al vacío.

—Bueno, todo el mundo sabía quién era. No hace falta que lo identifique yo, ¿entonces?

—Una identificación formal sería conveniente, pero, por supuesto, ¿prefiere que se lo pidamos a otra persona?

—Ni se le ocurra preguntarle a su padre. —Se volvió y esta vez agitó el vapeador hacia Gardner—. Lo digo en serio. Ni se le ocurra preguntarle a su padre.

Gardner asintió, pero no era una señal de conformidad, sino un simple acuse de recibo de la petición.

—¿Podemos sentarnos, señora Taylor? —preguntó Gardner.

Honey señaló con la cabeza el sofá de enfrente.

—Pero llámeme Honey. Señora Taylor suena tan… no sé… tan…

¿Dramático y real?, pensó Gardner, tomando asiento con Riddick a su lado.

—Ahora nos preparo un té a todos —dijo Sandra.

Todos explicaron cómo tomaban el té, que resultó ser de la misma manera, y luego Sandra salió de la habitación.

Gardner preparó su libreta. Por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que Riddick no había preparado la suya. Esto la irritó.

—Toma. —Le entregó su libreta y su bolígrafo.

Él los cogió sin mirarla, sin duda intentando ocultar su propia irritación hacia ella.

—Era un pequeño mierda, ¿sabe? —dijo Honey.

Gardner reprimió el impulso de poner los ojos en blanco y, en su lugar, asintió con compasión.

—Los hijos pueden ser problemáticos a veces, Honey…

—No. Era un *pequeño mierda*. No me sorprende que haya pasado esto.

Gardner y Riddick cruzaron una mirada. Honey estaba mirando hacia los pies de Riddick y Gardner en lugar de a sus caras, así que no se habría dado cuenta.

—¿Podría dar más detalles sobre eso, Honey? ¿Por qué pensaba así? —preguntó Gardner.

Vapeó y continuó tamborileando con el pie un momento antes de responder:

—Cabreaba a todo el mundo todo el tiempo.

—¿A alguien en particular? —preguntó Riddick.

—A todo el mundo —dijo Honey.

Gardner asintió.

—¿Cómo describiría la relación con su hijo?

Honey levantó la mano libre e hizo un gesto de «así así».

—¿Con altibajos? —dijo Gardner.

—Sí —dijo ella—. Teníamos nuestras broncas, pero siempre se calmaba después. Estábamos unidos, supongo. Pero se parecía demasiado a su maldito padre.

—¿En qué sentido? —preguntó Gardner.

—Le atraían los problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

Se encogió de hombros.

—Le gustaba robar. Me robaba del bolso… Aunque nunca había mucho, la verdad.

Entonces pareció como si se le llenaran los ojos de lágrimas, así que Gardner dijo:

—Tómese su tiempo, Honey.

El momento pasó, y Honey suspiró.

—No tenía ninguna necesidad de robarme. Le habría dado cualquier cosa que me pidiera.

Gardner le ofreció una mirada compasiva a pesar de que no se daría cuenta; seguía con la vista clavada en el suelo.

—Sabía que lo estaba pasando mal, pero nunca lo mencionaba. Creo que pensaba que podía salirse con la suya sisándome unas pocas libras sin que yo me diera cuenta. Pero claro que me daba cuenta. Siempre te das cuenta cuando no tienes mucho, ¿sabe a lo que me refiero? En fin, tenía su orgullo, eso se lo reconozco. —Levantó la vista por primera vez en un buen rato—. Eso lo sacó de mí. ¡No de ese capullo de su padre!

Gardner continuó sondeando a Honey sobre su relación con Bradley, lanzando miradas de soslayo con regularidad a Riddick, aliviada cada vez que lo veía tomar notas. Cuando se hizo evidente que Honey o bien sabía poco de lo que su hijo hacía fuera de casa, o simplemente no estaba dispuesta a compartir nada, Gardner cambió de táctica.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su hijo, Honey?

En ese momento, Sandra entró en la habitación con una bandeja con tres tazas de té. Colocó la bandeja en la mesita entre los sofás.

—Tres tés con leche, sin azúcar. —Sonrió y tomó asiento junto a Honey.

Honey exhaló una bocanada de vapor y dijo:

—Ayer. Entró y saqueó la nevera, como hace casi todos los días, y luego desapareció por la puerta. Me pidió que lo llevara a un sitio, pero para entonces yo ya había superado el límite de alcoholemia. Nunca me gusta infringir la ley. Eso siempre se lo dejaba a los cabrones de los que me enamoraba.

—¿Adónde quería que le llevara? —preguntó Gardner.

—Al Crown Inn.

Riddick dijo:

—Eso es un Wetherspoons.

Gardner asintió.

—¿A qué hora le hizo esa petición?

—Sobre las ocho y media, creo. Más o menos. Estaba a punto de empezar el segundo episodio de *Corrie*. Otra razón por la que no quise llevarle… la razón principal, para ser sincera. Al final se fue andando.

—¿Cuánto se tarda en llegar al centro desde aquí andando? —le preguntó a Riddick.

—Veinticinco minutos, más o menos.

Lo que les daba una horquilla de entre las nueve y cinco, y las doce y tres de la madrugada, la hora a la que Doug llamó para informar del asesinato.

Gardner le concedió un momento a Riddick para que tomara notas, mientras ella se permitía un sorbo de té. El té sabía diferente.

Más suave y delicado de lo que estaba acostumbrada. Bajó la vista. También era de un color más claro. —Qué té más rico. Gracias.

—Té de Yorkshire —dijo Sandra—. Lo mejor de lo mejor, por supuesto.

—No tiene nada que ver —intervino Riddick—. El agua de aquí arriba es más blanda que la del sur. El té de Yorkshire sigue viniendo de plantaciones asiáticas. ¡No se cultiva en los valles!

Sandra pareció avergonzada.

—Solo era un comentario —dijo Riddick, encogiéndose de hombros.

Gardner suspiró para sus adentros ante la impertinente conversación. —Gracias. Bueno, Honey…

—¿Dónde estuvo usted entre las nueve y la medianoche de ayer? —preguntó Riddick.

Gardner tuvo que hacer un esfuerzo para no quedarse con la boca abierta. *¡Joder, qué bruto!*

—¿Dónde cree que estaba? —dijo Honey, fulminando a Riddick con la mirada. Alargó la mano para coger su té y, por un instante horrible, a Gardner le preocupó que fuera a tirárselo por encima—. Estaba aquí.

—¿Puede alguien corroborarlo? —preguntó Riddick.

Ahora Sandra miraba al suelo. Gardner se sintió obligada a intervenir. —Son preguntas rutinarias, Honey. No la estamos investigando de ninguna manera. Descartamos a todo el mundo antes de continuar.

Para gran alivio de Gardner, Honey apartó la mano del té caliente. De nuevo, agitó el vaporizador hacia Riddick. —Este es un mal bicho. —Miró a Gardner—. ¿Lo sabe?

Gardner negó con la cabeza. —El inspector Riddick solo está haciendo su trabajo, Honey. La pregunta es necesaria…

—No hablo de la pregunta. Hablo de él en general. Un mal bicho. No debería estar trabajando después de lo que hizo.

Joder, pensó Gardner. *¡Ya empezamos! ¿Qué has hecho, Paul?* Se sintió molesta con Marsh por no haberle contado más sobre el hombre con el que trabajaba. Más tarde, tendría que empezar a investigar.

—Honey —continuó Riddick—. ¿Podría responder a la pregunta, por favor?

Ella entornó los ojos. —Pregúntele al repartidor de pizza. Pedí una sobre las diez.

—Eso no cubre todo el intervalo de tiempo —dijo Riddick.

—Entonces, tendrá que detenerme… mal bicho.

Aquello se estaba yendo de las manos. Gardner se inclinó y le susurró al oído. —Fuera, Paul.

Riddick se puso en pie. Le entregó la libreta a Gardner y se dio la vuelta para marcharse.

—De patitas en la calle —espetó Honey—. Eso es lo que tendrían que haber hecho contigo.

—Qué amable —dijo Riddick abriendo la puerta—. Algunos tenemos hipotecas que pagar, Honey.

—¡Y tú te crees que yo no! —le gritó al inspector mientras se iba —. ¿Crees que me gusta vivir de las ayudas?

Cuando Riddick se hubo marchado, Gardner se volvió hacia Honey. —Siento que esto se haya descontrolado. Las intenciones del inspector Riddick eran las mejores.

Honey se echó a reír.

—No es usted sospechosa, Honey. Y vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano para averiguar quién ha hecho esto.

Honey ahora parecía enfadada y frustrada, en lugar de angustiada.

Gardner intentó reavivar la entrevista, pero, debido al brusco altercado, ahora parecía que estaba llegando a su fin. Aun así, consiguió presionar un poco más a Honey sobre Neil.

—Ese hombre es una rata. Acaba de salir del talego y ya se ha liado con alguien. Vive en su casa y todo. En la urbanización Hay-A-Park.

—¿Qué tipo de relación tenía con su hijo, Honey?

—Tendrá que preguntárselo a Neil. No muy buena. Pero bueno, ninguna de sus relaciones lo es.

Gardner continuó haciendo preguntas mientras se terminaba el té, pero cuando quedó claro que había poco más que tratar, al menos por el momento, se despidió.

Fuera, Riddick estaba sentado en el capó del coche.

—Ya basta, Paul. Necesito que me pongas al día —dijo Gardner.

—Es personal —dijo Riddick. Enarcó una ceja—. Aunque todo está en internet. —Dicho esto, bajó del capó de un salto y se metió en el asiento del copiloto.

8

El trayecto hasta Hay-A-Park fue corto, aunque pareció increíblemente largo. Tal era el efecto del gélido silencio en el coche de Gardner.

Al doblar una esquina para entrar en la urbanización y dejar atrás un parque infantil vacío, Gardner no pudo contenerse más. —¡No vamos a llegar muy lejos si sacas de quicio a los testigos!

El semblante de Riddick se ensombreció. —Estoy bastante seguro de que no he empezado yo.

—Podría haberte estado tirando piedras, que a mí me daría igual. Tú nunca entras al trapo.

Riddick miró por la ventanilla del copiloto, ocultando a todas luces su furia a su superiora.

Gardner giró a la izquierda. Riddick no le daba ninguna indicación, pero no importaba demasiado porque Gardner estaba usando el GPS. Fue contando los números de las casas por las que pasaba antes de detenerse junto a la entrada del número 26.

Apagó el motor y alargó la mano hacia el tirador de la puerta.

—Le he pedido la coartada —dijo Riddick—. He sido razonable.

—No, me has interrumpido. Sabías que estaba llevando el tema con delicadeza. Has decidido ir a la yugular.

Riddick negó con la cabeza.

Gardner suspiró. —Escucha, si quieres ponerme al día de qué va todo esto, soy toda oídos. Si no, sigamos adelante por ahora.

Preferiría oír tu versión de los hechos antes de encontrar por fin cinco minutos para buscar en Google ese infame caso Winters, pero se me está agotando la paciencia para romper esa coraza de terquedad tuya. ¡O hablas conmigo o te limitas a ayudarme! Lo de antes, en casa de Honey, no ayuda a nadie. El Comisario Jefe habla muy bien de ti, Paul, así que estoy interesada en mantenerte a mi lado, pero… —miró hacia la casa donde residía Neil Taylor en ese momento— si la cagas con esto, hablaré con el jefe en el Cuartel General.

Riddick miró a Gardner. —Hay algo que deberías saber.

—¿Ah, sí?

—Fui al colegio con Neil Taylor.

—Genial. —Gardner enarcó una ceja—. ¿Tenéis alguna rencilla?

—No exactamente, no. Es solo que soy muy consciente de la mierda de persona que es. Me cuesta garantizar que vaya a andarme con pies de plomo con él.

—Por el amor de Dios, Paul, acaba de perder a un hijo…

—¡Ese hombre es un traficante! El número de vidas que ha destrozado es incalculable. Si quieres compadecerte de él, adelante, jefa. Pero yo no pienso hacerlo.

—¿Será mejor que entre yo sola? —preguntó Gardner y suspiró.

—No pienso dejar que entres ahí sola.

Gardner soltó una carcajada. —¡Mi héroe!

—No lo digo en ese plan. ¡No te preocupes! ¡Nadie me ha hecho tan consciente de lo bien que sabes cuidar de ti misma como tú! Es solo que conozco a este gilipollas. Puedo ver a través de las mentiras que está a punto de contarte. Y te prometo que no serán más que eso.

—Vale —dijo Gardner—. Pero no le pegues. Por favor. ¿Tengo que suplicártelo?

Riddick sonrió e hizo el saludo scout. —Palabra de scout. Pero sigo sin poder prometer que seré educado. Aunque, después de cinco segundos en presencia de este hombre, a ti también te costará serlo.

Riddick abrió la puerta y salió.

Gardner negó con la cabeza y sonrió. Sinceramente, no sabía si le caía bien o no. En un momento quería abrirle la cabeza y, al siguiente, admiraba su temperamento.

Cuando llegaron a la puerta principal, oyeron a un hombre y a una mujer gritando dentro. El motivo real de la pelea no estaba claro, ya que las únicas palabras discernibles eran palabrotas, que atravesaban con fuerza la puerta de madera debido al énfasis que se ponía en ellas.

—Si no ha hecho más que empezar la mañana —dijo Riddick—. ¡A saber cómo está el ambiente a la hora de merendar!

—Entre esto y su madre neurótica, Bradley tenía una vida de mierda. —Gardner suspiró—. La gente debería tener eso en cuenta. —No miró a Riddick al llamar a la puerta, dejando claro que él era una de las personas a las que se refería.

—También he conocido a muchos niños ricos que eran unos auténticos capullos —dijo Riddick—. No discrimino por los orígenes.

¡Tenía respuesta para todo!

La puerta se abrió. Un hombre estaba de pie con un batín rosa de volantes. Tenía rasgos cincelados, pero eran demasiado afilados y angulosos para considerarse atractivo. El vello del pecho que se veía debido al batín mal atado era repulsivo.

Gardner levantó su placa.

—Por el amor de Dios.

Gardner miró a su izquierda, a Riddick, que contenía una sonrisa. Ella actuó como si no hubiera oído la inapropiada bienvenida y continuó. —¿Neil Taylor?

—Ajá.

—Soy la inspectora jefa Emma Gardner y este es…

—¿Puedo interrumpirla? Ya se lo dije a sus compañeros antes, ¿es que no escucharon? ¿Sabe por lo que hemos pasado hoy? ¿Por lo que *yo* estoy pasando? Y no me venga con esa sarta de chorradas de apoyo. —Se señaló a sí mismo y luego a Gardner—. Nunca hemos sido amigos. Que mi hijo haya muerto no es motivo para que entablemos ningún tipo de vínculo ahora. Dije que no, y era que no.

Gardner respiró hondo. —Señor Taylor, esto no es por el agente de enlace familiar.

Aunque conseguir meter uno aquí sería un gran golpe de efecto.

—Entonces, ¿qué quiere?

—Hacerle unas cuantas preguntas.

—¿Por qué?

—Interrogamos a todo el que es cercano a la víctima. Supongo que querrá que ayudemos a encontrar al responsable, ¿no?

—¿A qué hora murió mi chaval?

—Sospechamos que fue entre las nueve y las doce.

Dio una palmada. —Estuve en la cama con Mandy todo el rato. Si quiere, puede preguntárselo a ella.

—Nos gustaría —continuó Gardner.

—¿No puede hacerlo por teléfono?

—La verdad es que no. Escuche, señor Taylor, entendemos por lo que está pasando, pero no estamos aquí porque sospechemos de usted, sino para hacernos una idea de quién era su hijo e intentar identificar a quién querría…

—Neil, ¿tienes algo que ocultar? —preguntó Riddick.

Mierda, pensó Gardner. *¡Ya empieza otra vez!*

—¿Y por qué lo preguntas, Paul? —preguntó Neil.

—Porque, según mi experiencia, los testigos que se muestran groseros y despectivos suelen tener algo que ocultar.

Una sonrisa socarrona se dibujó en el rostro de Neil, que retrocedió dos pasos.

—Será mejor que entréis y os sentéis un rato, si es lo que hace falta. La última vez me la tendisteis bien. Acabé en el talego casi cuatro años. Será mejor que no os deje volver a hacerlo, ¿eh?

—Gracias, señor Taylor —dijo Gardner, siguiéndolo al interior de la casa.

—Lo que sea.

Gardner se giró para mirar a Riddick y reprimió el impulso de decirle que borrara de su cara esa maldita expresión de «te lo dije».

Puede que Mandy Spencer fuera la propietaria de la casa, pero Neil Taylor se había adueñado de aquel hogar. Tenía los pies sobre la mesita de centro y Gardner dio gracias a su buena estrella de que el batín le llegara hasta la parte alta de las pantorrillas. No sería la primera vez que un testigo se exhibía por accidente durante un interrogatorio, pero la perspectiva de un descuido por parte de Neil era especialmente nauseabunda.

Aún más nauseabundo era ver a Mandy desviviéndose por satisfacer todos y cada uno de los caprichos de Neil. En menos de diez minutos, le ordenó que abriera la ventana porque tenía calor, le exigió una taza de café e incluso tuvo el descaro de mandarla a su dormitorio a por sus cigarrillos.

Gardner observó los movimientos de Mandy, tratando de determinar si se debían a la adoración o al miedo. La conclusión a la que llegó la aterrorizó aún más. Era gratitud. Lo había visto antes en personas que saltaban de una relación abusiva a otra. Estaban tan desesperadas por no volver a su vida anterior que ignoraban las señales de advertencia de que la repetición de lo que había sucedido antes estaba a la vuelta de la esquina. Gardner había leído el historial de Neil. No cabía duda de que Mandy estaba atrapada en una relación muy tóxica con un hombre muy tóxico.

Cuando Mandy le entregó los cigarrillos a Neil, Riddick dijo:

—Preferiría que no fumara.

—¿De quién es esta casa? —Neil los arrojó sobre la mesa, junto a sus pies y el cenicero. Mandy se sentó a su lado y empezó a juguetear nerviosa.

—¿Qué tal era su relación con Bradley? —preguntó Gardner.

Neil miró a Mandy, sonrió y luego volvió a mirar a Gardner.

—¿Una mierda?

Gardner acercó el lápiz a su bloc de notas, pero pensó que era mejor no escribirlo.

—¿En qué sentido?

—Bueno, no se molestó en visitarme en el talego, así que ya puedes descontar cuatro años. Incluso antes de que me encerraran, apenas lo veía. Se pasaba el día por la calle, metiéndose en toda

clase de líos. Perdí la cuenta de las veces que los vuestros lo trajeron de vuelta a casa.

Si hubieras sido un padre para él, quizá habría tenido una razón para quedarse en casa.

—Sí, se metía en muchos problemas —dijo Riddick, leyendo sus notas—. Intervinieron los servicios sociales. En una ocasión estuvo a punto de pasar a la tutela del Estado.

Neil asintió.

—En su momento, le comenté a Honey que podría ser bueno.

—¿Por qué? —preguntó Gardner, sintiendo cómo la punta de su lápiz se partía al presionar con demasiada fuerza contra el bloc.

—Eso le demostraría que los actos tienen consecuencias. Le daría una lección. Habría vuelto algún día. Con disciplina, era de esperar.

—Pasar a la tutela del Estado no es lo mismo que alistarse en el ejército, señor Taylor —dijo Gardner.

—Hablando de actos que tienen consecuencias, Neil —dijo Riddick—. ¿Cómo le sentó a Bradley que fueras a la cárcel?

Gardner miró a Riddick. *Con calma, no te pases ahora…*

—Bueno, como he dicho, no me visitó, así que ata cabos. Además, me tendieron una trampa, como bien sa…

—No. Lo declararon culpable —dijo Riddick.

—Eso no significa que lo sea.

—¿Te consideras rehabilitado, Neil? —dijo Riddick.

—¿Rehabilitado de qué? ¡Era inocente!

Riddick resopló.

Vale, ya basta. Estás provocando al testigo otra vez, Paul.

—Todo esto está en el expediente, señor Taylor. Solo queremos determinar si es relevante para lo que le ocurrió a Bradley.

—No lo es. ¿Saben ya los vuestros cómo murió?

—No, me temo que no —dijo Gardner.

—Entonces, ¿ni siquiera sabéis si fue asesinado?

—Las circunstancias que rodean su muerte son sospechosas —dijo Riddick—. Es todo lo que podemos decir por ahora.

—¿Drogas? —preguntó Neil.

—¿Bradley consumía drogas? —preguntó Gardner.

Neil se encogió de hombros.

—¿Y yo qué sé? Apenas lo veía. Era un saco de huesos, pero ¿no lo son la mayoría de los adolescentes? —Puso la mano en el muslo de Mandy.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Bradley? —preguntó Riddick.

—Hace un par de días. Pasó por casa. Por la tarde.

—¿Para qué?

—¡Para dar problemas! —dijo Mandy. Era la primera vez que hablaba.

Gardner observó cómo los nudillos de Neil se ponían blancos mientras el cabrón apretaba con más fuerza la pierna de Mandy.

—Quería un préstamo —dijo Neil—. Estaba harto de vivir en casa de su madre. Quería que le diera dinero para la fianza y el primer mes de alquiler de algún sitio.

—¿Y lo ayudó? —preguntó Gardner.

—¡Ayudarlo! —dijo Neil—. ¿De qué le habría servido que le diera casi dos mil libras? Se lo habría fundido antes de llegar a la inmobiliaria. —Miró a los dos agentes—. ¡Ya sé lo que estáis pensando, de tal palo, tal astilla! Pero os digo que yo me he ganado todo lo que he tenido; ¡nadie me ha regalado nunca nada!

—Entonces, ¿se negó a ayudarlo? —dijo Riddick.

—Le *aconsejé* que se buscara un trabajo.

Riddick tomó una nota, murmurando adrede:

—Le negó el apoyo.

No puedes evitarlo, ¿verdad? Sacudió la cabeza en su dirección.

Preocupada por cómo Neil había agarrado la pierna de Mandy, Gardner se dirigió a ella.

—¿Eso era todo lo que quería?

Mandy asintió. Neil aflojó el agarre y retiró la mano.

—¿Sabe si Bradley tenía novia? —preguntó Gardner.

Neil negó con la cabeza.

—¡Te repito que apenas lo conocía! No iba a confiarme sus asuntos íntimos a mí, ¿o sí?

—¿Y amigos? ¿Enemigos, quizá?

Neil se encogió de hombros.

—Es tu hijo, Neil —dijo Riddick—. Tenéis un vínculo. No nos andemos con rodeos. ¡Algo tienes que saber de lo que hacía tu hijo!

Neil fulminó a Riddick con la mirada.

—Lee mis labios, Paul. Realmente. No. Lo. Sé. He estado limpio como una patena desde que me dieron la condicional hace diez meses. Me dedico a desguazar coches en el taller. ¡Las piezas viejas se venden bastante bien en eBay!

Gardner oyó el crujido de las tablas del suelo. Sonaba como si alguien estuviera bajando las escaleras, detrás de la puerta del salón.

—¿Hay alguien más en la casa? —preguntó Gardner.

—Solo mi hija, Cherish —dijo Mandy, poniéndose de pie—. Iré a ver si está bien.

—¿Qué edad tiene Cherish, señora Spencer? —preguntó Riddick.

Mandy palideció de repente y miró a Neil como si le pidiera permiso para responder a la pregunta.

Neil puso los ojos en blanco y bajó la mirada; sabría lo sospechosa que parecía su reacción.

—Dieciocho —dijo Mandy.

—Dieciocho. —Gardner tomó nota—. Una edad parecida a la de Bradley, entonces, ¿no?

—¿Y eso qué tiene que ver? —dijo Neil.

—¿Quizá tuvieran círculos sociales parecidos? Como mínimo, puede que conociera a algunos de sus amigos.

—Son como el día y la noche, esos dos —dijo Neil—. Por ahí no va a encontrar nada. Mand, cariño, ve a ver si Cherish está bien... No se ha encontrado muy católica estos últim...

La puerta se abrió y una joven en avanzado estado de gestación entró en la habitación.

Gardner se puso en pie. —¿Cherish?

—Sí... ¿Y usted quién es? —dijo la joven, acariciándose el vientre abultado, que quedaba al descubierto por culpa de una camiseta que le venía pequeña.

—La inspectora jefa Gardner, y este es el inspector Riddick.

Le hizo un gesto con la cabeza a Riddick para que él también se levantara.

La única persona que no estaba de pie era Neil, que mantenía la vista al frente con cara de muy pocos amigos.

Gardner se acercó a Cherish y se fijó de inmediato en que tenía la cara enrojecida y llena de manchas. Señaló la tripa con la cabeza. —¿Cuánto le falta?

—Seis semanas —dijo Cherish, y se secó las lágrimas.

—¿Debe de estar emocionada?

A Cherish se le llenaron los ojos de lágrimas. Mandy se acercó a ella y le pasó un brazo por los hombros. —¿No se ha encontrado muy bien, verdad, cielo?

Cherish negó con la cabeza. Las lágrimas le corrían por el rostro enrojecido.

—¿Le importaría que le hiciéramos unas preguntas, Cherish? —preguntó Riddick.

Neil por fin se levantó. —¡Pues no, no le importaría! ¿No veis en qué estado se encuentra la chica?

Gardner se giró para mirar al enfadado padre de la víctima y luego a Riddick. Le asintió brevemente. Esperaba que lo interpretara como lo que era. *Déjalo por ahora. Podemos volver a esto más tarde.*

Gardner volvió a mirar a Neil. —Lo entiendo perfectamente, señor Taylor. Comprendemos el día que deben de haber pasado. —Volvió la vista hacia Mandy—. Haremos todo lo que podamos. —Echó un vistazo a Cherish—. La muerte de Bradley es una tragedia...

Cherish lanzó un grito de angustia, se giró y hundió la cara en el pecho de su madre.

Bingo.

Fuera de la casa de Mandy Spencer, Gardner se montó en su BMW.

Riddick abrió la puerta del copiloto para sentarse a su lado, pero vaciló.

—¿A qué esperas? —le preguntó.

No respondió.

Tampoco se subió al coche.

Por el amor de Dios...

Salió del coche y lo miró por encima del techo. Él miraba con rabia la casa de Mandy.

—Volver a entrar ahí no es lo más...

—Está embarazada del bebé de nuestra víctima. —Parecía exaltado. Podía ver en su rostro la desesperación por saber la verdad.

—¡Sube al coche antes de que enseñes todas nuestras cartas en medio de esta maldita urbanización!

Refunfuñó, pero obedeció.

Gardner no consideró oportuno volver a sacar el tema hasta que salieron de la urbanización de Hay-A-Park. —¿La has visto? La pobre chica estaba hecha un desastre. Presionarla mientras Neil vigila no es la mejor jugada.

—¡Han asesinado a alguien!

—Respira hondo un par de veces y piensa. —Pasó por debajo del puente del ferrocarril y se metió en Chain Lane—. ¿Mejor? ¿Entiendes ahora por dónde voy?

—No estoy seguro. Sigo pensando lo mismo: han asesinado a alguien, y esa chica, Cherish, es la mejor pista que tenemos.

—Y Neil también lo sabe. Por eso se muestra tan reservado, mientras que Mandy elige sus palabras con mucho cuidado para no sacarle de quicio.

—¡¿Le viste la mano en la pierna de Mandy?! ¡Santo cielo!

Gardner asintió, sintiendo cómo la ira volvía a crecer en su interior. —¿Qué esconde ese cabrón?

—Bueno, no está protegiendo a Cherish. ¿Has visto cómo ha entrado la pobre chica en la habitación? Está embarazada de casi ocho meses. Desde luego, no estaba acechando junto a la torre del castillo, reduciendo a Bradley y luego escapando ágilmente antes de que el perro de Doug meara en la escena del crimen. A ese hombre solo le ha importado él mismo en toda su vida. —Riddick apretó el puño.

—Me he fijado en un par de sus botas al salir.

—A ver si lo adivino, ¿un cuarenta y dos?

—Sí, pero no nos emocionemos, es un número muy común. En fin... ¿por dónde se va al hospital? —preguntó Gardner.

—Gira a la izquierda en este semáforo —dijo Riddick.

—No saquemos conclusiones precipitadas sobre la implicación de Neil en el asesinato. El hombre tiene un pasado y, después de evaluar su carácter ahí dentro, sospecho firmemente que en el *presente* tampoco trama nada bueno. También sospecho que, simplemente, no quiere que metamos las narices en sus asuntos. Pensará que, en cuanto sepamos que la hija de su actual pareja está embarazada del hijo de Bradley, nos le echaremos encima como una plaga.

—Sí... ¿y cuándo tenemos previsto ese acercamiento tipo plaga?

—Bueno, la autopsia debe de estar a punto de terminar. Primero confirmemos que fue un asesinato. Luego, podemos tener nuestra reunión informativa y soltarles los perros a Neil y Mandy para averiguar por qué quieren ocultarnos la verdad.

—¿Perros? —dijo Riddick, y resopló—. Los hámsteres tienen más mordiente que esa gente.

—Bueno, a mí no me hacen falta más rottweilers —dijo Gardner, y le clavó la mirada a Riddick.

9

Atrapada en un atasco de camino al hospital, Gardner recibió una llamada en la que le pedían que retrasara la autopsia otros treinta minutos.

—Menos mal —dijo Gardner, tamborileando con los dedos en el volante—. ¿Cuánto tarda el puñetero tren?

Gardner y Riddick, junto con muchos otros, estaban parados ante una barrera que había bajado casi sin previo aviso. A pesar de llevar casi cinco minutos detenidos, seguía sin haber rastro del tren que había interrumpido su viaje.

Gardner señaló el pub The Prince of Wales, que estaba haciendo un buen negocio en su terraza de hormigón junto a la carretera, a pesar de ser solo primera hora de la tarde de un día laborable. —Ya veo por qué construyeron este pub. Que un tren me partiera el pueblo por la mitad también me empujaría a la bebida.

Riddick sonrió.

—¿Qué?

—Al final, ¿quién es el gruñón por aquí?

—La última vez que lo comprobé, el mal humor y la impaciencia eran dos cosas muy diferentes. —La barrera se levantó. Gardner miró el techo de su coche—. Gracias, Señor.

—Bueno, ya que no hay prisa, hay un Costa a la izquierda...

—Lo más sensato que te he oído decir en todo el día.

Tras aparcar, Riddick la invitó a un americano extragrande. Ella lo pidió sin leche. Él, por su parte, optó por un capuchino mediano. Plantó la bandeja en la mesa frente a ella.

—Café en un tazón de sopa —dijo Riddick—. ¡Cargar con esto hasta aquí cuenta como una sesión de gimnasio! Solo tenemos diez minutos, ¿sabes?

—No tardaré diez minutos.

—Como te bebas eso en menos de diez minutos, te va a reventar la vejiga.

Gardner se fijó en la cartera abierta de él sobre la bandeja. Había una foto de Riddick con una mujer, probablemente su esposa, y dos niñas pequeñas. La señaló. —Bonita familia.

Riddick bajó la vista hacia la foto y la cogió. La cerró, se levantó de la silla y se la guardó en el bolsillo trasero.

—¿La cartera en el bolsillo trasero? ¡Usa la cabeza, hombre! ¡Eres policía!

—Precisamente. Y todo el mundo lo sabe por aquí, así que, ¿quién lo va a intentar? —dijo Riddick—. Además, ¿no has visto cómo todos me evitan como si fuera el apestado del pueblo?

—Sí. —*Y, la verdad, es raro en alguien que es bastante agradable* —. ¿Quizá ahora podrías aclararme por qué?

Cogió su tazón de sopa revienta-vejigas con ambas manos y dio un sorbo grande y abrasador.

Riddick enarcó una ceja. —Menos mal que vamos al hospital. He oído que se les dan bien las quemaduras de tercer grado.

—Te lo he dicho, no tengo paciencia. Mi marido me llama *boca de amianto*.

—Qué romántico suena.

Gardner resopló. —¡Ojalá! En fin, háblame de tu familia. Como te he dicho, parecen muy monos.

Riddick desvió la mirada. —Sí.

—¿Las niñas tienen más o menos la misma edad?

—Son gemelas. Lucy y Molly.

—Qué bien. ¿Cómo son?

—La noche y el día. —Riddick sonrió, con la mirada perdida en el vacío—. A una le flipan las princesas y a la otra le encanta sembrar

el caos con una pistola Nerf.

Gardner se rio. —¿Y tu mujer?

Riddick miró a Gardner. —¿Es esta nuestra reunión para «conocernos mejor», jefa?

—Bueno, supongo que tendremos que intentarlo en algún momento.

—No te ofendas, nunca se me ha dado bien hablar de mí mismo. —Tomó un sorbo de capuchino.

—¿Al menos dime cómo se llama?

—Rachel.

—¿A qué se dedica Rachel?

Él desvió la mirada. Era evidente que no quería hablar de aquello. Para no darle la oportunidad de escaquearse de otra conversación, ella dijo: —¿Su trabajo?

—Su trabajo es cuidarnos... ¡A mí en particular! —dijo Riddick, volviendo a mirarla.

—¿«Detrás de cada gran hombre hay una gran mujer» y todo eso?

—La única estupenda es ella. Te has hecho una idea completamente equivocada de mí.

Quizá, pensó Gardner. *Aunque de lo que sí me estoy dando cuenta es de que te infravaloras muchísimo.* —¿Por qué tanta autocompasión?

—No me había dado cuenta.

Sí, claro. —¿Sabes que la Comisario Jefe Marsh te tiene en muy alta estima?

—¿Igual que tenía en alta estima a tu equipo?

—Sí, eso fue una patraña, pero no te estoy mintiendo sobre esto.

Riddick se rio. —Créeme, Marsh preferiría que no estuviera aquí.

—Entonces, ¿por qué te pondría en el caso? No es que los asesinatos abunden por aquí. Estoy bastante segura de que quiere resolverlo. Pronto.

—Te gusta hablar, jefa. ¿Quizá deberías bajarle a la cafeína?

—Hablar es bueno. La cafeína no tanto.

Tomó un gran sorbo de su capuchino tibio. —Nunca me ha parecido que hablar sirva de mucho.

—¡Jesús, eres la alegría de la huerta! Tienes una familia preciosa. Da gracias a tu buena estrella. ¿Cuánta gente puede decir eso? Menos de la que crees. —Tomó otro sorbo de su americano—. Te hablaré de la mía. Tengo un marido, Barry, que, a diferencia de tu media naranja, hace muy poco por la familia. Sin embargo, para ser justos, sí que trae a casa un sueldo decente... Anabelle, mi hija, tiene seis años y va para trece. —Puso los ojos en blanco.

—Las niñas son así —dijo Riddick con una sonrisa.

—Eso parece. He perdido el control de su armario.

—La independencia y los jóvenes. Es la tierra prometida.

—Sí. Pero llevar leotardos de varios colores al colegio es una tierra que preferiría evitar.

Riddick se rio. —¿Van a venir a reunirse contigo pronto?

—Barry está atando los últimos cabos en Salisbury y luego subirán para acá.

—Debes de odiar estar sin ellos, ¿no? —dijo Riddick, mirando su capuchino y removiéndolo en la taza.

—Sí, odio la paz y la tranquilidad.

—Estás investigando un asesinato, eso no es precisamente paz y tranquilidad.

Gardner asintió.

Riddick miró su reloj. —Hablando de asesinatos, jefa, tienes que darte prisa. A estas horas ya habrán abierto y cerrado a nuestra víctima.

Gardner se bebió el resto de su cubo de café.

10

Mientras esperaba en la zona de vestuario, Riddick se paseaba de un lado a otro. —No les vendrían mal unas puñeteras ventanas.

—Por mi experiencia, los depósitos de cadáveres siempre están en el culo de los hospitales —dijo Gardner, echándose unos Tic Tacs en la mano.

—Sin luz del sol. ¡Sería como tener *trastorno afectivo estacional* todo el año en este calabozo!

—He conocido a muchos médicos legistas que lo prefieren así. —Se comió los Tic Tacs con un crujido.

—Hugo siempre ha sido un bicho raro.

—A ver si adivino, ¿también fuiste al colegio con él? —preguntó Gardner.

Riddick asintió. —Aunque, a diferencia de Neil, no es un gilipollas, solo raro.

—Se te da muy bien encasillar a la gente. ¿Cuál es mi etiqueta?

—De momento, desafías toda clasificación, jefa.

Ella sonrió y asintió. —Me gusta eso.

Riddick siguió paseándose. —Y olvídate de la oscuridad, ¿cómo puede alguien trabajar con este olor a detergente…?

La puerta se abrió y Hugo entró vestido con el pijama quirúrgico.

Tenía las manos enguantadas y manchadas de sangre en alto. ¿Era aquello una clara advertencia para todos los presentes de que no le ofrecieran un apretón de manos? —Buenas tardes. —Se quitó

los guantes de plástico con un chasquido, pisó la palanca de la papelera y tiró los objetos ofensivos dentro. Luego fue al lavabo y se frotó las manos.

Gardner le lanzó la libreta a Riddick, que la cogió con ambas manos. —Apunta.

Él la saludó con un gesto militar. —En realidad, retiro lo que acabo de decir… De hecho, sí que tengo una caja claramente etiquetada para ti.

Gardner le habló a la espalda de Hugo. —¿Y bien? ¿Qué tenemos?

Hugo cogió una toalla y se giró para mirarla, secándose las manos mientras lo hacía.

Ya estamos otra vez, pensó Gardner. *¡Es como hablar con un maldito perezoso!*

Le entraron ganas de decir: «Pensaba que sería más fácil cuando lo tuviera usted en la camilla», pero se tragó las palabras.

Finalmente, habló. —Puedo decirle, sin la menor duda, que la causa de la muerte es asfixia.

¡Aleluya, una conclusión! —¿Entiendo?

—Las marcas en el cuello han empezado a aparecer. Esto suele ocurrir cuando la piel empieza a secarse. Se vuelve más transparente y las marcas en el tejido se hacen más evidentes. También hay contusiones en la tráquea. He tomado muestras, pero no creo que encuentren ADN. Sin embargo, tenemos algunas fibras. Verá, lo estrangularon con una llave de estrangulamiento. La policía, sí, *esos serían ustedes*, usaba llaves de estrangulamiento para reducir a los sospechosos antaño. Se prohibió tras una oleada de muertes accidentales.

Gardner intercambió una mirada con Riddick. El tono acusador de Hugo podía sugerir que creía que los agentes de policía actuales tenían la misma capacidad para la brutalidad policial que los de antes; una soberana estupidez, por supuesto.

—¿A qué otras conclusiones ha llegado? —preguntó Gardner.

Esperó su respuesta mesurada. —El patrón de los moretones y contusiones emergentes sí sugiere que fue arrastrado. Diría que su agresor era más alto que la víctima, y fuerte. No descarto a una

mujer, pero es más probable que sea un hombre. Bradley habría perdido el conocimiento antes de morir. Por lo tanto, el agresor podría haberse detenido cuando se quedó flácido. En la lucha libre, la llamaban «mataleón» por esa razón.

—Sabemos que la hora de la muerte fue entre las nueve y las doce —dijo Gardner—. ¿Podría acotarla un poco más?

—Diría que más cerca de las doce que de las nueve —dijo Hugo —. Si hubiera sido a las nueve, lo más probable es que los moretones hubieran aparecido en la escena del crimen.

—De acuerdo, gracias, eso es útil.

—Ah, también hay algunas pruebas de forcejeo. La víctima se llevó las manos hacia atrás para agarrar los brazos que le cortaban el oxígeno. Hemos recuperado algunas fibras más de las uñas, pero me temo que ni piel ni sangre.

Aquello fue una decepción. Normalmente sacaba más provecho de la autopsia. El hecho de que el arma homicida fuera el brazo cubierto de alguien no ayudaba en absoluto. El estrangulamiento cara a cara con las manos a menudo dejaba ADN.

—¿Había mantenido relaciones sexuales recientemente? —preguntó Riddick.

—Sí —dijo Hugo—. Muy recientemente, dentro del marco temporal que ya hemos mencionado. También había rastros de espermicida. Sospecho que usó un preservativo.

Gardner y Riddick intercambiaron otra mirada.

El preservativo usado en la escena. ¿Con quién había mantenido relaciones sexuales Bradley junto a la torre del homenaje, con vistas al viaducto?

—Hay algo más —dijo Hugo—. La *crème de la crème*, de hecho.

A Gardner la desconcertó el uso de lenguaje figurado. Además, sonrió, lo que resultó un tanto inquietante.

—Nuestro indicio más claro de que fue deliberado y premeditado. Verá, el agresor dejó una marca en la parte baja de la espalda de la víctima, debajo de donde se apoya el cinturón. La marca mide solo unos cinco centímetros de largo por dos y medio de ancho y se hizo post mortem. Usaron un cuchillo afilado y luego pegaron una gasa

sobre ella. Por eso pasó desapercibida en la escena del crimen y no había sangre en la camisa. A mí la marca me parece la letra *E*.

Gardner intercambió otra mirada con Riddick. Su expresión lo decía todo: *¿en Knaresborough?*

Sintió una fría punzada en la parte baja de la espalda, en el mismo lugar donde Bradley tenía la cicatriz. —Necesitamos verlo.

—Lo sé —dijo Hugo, señalando con la cabeza unos pijamas quirúrgicos colgados en un perchero al fondo de la sala—. Por eso les preparé estos.

11

Paranoico tras los sucesos del día, Neil se levantó del sofá, fue a la cocina y cogió del lavavajillas el cuchillo que había usado la noche anterior.

Le dio la vuelta bajo la bombilla.

Mira... reluciente... ni rastro de sangre... ¡deja ya de ser ridículo!

Su mente se centró en el jersey que estaba fuera, en el cubo de la basura.

¿Debería quemarlo en lugar de dejárselo a los basureros?

Descartó la idea. ¡Probablemente llamaría más la atención con el fuego!

No, lo mejor que puedes hacer ahora mismo, Neil, es tomarte una cerveza. La policía tiene un don para ponerte de los nervios.

Oyó un fuerte golpe y miró al techo, donde estaba la habitación de Cherish.

¿Es que todavía no has aprendido la lección?

Se oyó otro fuerte golpe.

Increíble.

Gritó:

—¿No tengo ya suficientes preocupaciones?

Hizo una pausa, esperando a ver el efecto de sus palabras. Nada. Un silencio maravilloso. Bien. De verdad que lo estaban sacando de quicio...

Otro golpe.

¿Qué coño tengo que hacer para tener un poco de paz aquí?

Subió las escaleras a zancadas, buscó una llave en el bolsillo, la metió en la cerradura de la puerta del dormitorio de Cherish y la abrió.

Cherish, agarrándose el vientre embarazado y descubierto, estaba allí de pie, mirándolo fijamente. Tenía la cara congestionada de haber llorado sin parar todo el día, pero ahora su expresión ardía. Tenía el labio contraído en una mueca de desprecio y enseñaba los dientes.

—¡*Ahora* sacas las garras, chiquilla!

—Te *odio*.

Neil se rio.

—Es una pena que no pudieras sacarlas cuando Bradley te ninguneaba. Podríamos habernos ahorrado un problema. —Señaló con la cabeza la barriga de ella.

Ella se acarició el vientre.

—No puedes tratarnos así.

—¿Que no puedo?

—Da igual quién seas —dijo Cherish.

—¿Ah, no? —Neil se hizo a un lado y miró a Mandy, que estaba sentada en el borde de la cama. Se sujetaba una bolsa de guisantes congelados en un ojo.

Neil señaló la puerta abierta.

—Vale, Cherish. Dejaré esta puerta abierta con una condición.

—Lo que sea —dijo Mandy, y luego hizo una mueca de dolor.

Cherish negó con la cabeza, asqueada.

—La policía volverá. *Siempre* vuelve. Y cuando lo haga, mantened la puta boca cerrada, ¿vale?

—Sí —dijo Mandy.

Cherish entornó los ojos.

—¿Cherish? —dijo Neil.

—Lo que sea. —Cherish pasó furiosa a su lado.

—Buena chica. —Neil sonrió.

12

Había sido un día ajetreado, pero esa clase de acontecimientos bien podían prolongarse sin tregua durante toda la noche, y Gardner sabía lo importante que era asegurarse de que su equipo estuviera descansado. Si surgía algo urgente para la Unidad de Crímenes Mayores, ella y Riddick asumirían esa responsabilidad; no quería ponerse en contra a su nuevo equipo.

Levantó la vista hacia la inscripción *Operación Edén* en la gran pizarra blanca. Había sufrido modificaciones.

A la derecha de la pizarra había una gran imagen aérea de los terrenos del castillo y fotografías en primer plano de las tres entradas: entre las grandes torres macizas de la muralla del recinto; el aparcamiento de la entrada lateral, que ofrecía la ruta más corta a la escena del crimen en la torre del homenaje; y los escalones que bajaban a Waterside por debajo del imponente viaducto. Además, había más fotos aéreas de la serpenteante Waterside, que iba desde Bond End, por un lado, hasta Bland's Hill, por el otro.

Bradley permanecía en el centro de la pizarra, congelado en aquella pose agresiva con una ceja afeitada.

Congelado para siempre.

De la víctima salían líneas rojas que la conectaban con Neil Taylor, el padre traficante; Cherish Spencer, la posible madre de su hijo nonato; y Honey Taylor, la sufrida madre. Había otros personajes en esta historia en desarrollo que se habían ganado una

conexión de color sangre con la víctima. El mejor amigo de Bradley, Dan Lotus, era una nueva incorporación. Oirían más cosas sobre ese alborotador más tarde en esta reunión informativa.

Además, en la pizarra había imágenes de las zonas donde Bradley solía pasar el rato con sus amigos: el parque cercano al centro cívico de Knaresborough y el campo próximo al campo de rugby, por nombrar algunas. Uno de sus agentes también había clavado con una chincheta un mapa de Knaresborough en la esquina inferior de la pizarra y, meticulosamente, había dibujado con un bolígrafo verde las «rutas» más comunes que la pandilla de Bradley recorría a diario.

Gardner se apartó de la pizarra y se volvió hacia su equipo de once personas, que, en general, parecían sorprendentemente animadas a pesar de haberse pasado el día pateando la calle. Nunca estaría agradecida por un asesinato, pero le alegraba ver a muchos de sus colegas motivados por un propósito. Con demasiada frecuencia, su trabajo podía ser lento y pesado, y no estar lleno de la emoción y el glamur que prometían las típicas series de crímenes de la televisión.

Riddick estaba en ese momento repasando los resultados del análisis forense hasta la fecha. Le había entregado a cada agente una fotografía de la E de cinco centímetros grabada en la parte baja de la espalda de Bradley. —La ausencia de coagulación sugiere que se hizo post mortem. No fue para torturar a la víctima. Sospechamos que podría ser algún tipo de mensaje.

La mano del sargento detective Phil Rice se alzó en el aire. El agente que, antes, se había empeñado en justificar que la muerte de Bradley era una bendición para la comunidad local.

Riddick asintió hacia él. —¿Phil?

—¿Su firma? —dijo Rice, frotándose la calva como si se estuviera sacando las ideas a la fuerza.

—No se descarta nada por el momento —dijo Riddick—. Creemos que la «E» forma parte de un mensaje.

—¿Éxtasis? —dijo Rice—. Bradley y algunos de los otros estaban metidos en drogas.

—Como ha dicho el inspector Riddick, no se descarta nada, pero atengámonos a los hechos por el momento. —Gardner asintió en dirección a la agente detective O'Brien y al sargento detective Ross, que estaban sentados juntos—. Lucy y John están investigando la cultura de bandas de Knaresborough y pueden ponernos al día en un momento.

Matt Blanks levantó la vista del ordenador. Gardner estuvo segura de haber visto al operario del HOLMES 2 poner los ojos en blanco bajo su melena de pelo alborotado. El caso tenía muchos ángulos y la introducción de los datos le resultaría agotadora. Sin embargo, le alegró ver que se recuperaba rápidamente y volvía a aporrear el teclado.

—Los análisis forenses de la fibra encontrada bajo las uñas de Bradley y las muestras de ADN del preservativo aún no están listos, pero se están tramitando con urgencia. Es poco probable que estén para mañana, pero no hay que perder la esperanza.

—Gracias, inspector Riddick —dijo Gardner. A pesar de su impopularidad, estaba manejando bien la situación. La gente de allí probablemente pensaba de él lo mismo que el comisario jefe: capaz, pero desequilibrado. Gardner no había visto nada que contradijera esto en su comportamiento de hoy.

—Ahora, Ray. —Gardner asintió hacia el alto agente de policía negro—. Su equipo ha sido muy eficaz a la hora de reconstruir la cronología de los hechos.

—Gracias, jefa —dijo Barnett, poniéndose en pie. Gardner se alegró de que, hoy en día, las Salas de Incidentes optaran por focos en lugar de bombillas colgantes. Barnett debía de medir más de dos metros.

Se dirigió a las fotos de Knaresborough en el lado derecho de la pizarra. Dio un golpecito en el mapa del centro de la ciudad. —Según Honey, la madre de Bradley, salió de casa a las 20:30. Tenemos imágenes de videovigilancia de su llegada a The Crown Inn a las ocho y cincuenta. Se reúne con su mejor amigo, Dan Lotus. —Barnett se desplazó por la pizarra y señaló con el dedo la foto de otro joven de aspecto enfadado—. Entran juntos. Tenemos fotografías de todos los demás socios conocidos de Bradley que

entraron en el pub después de esa hora. Incluyendo a Bradley, fueron cinco en total.

Gardner asintió. Se giró para mirar a los agentes y fijó la vista en una de las pocas mujeres presentes. —¿Louisa? ¿Se ha interrogado a los cuatro amigos?

La agente detective Louisa Marks abrió su cuaderno. —Sí. Todos ellos han proporcionado información que respalda la cronología establecida por el sargento detective Barnett hasta ahora. Se fueron todos juntos a las diez y veinticinco.

Gardner volvió a mirar a Barnett, que asentía. —Salieron tambaleándose, más bien. Pero esa es la hora que tenemos en la videovigilancia. Luego cruzaron la calle hacia Rizza Pizza. Entraron en el local de comida para llevar e hicieron sus pedidos.

—Sí, lo han confirmado —dijo Marks.

—El grupo salió entonces del local —continuó Barnett—, se dirigió al callejón del lateral del establecimiento y liaron tres porros.

—Ninguno de los cuatro testigos mencionó eso —dijo Marks.

—¿Por qué será? —dijo Rice.

—Obviamente no tenían ni idea de la cámara de videovigilancia que hay en el callejón —dijo Barnett, señalando una imagen de los cinco jóvenes fumando juntos.

—Eso, o no les *importaba* —dijo Rice.

Gardner asintió.

Rice, que había estado trabajando hoy con Barnett, dijo: —Y aquí es cuando la cosa se pone más picante…, y no lo digo por la pizza de pepperoni.

¿De verdad acaba de soltar esa broma?, pensó ella, y lo miró enarcando una ceja.

Increíblemente, varios de sus compañeros soltaron una risita.

¿Quizá el listón para la risa fácil está más bajo aquí en el norte?

—El propietario, Marco Russo —dijo Barnett, dando un golpecito sobre la foto de un hombre corpulento con traje—, salió a llamarles la atención a los jóvenes por fumar porros delante de su establecimiento. Las grabaciones de la videovigilancia muestran una discusión entre Marco y Dan Lotus. En ningún momento se vuelve violenta. Y, es más, la grabación indica que Marco era el que tenía

más papeletas para soltar un puñetazo a medida que avanzaba la disputa. Al final, Bradley interviene y de hecho calma la situación. Tira el porro al suelo, lo pisa y les ordena a otros dos, que también tienen porros, que hagan lo mismo.

—¿Bradley, el líder? —dijo Gardner—. ¿Y, al parecer, alguien que respeta a los demás? —Recorrió a su audiencia con la mirada, con la esperanza de que esto ayudara a que los agentes más curtidos simpatizaran con la víctima.

—¿O quizá solo quería su pizza? —dijo Rice.

Gardner suspiró para sus adentros. —Continúe, por favor, Ray.

—Sí, jefa. Después de comerse la pizza, Bradley se separa del grupo. —Barnett recorrió la calle principal con el dedo—. Sus amigos se dirigen hacia Bond End. Y Bradley —dijo, señalando el centro propiamente dicho— se dirige al centro por un callejón. Tenemos una grabación de la videovigilancia de él en el banco, junto a Blind Jack, usando el móvil.

—¿Blind Jack? —preguntó Gardner.

—Una estatua de bronce de John Metcalf en uno de los bancos. Tiene una rueda de agrimensor al lado —dijo Barnett.

—Una leyenda local, jefa —dijo Marks—. Se quedó ciego a los seis años por la viruela, pero aun así se convirtió en uno de los padres de la carretera moderna. Fue responsable de 180 millas de vías de peaje.

—Gracias —dijo Gardner—. ¿Qué hacía Bradley con el móvil?

—No sabría decirle —dijo Barnett—. Supongo que estaba enviando mensajes, porque en cuanto recibe una respuesta, se pone en pie de un salto.

—Entonces, será por sexo —dijo Gardner.

—¿Perdón? —dijo Barnett.

—Sexo. Acaba de quedar para un rollo. Supongo que encontraremos su ADN en el preservativo usado. Dudo también que le escribiera a Cherish Spencer, ya que está demasiado embarazada como para andar deambulando a estas horas para una cita secreta en unas ruinas del siglo XIV. ¿Hemos localizado ya el móvil de Bradley?

—Lo siento, jefa —dijo Barnett—. Todavía ni rastro.

Gardner suspiró en voz alta en esta ocasión. —¿En qué momento de la cronología estamos, Ray?

Barnett consultó sus notas. —Las once menos cinco. Bien, Bradley baja por Market Place —continuó trazando la ruta con el dedo—, entra en Castlegate, gira a la derecha en Castle Yard y se acerca a la entrada del castillo. Así que nuestro último avistamiento en la videovigilancia es a las once y un minuto.

—Una ventana de una hora para que lo asesinaran —dijo Gardner—. ¿Potencialmente, a manos de la persona con la que tuvo sexo?

Rice levantó la mano enérgicamente. No se molestó en esperar a que le dieran permiso. —¿No dijo el médico legista que sospechaba que el asesino era un hombre?

Gardner se encogió de hombros. —¿Por qué no podría Bradley haber estado teniendo sexo con un hombre?

Rice parecía confuso. —¿No encaja mucho con su personalidad, jefa?

—Su visión de la personalidad de él es bastante bidimensional, Phil. Ya tenemos a un chico que ha demostrado dotes de liderazgo, que ha apaciguado una discusión con un comerciante enfadado y que, ¿podría ser gay? ¿No entra en la descripción de nuestro trabajo elaborar perfiles en lugar de hacer suposiciones?

Rice bajó la mirada; también lo hicieron varios de sus compañeros. Ella se preguntó si eso evitaría que se colgaran tanto de sus faldones arrogantes.

Barnett continuó. —Nadie entró en el castillo por la misma ruta durante la siguiente hora. Nadie. El siguiente avistamiento es a las once y cincuenta y seis. Doug Brace paseando a su perro.

—Vale, ¿y qué hay del aparcamiento de Castle Yard, por donde entramos nosotros? —preguntó Gardner.

—Tampoco, nadie —replicó Barnett.

—¿De verdad?

—Sí. Una noche entre semana en Knaresborough es bastante tranquila por el centro.

\—¿Así que eso nos deja Waterside? —preguntó Gardner.

—Sí. —Barnett asintió—. Pero esta parte es un trabajo en curso. A la gente le gusta dar paseos tardíos por Waterside. Desde Bond End hasta Bland's Hill hay unas dos millas. Hay muchas casas y cafeterías en este tramo, lo cual es positivo para las grabaciones de videovigilancia, al menos en el lado más cercano a Bond End. Sin embargo, hay mucha actividad. Incluidos coches que pasan por aquí.

—¿No puede acotarlo a aquellos que suben por estos escalones hacia el castillo? —preguntó Gardner, señalándolos en la imagen aérea.

—Por desgracia, no hay videovigilancia en los escalones, ni en Waterside *pasados* los escalones antes de Bland's Hill. Así que no podemos saber si alguien optó por subirlos.

—¿Si alguien optó? —dijo Gardner—. Ray, sabemos que alguien optó por subirlos, eso no se pone en duda.

—Sí, jefa.

—Tenemos una ventana de tiempo pequeña, Ray. Si Bradley le escribió a la persona con la que iba a encontrarse a las once y cinco, entonces empezamos a contar desde ahí. Nuestro asesino se acercó a los escalones desde uno de estos dos lados. —Señaló primero Bland's Hill—. Si se acercó desde Bland's Hill, no tenemos grabaciones, así que tiene que ir más atrás, al propio Bland's Hill. —Luego señaló Bond End—. Si fue por Bond End, entonces tenemos muchas grabaciones antes de los escalones, y acabaremos por pillarle.

Barnett asintió. —Se están preparando las listas. Los que viven allí, y por tanto conducen, aparcan y caminan por Waterside habitualmente, y los que están de paso, ya sea en vehículo o a pie.

—Buen trabajo. ¿Cómo va el puerta a puerta?

—En marcha —dijo un agente de más edad desde el fondo de la sala.

—Lo siento —dijo Gardner—. Aún no me he aprendido los nombres de todos.

—Agente Detective Will Holbeck, jefa.

—De acuerdo, Will. ¿Qué ha averiguado?

—Ha sido frustrante, me temo, jefa. Muy parecido a lo de Ray. La gente no presta mucha atención desde las ventanas de sus casas en

Waterside. Es un sitio muy concurrido. Están acostumbrados... Aunque hubo una cosa...

—Prosiga.

—La señora Seren Hamilton oyó a un hombre discutiendo por el móvil. Un montón de tacos y juramentos. Eran las once y media. No hay muchas cosas que hagan que esta señora se asome a la ventana, pero dijo que gritaba tan fuerte que le preocupó que estuvieran atracando a alguien. Cuando llegó a la ventana, él ya estaba terminando.

—¿Puede dar una descripción?

—Ropa oscura, alto y con una sudadera con la capucha puesta. No mucho más, me temo.

Gardner volvió a mirar a Barnett. —¿Ha cotejado esto con la videovigilancia?

—Sí —dijo Barnett, buscando en sus notas. Sacó la fotografía de una figura encapuchada—. Recorre todo el tramo desde Bond End hasta nuestro último punto de videovigilancia antes de los escalones.

—¿Puede enviar la imagen al equipo forense de vídeo? —dijo Gardner—. Que la mejoren.

—Ya nos estamos ocupando, jefa —dijo Barnett—. Pero no creo que sirva de mucho. La calidad de la grabación es una mierda, y ahí abajo está muy oscuro.

—Algo es algo —dijo Gardner—. Vale, voy a pasarme la tarde examinando a fondo las declaraciones detalladas que tenemos de Doug Brace y de los cuatro amigos que pasaron la noche con Bradley antes de que lo asesinaran. El inspector Riddick y yo nos centraremos mañana en Neil Taylor y Cherish Spencer. Y Ray y su equipo van a remover Roma con Santiago en Waterside. Me temo que mañana será un día todavía más ajetreado que el de hoy, así que quiero que os vayáis todos a casa a descansar. De vuelta aquí a primera hora. A las seis de la mañana. Con suerte, podré compartir con vosotros las conclusiones definitivas de los oficiales de la escena del crimen, que acaban de terminar el registro de la casa de Bradley. Los informes preliminares dicen poca cosa, pero no he hablado con ellos desde hace un par de horas. Bien hecho, equipo. Descansad.

13

A Gardner le habían buscado alojamiento en una vivienda de nueva construcción a las afueras de Knaresborough.

Deambuló por la casa de tres plantas, maravillándose del espacio y del mobiliario moderno antes de instalarse en su nueva cocina. Aún había luz, así que contempló el cuidado jardín.

Podría acostumbrarme a esto. Se sirvió una copa grande de vino tinto, pensando en su cuchitril del sur, con aquel jardín lleno de calvas de barro.

Miró su teléfono móvil. Tenía poca cobertura y ni rastro de 3G o 4G. El precio de estar tan lejos de la ciudad. Peor aún, la conexión a internet de la casa todavía no estaba activada. *¡Maldito departamento de administración!* Una casa preciosa, sí. ¡Una decoración estupenda, desde luego! ¡Pero la logística! ¿Cómo dirige un director de investigación un caso sin internet?

Llamó a su marido, Barry, que sonaba tan aburrido como de costumbre, pero ella no hizo ningún comentario. Incluso antes de la mudanza al norte, sentía que su matrimonio se acercaba a un punto de no retorno. Normalmente, un recordatorio de su matrimonio en crisis la habría sumido en una espiral de ansiedad; sin embargo, en ese momento, iba por la mitad de una botella de Merlot y todo había empezado a adquirir un ligero brillo. Al final, el muermo le informó del éxito de Anabelle: un diploma de su profesora por su notable

progreso con la fonética. Esto se sumó a la cálida sensación de Gardner.

Durante la mayor parte de la llamada, su mente estaba en otra parte, y al final le pidió un favor. Era lo mínimo que podía hacer por su persistente falta de interés en ella. —Quiero que busques en Google el caso Winters de North Yorkshire. Y también quiero que busques al inspector Paul Riddick.

—¿Por qué?

Porque te lo he pedido. —Es mi subdirector de investigación. Hay historia entre nosotros. Una historia importante, supongo. No ha soltado prenda y, como ya te he dicho, no tengo internet.

—¿No podías habérselo preguntado a alguien del trabajo o, mejor aún, haber usado internet cuando estabas fuera?

¡Marsh no es que soltara mucha prenda! Además, apenas he tenido cinco segundos libres desde que llegué. Pero bueno, olvida las excusas, eres mi marido, así que… —¿Puedes hacerlo y ya, por favor?

Él accedió a regañadientes.

—Y devuélveme la llamada tan pronto como puedas, por favor.

—Vale, te quiero —dijo él y colgó.

¿De verdad? Es más, ¿te quiero yo a ti?

Bajo la luz menguante, observó a una urraca escarbar en busca de gusanos en su nuevo jardín y se acabó lo que quedaba de la botella. De camino a casa había cogido una comida precocinada para el microondas, pero al llegar ya no le apetecía un madras al rojo vivo y la había metido en la nevera, junto a una botella de Chardonnay que guardaba para mañana…

Su teléfono sonó. Bajó la vista y vio, con una pequeña explosión de emoción, que era el hombre responsable de haber impulsado su carrera, el inspector jefe Michael Yorke. ¡Si alguien sabía las palabras perfectas que decirle en ese momento, era ese hombre!

—¡Mike!

—Emma, ¿cómo estás?

—Bien. ¿Dos días y ya me echas de menos?

—Exactamente. —Hizo una pausa—. ¿Tienes un minuto?

Algo no iba bien. —Suenas incluso más serio de lo habitual, y eso ya tiene mérito.

—Gracias. —Suspiró—. Es sobre Jack…

Su mente se quedó en blanco. —¿Qué Jack? —Era un mecanismo de defensa. Sabía de sobra quién era Jack.

—Tu hermano.

Se le heló el pecho. Cerró los ojos. Estaba de nuevo en el laberinto de espejos de Malcolm. Jack estaba frente a ella, sosteniendo su piedra. Se agarró la cabeza sangrante y lo miró fijamente a sus fríos ojos sin vida.

Abrió los ojos. —¿Estás seguro? ¿Jack *Moss*?

—Seguro, Emma. Estoy viendo el informe en la pantalla ahora mismo. *Jack Nathan Moss.* Está fuera. Buena conducta.

—Mierda. ¿Dónde está ahora?

—En un piso de reinserción en Tidworth… Escucha, Emma, esto no tiene por qué ser tu problema. No le debes nada.

—¡Ya te digo!

—Solo pensé que debías saberlo.

—Gracias.

—Entiendo que esto puede haber sido un golpe para ti, así que ¿qué tal si lo dejamos para mañana por la noche? ¿Para darte tiempo a que todos tus nuevos colegas te coman de la mano? Así podrás contarme los cotilleos de la vida en el norte.

Ella se rio. —Sería genial, Mike.

Tras la llamada, vació el resto de la botella en su copa de vino. Un poco se derramó por el borde y cayó sobre la mesa de madera.

Jack Nathan Moss.

Su hermano pequeño.

De nuevo, recordó aquellos ojos fríos y sin vida que la observaban en el laberinto de espejos de Malcolm.

De niño, los médicos le habían diagnosticado multitud de problemas de aprendizaje. Sus padres lo habían mimado en exceso. Pero Gardner había visto la verdad aquel día. Carecía de emociones.

En realidad… *carecía de alma.*

Un adolescente sin estudios, sin esperanza y con una significativa falta de empatía siempre acabaría juntándose con la gente

equivocada. Para cuando cumplió los veinte, esa gente se había vuelto directamente mala. Gardner había averiguado lo suficiente sobre el pasado de Jack como para saber que su frío y vacío hermano se había convertido en el hombre ideal para trabajos que a menudo eran sucios y violentos.

Increíblemente, solo fue juzgado por un asesinato, y este fue rebajado a homicidio involuntario.

Porque «accidentalmente» le pasó por encima con un coche a alguien de una banda rival. Lo normal, vamos.

Por supuesto, Gardner sabía la verdad. No solo porque la había visto en sus ojos aquel día en el laberinto mientras sostenía aquella maldita piedra, sino porque la había visto innumerables veces desde entonces.

El día del funeral de su madre, por ejemplo, cuando no derramó ni una lágrima.

Y el día del funeral de su padre, al que él ni siquiera se molestó en asistir.

Pensó en la botella de Chardonnay que se enfriaba en la nevera y miró la que estaba sobre la mesa, la que se había liquidado en menos de una hora.

Sé sensata, Emma. La reunión es a las seis.

Entró en su nuevo salón y se tiró en el sofá. Era demasiado blando y, desde luego, no era la joya de la corona de la lujosa casa que había recibido gratis. Ya había probado la televisión antes, así que sabía que funcionaría cuando pulsara el botón del mando.

Llegó justo a tiempo para las noticias regionales de la ITV.

En la pantalla apareció una fotografía de Bradley Taylor. La ceja afeitada. Expresión agresiva. La misma que estaba en la pizarra de la *Operación Edén*.

Vaya, seguro que con eso se gana el cariño del público...

Se incorporó y subió el volumen. La emisión estaba terminando, pero alcanzó a oír lo siguiente: —Los lugareños, emocionados, han presentado sus respetos. —Una cámara hizo un barrido sobre las flores que habían depositado a la entrada del castillo. Siguieron unas breves declaraciones de un anciano. —Nunca hemos visto nada igual..., no aquí..., no en Knaresborough. —Se quitó las gafas y se

secó una lágrima. A continuación, Marianne Perse, la irritante periodista que se había enfrentado a Paul Riddick en la escena del crimen, ofreció su opinión sobre el asunto. —La policía se refiere a él como el Asesino del Viaducto.

—No, no lo hacemos —dijo Gardner a la pantalla—. ¿Por qué demonios íbamos a hacer eso?

Efectivamente, el presentador que entrevistaba a la periodista freelance hizo una pregunta similar. —¿Pero a Bradley Taylor lo encontraron detrás de la torre del homenaje del castillo, no?

Marianne se encogió de hombros. —El Asesino del Viaducto. Eso es lo que me dice mi fuente. ¿Quizá tiene que ver con las vistas del viaducto desde la escena del crimen?

—No tienes ninguna maldita fuente —dijo Gardner.

—Mi fuente también me ha informado de que la víctima fue estrangulada.

—¡Sí que tienes una fuente, maldita zorra! —Gardner se puso en pie.

Vio el final de la emisión boquiabierta. Concluía con un número de teléfono para que el público se pusiera en contacto si tenía alguna información.

Gardner apagó la televisión de un manotazo.

De nuevo, pensó en el Chardonnay. —¡Tienes una reunión, Emma!

Su teléfono sonó en la mesa de la cocina. Suspiró mientras volvía a por él.

Barry.

Ah, mierda, pensó. *El caso Winters y Paul.* Se le había olvidado por completo tras la revelación sobre Jack.

—¿Barry?

—Joder, Em, no me lo esperaba.

Al menos sonaba más animado de lo habitual. —Venga, dime.

—¿Por dónde empiezo?

—Ahora mismo, siento que estoy en medio de la nada, así que empieza por *donde sea*.

—La mayor parte es trágico... De hecho, todo es trágico.

—¿Necesito sentarme?

—¿Tienes vino?

—No —mintió—. Ve al grano, por favor.

Así que Barry le contó a Gardner todo sobre el caso Winters. Como había prometido, era una historia trágica.

—Terrible —dijo Gardner—. Absolutamente terrible. Y tiene mucho sentido. No me extraña que sea el enemigo público número uno.

—Ojalá eso fuera todo —dijo Barry.

—¿En serio, hay más? Ya habrás pasado lo peor, digo yo.

—Ojalá...

Gardner sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal.

—¿Cómo es en realidad este Paul Riddick? —preguntó Barry.

—Bueno, esa es una pregunta de aúpa. Es una especie de caja de sorpresas. Distante. Enojado y agresivo la mayor parte del tiempo. Errático, pero apasionado.

—Suena como la mayoría de los detectives.

Gardner puso los ojos en blanco. —Hay momentos en los que parece más tierno, incluso delicado. Es difícil de explicar. Definitivamente hay algo que lo carcome por dentro.

—Y que lo digas.

—Ve al grano, Barry.

—Ese hombre tiene que estar destrozado, Em. De hecho, si fuera yo, ni siquiera estaría trabajando. Me quito el sombrero por el hecho de que *esté* trabajando.

—Barry, por el amor de Dios.

Así que Barry se lo contó, y cuando terminó, ella se vio obligada a poner fin a la conversación porque se le saltaban las lágrimas y le costaba encontrar las palabras para hablar.

Sin embargo, sí que consiguió ir a la cocina y sacar el Chardonnay de la nevera.

Y mientras se bebía el vino blanco, pensó, sin ningún orden en particular: en los fríos ojos de su hermano, en la trágica historia de Riddick, en el cuerpo sin vida de Bradley Taylor y en Collette Willows, muerta en la rotonda muy por debajo de ella.

14

Sentado a la mesa de la cocina, Anders Smith le clavó la mirada a Riddick.

—Conozco esa mirada, jefe. —Riddick se lamió la sal del dorso de la mano.

—Bien —replicó su antiguo inspector jefe, pasándose una mano por su mata de pelo rubio—. No le quites ojo. Y deja de llamarme jefe.

Riddick se bebió otro chupito de tequila. No había limón para matar el sabor. Las frutas amargas le daban repelús. —¿Bueno, si ya no eres mi jefe, por qué sigues diciéndome lo que tengo que hacer?

—Puede que ya no sea tu jefe en la policía, colega, pero estás pidiendo a gritos que alguien te guíe un poco en la vida.

—¿Te acuerdas del Juego de la Vida? —resopló Riddick.

—Sí. Jugué unas cuantas veces, hasta que la mierda de ruleta de plástico se rompió. ¿Por qué?

—Se me daba bien —dijo Riddick, rellenando su vaso de chupito.

—¿Te pasa algo grave? —Anders jugueteaba con la empuñadura del bastón que tenía apoyado en la mesa.

—¿Bastón nuevo? —dijo Riddick.

—Sí. El otro se me estaba cayendo a trozos.

—Parece caro. *Brillante.*

—Bueno, dependo de él, así que pensé que merecía la pena la inversión… En fin, deja de cambiar de tema… Te hablo en serio,

amigo… Estás bebiendo demasiado.

—¡He tenido un día duro! ¡Un asesinato en Knaresborough! ¿Cómo no te va a poner eso de los nervios?

—Bebes todos los días, Paul.

Riddick suspiró.

—Y no precisamente poco, colega. —Señaló la botella de tequila con la cabeza.

—Me ayuda a pasar el día —dijo Riddick.

—A eso me refiero. Cuando empiezas a tirar para adelante bebiendo lo que *tú* estás bebiendo, entonces sabes que hay un problema.

—Si no bebiera, mis problemas serían peores, créeme…

—Hablas igual que yo —dijo Anders—. O, al menos, como el yo de hace cinco años.

—Te pasaste la mayor parte de tu carrera borracho, jefe. ¡Y no lo hiciste tan mal!

—¡Ja! —dijo Anders, irguiéndose en la silla mientras gemía por la molestia en su espalda destrozada—. El hecho de que salvara a dos niños de una casa en llamas no quiere decir que tuviera una buena carrera.

—¡Es un buen punto de partida! —dijo Riddick, echándose más sal en el dorso de la mano.

—Estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado, hijo. No tiene nada que ver con la forma en la que trataba a la gente en el trabajo, la forma en la que trataba a mi familia.

—Eras directo, ¿y qué? Sacabas las cosas adelante. —Riddick se lamió la sal de la mano.

—Era un cabrón amargado, y no le gustaba a nadie.

—Te querían.

—*No*. Fingían que me querían, Paul. En realidad, me *odiaban*.

—Bueno, pues a mí me gustabas.

—Ya, pero eso es muy diferente.

—¿Por qué?

—Eres como yo, como no paro de decirte.

—¿Un alcohólico? —Riddick se bebió el chupito.

—Hecho polvo.

Riddick sonrió. —Dices que era difícil tratar contigo cuando estabas todo el día borracho. Tampoco es que ahora levantes mucho el ánimo, ¿no?

Anders sonrió. —¿Quieres saber las dos razones por las que finalmente dejé de beber?

Riddick se encogió de hombros y se sirvió otro chupito.

—En primer lugar, la rosácea. —Señaló su nariz roja y bulbosa—. Tengo que tomar antibióticos todos los días, y aun así tiene este aspecto. ¿Crees que todo el mundo me respeta, Paul? ¡En el puto club de golf me llaman Rudolph!

Riddick se rio. —¿Y la segunda?

—La familia.

Riddick cogió la sal.

—Me dejaron. Lo perdí todo.

Riddick se echó sal en la mano.

—Destruí a mi familia, colega. —Levantó su nuevo bastón y apuntó con él a Riddick—. Así que lo dejé.

Riddick se bebió su tercer chupito en diez minutos y luego apartó la botella. Por ahora era suficiente. Levantó la vista hacia Anders y suspiró. —Puedo vivir con una nariz roja.

Tras despedir a su antiguo jefe, Riddick entró tambaleándose en el salón.

Se apoyó en el alféizar de la ventana y observó a Anders, que no había probado ni una gota, alejarse en su Land Rover devorador de diésel.

—Los alcohólicos en rehabilitación son malos para el medio ambiente —masculló.

Se dio la vuelta y tropezó contra la pared. De nuevo, tuvo que apoyarse para no caer. La consciencia estaba en las últimas.

Miró una foto de Lucy y Molly de pie bajo una roca saliente con los brazos levantados para dar la ilusión de que la estaban levantando.

—Brimham Rocks —dijo Rachel, apareciendo detrás de Riddick.

Sintió que los brazos de su mujer le rodeaban la cintura.

—El único lugar de la Gran Bretaña moderna donde la seguridad e higiene se la han pasado por el forro —dijo Riddick y resopló.

—Aunque fue divertido verlas trepar por todas partes —dijo Rachel.

—Ver a mis hijas correteando por una roca de diez metros de altura con caídas a plomo a ambos lados no era mi idea de diversión.

Rachel le besó el cuello. —Las estabas protegiendo.

Aquella vez, pensó Riddick. *Aquella vez sí las protegí.*

Alargó la mano y tocó la cara de Molly, y luego la de Lucy.

—Brimham Rocks, ¿eh? —dijo Riddick mientras una lágrima le corría por la mejilla—. Apuesto a que el helicóptero de rescate maldice su existencia.

—Vete a la cama, cariño —dijo Rachel—. Estás borracho otra vez, y tienes que trabajar por la mañana.

—Vale.

—Ah, ¿y llamaste a Cynthia? ¿Para quedar otro día?

—No —dijo Riddick—. No me apetecía.

—Bueno, consúltalo con la almohada. Creo que te vendrá bien.

—Lo que tú digas, Rachel. Te quiero.

—Yo también te quiero.

15

Kelsey miró las cicatrices que le entrecruzaban la parte superior del brazo y luego alzó la vista hacia la estantería donde una vez escondió su navaja en un libro de matemáticas, hasta que su madre y su padre consiguieron encontrarla.

Echaba muchísimo de menos cortarse. Agradecía enormemente aquella distracción. Pero el doctor Evans y sus padres habían tenido razón. Tenía que parar. Y ahora, desde hacía al menos siete días, había parado.

Su móvil sonó. Leyó el mensaje de Andy:

Anímate. No dejes que puedan contigo. Esos capullos no llegarán a nada.

Lanzó el móvil a un lado y suspiró. Para él era fácil decirlo. Él no había oído los cánticos de hoy en los pasillos de camino a la biblioteca, el único lugar seguro de todo el instituto. Lamaculos..., lamaculos..., lamaculos...

No era precisamente original, pero consiguió dejarla sin aliento. Sobre todo cuando uno de los que cantaban era ahora Richard «Llámame Rich» Hill.

El chico al que había querido antes de descubrir que no era más que otro maldito cabrón.

Abajo, oía a sus padres discutir de nuevo. No entendía exactamente lo que decían, pero sabía que era por ella.

Siempre era por ella.

De hecho, su madre se lo había dicho antes, cuando Kelsey no había podido comerse la cena. —Todo gira siempre en torno a ti, Kelsey. Siempre.

No le extrañaría que esa fuera la razón de la discusión que se desarrollaba abajo. Su padre siempre la defendía. Aparte de Andy, no había nadie más...

Y entonces Kelsey tuvo una idea.

Al principio, le pareció una idea bastante negra y horrible, pero a medida que más y más brotes surgían de los rincones más oscuros de su mente, se fue aclarando y empezó a tener mucho sentido.

Y, así sin más, de repente, era una buena idea. La mejor.

Entró en el dormitorio de sus padres. No la oirían con el jaleo que tenían. En el cajón de la mesilla de noche de su madre, Kelsey encontró el frasco de pastillas. Su madre, en alguna ocasión, le había dado uno de esos comprimidos para ayudarla a dormir. Tenía instrucciones estrictas de no decírselo nunca a su padre. Él, desde luego, no lo aprobaría. El médico no quería que Kelsey tomara somníferos por miedo a que se volviera psicológicamente adicta.

Vació la mitad del frasco en la mano y contó.

Quince pastillas.

El simple hecho de sostener aquellas pastillas le ofrecía algo parecido a mirar aquella estantería cuando la navaja todavía estaba en el libro.

Había un alivio considerable en saber que tenía una opción.

De vuelta en su cuarto, dejó las pastillas junto a su portátil. Sopesó la idea de dejar un mensaje en las redes sociales, pero ¿para qué? Probablemente ridiculizarían su decisión.

«Todo gira siempre en torno a ti, Kelsey. Siempre».

Sin embargo, sí que le envió un mensaje de despedida a Andy.

De dos en dos, se tragó las pastillas con agua y luego cogió su libro favorito.

Alicia en el país de las maravillas*.*

Su padre solía leérselo cuando era pequeña. Una vez, incluso la vieron en el teatro en familia.

No llegó muy lejos.

El Conejo Blanco apareció con un chaleco.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Voy a llegar tarde!
Y Kelsey lo siguió por la madriguera del conejo.

16

Como era de esperar, Gardner no durmió bien.

Se rindió por completo a las cuatro de la madrugada y optó por salir a correr por Waterside a las cinco, mientras salía el sol.

Una noche en vela y casi dos botellas de vino no eran lo más adecuado para un estilo de vida de atleta, pero no pretendía recorrer grandes distancias ni alcanzar velocidades de vértigo. Tenía dos objetivos: quitarse de encima parte del peso que había ganado desde la muerte de Collette y desestresarse tras las revelaciones sobre Riddick y la noticia de la puesta en libertad de su sociópata hermano.

Había un aparcamiento frente a la entrada de Waterside. No se molestó en ponerse música, pero llevaba el móvil sujeto al brazo por si alguien intentaba llamarla. También estaba registrando la ruta.

La elección de la ruta no era ninguna coincidencia; el asesino de Bradley había estado en algún lugar de allí la noche del crimen.

Empezó en el Ugly Duckling Tearoom, agradecida de que aún no estuviera abierto; un café caliente y una pasta danesa recién hecha probablemente habrían sido una tentación demasiado grande. Luego cruzó Bond End, que era básicamente una gran cuesta que llevaba al pueblo, le echó un vistazo al pub Worlds End, que también estaba, afortunadamente, cerrado, y se lanzó a correr.

Si es que a correr una milla en once minutos se le puede llamar correr.

Contempló el Nidd mientras el sol seguía rasgando la oscuridad en lo alto. El río, adorado por los lugareños, serpenteaba plácidamente, brillando bajo los primeros rayos del día. La fauna y los frondosos árboles que bordeaban las orillas disfrutaban del tiempo primaveral, creciendo y floreciendo. Varias barcas de remos, desde las de cinco hasta las de diez plazas, se alineaban en la orilla, listas para la llegada de los clientes.

Pasó junto a hileras de casas con tejado de paja a la derecha, asentadas en la ribera. A su izquierda, había casas más grandes e imponentes, más apartadas, al final de largos caminos de entrada. Algunas estaban elevadas, lo que les permitía disfrutar de unas vistas impresionantes del Nidd. También había grandes acantilados escarpados que se imponían sobre el precioso desfiladero.

¿Pasó el asesino por aquí? De ser así, alguien lo vio. Había casas y cámaras de videovigilancia en el exterior de los numerosos y pintorescos cafés. Era solo cuestión de tiempo que Barnett y su equipo lo identificaran.

Pensó en la figura encapuchada que discutía por teléfono.

¿Eras tú?

Se detuvo, jadeando, bajo el viaducto de veinticuatro metros de altura. Contempló la estructura de piedra que dejaba sin aliento a más de un observador. Ella no le veía la gracia. Un puente de ferrocarril glorificado, en su opinión. La zona que lo rodeaba era imponente y, desde luego, comprendía el valor de las impresionantes vistas desde los terrenos del castillo, pero no podía evitar la sensación de que este elemento estaba sobrevalorado.

Claro que, para ella, todas las construcciones humanas eran así. Siendo de Wiltshire, vivía por y para las zonas verdes. Y este lugar las tenía en abundancia.

Continuó por la posible ruta del asesino hasta que llegó al pie de las escaleras que subían al castillo. Recordó la explicación de Barnett. A partir de este punto, no había más videovigilancia, al menos ninguna que funcionara, hasta Bland's Hill. Así que esa figura encapuchada bien podría haber seguido junto al río en este punto hasta perderse sin dejar rastro.

O bien, podría haberse desviado y subido estos escalones para cometer un asesinato.

Empezó a subir los escalones corriendo, pero cuando quedó claro que eran demasiado empinados para un enfoque tan impulsivo, aminoró la marcha. Al llegar a lo alto de la escalinata, estaba sin aliento a pesar de haber ido a paso de tortuga la mayor parte del trayecto.

Vale, Emma. ¡Vas a reducir el alcohol y a ponerte en forma!

Aún sin aliento, miró la torre del homenaje del siglo catorce, en ruinas. Tocó el cordón policial azul y blanco que rodeaba por completo el mirador junto a la torre. Debería mantener a la gente alejada de la escena del crimen hasta que los oficiales de la escena del crimen estuvieran seguros de haber recogido todo lo que pudieran.

Miró los marcadores amarillos. El número uno para el preservativo usado. El número dos para la huella en el trozo de barro.

Echó un vistazo a la sombra tras la torre del homenaje, donde Bradley Taylor había encontrado su fin. Luego, se giró de nuevo para contemplar las impresionantes vistas.

Las nubes se habían disipado y el sol brillaba con fuerza en el cielo.

Observó un tren que pasaba a toda velocidad por el viaducto y se prometió a sí misma que haría ese viaje en tren cuando todo esto terminara. Miró a una mujer que vestía cota de malla y una capa verde junto a la bolera. Tenía un gran cuervo negro posado en el brazo.

Imaginó que a los turistas les encantaría.

Sacó el móvil del bolsillo y contactó primero con Barnett.

—Ray, se cancela la reunión. Quiero que usted y su equipo bajen a Waterside a primera hora. Nuestro asesino pasó por esa ruta. Lo presiento. Hagan lo que tengan que hacer. Aporreen las puertas hasta que se caigan. Escudriñen a cada persona que aparezca en la videovigilancia. Averigüen quién es el tipo de la capucha. Amplíen el radio de la videovigilancia todo lo que puedan. Nos volveremos a reunir a las seis esta noche en Harrogate.

—Sí, jefa.

—Además, la prensa. ¿El Asesino del Viaducto? ¿Quién ha sido? ¿Alguna idea?

—No, jefa. Le aseguro que no ha salido de mí ni de nadie de mi equipo.

—¿Son comunes estas filtraciones?

—La verdad es que no. El Comisario Jefe Marsh lleva un control férreo.

—¿Alguna idea de quién podría haber hablado con Marianne Perse?

Una pausa. —No, jefa, lo siento.

Andando con cuidado, ¿eh? Normal, a nadie le gustan los chivatos.

Durante su noche de insomnio y borrachera, se había tomado la libertad de guardar los números de los miembros importantes de su equipo en el teléfono. Los llamó para informarles de que solo habría una reunión hoy y también para asignarles las tareas pertinentes. Esto incluía: visitar el colegio local y ahondar en el historial de Bradley; preparar declaraciones detalladas de todos sus amigos íntimos; interrogar al personal que trabajaba en el pub The Crown Inn; interrogar, de nuevo, al ofendido dueño de la pizzería para llevar, Marco Russo. También le soltó la correa al antagónico sargento detective Phil Rice con los antecedentes penales de Bradley Taylor. Él agradeció la responsabilidad. Se preguntó si normalmente lo pasaban por alto. No le sorprendería.

Luego, llamó a Riddick, y al hacerlo sintió que el corazón se le encogía en el pecho. Hoy era el día en que tendría que hablar con él sobre lo que había averiguado por Barry, y la idea la llenaba de pavor.

—Jefa.

—Buenos días, Paul. Se cancela la reunión. Quiero que nos veamos para tomar un café. ¿Cuándo es lo más pronto que podemos quedar?

—¿Veo que al final se ha conectado a internet?

Bueno, lo hizo mi marido. Y me ha costado una buena noche de sueño. —¿A qué hora es lo más pronto, Paul?

—A las siete de la mañana. En la plaza del pueblo. Caffè Nero. Está enfrente de la estatua de Blind Jack.

Desde donde, posiblemente, Bradley contactó con alguien para una cita nocturna, recordó ella.

—De acuerdo —dijo Gardner, intentando no suspirar mientras la expectación por su conversación pesaba sobre ella.

—Pero le aviso, jefa. Ahí no sirven el café en tazones de sopa.

—Soy consciente de lo que venden en el Nero, Paul. Soy de Wiltshire, no de las Hébridas Exteriores.

17

—Pues aquí estamos, por segunda vez en dos días, fundiéndonos el sueldo en café carísimo —dijo Riddick.

Gardner bebió de su americano grande mientras miraba a su subdirector de investigación. La cafetería estaba casi desierta a esa hora y se habían lanzado a por los sofás de cuero del rincón.

Riddick parecía más desaliñado que el día anterior. Ya no lucía una enigmática sombra de barba de las cinco. Hoy, simplemente necesitaba afeitarse. Normalmente, lo habría acusado de haberse pasado la noche bebiendo. Sin embargo, en ese momento, habría sido una hipocresía.

Respiró hondo. —Vale, Paul, yo…

—¿Sabes todo sobre el caso Winters? —dijo Riddick enarcando una ceja.

—Sí.

Riddick sonrió con desdén y bebió un sorbo de café. —Adelante, pues. ¿Qué crees que sabes?

—Kelsey Winters, una chica de quince años, se quitó la vida. Tomó una sobredosis de somníferos.

—Sí —dijo Riddick, reclinándose en la silla y cruzándose de brazos—. Contra eso no hay nada que decir. Un hecho irrefutable. De hecho, Hugo Sands hizo la autopsia y sabemos que no se equivoca. Así que, ¿qué otros hechos has sacado en claro de esos

artículos de periódico alimentados por el periodismo freelance de Marianne Perse?

—Bueno, yo no leí los artículos, los leyó mi marido. No tenía internet. Pero parece ser que fuiste a por la madre, Hannah Winters, con todo, investigándola por posible asesinato u homicidio.

—Vale —dijo Riddick, haciendo un gesto con la mano como diciendo «más o menos»—. Ahora estás siendo un poco subjetiva. ¿Ir con todo? Hice unas cuantas preguntas.

—Todo el mundo, menos tú, pensaba que fue un suicidio. No había circunstancias sospechosas.

Enarcó una ceja. —¿Ninguna circunstancia sospechosa? El padre, Tom Winters, me dijo que la madre le había estado dando esos somníferos para ayudarla a dormir. Si alguien que no es un médico le da somníferos a una chica joven, ¿no deberíamos hacer preguntas?

Gardner asintió. —Eso no salía en los artículos.

—No, no salía. Porque después de que Tom me lo contara y yo hablara con Hannah, él negó haberlo dicho. Obviamente, eso jugó a favor de Marianne Perse.

—¿En qué sentido?

—Pues que quería destruirme. —Se dejó caer en la silla, con aspecto de repente agotado—. Y casi lo consigue.

—¿Pero por qué?

—Para vender su historia. Para ganar un montón de dinero.

Gardner asintió. Podía entenderlo. Había visto a muchos buenos policías ser víctimas del apetito insaciable de los medios por las polémicas. —¿Así que, en realidad, no acusaste a Hannah de darle una sobredosis a su hija?

—Claro que no. Puedo ser impulsivo, pero, joder, ¿por quién me tomas? Simplemente le pregunté a Hannah si era verdad que le había dado esas pastillas a su hija en el pasado. Entonces, me acusó de sospechar de ella cuando en realidad nunca lo hice. Después de eso, se cerró en banda… —Gruñó—. Bueno, al menos hasta que habló con la prensa desde su cama de hospital. ¡Ahí no se cerró en banda para nada!

—¿Cama de hospital? ¿Después de su propio intento de suicidio?

—Sí. Pero fue bastante poco entusiasta. Solo se tomó un puñadito. Fue una llamada de auxilio. Pero, como ya sabes, la historia se hizo grande. El grande, malo y despreciable inspector Paul Riddick lleva a una madre afligida al suicidio al acusarla de asesinato.

—¿Y eso es todo? ¿Eso es todo lo que pasó? ¿Interrogaste a Hannah sobre algo que te dijo Tom?

—Sí. Y me suspendieron, me investigaron y mi reputación por estos lares quedó destruida para siempre.

—Joder, Paul. ¿Por qué no hablaste tú mismo con la prensa?

—¿Para qué iba a irle con lloriqueos a la prensa? Es mi palabra contra la de Tom Winters. ¡Probablemente me habrían vuelto a crucificar por arremeter contra el padre afligido! No, jefa, no había pruebas de que él hubiera dicho nada, así que tuve que tragarme el marrón. El grande, malo y despreciable inspector Paul Riddick. Y punto. Me planteé irme de Knaresborough, pero que les den, no hice nada malo.

—Ya veo. Te creo. —Y era verdad. Algo en el tono de su voz. Algo en su mirada. Algo en ese lado amable suyo que había llegado a reconocer en los últimos dos días. Algo le decía que estaba diciendo la verdad—. ¿Por qué no me lo contaste sin más?

—Pensé que sería interesante que leyeras primero la versión de Marianne. Para que veas con qué víbora estamos tratando.

No necesitaba una experiencia como esa para saber la pesadilla que podía ser la prensa, pero asintió de todos modos. —Aun así, la próxima vez, confía en mí. Mantiene las cosas más fluidas entre nosotros, ¿sabes?

—Hubo una razón por la que no volví a la prensa con mi versión de la historia y simplemente acepté el tirón de orejas en el trabajo —dijo Riddick.

¿Sería esto? ¿Estaba Paul a punto de confiarle la «otra verdad»? Ahora que el armario estaba abierto, ¿iba a salir todo a borbotones?

—Según todos, Kelsey Winters era una chica encantadora. Amable y estudiosa. Todo lo contrario a nuestra víctima actual, al parecer…

—Ya hemos hablado de esto —dijo Gardner, con expresión irritada.

—No quería someter a su familia a más agitación. Así que lo dejé estar.

—Eso es muy noble por tu parte, Paul. Muy abnegado. Me alegro de que conservaras tu trabajo.

—¿Pero no mi reputación?

—Ya la recuperarás.

—Lo dudo.

—Lo solucionaremos —dijo Gardner.

—En fin, será mejor que terminemos y nos pongamos en marcha —dijo Riddick.

Parece que la «otra verdad» no iba a salir a la luz.

Dio un buen sorbo al café y se armó de valor de nuevo. El corazón le martilleaba en el pecho. —¿Paul?

—Sí, jefa. —Riddick dejó la taza vacía.

—Mi marido descubrió algo más anoche mientras navegaba por internet.

Los ojos de Paul se agrandaron.

Gardner tragó saliva. —Lo siento, esto no es asunto mío, pero…

—Tienes razón —dijo Riddick, con los ojos todavía muy abiertos —. No lo es.

Sintió cómo se le repetía el café. —Aun así…

—No, déjalo estar. En serio. He tenido una noche larga. —Sus ojos por fin se relajaron y bajó la mirada.

Intentó reprimir las lágrimas, pero sintió que le asomaban a las comisuras de los ojos. —Siento mucho tu pérdida, Paul.

Riddick asintió y se hizo un silencio antes de que se recompusiera para hablar. —Tenemos que hablar con Cherish, jefa. Necesitamos confirmar que ese bebé es de Bradley y si estaba con él junto a la torre.

Gardner se secó las comisuras de los ojos con las mangas, agradecida de que Riddick estuviera ahora mirando hacia abajo y no a ella. —No creo que Cherish se hubiera molestado en insistir con un preservativo.

Riddick se puso en pie. —Vamos a descartarla entonces, jefa.

Mientras Gardner seguía a Riddick fuera de la cafetería, el mismo pensamiento le daba vueltas en la cabeza una y otra vez.

Pobre, pobre hombre.

18

Al salir del Caffè Nero, Gardner recibió una llamada.

Cuando terminó la llamada, se volvió hacia Riddick.

—Es un técnico. Quiere acceder a mi casa para pasar un cable de fibra óptica a través de la pared. ¡Qué detalle por parte de administración informarme de la cita!

—Vaya usted, jefa. La veré en casa de Mandy Spencer.

—Seré rápida.

Durante todo el trayecto a casa de Mandy, Riddick se sintió inquieto. Mascaba chicle con fuerza, pero eso no ayudó a calmarle la ansiedad. No era idiota y sabía que el exceso de alcohol era en gran parte culpable de esa agitación, al igual que la conversación anterior con Gardner.

Siento mucho su pérdida, Paul.

¿Qué iba a entender *ella* de una pérdida de semejante magnitud?

¿Qué entendía *nadie* de los que se lo habían dicho?

Su terapeuta había intentado convencerlo para que se uniera a grupos con otras personas que habían tenido experiencias traumáticas similares. Hasta el momento, se había negado.

Sin embargo, ahora se preguntaba si, después de todo, no serían tan mala idea.

¿Oír esas palabras, *siento mucho su pérdida*, significaría algo diferente si salieran de los labios de alguien que tuviera una mínima idea de lo que era sentir un vacío colosal?

Aparcó frente a la casa de Mandy, en la urbanización Hay-A-Park, y buscó en la guantera. Tras sacar una botella de Sprite, le dio dos largos tragos de vodka y luego cogió dos caramelos de menta extrafuertes del bolsillo de la puerta. Los masticó al salir del coche, sintiendo cómo el alcohol le quitaba la agitación.

Mirando la puerta principal, se preguntó si debía esperar a Gardner. Se dio la vuelta para ver si veía su coche llegar a la urbanización. No lo vio.

Impaciente, se dirigió por el camino y llamó a la puerta. Abrió la hija de Mandy, Cherish, la persona con la que Riddick y Gardner más querían hablar. Llevaba ropa mucho más holgada que el día anterior, pero eso apenas ocultaba su embarazo.

—Buenos días, señorita Spencer. Soy el inspector Paul Riddick. Nos conocimos ayer.

—Me acuerdo. Cherish, por favor. —Se secó los ojos.

—¿Se encuentra bien?

—La verdad es que no. No he parado de llorar en… bueno, no desde que…

—Basta. —Neil se colocó detrás de Cherish—. Sube.

—De hecho, señor Taylor, estoy aquí para hablar con Cherish —dijo Riddick.

—No, no lo estás —dijo Neil—. Y déjate ya de la gilipollez de «señor Taylor», joder, si íbamos al mismo curso en el colegio.

—Cherish tiene dieciocho años, *Neil*. Puede tomar sus propias decisiones sobre eso…

Neil se inclinó y le siseó al oído:

—Dile que no tienes nada que decir.

Los ojos de Cherish se llenaron de lágrimas.

—No tengo nada que decir.

—Ahora, sube —dijo Neil.

Cherish se marchó. Riddick apretó los dientes.

—Eso suena a intimidación…

—¿Puedo ayudarte en algo, Paul? —dijo Neil—. Creía que ya habíamos hablado ayer.

—Lo hicimos. Sobre tu hijo. El que perdiste. *Trágicamente*.

Neil sonrió con suficiencia, asintió y observó a Riddick un momento.

—¿Empatizas conmigo, Paul?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Riddick.

—Creo que sabes perfectamente a qué me refiero —dijo Neil, y luego se mordió el labio inferior.

Riddick apretó el puño derecho, conteniendo a duras penas una oleada de ira.

No piques el anzuelo… Concéntrate…

—*Necesitamos* que Cherish nos ayude con nuestras pesquisas —dijo Riddick—. Y si tenemos que forzar la situación, lo haremos. Pero, ya sabes, eso sería realmente perjudicial para todos.

—De todas formas, ¿qué ha hecho?

—Supongo que sabes que está esperando un hijo de tu hijo, ¿no?

La sonrisa de Neil se desvaneció.

—No se te escapa una, Paul. ¿Qué te lo ha hecho pensar? —Hizo un gesto por encima del hombro—. ¿El hecho de que sea una zorra y que mi chico no fuera precisamente un caballero muy exigente?

Riddick tenía ahora ambos puños apretados.

—¿Enfadado, Paul? —dijo Neil.

—¿Podemos seguir esta conversación dentro? Cuanto más tiempo esté aquí, más tiempo te verán los vecinos hablando con la poli. No es lo mejor para ti, teniendo en cuenta a qué te dedicas.

—Desguazo coches para vender las piezas, es legal.

—Más bien desguazas vidas —dijo Riddick, entrecerrando los ojos.

—Aquí solo hay una vida desguazada, Paul. —Neil se hizo a un lado—. Acabemos con esto de una vez.

Riddick lo fulminó con la mirada al pasar. El corazón le golpeaba en el pecho y el impulso de atacar era abrumador.

Neil cerró la puerta.

Riddick entró en el salón y vio a Mandy sentada en el sofá con una taza de té. Llevaba la bata rosa con volantes que Neil había llevado el día anterior.

Ella giró la cabeza. Tenía un ojo morado y la mejilla hinchada.

Un fuego se encendió en las venas de Riddick.

—¿Qué ha ocurrido, señora Spencer?

—Yo…

—La puerta ha ocurrido —dijo Neil, poniéndose a su lado—. Se ha caído contra ella. ¿A que sí, cariño?

Mandy asintió.

—¿Podría subir, por favor, señora Spencer? —Riddick sintió que cada nervio de su cuerpo temblaba—. Necesito hablar a solas con Neil.

Mandy asintió, se levantó y salió del salón. Cerró la puerta tras de sí.

Neil resopló.

—Qué torpe es esta mujer…

Riddick agarró a Neil por el cuello y lo empujó contra la puerta. El aire salió de Neil de golpe.

Riddick no lo soltó. Los labios de Neil se retiraron para enseñar los dientes y sus ojos se abrieron como platos. Neil le clavó las uñas en las muñecas a Riddick, pero este no cejó en su empeño. Finalmente, el color del cabrón empezó a cambiar...

Llamaron a la puerta del salón. —¿Va todo bien? —preguntó Mandy.

Riddick soltó a Neil, que se deslizó por la puerta hasta quedar en cuclillas, frotándose el cuello.

—Todo bien, señora Spencer. —Le dio un empujoncito a Neil con el pie—. Díselo —siseó.

—Todo va bien, cariño —dijo Neil. Tenía la voz ronca.

—De acuerdo —dijo Mandy.

—Levanta —dijo Riddick.

Sin dejar de frotarse el cuello, Neil se puso en pie, dedicándole una mueca de desprecio a Riddick. —Ahora sí reconozco al chaval del colegio. Siempre buscando pelea. Te tenía calado como un psicópata, y parece que no me equivocaba.

—He sido educado. Te lo he pedido por las buenas. Ahora te lo ordeno: vamos a hablar con Cherish.

—¿Te das cuenta de que si cualquier otro acabara de hacerme eso, tendría los días contados?

—Me da igual.

—Pero tú puedes esconderte detrás de una placa, ¿a que sí? ¿Qué puedo hacer yo contra el Inspector Paul Riddick?

Riddick se encogió de hombros.

Neil se dirigió hacia el sofá, todavía frotándose el cuello. —Eres un tipo muy tocado, Paul Riddick. Siempre lo he dicho... ¿Sabes qué? Ve a hablar con ella. Ya me importa una mierda. Tampoco es que pueda contarte nada que no sepas ya.

Riddick se dio cuenta de que le temblaba la mano por la adrenalina cuando fue a coger el pomo de la puerta. Hizo una pausa y volvió a mirar a Neil. —Como descubra que le has puesto la mano encima, la próxima vez no pararé de apretar.

Neil se encogió de hombros. —Bueno, supongo que eso quitará de la calle al enemigo público número uno. —Señaló a Riddick—. Y también al enemigo público número dos cuando lo condenen por asesinato. Dos pájaros de un tiro, ya sabes.

Llamaron a la puerta. Riddick fue a abrir. Era Gardner.

—Ah —dijo Gardner—. ¿Ha hablado ya con ella?

—No, justo ahora íbamos. Pase. Neil estaba siendo muy hospitalario.

Gardner entró y miró a Neil con recelo.

—Y Paul estaba siendo tan enigmático como siempre. —Neil cogió el mando a distancia y puso las noticias—. Venga, daos prisa, ¿queréis? Para que yo pueda seguir con mi puto día.

19

Cherish estaba sentada en la cama, con las piernas cruzadas. Estaba apoyada en el cabecero, acariciándose la abultada tripa mientras observaba a los dos invasores que había en su dormitorio.

Riddick estaba apoyado en una cómoda debajo de un póster de Billie Eilish, con un pliegue en el centro de haber sido arrancado de una revista. Gardner estaba sentada en el borde de la cama, de lado junto a la deshecha joven.

Cherish se secaba los ojos con un pañuelo de papel que sostenía en la mano.

—Lo siento —dijo—. Cada vez que pienso que ya no puedo llorar más, vuelvo a empezar.

Gardner sonrió.

—El embarazo es una época muy emotiva. Lo recuerdo bien.

—No tiene nada que ver con eso… Bueno, en realidad, ¡lo tiene *todo* que ver! ¡El padre de mi hijo ha muerto!

Gardner intercambió una mirada con Riddick. No era ninguna revelación, pero al menos por fin había salido a la luz. Ahora tocaba fingir sorpresa.

—Oh, Cherish… Cuánto siento su pérdida.

Cherish se quedó mirando la puerta cerrada del dormitorio y su expresión se ensombreció.

—No se preocupe por Neil —dijo Riddick—. No nos molestará.

—Ah —dijo ella.

—Y ayudarnos con la investigación es lo mejor que puede hacer —dijo Gardner—. Así que, ¿podría contarme cómo era su relación con Bradley?

—Lo habíamos dejado —dijo Cherish—. No creo que hubiéramos vuelto nunca. Debería ser capaz de sobrellevar esto mejor.

—Es el padre de su hijo, Cherish —dijo Gardner—. No subestime los sentimientos que tenía por él.

—Neil se estará atragantando con el café ahora que estoy hablando con vosotros —dijo Cherish.

—Esa impresión nos ha dado —dijo Riddick—. ¿Por qué cree que es?

Cherish se encogió de hombros.

—Porque nunca le importó Bradley y porque trata a mi madre como una mierda. Dos cosas que le gustaría mantener en secreto.

—¿Qué sabe de Neil? —preguntó Riddick—. ¿De a qué se dedica?

—No es a desguazar coches —dijo Cherish, y resopló—. Ustedes ya saben a qué se dedica. *Todo* el mundo lo sabe. Por eso no quiere que hable con ustedes y por eso no los quiere en su casa.

—¿Así que ahora es su casa? —preguntó Riddick.

—Como si lo fuera —dijo Cherish—. Mi madre nunca lo echaría. Pero ya he tenido bastante de él. Le pega, ¿saben?

Gardner oyó el traqueteo de la cómoda cuando Riddick se enderezó.

—¿Lo ha visto usted?

—No. Es cuidadoso —respondió Cherish—. Lo hace cuando no estoy. Pero ella nunca lo delatará. La tiene completamente comida de la cabeza. Si no tuviera *esto* de lo que preocuparme —se frotó la tripa—, ya me habría largado de aquí.

—¿Cuándo conocieron usted y Bradley? —preguntó Gardner.

—Conocí a Bradley antes de que mi madre conociera a Neil. Ese monstruo todavía estaba encerrado por aquel entonces. Bradley solía andar por el centro cívico. A veces iba yo para allá con las chicas. Una cosa llevó a la otra. Era un encanto.

—¿Un encanto? —dijo Riddick.

Gardner lo fulminó con la mirada. Esperaba que sus ojos transmitieran el mensaje: *contén ese tono. Ni se te ocurra.*

—Sí —dijo Cherish—. De todos sus amigos, era el más simpático. Solía decirme cosas muy bonitas. En realidad era bastante tímido. —Suspiró—. Fue culpa mía que su padre y mi madre se liaran. Yo solía quedarme a dormir en casa de Bradley. A Honey no le importaba mucho. Ella también era bastante maja. Algunas noches, después de que lo soltaran, Neil andaba por allí, abajo con Honey. No sé por qué, pensé que habían roto. Me di cuenta de que no discutían, pero tampoco se llevaban bien. Algo así como una relación fría, si me entienden. Una noche, mi madre me llamó borracha y como una loca. Le dan esos prontos. Se le va la cabeza por completo y amenaza con hacerse todo tipo de locuras. Dice que es depresión y toma pastillas que le da el médico. Aunque no parece que sirvan de nada. En fin, que una noche Neil me lleva a casa desde lo de Bradley y se pone a tirarle los tejos a mi madre en la puerta. ¿Se lo pueden creer? A mi madre se le pasa la depresión durante unos meses y, antes de que me dé cuenta, el gilipollas está viviendo aquí, ¡haciéndose pasar por mi puñetero padre!

«Pobre chica», pensó Gardner. No era una historia única, y la había oído muchas veces, pero nunca se hacía más fácil de digerir. En todo caso, se hacía más dura cada vez que crecía la evidencia de que el mundo seguía roto para tantos jóvenes.

—¿Dónde está su verdadero padre, Cherish? —preguntó Gardner.

—No lo sé. Nunca lo he conocido. Aunque no puede ser tan malo como este gilipollas… Así que ahí lo tienen. Otra razón por la que sigo en este infierno. Es todo culpa mía que él esté aquí, y no puedo dejar a mi madre. ¿Y si de verdad le hace daño?

—No debería culparse, Cherish —dijo Gardner—. Es una mujer adulta. Es responsable de sus propias decisiones.

Cherish se encogió de hombros.

—Supongo. —Miró a Gardner—. ¿Saben quién mató a Bradley?

—Todavía no —dijo Gardner.

—Espero que lo encuentren.

—Lo haremos —dijo Riddick.

Gardner miró a Riddick. ¿Era auténtica confianza lo que detectaba en su voz? Ojalá ella sintiera lo mismo.

—Quiero ayudar —dijo Cherish.

—Ya lo está haciendo —dijo Gardner—. ¿Tiene alguna idea de quién podría haberle hecho algo así a Bradley?

Cherish reflexionó y luego negó con la cabeza. —No. Como ya le he dicho, Bradley era bueno. Sí, a veces se las daba de chulo, pero era pura fachada. Era sensible. Sensible de verdad. Quizá alguien de una banda rival de fuera de la zona. A veces había peleas. Pero nunca he oído que muriera nadie.

Gardner tomó nota. Ya tenía a varios agentes investigando a esas bandas de otras zonas cercanas.

—¿Conocía a alguno de esos chicos de las bandas rivales?

—La verdad es que no. Mis amigas y yo solo nos juntábamos con los chicos de aquí.

—¿Y qué hay de Neil? —preguntó Riddick.

De nuevo, Cherish se lo pensó. —Es que no me lo imagino. Bradley le importaba un bledo, pero en realidad nunca discutían. De vez en cuando, hablaban del Leeds United, pero era breve... No, no me lo imagino.

—La noche que murió Bradley, ¿dónde estaba usted, Cherish?

—Aquí. En la cama. Es que caigo rendida. Normalmente, para las diez y media ya estoy dormida.

—Neil afirma que estuvo aquí toda la noche con su madre y su madre lo ha corroborado.

—Eso es mentira —dijo Cherish—. Sale casi todas las noches. Y desde luego que salió esa noche, porque mi madre me trajo una taza de té antes de acostarme. Había estado viendo *Bridgerton* sola.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Riddick.

—Sobre las diez y media —respondió Cherish.

Gardner y Riddick volvieron a intercambiar una mirada.

—¿Cree que pudo haber vuelto a casa entre las diez y media y la medianoche?

Cherish se lo pensó. —No lo hizo. Ahora me acuerdo. Oí a mamá llorar tarde, así que fui a verla. Tenía uno de sus bajones.

—¿A qué hora fue eso?

—Pasada la medianoche, seguro.

Así que la coartada de Neil Taylor era una patraña, y ahora era el principal sospechoso del asesinato de su hijo.

—Pero aun así, él no lo haría. Un padre no le haría eso a un hijo. ¿O sí? —dijo Cherish.

Bueno, ya ha pasado antes, pensó Gardner. —Es raro. Háblame más de Bradley. Seré sincera, Cherish. La imagen que proyectaba al mundo era de pura agresividad y tenía un historial de mal comportamiento. Pero usted dice que era diferente. Dígame en qué.

—Era muy emocional, ¿sabe? Nada que ver con sus amigos. Al menos, cuando estaba a solas conmigo no era así para nada. —Suspiró y se miró la barriga.

—¿Emocional en qué sentido? —preguntó Gardner.

—Solía llorar mucho.

¿En serio? Eso no encaja con la imagen que intentaba proyectar. —Ya veo. ¿Por qué?

—Principalmente, por Kelsey Winters.

Gardner sintió como si se hubiera quedado sin aliento. Inspiró hondo por la nariz y alzó la vista hacia su subalterno.

Riddick también parecía haberse quedado sin aliento. Ya no estaba de pie, rígido; se dejó caer de nuevo sobre la cómoda y se encorvó, agarrándose las rodillas y mirando al suelo. Parecía que iba a vomitar.

—Lo siento —dijo Cherish—, ¿he dicho algo que...?

—¿Qué *demonios* tiene que ver Kelsey Winters en todo esto? —espetó Riddick.

—¡Inspector Riddick, basta! —dijo Gardner, fulminándolo con la mirada.

Había levantado la cabeza y tenía los ojos como platos.

Captó la mirada de Gardner y logró contenerse. La expresión de furia pareció mitigarse. Volvió a bajar la cabeza.

Gardner actuó con rapidez. Se volvió hacia Cherish, que también parecía sorprendida. —Disculpe la reacción del inspector Riddick. El caso de Kelsey Winters fue delicado para la policía. ¿Puede decirme qué relación tenía Bradley con ella, por favor?

—Se culpaba por su suicidio.

—¿Por qué?

—Iban al mismo curso en el instituto. Me contó que le dijo algunas cosas crueles.

Esto no era bueno; Riddick ya de por sí era inestable. Notó que le temblaba ligeramente la mano, así que apretó con fuerza el lápiz contra la libreta mientras escribía para intentar controlarla. —¿Concretamente?

—Nunca me lo dijo.

—Kelsey sufrió mucho acoso —dijo Riddick. Afortunadamente, ahora sonaba más calmado—. Durante casi todo su último año, cuarto de la ESO.

—¿Por qué? —preguntó Cherish.

—Lo de siempre. Una chica tímida, sensible, de buenas notas, que atrae la atención de individuos rabiosos que buscan un blanco fácil —dijo Riddick.

—Pero Bradley no era así... —dijo Cherish—. Y se arrepintió de lo que fuera que le dijo.

Riddick se encogió de hombros. —Pero *aun así* lo hizo.

Gardner volvió a fulminarlo con la mirada. Estuvo a punto de preguntarle si prefería esperar fuera, pero él, como si le hubiera leído la intención, levantó una mano para indicarle que estaba bien.

—Un par de sus amigos eran mucho peores —dijo Cherish—. Dan, en particular.

—¿Dan Lotus? —preguntó Gardner.

Cherish asintió. —Era como su líder. Siempre hacían lo que Dan les decía. Después de que Kelsey muriera, Bradley intentó hablar con sus padres para disculparse, pero no quisieron hablar con él. Ninguno de los otros, incluido Dan, se molestó en intentarlo.

Gardner tomó notas. Habría que investigar esto. Se le encogió el corazón. Más dolor y angustia para la rota familia Winters. Y para Riddick también, por supuesto. Levantó la vista hacia su subdirector de investigación, que parecía perdido en sus propios pensamientos. Con la posible conexión entre estos casos, ¿se convertiría en un lastre aún mayor?

—Sé que no me cree —dijo Cherish, llorando de nuevo—, pero era una buena persona.

Gardner miró a Riddick, dispuesta a intervenir si era necesario. Afortunadamente, permaneció en silencio.

—De nuevo, siento su pérdida —dijo Gardner, volviendo a centrar su atención en Cherish—. ¿Puedo preguntarle por qué rompieron Bradley y usted?

Se tocó la barriga. —Después de esto, se fue distanciando cada vez más. Rompimos, pero seguíamos siendo muy amigos. Me lo contaba todo..., pero entonces..., entonces..., empezó a acostarse con la señora Harrison.

—¿La señora Harrison? —preguntó Gardner, sin que le gustara nada cómo sonaba aquello.

—¿La conoce, a la señora Harrison? —dijo Cherish. Su voz estaba cargada de sorpresa.

—No soy de por aquí, Cherish...

—Una profesora de matemáticas del instituto de aquí —dijo Riddick.

—¿Una profesora de matemáticas? —repitió Gardner, incapaz de ocultar la sorpresa en su voz—. ¿Está segura, Cherish?

—Por supuesto. Me lo confesó. Me hizo jurar que guardaría el secreto. Como le he dicho, éramos los mejores amigos. Yo todavía tenía la esperanza de que volviera conmigo. Sabía que aquello con una profesora no duraría, así que me limité a escuchar y *le di mi palabra…* —Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas—. Supongo que ya no importa, ¿verdad?

¡Ah, importa y mucho!

Gardner alzó la vista hacia Riddick. —¿Sigue trabajando allí?

Riddick asintió.

Gardner volvió a mirar a Cherish. —¿Cómo ocurrió? ¿Se lo contó?

—No con todos los detalles… no. Ella le dio clases de matemáticas en el curso once. Luego, cuando suspendió, volvió para repetir en el doce, y otra vez en el trece. Solo me dijo que estaba enamorado de ella y que ella sentía lo mismo. Le repito, yo solo esperaba a que todo se desmoronase para que él volviera conmigo.

—¿Cuándo empezó exactamente la aventura? —preguntó Gardner.

—Hace solo seis meses. Así que supongo que ya era mayor de edad. No es ilegal, ¿o sí?

—Ella tenía un deber de cuidado para con Bradley —dijo Gardner, sintiendo cómo la investigación se complicaba con cada revelación. ¿Se encontraban ante un caso de falta profesional? ¿El miedo de la profesora a que todo se descubriera la había llevado a asesinar?

Cherish se emocionó de nuevo. —No, por favor, no quiero ser yo quien la meta en un lío.

—Insisto, si resulta ser así, ¡usted no es responsable en modo alguno! —dijo Gardner—. Y, en última instancia, no podemos averiguar qué le ocurrió a Bradley sin todos los detalles. Por tanto, lo que está haciendo es lo correcto. ¿Llegó a hablar con la señora Harrison?

—No.

—¿Cree que ella sabía que él se lo había contado a usted?

—No. Él prometió no decírselo a nadie. Estaba enamorado de ella. Pero yo seguía creyendo que también me quería a mí, por eso me lo confió.

Gardner miró a Riddick, que estaba pálido y parecía necesitar tomar el aire. Decidió dar por terminada la entrevista.

Tras varias preguntas más, Gardner se inclinó y le dio a Cherish una palmadita en la rodilla. Le entregó una tarjeta con su número de teléfono. —Llámeme a cualquier hora del día o de la noche.

—Creo que ya le he contado todo lo que sé —dijo Cherish.

—No solo por lo de Bradley —dijo Gardner—. Llámeme de día o de noche si quiere hablar o necesita cualquier cosa.

Cherish se secó las lágrimas y sonrió. —Gracias. Es usted muy amable.

Gardner se puso en pie. —Hay mucha gente amable en el mundo, Cherish. Solo que a veces, cuando las cosas no van bien, puede parecer todo lo contrario. No está sola, Cherish. —Miró a Riddick—. Es más, ninguno de nosotros tiene por qué estarlo.

20

A pesar de haber llegado en coches distintos, se sentaron juntos en el de Gardner para sopesar las revelaciones.

Riddick seguía pálido. Miraba por la ventanilla, esperando a todas luces que Gardner iniciara la conversación.

Ella le ofreció un Tic Tac de menta. Él negó con la cabeza. —No me va la menta —dijo. Se metió la mano en el bolsillo y sacó medio paquete de caramelos de menta extrafuerte.

—¿Sabías que Bradley era uno de los acosadores, Riddick? —preguntó Gardner.

Él suspiró. —No. Aunque, ahora que lo pienso, sí recuerdo que el mejor amigo, Dan Lotus, publicó algo en Facebook. Pero había muchísimos comentarios maliciosos en internet. Personalmente, no los revisé todos. Me apartaron del caso muy al principio, ¿recuerdas?

—Probablemente solo sea una coincidencia, Paul, pero vamos a tener que volver a examinar el caso Winters. Aunque eso ya lo sabes, ¿verdad?

Riddick continuó con la vista fija en la ventanilla del copiloto. —Es un problema, jefa.

—Sí —dijo Gardner—. Pero creo que podemos mantenerte al margen de esta línea de investigación hasta que la descartemos.

Lo miró de reojo para calibrar su reacción. Sabía que lo mejor sería contactar con Marsh y pedir que lo apartaran, al menos temporalmente. Sería la opción más segura. Sin embargo, no pudo

evitar seguir su instinto. Riddick era una pieza fundamental en este caso. Conocía y entendía a la gente implicada. Sin él, podría poner la investigación en desventaja. No es que fuera a estar totalmente perdida, pero su ausencia la debilitaría.

Riddick se giró y la miró a los ojos. —Quizá lo mejor sea que…

—¿*Tú* quieres dejar el caso?

—No, por supuesto que no. Pero no te la juegues por mí.

—No me la voy a jugar por nadie. Le encargaré la línea de investigación de Winters a otro del equipo. Mientras tanto, tú y yo podemos investigar a esa tal señora Harrison.

—*Susan* Harrison.

—Susan Harrison. Por favor, dime que no tienes nada que ver con ella también, ¿o sí?

—Aparte de ir a ese instituto, no. No la conozco personalmente.

—¿Qué sabes de ella?

—Es profesora de matemáticas. De veintitantos, casi treinta. Casada y con hijos. Parece que siempre está metida en eventos de la comunidad. Su nombre aparece mucho en actos organizados, como el festival de arte FEVA que se hace cada agosto.

—Bueno, pues si Cherish dice la verdad, la vida de esa mujer está a punto de desmoronarse.

Riddick asintió. —Y con razón.

—Escucha, voy a informar a la comisaria ahora mismo y a organizar que alguien hable con los padres de Kelsey Winters. Dame quince minutos y nos vamos juntos al instituto a hablar con Susan.

Riddick asintió de nuevo. —También tenemos otro problema.

—Dispara.

—¿Has olvidado la falsa coartada de Neil Taylor? Estuvo fuera, a saber dónde, la noche que mataron a su hijo.

—Ah, no lo he olvidado, Paul. Iba a informar a la comisaria jefa sobre eso también y a disponer que alguien más venga y se lo lleve a comisaría para tomarle una declaración detallada. Ya es hora de que le tomemos declaración a este tipo tan escurridizo.

—Déjame hablar con él un momento, primero —dijo Riddick, mirando de reojo la casa de Mandy.

—¿Te parece buena idea, Paul? Pareces bastante afectado por lo de ahí dentro. Esperemos a su declaración detallada…

—Jefa —dijo Riddick, volviendo a mirar a Gardner—. Conozco a este capullo. Sé de qué pie cojea. Déjame darle un pequeño repaso. Te prometo que no habrá fuegos artificiales.

Tenía razón. Si iba a seguir contando con los servicios de Riddick por su conocimiento de los lugareños, más valía que le dejara usar ese conocimiento en su favor.

—Vale. No más de veinte minutos, a no ser que des con algo gordo. Y si es así, abres esa puerta y me haces una seña para que entre enseguida.

Riddick se llevó la mano al corazón.

—Y nada de peleas —dijo Gardner—. Esto no es el patio del colegio.

—Me tienes calada del todo mal, jefa —dijo Riddick mientras salía del coche.

—No —dijo Gardner—. Creo que te tengo bien calado. Y por eso quiero que sigas en el caso. —Sonrió.

Riddick la miró desde fuera, le devolvió la sonrisa y cerró la puerta.

Gardner se puso en contacto con varios miembros del equipo para que la pusieran al día y luego llamó a la comisaria jefa Marsh para informarla de los acontecimientos del día hasta el momento.

—Agradezco la puesta al día, Emma, pero todavía es bastante temprano, así que supongo que tiene algo más en mente.

—Sí, señora. Un par de cosas.

—Me intriga. ¿Por dónde quiere empezar?

—Por el pasado de Paul, señora.

—¿Qué pasa con él?

—Seguramente habría sido prudente que me hubiera facilitado los detalles antes de que empezara a trabajar con él.

Marsh se rio. —¿Prudente? Acabábamos de conocernos, Emma, y teníamos un caso de asesinato. La quería concentrada y no llena de dudas sobre su subdirector de investigación. Esta repentina conexión con el caso de Kelsey Winters es completamente inesperada y, con suerte, no sea más que una desagradable coincidencia.

—¿Pero y lo que le ocurrió a él personalmente, señora?

Se hizo un silencio sepulcral.

—Ese pobre hombre… ¿cómo pudo alguien…?

—Exacto —dijo Marsh—. ¿Cree que quería que inundara a Paul de compasión la primera vez que se vieron junto al cadáver de Bradley?

«Una exageración», pensó Gardner, *«pero sí, no puedo negar que lo habría tenido presente».* —Obviamente, habría sido discreta.

—No lo dudo. Después de todo, viene usted muy bien recomendada. Sin embargo, ¿cómo se sintió cuando se enteró?

—Mal. Fatal, de hecho.

—Supongo que le has dicho que lo sabías.

—Sí. *Y me costó contener las lágrimas.*

—¿Incómodo?

—Sí. *Pero no he dejado que eso interfiera en mi trabajo.* Pensó en la decisión que había tomado de mantenerlo en el caso tras la revelación de Cherish sobre el caso Winters. *Al menos, creo que no lo he hecho...*

—Mira, no intentaba jugar a nada, Emma. Solo quería que estuvierais los dos centrados cuando os encontrasteis por primera vez en la escena del crimen. Como seguramente ya habrás notado, Paul no es la persona más fácil de tratar, ni en el mejor de los casos; no quería enturbiar la situación. Sabía que lo descubrirías por ti misma y que lo procesarías a tu manera. Confiaba en que lo gestionarías con profesionalidad. Y creo que así ha sido.

—Quizá habría sido mejor que me asignara otro subdirector de investigación, al menos hasta que, ya sabe, lo conociera un poco...

—¿Qué impresión te ha causado Riddick hasta ahora?

—Desagradable. Un tanto agresivo. Astuto... y extremadamente observador.

—Es el mejor con el que he trabajado, Emma. Y, de no ser por su historial, ya estaría donde estás tú ahora.

Gardner pensó en los otros agentes de su reunión informativa. Algunos parecían capaces, pero ninguno se había presentado con la misma determinación que Riddick había mostrado hasta el momento. Estaba claro que aquel hombre arrastraba a sus demonios. Sacos llenos de ellos, para ser sincera. Pero, aun así... daba la sensación de que nada lo detendría hasta descubrir la verdad. Y con un asesinato brutal entre manos, esta era una característica muy de agradecer.

—¿Quieres otro adjunto, Emma? ¿Es por eso por lo que llamas?

—No, por supuesto que no, señora. Es evidente que tiene una gran determinación y sería contraproducente apartarlo ahora, pero me preocupa.

—Deja que me preocupe yo. Yo cargaré con el muerto si algo sale mal.

¿De verdad? Es fácil decirlo ahora... No sería la primera vez que un superior hace promesas que luego no cumple.

—Puede que parezca un hombre roto, Emma —y hasta cierto punto lo está—, pero nunca encontrarás a nadie más fiable.

—De acuerdo, señora —*sin quedarse tranquila del todo*—, pero hablando de fiabilidad... todavía no conozco muy bien a mi equipo y necesito poner a alguien con el tema de los Winters mientras yo voy al instituto. Será muy delicado. ¿Tiene alguna sugerencia?

—El sargento detective Ray Barnett.

—Sí, parece capaz, pero lo tengo metido de lleno en el asunto de Waterside y no quiero interrumpirlo.

—Otro puede encargarse de eso un par de horas. Utiliza a Ray. Es uno de los mejores que tienes. Puede que parezca esculpido en roca, pero es el agente más sensible que conocerás jamás. Se encargará del asunto de los Winters con el debido decoro.

—De acuerdo... hay una cosa más...

—¿*El Asesino del Viaducto*, por casualidad?

—Sí. ¿Cómo sabía que iba a sacar el tema?

—Bueno, si no me preguntaras por la filtración, me preguntaría dónde te has metido las últimas veinticuatro horas.

—De acuerdo, señora. ¿Qué puede decirme del sargento detective Phil Rice?

Marsh resopló.

—Que es un incordio, pero no fue él.

—¿Está segura...?

—Totalmente. Es beligerante, terco y, como probablemente ya has descubierto, un inconformista. Pero es pura fachada. Es un buen agente y quiere hacer bien su trabajo. Te mantendrá alerta, pero no es nuestro filtrador.

—De acuerdo... ¿tenemos alguna idea de quién está hablando con esa periodista horrible, Marianne Perse?

—Tengo algunas sospechas y lo estoy investigando yo misma, pero quiero que te centres en lo tuyo, Gardner. Joe Bridge está haciendo un gran trabajo manteniéndolos a raya, pero los sabuesos quieren una rueda de prensa con nosotras. Les daremos largas hoy y veremos dónde estamos mañana. Con suerte, para entonces, habremos taponado la filtración y tendrás información más tangible que darles.

—Eso espero, señora.

—Tengo plena fe en ti y en tu equipo.

Ojalá compartiera su fe.

—Gracias, señora.

Gardner colgó y volvió a echar mano de sus Tic Tac, solo para descubrir con decepción que la caja estaba vacía.

Suspiró, molesta consigo misma por su falta de confianza.

Se preguntó qué le diría el inspector jefe Michael Yorke en ese momento. Algo como: «Una ciudad nueva, un equipo nuevo y un compañero con un armario lleno de cadáveres... serías un bicho raro si rebosaras confianza».

Sí, Mike. Tienes razón.

Se puso en contacto con el sargento detective Ray Barnett para pedirle que visitara a los padres de Kelsey Winters.

21

Neil abrió la puerta y puso los ojos en blanco.

Riddick reprimió una sonrisa.

—¿En serio? —dijo Neil—. ¿Me está tomando el pelo?

—Le diré lo que sí es serio, Neil. Mandy ha mentido. No estuvo con usted entre las nueve y la medianoche de anteayer.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién lo dice?

—No viene al caso… Y ahora, ¿puedo pasar para que sea sincero con nosotros?

—¿Y si le mando a la mierda?

—Entonces, acusaré a Mandy de obstrucción a la justicia y solicitaré una orden de arresto contra usted.

—¿Por?

—El asesinato de su hijo.

Neil se rio. —No diga tonterías. —Se apartó para dejar pasar a Riddick—. ¿Debo esperar más brutalidad policial?

Riddick esperó a que la puerta se cerrara tras él para responder a la pregunta. —Depende.

—¿De qué?

—De si vuelve a descargar sus frustraciones con Mandy.

—Ella no es la que ha estado hablando con ustedes. Habrá sido la zorra de su hija, la de arriba.

—Bueno, está embarazada. Así que, si le pone una mano encima, recordará la brutalidad como poco más que un agradable aperitivo.

Entraron en el salón y se sentaron uno al lado del otro. Neil habló mientras Riddick sacaba su libreta. —¿Se da cuenta de lo que me va a costar el error de mi hijo y esa golfa? ¿Quién cree que va a acabar pagando la factura?

—Vayamos al grano, Neil. Su hijo ha muerto. Las circunstancias son sospechosas. ¿Lo mató usted?

—No. —Se señaló la boca al decirlo—. ¿Por qué demonios iba a hacer eso?

—Pues, con toda sinceridad, no parece que le importe mucho que esté muerto.

—¿Porque no estoy llorando a lágrima viva? Venga ya. Escuche, Bradley era un grano en el culo, y ¿me causó problemas? Sí. También era demasiado sensiblero, así que nunca me iba a servir de nada.

—¿Para qué? ¿Para desguazar coches? —dijo Riddick con desdén.

—Entre otras cosas. Para el trabajo de hombres en general. Sin embargo, seguía siendo mi hijo, y yo seguía queriéndole. Puede que no lo parezca, pero estoy destrozado.

—¿Destrozado, pero ni siquiera puede soltar una lágrima?

—Nunca he sido de lágrima fácil.

—Bueno, pues al menos enfádese. ¿Un hombre como usted no debería estar buscando venganza?

Neil sonrió. —¿Cómo sabe que no lo estoy?

—Pues si lo está, le sugiero que se detenga ahora mismo. Es más fácil hablar con nosotros y que se resuelva como es debido…

—¡Como es debido! Es usted tan expeditivo como el que más, Paul. Acaba de demostrarlo hace un momento.

Riddick se pasó una mano por la cabeza. —¿Dónde estuvo anteayer entre las nueve y la medianoche? Y si su coartada no cuadra esta vez, volveremos a por usted. Con toda la artillería.

Neil suspiró. —En el Worlds End.

Riddick sintió que se le helaba la sangre. —Ese pub está justo al lado del puto río. A quince minutos, *si llega*, de la puta escena del crimen.

—¡Exacto! —dijo Neil—. ¿Por qué cree que no se lo dije? Mejor mantenerlo simple. Ya lo veo en su mirada. Le daré dos razones por

las que no maté a mi chico. Número uno: ya he cumplido condena y no me apetece volver. *Jamás.* Número dos: era mi chico. —Su voz empezó a quebrarse—. Mi puto chico, por el amor de Dios.

Es usted un buen actor, Neil. La única persona que le ha importado alguna vez es usted mismo… ¡y no soy yo! —¿Con quién estaba en el Worlds End?

—Con Simon Turner y Nick Foley.

Riddick soltó una carcajada. —Dos personas que mentirían encantadas por usted.

Neil se encogió de hombros. —Seguro que tienen otros medios. Pregúntele al personal del bar. Compruebe la videovigilancia.

—¿A qué hora se marchó?

—Sobre las once.

—¿Con quién?

—Caminé con Si por Waterside. Hasta Abbey Road, y salimos a Wetherby Road. Luego me desvié a la izquierda hacia Fountains Way, donde vive Si.

—¿Por qué?

—Nos apetecían más copas.

Y lo que no son copas, pensó Riddick. —¿Había alguien más allí?

—Su mujer. Ella puede dar fe. Debimos de llegar sobre las once y media.

Riddick tomó algunas notas.

—¿Subieron usted y Si al castillo por las escaleras?

—No. ¡No fuimos al puto castillo! Pasamos justo por delante de esas escaleras.

—¿Consentirá en dar una muestra de ADN?

—Apenas tiene sentido cuando ya la tienen, pero sí.

—Bien, hablaremos con Simon Turner, su mujer, Nick Foley y el personal del Worlds End. ¿Alguien más que pueda confirmar su versión de los hechos?

—Que yo recuerde, no. Imagino que alguien me habrá visto por la ventana de una de sus casas, ¿no?

Pensó en el testigo que había visto a alguien discutiendo a gritos por teléfono. —¿Llevaba una sudadera con capucha?

—No… un jersey.

—¿Aceptará entregar este jersey para un análisis de fibras si es necesario?

—No quedaría muy bien si dijera que no, ¿verdad?

—Probablemente no. ¿Quiere una sugerencia, Neil?

Neil gruñó. —Soy todo oídos.

—Vaya a la comisaría de Harrogate y preste una declaración detallada. Les avisaré de que va de camino. Adelántese a esto.

Neil negó con la cabeza. —No he hecho nada. Por eso mismo mentí en primer lugar.

Riddick se encogió de hombros. —Mire. Parece que Mandy ha pasado por mucho. Con el ojo morado y todo eso. Vaya usted a la comisaría, preste esa declaración detallada y yo veré qué puedo hacer con el cargo de obstrucción a la justicia.

—¿Disfruta de su trabajo, Paul?

Riddick se levantó. —Es mejor que desguazar coches para ganarse la vida.

—Oh, no lo sé yo. —Neil se puso de pie—. Podría encontrarle un uso a un tipo tenaz como usted. Puede que hasta lo encontrara gratificante.

—¿Gratificante cómo? —Riddick enarcó una ceja.

Neil le guiñó un ojo. —Avíseme cuando por fin mande a sus superiores a la mierda con su trabajo.

—¿Y por qué iba a hacer yo eso?

—Le pisotearon, Paul. ¿Lo ha olvidado?

No, eso no es algo que se me olvide. —Tenían sus motivos.

Neil volvió a guiñarle un ojo. —La lealtad. A mí también me gusta eso en un hombre... sí, de verdad que podría serme usted muy útil.

—¿Está intentando involucrarme en algún tipo de delito, Neil?

—¿Qué le hace pensar eso? Además, no todo el mundo tiene que ser intachable, ¿verdad? Usted aún podría ser el héroe. Su antiguo jefe, Anders, no era precisamente un santo y, aun así, se había ganado a todo el mundo.

Por salvar a unos niños de un edificio en llamas. Después de algo así, podías salirte prácticamente con la tuya en cualquier cosa. Y no es que Anders hubiera sido un policía corrupto. De la vieja escuela,

sí. Corrupto, no. —No me interesa su punto de vista y estoy empezando a sentirme bastante irritado. —Apretó los puños.

Neil levantó las palmas de las manos. —Tranquilo, Paul. Por hoy ya he tenido bastante con una paliza. Solo intento ayudarle. Usted ha caído. Simplemente le ofrezco mi ayuda para que se levante.

Riddick dio un paso hacia él y Neil retrocedió uno.

Puede que haya caído, pero todavía no he tocado fondo.

—Vaya a la comisaría —dijo Riddick—. Y preste declaración. Les avisaré de que va para allá.

Le comunicó los resultados del interrogatorio a Gardner en su coche.

—Bien hecho, Paul. ¿Tú qué crees?

—Creo que es un completo capullo y culpable de muchas cosas, pero ¿de asesinar a su hijo? No estoy tan seguro. Primero, averigüemos si esta vez dice la verdad.

—Voy a encargárselo al sargento detective Phil Rice y a algunos otros para que lo investiguen —dijo Gardner.

Riddick enarcó una ceja. —Phil es un capullo.

—El jefe cree que no está mal —dijo Gardner.

—El jefe te dijo que yo no estaba mal —dijo Riddick.

—Sí. Y no lo estás. Más o menos —dijo Gardner—. Mira, tengo que empezar a confiar en la gente tarde o temprano, Paul. No podemos hacerlo todo nosotros solos, ¿sabes?

Riddick asintió.

—Creo que es mejor que contactes tú con Phil para informarle de todo lo que acabas de averiguar, por si se me pasa algo —continuó Gardner—. Dile que investigue esta cronología de los hechos hasta el más mínimo detalle. No descartaremos a Neil hasta que estemos cien por cien seguros de que no subió aquellos escalones hasta el castillo. Phil también puede tomarle declaración detallada en comisaría; así, si Neil vuelve a mentirnos, lo tendremos todo registrado.

22

Era una situación delicada y Barnett agradecía la confianza que Gardner había depositado en él de repente. Por ello, durante el trayecto a casa de la difunta Kelsey Winters, se había sentido seguro y decidido. Sin embargo, ahora, sentado allí con Hannah Winters, una persona que había sufrido una pérdida inimaginable, sentía cómo su seguridad se desvanecía a toda prisa.

Evitó coger la taza de porcelana que ella le había llenado por si notaba el temblor de sus manazas. Miró directamente a la agente detective Lucy O'Brien, que parecía segura de sí misma *—¿cómo demonios lo conseguía?—,* y luego volvió a mirar a Hannah.

—Señora Winters, gracias de nuevo por recibirnos; no queremos entretenerla mucho tiempo.

—Hannah, por favor —dijo ella, y sonrió.

A Barnett, la sonrisa le pareció falsa. De hecho, Hannah no le pareció más que una escultura, fría e inmóvil, incluso sin vida, lo que convertía esa sonrisa en nada más que la obra de las manos de un artista.

—Soy consciente de que han pasado más de dos años desde la última vez que hablamos con usted sobre Kelsey.

—Parece que fue ayer, sargento detective.

Y apuesto a que siempre será así, pensó Barnett, todavía con las manos temblorosas.

—Y no hemos venido a hablar de las circunstancias del fallecimiento de Kelsey.

—No me lo esperaba —dijo Hannah, y dio un sorbo a su propia taza de porcelana—. En realidad no hay mucho de qué hablar. Y no tiene que preocuparse por disgustarme. Ahora soy más fuerte que la última vez que hablé con la policía. Tengo un grupo de apoyo, he encontrado la paz y todavía tengo a Kelsey aquí. —Se tocó el pecho —. También los he perdonado por lo que hizo su compañero, el inspector Riddick. Él quería saber la verdad sobre lo que pasó. Solo hacía su trabajo. Por lo que pasó *después*..., bueno..., eso fue espantoso.

—Gracias, Hannah. Me aseguraré de transmitirle su mensaje al inspector Riddick.

Miró a Lucy.

—Pareces joven, querida. ¿Te gusta tu trabajo?

—Muchísimo, señora —dijo Lucy.

—¡Hannah, insisto! ¿Cómo te llamas?

—Lucy.

—Espero que te cuiden, Lucy. Hay demasiado derroche en este mundo. Demasiado. De verdad que tienes toda la vida por delante, querida. Espero que ellos lo valoren.

—Lo hacen, Hannah. Estoy a salvo y me cuido mucho. Gracias por preguntar.

—De nada, querida. —Volvió a mirar a Barnett—. ¿Ha venido por lo de Bradley?

—¿Qué le hace preguntar eso?

—Fue uno de los chicos que acosaban a mi Kelsey. Cuando oí lo de ese asesino del viaducto, supuse que en algún momento pasarían por aquí.

—«El asesino del viaducto» no es un nombre oficial —dijo Barnett—. Nosotros no hemos nombrado a nadie.

—Ya veo. En cualquier caso, fue un asunto muy triste. —Miró a Lucy de nuevo—. Más derroche. Era un chico con problemas.

—¿En qué sentido? —preguntó Barnett.

—Los acosadores tienen el alma atormentada.

Barnett asintió.

—¿Cuándo supo que Bradley era uno de los chicos que habían acosado a Kelsey?

—Después de que muriera, mi marido y yo revisamos todas sus redes sociales. Encontramos a todas las personas que acosaban a Kelsey. A ella no le habría importado. Nunca hubo secretos entre nosotras. —Sonrió de nuevo—. Ni uno solo.

—¿Qué recuerda sobre Bradley?

—Muchos niños, chicas y chicos, simplemente añadían comentarios a las imágenes que se publicaban. Bradley fue uno de los dos principales responsables que publicaron las imágenes. De hecho, vino a verme para disculparse. No era el peor de los dos. Recuerdo que el otro chico, Dan Lotus, parecía deleitarse con la angustia de mi hija. Publicó algunas imágenes muy explícitas, ya se lo digo. —Tomó otro sorbo de té y se quedó con la mirada perdida.

No era necesario preguntarle a Hannah por ninguna de aquellas imágenes. Todas se estaban recuperando de la base de datos en el Cuartel General.

—Pero, sabe, a fin de cuentas, eran niños. Usaron palabras para hacerle daño a mi hija. Fue malintencionado, fue cruel, pero no la obligaron a tomarse mis somníferos. Tardé años en aceptarlo, pero ahora *sé* que es así. Mi hija no estaba bien. Nada bien. Ahora creo que el acoso fue solo un catalizador, que, tarde o temprano, esto podría haber ocurrido de todos modos. La culpa es *nuestra*, ¿sabe? Mía y de Tom. Deberíamos haber estado más ahí para ella. Teníamos nuestros problemas en aquel entonces y no hicimos caso a las señales. Se hacía daño a sí misma. Todas las señales estaban ahí. —Se interrumpió y, por primera vez, la sonrisa esculpida se desvaneció.

—Siento mucho su pérdida —dijo O'Brien.

Barnett miró a O'Brien, preocupado de repente por si se echaba a llorar, pero ella estaba aguantando el tipo magníficamente, y se dio cuenta de que, en realidad, era él quien lo estaba pasando mal.

—Espero que Bradley encontrara algo de paz antes de morir —dijo Hannah—. Cuando vino a verme —hará ya un año—, estaba lloroso y arrepentido. Afirmó que el acoso no fue idea suya, pero no intentó usarlo como excusa. —Hizo una pausa y se quedó con la

mirada perdida, recordando el incidente—. Dijo que nunca había hecho nada parecido y que no volvería a hacerlo. También mencionó a su padre.

—¿Neil Taylor? —preguntó Barnett.

Hannah asintió.

—Dijo que lo odiaba. Que no quería ser como él. Pero, ya sabe, yo corté la conversación. Perdoné al chico, pero todavía era demasiado doloroso, demasiado reciente entonces. Quería que se fuera… —Volvió a quedarse con la mirada perdida—. Quizá debería haberle dedicado más tiempo. Quizá… ¿podría haberlo ayudado?

—Hizo más que la mayoría —dijo O'Brien—. Aceptar su disculpa…, escucharlo…, fue usted muy generosa.

Hannah suspiró.

—Sabe que cuando Tom se enteró de que había estado hablando con Bradley, puso el grito en el cielo. Nuestro matrimonio ya estaba acabado para entonces, pero intentábamos aferrarnos desesperadamente el uno al otro. Creíamos que teníamos que hacerlo. Habíamos perdido a nuestra única hija. Si nos separábamos, sería como si todo hubiera sido en balde. Dieciséis años de nada…, pero los que me rodean me han ayudado a ver que no es así. Estamos mejor separados. Ambos somos más felices. Todavía no nos hemos divorciado, pero supongo que lo haremos.

—¿Dónde está Tom ahora?

—En el extranjero, en las plataformas petrolíferas. Prácticamente ha trabajado sin parar estos dos últimos años. Cada uno lo lleva a su manera. La suya es el trabajo; la mía, el perdón.

—¿Y su marido los perdonó?

Hannah negó con la cabeza. —Me temo que no. Como ya le he dicho, cuando perdoné a Bradley y se lo dije a Tom, estuvimos mucho tiempo sin hablarnos.

—¿Ha hablado con su marido recientemente sobre Bradley? —dijo Barnett.

—No... ¿por qué? —Negó con la cabeza con más vehemencia esta vez—. No... ¿No estará pensando que...? No. Él no tendría nada que ver con eso. Es un hombre pacífico.

—La creemos, Hannah —dijo Barnett—. Pero, aun así, nos gustaría ponernos en contacto con él. ¿Puede darnos sus datos para que podamos hacerlo?

—Por supuesto —dijo Hannah mientras buscaba en los contactos de su móvil—. Un momento. Así es como pueden contactar con él en la plataforma. —Y le dictó el número.

Barnett lo anotó. —¿Sigue viviendo aquí con usted cuando no está fuera?

Hannah negó con la cabeza. —No. Alquila un bungaló en Harrogate. —Le dio la dirección y Barnett la apuntó—. Pero, como le digo, seguro que está fuera. Me avisa cuando está en Harrogate. Todavía nos vemos, ¿sabe? Hemos compartido mucho.

—Gracias, Hannah —dijo Barnett—. Y… esto es el procedimiento habitual, Hannah, así que, por favor, no se lo tome a mal. Solo queremos descartarla por completo de la investigación. ¿Podría decirme dónde estaba el lunes por la noche entre las nueve y las doce?

—Estaba aquí.

—¿Estaba con alguien? —dijo Barnett.

—¡Qué cotilla! —rio Hannah—. Sí. Mi nueva pareja, Geoff McQuarrie.

—¿Le importaría que contactáramos con él? —preguntó Barnett.

—Si no queda más remedio. Estuvo aquí, pedimos comida para llevar y… —sonrió— se quedó a dormir.

Igual que había hecho con el de Tom, Hannah buscó el número de Geoff en su móvil y se lo dictó. Barnett lo apuntó. Comprobar su coartada era probablemente una pérdida de tiempo, pero Barnett tenía a un nuevo jefe al mando y no iba a permitirse no ser absolutamente metódico. Le repitió el número y ella asintió para confirmar que era correcto.

23

Gardner había llamado con antelación al instituto para evitarles la sorpresa al pulsar el timbre y anunciarse.

—Si conduce hasta el final del aparcamiento, inspectora jefa Gardner, le hemos reservado dos plazas. Verá los conos naranjas.

Su previsión había dado sus frutos. Era de sobra conocido lo difícil, si no imposible, que era aparcar en los institutos a mediodía.

—Gracias —dijo Gardner, mientras observaba cómo se abrían las verjas de hierro—. La veremos en recepción.

Tras aparcar, recibió una llamada de Barnett. La puso al día de su reunión con Hannah Winters, que, sorprendentemente, había ido como la seda a pesar de la animadversión histórica entre ella y la policía.

—Su coartada cuadra, jefa —dijo Barnett—. Estuvo con su nueva pareja, Geoff McQuarrie, toda la noche.

—Entonces, pasamos a Tom Winters.

—En ello estoy. Por lo visto, está en el extranjero, trabajando en una plataforma petrolífera. Hemos intentado llamar a su móvil, pero está apagado. Le he dejado un mensaje para que nos llame. También le he dejado un recado a Recursos Humanos de su empresa para que contacten con nosotros y así podamos confirmar que está trabajando. Estamos a punto de pasarnos por su bungaló en Harrogate para ver si ha vuelto sin avisar.

—Manténgame informada, Ray, por favor.

—Por supuesto, jefa.

—¿Y, Ray?

—¿Sí?

—Buen trabajo.

—Gracias.

Miró por la ventanilla del copiloto hacia el coche de Riddick. Estaba bebiendo de una botella de Sprite. Tras dar unos cuantos tragos, la tiró de nuevo en la guantera, masticó unos caramelos de menta —que supuso que serían extralargos por su comentario anterior— y luego se bajó del coche.

Se reunió con él fuera mientras examinaba el instituto de arriba abajo.

—¿Ha cambiado mucho desde que estudiaba aquí?

—¡Un poco! Ahora sí que tienen cosas. —Señaló una impresionante instalación de césped artificial—. Cuando yo era un crío, eso no era más que un campo embarrado. ¡Ahora veo a menudo al Leeds United FC organizando aquí sus campus de entrenamiento!

Durante todo el trayecto hasta allí, a Gardner le había venido a la memoria su última visita a un instituto de secundaria. No había intentado bloquearla porque, como le había dicho su terapeuta una y otra vez, tratar de bloquear los pensamientos no hacía más que avivarlos. Sorprendentemente, el recuerdo no le había afectado y no se había sentido aprensiva al acercarse.

Sin embargo, al aproximarse a la entrada acristalada, la atenazó una repentina y familiar sensación de frío, que la obligó a apoyarse en la pared de ladrillo para estabilizarse.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Riddick.

—Deme un segundo. —Se agarró el pecho y respiró hondo varias veces. Debía de parecer que estaba sufriendo un infarto.

Riddick enarcó una ceja.

—¿Volvemos al coche?

Gardner cerró los ojos, negó con la mano y tomó unas cuantas bocanadas de aire más, lentas y profundas. Aquello pareció funcionar. —Vale, ya estoy mejor…, lo siento, no me lo esperaba…, viejos recuerdos que afloran.

—¿Sufre de estrés postraumático?

—Algo parecido.

—Jefa, ¿por qué no va a…?

—¡Le he dicho que estoy bien! —espetó Gardner, enderezándose —. Vuelvo a tenerlo todo bajo control.

Riddick la miró entornando los ojos.

Ella suspiró, sabiendo que lo mejor era simplemente contarlo. Enterrar la verdad, algo en lo que Riddick era un maestro, nunca era una buena opción. Su terapeuta tenía muy claro que cuando la verdad quería salir a la luz, *había que dejarla salir*.

—Hace años, en Salisbury, fui a un instituto para hablar con el director. Interrumpí una agresión con arma blanca. No salí muy bien parada del altercado. —Se tocó el pecho—. Cuidados intensivos y un pulmón perforado.

—Joder —soltó Riddick—. Lo siento.

—Son gajes del oficio —dijo Gardner—. Siempre que lo afrontes después, puedes curarte. Yo me he curado…, con algún que otro tambaleo, por lo que se ve. —Dio una palmada en la pared del instituto—. Cuando me enfrento a estos recordatorios.

Recordó el momento en que había presenciado la pelea a navajazos en la octava planta de aquel rascacielos de Wiltshire. También se había tambaleado entonces, ¿no? ¿Fue esa la razón por la que había perseguido impulsivamente a aquel chico y había dejado a Willows en una situación tan vulnerable?

Respiró hondo otra vez y se enfrentó al pensamiento negativo de la manera en que su terapeuta le había enseñado. *No*. *Habría ido a por ese chico de todos modos. Si hubiera ocurrido algo por no haber intentado al menos plantarle cara a un chico que empuñaba un cuchillo, habría sido imposible recuperarse de ello.*

Estaba haciendo mi trabajo, no actuando por impulsos.

Como en muchos institutos hoy en día, la recepción se parecía más al vestíbulo de un edificio de oficinas que a un centro escolar. Gardner y Riddick se registraron en una pantalla de ordenador, que les hizo una foto e imprimió unas pegatinas con sus nombres.

La directora salió a recibirlos. Era una mujer de aspecto severo, con el pelo recogido en una coleta tan tirante que la frente parecía

estirada. —Paula Bradford.

Intercambiaron apretones de manos y presentaciones.

—Gracias por llamar con antelación. Estamos hasta arriba. El norovirus está haciendo de las suyas. *Otra vez.* ¡Hemos agotado todas las agencias de sustituciones en un radio de ochenta kilómetros!

Gardner recordó un virus que afectó al equipo en medio de una investigación de gran repercusión hacía varios años en Wiltshire. ¡La estampa de cada miembro turnándose para salir corriendo de la Sala de Incidentes hacia los lavabos había sido de película! En ese momento, con este asesino suelto por las calles, no podía permitirse ninguna ausencia. —Reduciremos al mínimo nuestro contacto con la gente. Nosotros también estamos en plena faena.

—Me lo imagino —dijo Paula—. Un incidente espantoso. Ayer intenté enviarle toda la información que pude sobre Bradley, pero supongo que está aquí para darle otro repaso. Me tomé la libertad de recopilar toda la información.

—Ese es uno de los motivos por los que hemos venido —dijo Gardner—. *Susan Harrison, la descarriada profesora de matemáticas, es el otro...*

Paula los condujo por un largo pasillo con aulas a cada lado. Gardner se asomó a varias clases por el camino, satisfecha al ver que los alumnos estaban concentrados. Reinaba un silencio inquietante en el pasillo.

—Cómo cambian los tiempos —dijo Riddick—. En mis tiempos, había más críos en los pasillos que en clase.

—Algunos centros siguen teniendo esos problemas. Yo he tenido la suerte de contar con un buen equipo directivo. Sobresaliente cuando Ofsted nos inspeccionó el año pasado.

Gardner se fijó en la sonrisa de orgullo en el rostro de Paula mientras los guiaba a una sala de juntas y se preguntó brevemente si ese podría ser algún día el instituto de su hija Anabelle. Desde luego, causaba una primera impresión excelente.

La asistente personal de Paula les preparó un café a todos y se sentaron a la mesa de juntas. La directora ya tenía su documentación dispuesta sobre la mesa. En la era de las

inspecciones, siempre convenía estar totalmente preparado; algo que, inevitablemente, acababa convirtiéndose en una costumbre.

Gardner asintió, señalando las carpetas. —Gracias por facilitarnos esta información con tanta prontitud cuando contactamos con usted ayer. Ya ha sido debidamente examinada, así que no esperamos que repase su historial académico punto por punto. Pensamos que podríamos empezar escuchando su opinión personal sobre Bradley. ¿Ha sido usted la directora durante toda su trayectoria escolar?

—Sí —dijo Paula, asintiendo—. Desde el Year 7 hasta el Year 13.

—Sorprende que aguantara tanto tiempo —dijo Riddick—, teniendo en cuenta su perfil.

—Bueno, inspector Riddick, no tenemos la costumbre de quitárnoslos de encima cada vez que tenemos un problema con ellos. Esto ya no es como «en sus tiempos».

Gardner miró a Riddick. Lo habían puesto en su sitio, aunque a él no pareció importarle en lo más mínimo. Su expresión era de total indiferencia.

—De hecho, puede que esté a punto de oír algo contrario a lo que le dicen todos estos datos, perfiles e informes —dijo Paula, recostándose en la silla, ya sin interés por sus carpetas—. Bradley era un chico complicado. A pesar de sus problemas, era un chico bastante bueno.

—Eso mismo nos han dicho otros —dijo Gardner, mirando a Riddick, deseando que no comentara nada sobre el acoso.

Paula continuó. —Cuando los niños vienen de un hogar roto, como era el caso de Bradley, hay que entender que su capacidad para tomar decisiones no siempre es la mejor. Aquí somos conscientes de eso. Pusimos en marcha planes para Bradley. Tarjetas de tiempo fuera, horarios reducidos y planes de recompensa, por ejemplo. Hicimos lo que pudimos por Bradley y, a veces, cuando su vida familiar no le pesaba, podía tener buen sentido del humor y una palabra amable para algunos de sus compañeros. En todo caso, era un chico más bien tranquilo, propenso a arrebatos ocasionales. De nuevo, como resultado de su vida familiar. Cuando tu madre es drogadicta y tu padre va a la cárcel por traficar, bueno, se lo puede imaginar.

—No hace falta que nos lo imaginemos —dijo Riddick—. Nosotros también lo vivimos a diario.

—Sí, claro —dijo Paula, con una mueca. A diferencia de Riddick, a ella sí pareció que la habían puesto en su sitio.

—Puede que sea un tema delicado —dijo Gardner—, pero es importante. ¿Qué puede decirnos del suicidio de Kelsey Winters?

Paula volvió a hacer una mueca. —La verdad es que no hay mucho que pueda decir. Nos investigaron. Se determinó que habíamos actuado de forma apropiada. La mayor parte del acoso se produjo por internet. Damos charlas con regularidad y lecciones sobre el acoso y los peligros de internet. Todo el acoso que tuvo lugar en el centro fue investigado e informado a los padres. Varios de los chicos fueron suspendidos por corear cosas en los pasillos. Se atajó desde todos los ángulos.

—Estoy segura de que así fue —dijo Gardner—, pero por favor, entienda, señora Bradford, que no se trata de cuestionar su integridad. Estamos aquí por Bradley. Se descubrió que fue uno de los principales acosadores, ¿no es así?

—Sí, lo fue, y —dijo Paula, levantando un dedo a la defensiva— fue suspendido y se consideró su expulsión. Pero el comité decidió que había sido influenciado por un compañero, que posteriormente fue expulsado... de forma definitiva.

—¿Dan Lotus? —preguntó Gardner.

—Sí. Ese era harina de otro costal, comparado con Bradley.

—¿En qué sentido?

—Ese chico no tenía un ápice de sensibilidad. Además, faltaba a clase con regularidad y era un auténtico incordio cuando estaba en el centro.

—Entonces, ¿por qué no fue expulsado hasta el Year 11? —preguntó Riddick.

Paula le clavó la mirada a Riddick. —Sé a dónde quiere llegar. Pero aquí no somos así. Somos *inclusivos* e intentamos por todos los medios retener a los alumnos. Pase lo que pase.

—¿Incluso si son peligrosos? —insistió Riddick.

—Peligroso es traer un cuchillo al instituto o agredir físicamente al personal o a los alumnos.

—¿Y el abuso verbal? ¿Y el *acoso*?

—Algo habitual —dijo Paula—. Si expulsáramos a todos los alumnos por esos delitos, incumpliríamos nuestro compromiso de servir a la comunidad.

—Permítame que le pregunte algo. —Riddick se inclinó hacia delante—. Si hubiera decidido expulsar definitivamente a Dan antes del Year 11, ¿estaría Kelsey todavía viva?

—No puedo responder a esa pregunta, inspector Riddick, y es más, me ofende.

Gardner tocó la rodilla de Riddick por debajo de la mesa. Él captó el mensaje y se recostó en su silla.

—Ha llegado a nuestro conocimiento otra cosa, señora Bradford —dijo Gardner—. Algo *preocupante*. Hemos venido para hablar con un miembro de su personal, pero he pensado que sería prudente conocer primero su versión. Es muy delicado y me gustaría minimizar el impacto si resulta ser infundado.

—¿Dígame?

Gardner se inclinó hacia delante en su silla. —Susan Harrison.

Paula se recostó en su silla y palideció ligeramente.

Gardner sintió que se le tensaban los músculos. *¿Qué sabes, Paula?* —Hemos recibido una denuncia de que Susan Harrison mantenía una relación con Bradley Taylor.

—¡Absurdo! —dijo Paula, inclinándose de nuevo—. Ya hemos pasado por esto. Esa queja es agua pasada.

—Ya veo. Por favor, explíquese.

—El año pasado, una alumna de Year 12 afirmó haberlos visto juntos, besándose, en un parque de Leeds. Por supuesto, se elevó el caso al responsable designado de la autoridad local para su investigación. Se concluyó que fue una confusión de identidad. ¡Susan estaba con su madre el día en cuestión, y desde luego no tenía una aventura con un alumno que casi le doblaba la edad! La pobre mujer ya pasó por bastante. Casi destruyó a su familia. ¿Seguro que no vamos a remover esto otra vez?

—Esto es una investigación por asesinato, señora Bradford —dijo Riddick—. Y nuestra fuente ha sido bastante convincente al respecto. No se trata de un simple avistamiento casual en Leeds. Alguien muy

cercano a Bradley nos ha proporcionado una declaración contundente.

—¿Quién?

Gardner enarcó una ceja.

Paula suspiró. —Bueno…, no me lo creo… Ella no sería capaz.

—He pensado que sería mejor que hablásemos con ella aquí —dijo Gardner—. Para mantenerlo con la mayor discreción posible hasta que aclaremos los hechos.

—Un momento, por favor —dijo Paula.

Salió de la sala de juntas para hablar con su asistente personal. Cuando volvió, dijo: —Ahora mismo está dando clase. Le pediré a Derek, mi subdirector, que la sustituya. ¿Pueden esperar aquí, por favor, mientras voy a buscarla?

Gardner asintió. —Señora Bradford, por favor, no le comente nada sobre nuestras sospechas. Solo conseguirá que entre en pánico.

Cuando Paula se hubo marchado, Gardner se giró hacia Riddick. —Te gusta ir a saco, Paul.

—Acelera las cosas, jefa.

—Escucha, esta situación está a punto de volverse aún más delicada. Necesito que aflojes. Al menos durante este interrogatorio.

Riddick se encogió de hombros.

Gardner sintió que el móvil le vibraba en el bolsillo.

—Hola, Ray —respondió.

—Ni rastro de nadie en el bungaló de Tom Winters, jefa. Tampoco he recibido respuesta de Recursos Humanos de su empresa. ¿Quiere que vuelva a revisar la videovigilancia de Waterside mientras espero noticias?

—Sí, por favor. También quiero que rastree las grabaciones de videovigilancia en busca de una tal Susan Harrison. Es la jefa del departamento de matemáticas...

—Sí. Sé quién es, señora.

—Si la ve en la videovigilancia, llámeme de inmediato.

—Así lo haré. De hecho, pondré a mi equipo a ello ahora mismo.

—Gracias.

Tras colgar, Riddick dijo: —¿Hasta qué punto hemos investigado a Dan Lotus, jefa?

Gardner consultó su cuaderno. —John y Lucy le tomaron una declaración detallada ayer. ¿Por qué? ¿En qué piensas?

—Pienso que Lotus es un tipo despreciable. Hacía que Bradley pareciera la Madre Teresa.

—Eran íntimos amigos —dijo Gardner.

—Las amistades se tuercen —dijo Riddick.

—De acuerdo, pero no saltó ninguna alarma tras la declaración detallada. ¿Quieres darle otra vuelta?

—Creo que sí, jefa. Ahora mismo, tenemos dos personas de interés: Neil Taylor y Susan Harrison. Por mucho que deteste a Neil, no me cuadra que fuera él. Además, ¿Susan Harrison? Ya ha oído al médico legista. El agresor tendría que ser fuerte para reducir a Bradley. Y ella es una mujer muy menuda.

—Bueno, al menos escuchemos su versión primero.

—Estoy de acuerdo, jefa. Pero me parece que si te mezclas con mala gente, como ha hecho Bradley, al final sales mal parado. Me inclino por que el tema de las bandas está metido en todo esto, y me pregunto si no deberíamos centrarnos más en esa dirección…

Paula abrió la puerta. Estaba pálida y visiblemente alterada. —Lo siento…

Gardner se puso en pie.

Riddick dijo: —¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Mientras me la llevaba del aula, le he contado sus sospechas.

Riddick negó con la cabeza. —Le pedimos que…

—Lo siento. Es que no podía creerlo, ¿sabe?

—¿Y qué ha pasado?

—Ha echado a correr —dijo Paula—. Se ha dado la vuelta hacia la recepción y ha salido corriendo.

Riddick se levantó y miró fijamente a Gardner. El móvil de Gardner sonó. —¿Sí, Ray?

—Jefa. Dos cosas. El ANPR detectó el vehículo de Susan Harrison en el aparcamiento de enfrente de Waterside, detrás del Ugly Duckling, a las once y cinco de la noche en que mataron a Bradley.

Gardner sintió que se le aceleraba el pulso. —Joder. ¿Y la segunda?

—La videovigilancia la ha localizado en Waterside —dijo Barnett —. Habría llegado a las escaleras que suben al castillo a las once y cuarto. También fue grabada volviendo a su vehículo por Waterside a las doce menos diez. Encaja, jefa. El lugar y el momento oportunos.

¿Había matado Susan Harrison a Bradley para ocultar la verdad de su relación?

Por desgracia, la persona que tenía que responder a esa pregunta acababa de escapárseles de entre los dedos. —Se ha dado a la fuga, Ray. *¡Mierda!*

—Emitiré una orden de búsqueda ahora mismo, jefa.

24

Cherish aguzó el oído para escuchar el rugido del motor del coche de Neil y luego se asomó por la ventana de su dormitorio. Con el corazón en un puño, lo vio salir de la urbanización Hay-A-Park. No tenía ni idea de adónde iba. En el mejor de los casos, puede que no lo viera hasta el día siguiente. En el peor, lo vería de nuevo en diez minutos, después de que hubiera ido a por una nueva remesa de tabaco de liar.

Más valía darse prisa, a pesar de que nada era rápido en un estado de embarazo tan avanzado.

Su madre estaba echando la siesta en su dormitorio. Mandy ya de por sí tenía el sueño pesado, pero el gin-tonic de la tarde le daba a Cherish una capa extra de seguridad. Eso era bueno, porque no tenía sentido andar de puntillas cuando parecía un pequeño elefante. Se estremecía cada vez que crujía una tabla del suelo, pero confiaba en que su madre estuviera profundamente dormida.

El día anterior, había oído a Neil regodearse por el móvil. Le había hecho daño a alguien de alguna manera, aunque los detalles no estaban claros. Por un momento, consideró la posibilidad de que hubiera sido Bradley, pero no podía creérselo. Los padres, ni siquiera los tan malos como Neil, no mataban a sus hijos. ¿O sí? Sin embargo, fuera lo que fuera lo que Neil había hecho, lo pagaría. Y ese pago podría liberar a su madre de su control.

Al final de la conversación, Neil había hablado de limpiar, «por si acaso». También había dicho: «¡Joder, cómo me gustaba ese jersey!».

Cherish salió por la puerta de atrás y se dirigió al cubo de la basura. Se habían dejado la tapa abierta, por lo que las moscas estaban en su salsa, revoloteando, explorando, *comiendo*. Las espantó y contempló el montón de bolsas de basura hinchadas. La de arriba estaba rajada; un gato o un zorro, supuso. El esqueleto de un pollo asomaba por el agujero. Se estremeció, hundió las manos y empezó a buscar.

Un par de bolsas después, recuperó el jersey de Neil.

A pesar de estar apretado con otros desperdicios, estaba relativamente limpio. No así sus manos, por lo que sujetó la prenda entre dos dedos para no contaminarla más.

Tragó saliva.

Manchas rojas.

Te pillé.

A medida que se acercaba a la casa, el miedo que le corroía las entrañas ya sobrecargadas fue reemplazado por un estallido de excitación.

¿Podría ser esta la forma de liberarlos a ella y a su madre?

Dentro, puso el jersey sobre la mesa de la cocina y se lavó las manos a conciencia, arrugando la cara al pensar en el esqueleto de pollo. Después, sacó una bolsa de plástico de debajo del fregadero y metió el jersey en ella...

Oyó el coche de Neil.

Apretando la bolsa de plástico y agarrándose la barriga, cruzó la cocina y entró en el salón, pero, antes de que llegara a las escaleras, él ya había entrado por la puerta principal.

Se quedó helada. Podía sentirlo demorándose a su espalda.

—Oye —dijo él.

Se giró, deslizando la bolsa de plástico desde el estómago hasta la cadera.

Tenía un cigarro de liar colgando de la comisura de los labios y un paquete de cuatro latas de Stella en la mano. —Me están vigilando, ¿sabes? —dijo—. Por tu culpa, me están vigilando.

—Lo siento —dijo Cherish. Empezó a retroceder a través de la puerta abierta del salón hacia el primer escalón. La bolsa de plástico crujió al apretarla con fuerza contra su cuerpo.

—Pues vas a tener que demostrármelo. —La recorrió con la mirada de arriba abajo—. ¿Puedes hacerlo?

Sintió náuseas, pero las reprimió. —Estoy de ocho meses... nosotros... no estaría bien.

Neil soltó una carcajada. —¡Joder, tía! ¿Qué te crees que te estaba pidiendo? ¡Que tú seas una zorra no significa que todo el mundo funcione igual! —Sus ojos se posaron en la bolsa—. Y bueno, ¿qué hay ahí dentro?

Sintió que el corazón le iba a estallar. Abrió la boca para hablar, pero no le salió ni una palabra.

—Te he hecho una pregunta. —Extendió la mano hacia ella, indicándole que le diera la bolsa...

Piensa, Cherish. ¡Piensa, por el amor de Dios! —Un vestido de premamá. Katie me trajo uno.

Neil retiró la mano y se quitó el cigarro de liar de la boca. —¿Katie, eh? Esa sí que es una chica de muy buen ver. —Le guiñó un ojo—. Y no está en avanzado estado de gestación. ¿Quizá te gustaría que fuera a darle las gracias de tu parte?

—Es usted un cerdo.

Neil se rio. —Cuidado con lo que dices. —Señaló la barriga de ella con la cabeza—. Recuerda quién va a pagar los gastos de tu pequeño bastardo después de que haga su aparición.

Cherish retrocedió otro paso. Se preguntó si el sudor que sentía brotar por todo su cuerpo sería visible en su cara. ¿Lo vería él? ¿Sabría lo que estaba haciendo?

—¡Espera!

Se detuvo. —¿Por qué?

—¿*Por qué?* ¡Porque necesito que me hagas un favor, por eso! Tu forma de disculparte por hablar con los maderos. Necesito que dejes una cosa por mí esta noche. No puedo hacerlo yo, porque me están vigilando, por tu culpa.

—¿El qué?

—No es asunto tuyo. Solo necesito que lo hagas a las once.

—¡A las once! —Negó con la cabeza—. Estoy de ocho meses...

—A las once en punto —dijo él, y luego le indicó dónde.

—Eso está lejos...

—Dejaré el dinero para un taxi —dijo Neil—. También te dejaré una mochila en el sofá. Llévala allí para las once. Habrá alguien esperando para recogerla. ¿Y otra cosa?

Se arriesgó a dar otro paso. —¿Sí?

—Si sabes lo que te conviene, no mires dentro de la mochila.

Asintió, se giró hacia las escaleras y las subió, con el corazón todavía desbocado.

Cuando llegó arriba, sudaba a mares y se dio cuenta de que estaba agarrando la bolsa con tanta fuerza que había roto el plástico.

—¿Cherish?

Sintió que se le encogía el estómago. ¿Era este el momento? ¿Iba a pedirle la bolsa? —¿Sí? —preguntó, girando ligeramente la cabeza, pero no el cuerpo.

—Tienes que acostumbrarte a esto. Tú y ese pequeño bastardo vais a ser una carga para esta familia. Ya va siendo hora de que te ganes el sustento.

Entonces, se fue.

Logró entrar en su habitación antes de derramar lágrimas de alivio.

25

Mascando media caja de Tic Tacs, Gardner dio marcha atrás para salir de su aparcamiento en el parking del instituto. Mientras seguía el coche de Riddick hacia la puerta que se estaba abriendo, oyó el gemido de una ambulancia a lo lejos.

Después de que Riddick cruzara la puerta, detuvo su vehículo. Gardner se paró detrás de él y vio, para su fastidio, que el carril de la carretera en el que pensaban girar a la derecha estaba atestado. Un lugar peculiar para un atasco.

El sonido de la ambulancia se intensificó.

Cuando vio que el tráfico no se movía ni a la de tres y que el ominoso sonido de los servicios de emergencia se dirigía hacia allí, Gardner salió de su vehículo. Llamó a la ventanilla de Riddick.

Él bajó la ventanilla. —¿Un accidente?

—Eso mismo pienso… Déjame comprobarlo.

Los coches atascados en la carretera justo delante de ella habían decidido que era hora de marcharse. Uno a uno, dieron marcha atrás hacia el aparcamiento de un centro de ocio para poder dar la vuelta y marcharse en la dirección opuesta. Ya podía oír la ambulancia a todo volumen, y también el sonido de un camión de bomberos que se acercaba.

Giró la esquina.

Un Fiat 500 de color beis se había subido al bordillo al final de la calle, justo antes de la concurrida A59, y se había estampado contra

una barandilla de protección para peatones. Gardner no podía ver bien la parte delantera del vehículo, pero el humo que salía del capó sugería que los daños podían ser irreparables. Un camión de bomberos ya se había detenido a un lado de la A59, junto a la parte delantera del Fiat, mientras que la ambulancia había girado en la calle y estaba al lado del accidente.

—Joder —dijo Riddick, acercándose a ella—. Alguien debía de ir a bastante velocidad para perder el control y darle a eso.

Los servicios de emergencia se pusieron manos a la obra. Parecía que se estaban preparando para sacar a alguien del vehículo humeante.

Le sonó el teléfono. Era Barnett otra vez. —Sin busca y captura, jefa.

—Susan Harrison no conduce un Fiat 500, ¿verdad? —Le dio la matrícula de la parte trasera del vehículo.

—Sí… ¿cómo lo… La tienes, jefa?

—Ojalá. No, Ray, se ha atrapado ella sola. Se ha estampado contra una barandilla huyendo de nosotros.

—Dios santo. ¿Está bien?

—Estoy a punto de averiguarlo. Te llamo luego. —Sacó la placa del bolsillo y se acercó a los servicios de emergencia con Riddick.

Gardner y Riddick siguieron a la ambulancia hasta el hospital, donde les dieron una sala privada mientras esperaban a que un médico hablara con ellos. Los familiares de Susan Harrison estarían de camino, y Gardner quería evitar cualquier momento incómodo con un marido afectado.

Los detalles sobre el estado de Susan escaseaban en ese momento. Al final, los bomberos no habían necesitado excarcelarla, pero no parecía estar en las mejores condiciones cuando la sacaron del Fiat, inconsciente y con la cabeza ensangrentada. Sin embargo, todo parecía siempre peor cuando alguien estaba atado a una

camilla con un collarín, así que Gardner intentó mantenerse optimista.

—No tenemos ni idea de cuánto tardaremos, Paul —dijo Gardner —. Tu instinto te lleva hacia los amigos y las bandas. ¿Por qué no vas a sondear a Dan Lotus y luego diriges la informativa? Resume los hallazgos del día para nosotros.

Riddick asintió. —¿Seguro que quieres darme esa responsabilidad sabiendo lo problemático que soy?

—Si una chica de las lejanas tierras del sur puede con ese grupo de norteños de mediana edad, estoy segura de que a ti te irá bien.

—Me preocupa más la prensa —dijo Riddick—. Se me ocurre un periodista al que le encantará que hayamos asustado a una sospechosa hasta provocarle un accidente de tráfico grave.

—Bueno, pues mantén la boca cerrada y ordena a los demás que no digan ni pío. Joe Bridge puede encargarse de ello, a menos que nuestro maldito topo se adelante.

Después de que Riddick se marchara, Gardner se sentó y usó internet para buscar noticias antiguas sobre Knaresborough y Harrogate, centrándose específicamente en el tráfico de drogas entre condados y la cultura de bandas. Como era de esperar, al ser una zona rural y de clase media, no era un hervidero de delincuencia, pero tenía sus momentos. La historia de Neil Taylor y sus empresas estaba ahí, negro sobre blanco. Dan Lotus recibía algunas menciones, y parecía que un chico llamado Michael Sanderson había pasado un tiempo en un centro de menores por vender pastillas de éxtasis que causaron la muerte de una joven de Wetherby. Una llamada de un número oculto interrumpió a Gardner.

—Habla la inspectora jefa Gardner.

—Hola… lo siento… soy Cherish. —Parecía que estaba susurrando.

Gardner se levantó. —No tienes que disculparte, Cherish. Te dije que me llamaras cuando quisieras, y lo decía en serio. ¿Estás bien?

—Sí… creo que sí.

Gardner empezó a pasearse. —¿Dónde estás?

—Estoy en mi habitación. He *encontrado* algo. Quiero dártelo.

—¿El qué?

—Algo gordo, creo… —Se quedó en silencio.

—¿Cherish?

Un susurro muy bajo. —Está fuera de mi habitación.

—¿Quién? ¿Neil?

—Sí. Espera…

Gardner se paseó un poco más, con el corazón acelerado. No podía soportarlo más. —¿Cherish?

—Estoy bien, ya vuelve a bajar.

Gardner suspiró.

—¿Puedes venir ahora? —preguntó Cherish.

—¿Corres peligro?

—No… no lo creo.

—¿Puedo enviar a alguien, Cherish? Estoy…

—No, solo tú. Solo te lo daré a ti.

La puerta de la sala de espera se abrió y entró una mujer con gafas y bata de cirujano.

—Vale. Iré tan pronto como pueda, Cherish. Perdona, ¿qué es lo que quieres darme?

El teléfono ya estaba muerto.

Gardner se guardó el teléfono en el bolsillo y le estrechó la mano a la cirujana. —Inspectora Jefa Emma Gardner.

—Doctora Fiona Marshall.

—¿Cómo se encuentra Susan Harrison?

—Le debe la vida a un airbag. Como tanta gente hoy en día. Susan tiene contusiones y está dolorida, pero está despierta y comunicativa. Le hemos hecho radiografías y no parece que tenga nada roto ni dañado. Sin embargo, ha perdido el conocimiento un par de veces y es evidente que sufre una conmoción cerebral. Así que, por el momento, no se irá a ninguna parte. Estará en observación estricta.

—Pero ¿puedo ir a hablar con ella?

La doctora la miró con recelo. —No le voy a preguntar lo importante que es porque, obviamente, lo es. De lo contrario, una inspectora jefa no estaría en la sala de espera. Pero ¿puedo pedirle que sea lo más delicada posible? Ha sufrido una fuerte impresión y, de todas formas, no pensará con claridad debido a la conmoción.

—Mensaje recibido. No obstante, es una persona de interés en un delito grave, así que tendré que mantener a un agente aquí mientras esté en el hospital.

—¿Va a detenerla? —preguntó la doctora.

—Intentó huir de nosotros y algunas de las pruebas que tenemos contra ella son contundentes. Como le he dicho, como mínimo, tendrá que estar vigilada.

—Entiendo. No sería la primera vez que ocurre algo así.

—Entonces, ¿puede llevarme a verla, por favor?

26

Susan Harrison se había llevado un buen golpe. Llevaba un vendaje manchado de sangre en la frente y uno de los ojos ya se le estaba amoratando. Estaba recostada sobre una almohada con un gotero en el brazo cuando la doctora Marshall hizo pasar a Gardner a la habitación del hospital.

En cuanto Gardner se acercó a la cama, una lágrima asomó en el ojo ileso de Susan.

—Señora Harrison —dijo Gardner, mostrándole su placa—, soy la inspectora jefa Emma Gardner...

—Vino usted al instituto —dijo Susan.

—Sí.

Susan sollozó e hizo una mueca de dolor. —¡Va a arruinarme la vida!

Gardner respiró hondo. —Estoy aquí por un delito grave.

—¿Está aquí por lo de Bradley?

—Sí. ¿Qué puede decirme al respecto?

Dejó caer la cabeza a un lado y se quedó mirando las máquinas que medían sus constantes vitales. —Poca cosa.

Gardner asintió. —¿Por qué huyó entonces, Susan?

—Porque la última vez que las autoridades me hablaron de esto, me hicieron la vida pedazos.

—La absolvieron.

Susan le lanzó una mirada furibunda a Gardner. —¿Cree que eso impidió que mi marido me mirara con recelo? ¿O que la gente hiciera comentarios por la calle? —gruñó—. ¡Estos analgésicos son una mierda!

—Siento que sufriera, Susan; sin embargo, este es un incidente extremadamente grave. Huir no iba a resolver nada.

—No puedo explicarlo... fue un momento de locura. He estado triste por su muerte; al fin y al cabo, era uno de mis alumnos.

—Ya veo —dijo Gardner—. ¿Podría describir su relación con Bradley?

—*Estrictamente* platónica.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Hace un par de semanas. Llevaba un tiempo sin venir al instituto.

—¿Y dónde estaba usted anteanoche entre las nueve y las doce?

—Estuve en casa de una amiga hasta medianoche, bebiendo cócteles. Marcie Bright. Llámela.

Gardner lo anotó. *Marcie Bright, ¿eh? Otra persona dispuesta a mentir a la policía.* —Lo haremos.

Gardner acercó una silla y se sentó junto a la cama. —Escuche, Susan. Sé que tiene una conmoción cerebral. La doctora Marshall me lo ha advertido. Así que puedo entender por qué la memoria podría estar fallándole. De lo contrario, podría tratarse de obstrucción a la justicia, y sé que una ciudadana de bien de Knaresborough no tendría tales intenciones. Así que permítame que le refresque la memoria. Tenemos pruebas de que su Fiat 500, ahora siniestro total, estaba en el aparcamiento detrás del Ugly Duckling Tearoom a las once y cinco de la noche en que Bradley fue asesinado. También tenemos imágenes de la videovigilancia de usted caminando por Waterside...

Empezó a llorar de nuevo.

—... en dirección a las escaleras que suben al castillo. Bradley fue asesinado en algún momento entre las once y la medianoche, lo que significa...

—Vale..., ¡pare! —Se llevó una mano al labio partido y gimió.

—Ahora que le he refrescado la memoria, por favor, dígame, Susan, ¿se reunió con Bradley esa noche?

Hizo una pausa, claramente pensándoselo. A estas alturas, debía de darse cuenta de que el juego se había acabado, ¿no? Gardner no sabía cuánto más podría mantener la calma, sobre todo si tomaba el camino de *es una coincidencia*.

—¿Necesito un abogado? —dijo Susan.

—Por supuesto, está en su derecho.

Susan no respondió.

—¿Se reunió con Bradley?

Susan asintió. —Pero no es lo que usted cree.

—Creo que reunirse socialmente con alumnos fuera del aula es inapropiado.

—No teníamos una relación.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué quedar? ¿Por qué arriesgar su reputación?

—Creo que es más seguro esperar a un abogado.

Un abogado no ayudaría a la situación y esperar a uno ralentizaría la investigación. Era mejor convencerla de que no lo hiciera. —Si no ha hecho nada malo, Susan, no tiene nada de qué preocuparse. Retrasar el hablar con nosotros solo es retrasar la investigación. Antes ha dicho que estaba triste por la muerte de Bradley, ¿seguro que no quiere ayudarnos a encontrar a quien sea responsable?

Apartó la mirada. —Quedé con él para decirle que tenía que dejarme en paz.

—¿Dejarla en paz?

—Me estaba llamando y enviando mensajes. Estaba *obsesionado* conmigo. Quedé con él para pedirle que parara.

—¿A las once y cuarto de la noche?

Susan cerró el ojo sano y suspiró. —Me envió un mensaje esa noche y se me agotó la paciencia. Había quedado con él para amenazarlo con llamar a la policía.

—Ya veo —dijo Gardner, recordando a Bradley leyendo un mensaje de texto en la videovigilancia junto a la escultura de Blind Jack—. ¿Puedo ver ese mensaje, por favor?

—Lo he borrado.

—De acuerdo —dijo Gardner, sabiendo que eso era casi con toda seguridad una mentira. Tomó nota—. No se preocupe, podemos recuperarlo.

Susan suspiró y dejó caer la cabeza hacia atrás. Esta vez se quedó mirando al techo.

—Entonces, ¿cómo se tomó su amenaza de ir a la policía?

—Se disgustó, pero creo que al final entró en razón. Yo nunca iba a tener una relación con él.

—¿Y después?

—¿Y después? Nada. Bajé las escaleras y me fui a casa.

—¿A qué hora?

_—¿Casi a las doce?

Gardner asintió. —La cámara de videovigilancia la muestra volviendo a su coche por Waterside a las doce menos diez.

—Suena correcto.

—Bradley murió en algún momento antes de las doce.

Susan clavó en Gardner una mirada de enfado. —No fui yo.

—¿Consentirá someterse a una prueba de ADN para ayudar a descartarla? —preguntó Gardner.

—Claro. Sí. Pero es posible que lo haya tocado, ¿sabe? Creo que me abrazó cuando aceptó dejarlo correr. Una despedida.

—Ya veo. Qué cosa más rara que hacer con alguien que la estaba intimidando —dijo Gardner mientras tomaba una nota—. ¿Mantuvieron relaciones sexuales?

—¡No, por supuesto que no!

—Ya veo. Hemos encontrado un preservativo usado, pero supongo que su ADN la descartará…

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Susan.

Ahí va…

—Estoy jodida, ¿verdad?

Sí.

—Susan —dijo Gardner—, una gran parte de lo que ocurrió esa noche se reconstruirá a partir de las pruebas. El mensaje de texto, el ADN, las grabaciones de la videovigilancia. Puede esperar a un abogado, pero los hechos son los hechos, me temo.

—¿Qué va a pasarme?

—¿Usted lo mató?

—¡No! ¡Si es que le tenía un cariño de la leche!

—Bueno, si eso es cierto, no creo que vaya a la cárcel.

—¿Pero qué me va a pasar? He tenido una relación con un alumno.

—Tenía dieciocho años… así que dependerá de las partes pertinentes decidirlo.

—Me acusarán de incumplimiento del deber de diligencia. ¡Dirán que abusé de mi posición!

Pero esa es la verdad, Susan, ¿no?

A pesar de las lágrimas que asomaban a los ojos de Susan, Gardner reprimió sus sentimientos de compasión. Puede que Susan hubiera querido a ese chico, pero *debería* haberlo detenido antes de que se le fuera de las manos. Tenía un deber de diligencia para con Bradley. Gardner comprendía demasiado bien la fragilidad de la condición humana, pero cuando se trataba de personas que se aprovechaban de su posición de poder, su compasión escaseaba. —Lo más importante que puede hacer ahora mismo es convencerme de que es inocente de su asesinato. Así que empiece por contarme en detalle lo que pasó.

27

Susan Harrison no era la asesina. La intuición de Gardner no podía ser más clara. Sin embargo, Gardner no era tonta. Se aseguró de que un agente se quedara de guardia en la puerta de la habitación de Susan antes de marcharse del hospital.

De camino a ver a Cherish para recoger ese misterioso objeto, llamó a Riddick.

Después de explicarle lo que había averiguado, Riddick dijo:

—Parece que a todo el mundo le puede ese ramalazo sensible de Bradley.

—Eso parece. Cherish, Paula y ahora Susan… de verdad que le veían el lado bueno. Parece que tenemos suficiente para contrarrestar la negatividad que hay sobre él en nuestra Sala de Incidentes.

Riddick gruñó.

—¡Él fue cómplice de lo que le pasó a Kelsey! Todo el mundo siente pena por él porque la culpa lo estaba consumiendo. ¡Pues me alegro! ¡La culpa debería haberlo consumido!

Gardner suspiró. El hecho de que el caso Winters le hubiera puesto la vida patas arriba tenía a Riddick cegado. Bradley era un niño cuando le hizo daño a Kelsey. Los niños cometen muchos errores; forma parte de crecer y aprender. Sin embargo, sabía que Riddick no querría oír eso en ese momento.

—¿Y cuánto tiempo llevaban con esa relación? —preguntó Riddick.

—Sospecho que desde que él tenía dieciséis, pero no creo que ella vaya a admitirlo.

—¿Entonces el avistamiento de Leeds era real?

—Probablemente. Pero admita lo que admita, la tenemos pillada con que se acostó con él durante la última hora de vida de Bradley. ¿Pero lo mató? No lo creo. No solo no encaja con la descripción física, sino que sentía algo fuerte por él. Dijo que habían quedado otra vez para el fin de semana. Le iba a decir a su marido que iba al cine con su amiga, Marcie Bright. Está claro que Marcie está dispuesta a cubrirla, sabe Dios por qué. Sácalo en la reunión informativa. Asigna a alguien para que hable con esa tal Marcie por la mañana.

—La reunión informativa empieza en nada, jefa, será mejor que vaya.

—Vale. Estoy investigando una cosa; intentaré llegar para el final.

—Hasta ahora, jefa.

Mientras entraba de nuevo en la urbanización de Hay-A-Park, no pudo evitar sentir que se había pasado la mayor parte de la investigación en casa de Mandy Spencer. ¿Era esto un indicio de la culpabilidad de Neil? Y si era así, ¿no resultaría bochornoso que estuviera costando tantas visitas arrinconarlo?

Aparcó en un sitio que ya empezaba a sentir como suyo y se acercó a la puerta principal.

Cherish abrió antes de que tuviera tiempo de llamar. La joven parecía pálida y agotada. Y no era por el embarazo. Gardner reconoció la expresión y el lenguaje facial. Era miedo.

Cherish le puso una bolsa de plástico en las manos.

—Perdone, ¿qué es…?

—Simplemente cójala. *Por favor.*

—La cogeré, pero, Cherish…

Neil apareció en el umbral, detrás de Cherish.

—Debes de estar de broma… Un momento, ¿qué es eso? —señaló por encima del hombro de Cherish, hacia la bolsa de plástico en las manos de Gardner.

—Si es relevante para usted, señor Taylor, me aseguraré de informarle.

—¿Un vestido premamá? ¿Cómo podría ser eso relevante para mí, exactamente? —frunció el ceño—. De hecho, ¿cómo es relevante para usted?

Cherish la miró con los ojos muy abiertos. Su rostro pálido ahora ardía.

Gardner no tenía ni idea de lo que había en la bolsa, y no tenía ni idea de por qué Neil hablaba de vestidos premamá, pero sí sabía una cosa: Cherish se había puesto en peligro al hacer esto, y mentir era lo mínimo que podía hacer por ella.

—No sé nada de ningún vestido premamá —dijo Gardner—. Sin embargo, esta es parte de la ropa que Bradley dejó en posesión de Cherish. La he solicitado para un análisis forense.

—¿Así que me has mentido? —dijo Neil, poniendo la mano en el hombro de Cherish.

Cherish se encogió.

—Sí… No quería que te enfadaras. Les dije antes que tenía algo de su ropa y que la buscaría.

Neil entornó los ojos y miró a Gardner.

—¿Por qué iba a haberme enfadado? —retiró la mano del hombro de Cherish.

Gardner sonrió.

—Bueno, si eso es todo, Cherish, gracias por esto.

Neil se puso al lado de Cherish.

—Un momento. De todas formas, ¿para qué necesitan hacer un análisis forense de ropa vieja?

Gardner retrocedió un paso por si a Neil le daba por abalanzarse para recuperar la misteriosa prueba.

—Lo siento, señor Taylor, no puedo divulgar todos los detalles de…

—Bradley era *mi* hijo.

—Lo entiendo y puede estar seguro de que estamos haciendo todo lo posible, siendo a la vez tan prudentes como podemos. La prensa puede ser voraz en momentos como este. Preferimos mantener los detalles más sensibles bajo estricta confidencialidad. —

Gardner asintió a Cherish, esperando haber hecho lo suficiente para protegerla, sonrió a Neil, se dio la vuelta y se alejó. Le temblaba la mano. *¿Qué había en esta bolsa? ¿Estaba todo el caso a punto de dar un vuelco?*

GARDNER CONDUJO hasta la vuelta de la esquina antes de abrir la bolsa de plástico. El olor a verduras podridas le dio una arcada.

Se quedó mirando el jersey de color crema que había dentro. *¿Qué?*

Si aquello era la prueba de un delito, no quería contaminarla más, así que no metió la mano. En su lugar, encendió la luz interior del coche y sostuvo la bolsa justo debajo.

Y entonces le dio un vuelco el corazón al ver las manchas de sangre. *De Neil... Este tiene que ser el jersey de Neil.*

Le pitó el móvil. Era un mensaje de Cherish.

Lo tiró a la basura. Creo que le ha hecho daño a alguien.

Gardner pensó en la letra *E* de cinco centímetros grabada en la parte baja de la espalda de Bradley. ¿Se habría transferido la sangre a la ropa de Neil mientras manejaba el cuchillo?

Como sabía que la reunión informativa estaría en pleno apogeo, se puso en contacto directamente con Marsh. Gardner le explicó lo que Cherish acababa de darle.

—Tenemos un buen motivo para acelerar el análisis de ADN, a pesar de que le va a dar un buen palo a mi presupuesto. Sin embargo, no será esta noche, Emma. Imposible. Son más de las seis. Solo los pringados como nosotros trabajamos hasta tan tarde. Pero me encargaré a primera hora, no le quepa duda. Por favor, tráigalo.

Cuando terminó la llamada, Gardner tamborileó con los dedos en el volante. *¿Neil? ¿El móvil?*

Bueno, no le tenía mucho aprecio a su hijo, eso estaba más que claro, pero ¿matarlo? ¿Por qué? ¿Por qué?

Se devanó los sesos.

Neil había dicho que Bradley le había estado pidiendo dinero. ¿Le habría sacado trapos sucios su hijo? ¿Había tenido las agallas de chantajearlo? Y en lugar de pagar por el silencio de Bradley, Neil había optado por cerrarle la boca para siempre.

Parecía razonable, y era lo mejor que tenía, salvo por el detalle de la letra grabada. *¿Qué demonios tenía que ver la letra E con el tocino y la velocidad?*

Volvió a mirar la entrada de Hay-A-Park. Quizá debería entrar ahora mismo y cantarle las cuarenta a Neil. Pero, si lo había hecho él, ¿de verdad iba a soltar prenda bajo su presión? Ese hombre era un criminal curtido. No podría detenerlo hasta que cotejara esa sangre con la de Bradley, y además le estaría poniendo sobre aviso de que sospechaban de él.

¿Y entonces qué? ¿Poner a Cherish en peligro? Una bonita forma de recompensarla por el mayor avance en la investigación hasta la fecha.

No. Mañana por la mañana. Podía esperar.

Sabiendo que se perdería la reunión, decidió simplemente llevar la prueba y poner a Riddick al corriente.

Luego, a pesar de habérselo prometido todo el día a su dolorida cabeza, se compraría una botella de vino en el súper.

28

Riddick le dio un buen trago a su cerveza Yankee pale ale de Rooster's. Cerró los ojos, saboreando el toque cítrico.

Luego miró el vaso de Coca-Cola Light que Anders sostenía en la mano y negó con la cabeza.

Anders resopló.

—Toma nota, padawan.

—¿De qué?

—Del hecho de que toda una vida de beber en exceso puede llevar a una jubilación de aburrimiento perpetuo.

—Solo porque tú lo dejaste. Yo tengo toda la intención de continuar.

—¡Lo dejarás!

—¿Por qué?

—Porque la gente como nosotros tiene que parar. O..., al final..., la palmamos.

—Tonterías —dijo Riddick—. Mi viejo bebió hasta los ochenta.

—Entonces, ¿bebía en el desayuno?

—No, exactamente.

Anders esbozó una sonrisa de suficiencia y bebió un sorbo de Coca-Cola.

—Podría haberlo hecho —protestó Riddick—. Era muy suyo. No lo seguía a todas partes.

—Bueno, si bebiera tanto como tú, no habría llegado a los ochenta. Lo sé de buena tinta.

—Joder, ¿hay algo que no sepas?

—No. Al menos, no la última vez que lo comprobé. —Le guiñó un ojo.

Riddick puso los ojos en blanco y bebió otro buen trago. Sabía perfectamente que Anders tenía razón; que esto no podía seguir así; que estaba bebiendo hasta quedarse sin trabajo o, peor aún, hasta una muerte dolorosa por cirrosis hepática. Sin embargo, en ese momento de su vida, le costaba reunir la fuerza de voluntad para empezar la batalla contra su adicción.

Oyó el crujido de la empinada escalera que subía al primer piso del Blind Jack's. Una pareja joven, a la que Riddick no reconoció y que, por tanto, era poco probable que fuera del pueblo, llegó a lo alto de las escaleras, comentando y admirando el pequeño edificio georgiano.

Riddick esperó a que entraran en la segunda sala de arriba para poder continuar su conversación con Anders.

—¿Cuándo llegarán los resultados del ADN del jersey? —preguntó Anders.

—Harsh Marsh le ha dicho a Emma que estarían a primera hora.

—Mierda —gruñó Anders—. ¡No recuerdo que alguna vez agilizara algo así por mí! Emma debe de haberle causado una buena impresión.

—Puede ser. Creo que es más por el hecho de que podría dar carpetazo a la investigación más pronto que tarde —dijo Riddick.

—¿Tú crees? —sonrió Anders—. Neil Taylor será muchas cosas, ¿pero el asesino de su hijo? Nah. No lo veo. La gente como él puede odiar a sus familias todo lo que quiera, pero nunca se vuelven contra ellas.

—¿Anders lo sabe todo? —dijo Riddick, poniendo los ojos en blanco.

—Anders lo sabe todo. —Sonrió de nuevo—. Son las reglas de la calle.

Riddick se terminó la pinta.

—No puedes decir ni pío de esto a nadie.

Anders pareció ofendido.

—¿Cómo puedes siquiera pensar tal cosa?

—Bueno, alguien ha estado largando a Marianne Perse. Aunque no sé qué se habrán fumado. *¡El Asesino del Viaducto!* Venga ya.

—En serio, te he entrenado, te he cuidado, padawan, y crees que yo soltaría prenda a la prensa. Y no a cualquier prensa, ojo. ¡Sino a la *jodida* Marianne Perse!

—Claro que no creo que seas tú. Necesito otra pinta —dijo Riddick, poniéndose en pie—. ¿Otra Coca-Cola?

Anders lo miró.

—En serio, colega, te agradezco que me mantengas al tanto.

—Bueno, es eso o tenerte dándome la tabarra todo el día. Personalmente, cuando me retire, *se acabó*. No necesitaré que me pongan al día de nada.

Anders dijo:

—Ya veremos cómo te sientes de verdad. Cuando vives para esto, como nosotros —movió un dedo entre ambos—, nunca puedes desconectar. Ah, y sí a la Coca-Cola.

Antes de darse la vuelta, Riddick miró por la ventana hacia la plaza del pueblo.

—¿Pero qué co...?

Cherish, con una chaqueta de invierno a pesar del cálido tiempo primaveral, cruzaba la plaza del pueblo. Llevaba una mochila amarilla a la espalda.

—¿Qué hora es?

—Casi las diez y media —dijo Anders—. ¿Qué te tiene tan inquieto?

—Espera aquí.

Riddick se dio la vuelta y bajó las escaleras de madera como una exhalación, de dos en dos, apoyándose en las paredes de ladrillo para mantener el equilibrio. La planta baja estaba abarrotada, así que se disculpó con los clientes mientras se abría paso entre ellos. Increíblemente, nadie pareció derramar ni una gota de cerveza. Al menos, nadie se quejó de ello.

Salió disparado a la plaza del pueblo.

A esas horas de la noche solo estaban abiertas unas pocas tabernas y una freiduría de pescado, así que la plaza, como solía ocurrir entre semana, estaba tranquila. Corrió hacia los bancos del centro, se detuvo junto a la escultura de Blind Jack y se dio la vuelta.

El corazón le dio un vuelco cuando creyó ver a alguien junto a Stomp, la zapatería infantil que estaba al lado del Blind Jack's, pero se dio cuenta rápidamente de que era su propio reflejo.

Se movió hacia la izquierda para poder ver Market Place. Una pareja de borrachos se abrazaba frente a la librería Castlegate, pero no había ni rastro de Cherish.

¿Adónde te has metido?

Volvió a girar sobre sí mismo. ¡No puede haber desaparecido sin más!

Riddick abrió la boca para llamarla cuando Anders apareció en la puerta del Blind Jack's.

¡Ahora no, memo! Vuelve adentro...

Usando su nuevo bastón, su exjefe se dirigió hacia él. Riddick le hizo un gesto con la mano para que volviera a entrar, pero el viejo inquisitivo no estaba por la labor.

—¡Suéltame!

Cherish.

—¡He dicho que me sueltes!

Riddick se giró hacia el origen del sonido. Justo enfrente de él, entre dos tiendas, había un oscuro pasadizo cubierto. Tenía que estar ahí. Corrió.

Al acercarse a la entrada, pudo ver a dos personas forcejeando en el pasadizo. Cuando llegó a la entrada, identificó a Cherish, embarazada y rechoncha, y a una persona más alta, peleando por la mochila amarilla. En ese momento, él ganó el tira y afloja. Ella soltó un grito ahogado y cayó de rodillas.

—Por favor, estoy embarazada...

El agresor de Cherish dio un paso atrás y luego le dio una patada.

29

A Gardner la despertó su móvil en el sofá.

Increíblemente, aún sostenía una copa de vino. Debía de haberse quedado dormida hacía un instante, ¡o se lo habría echado todo encima!

Desorientada, dejó la copa en la mesita de centro, miró el reloj —*casi las once*— y cogió el móvil. Había estado esperando una llamada de Yorke esa noche y se decepcionó al ver que no era él. El número era desconocido.

—¿Hola?

—Emma.

Se incorporó de un salto, ya sin rastro de desorientación. Abrió la boca, pero no le salió ni una palabra.

—Emma, ¿estás ahí?

Sintió un vuelco en el estómago. Apartó el teléfono de la oreja y lo miró con los ojos como platos, tentada de estrellarlo contra la pared.

—Emma, ¿estás ahí?

Aún podía oírlo.

—Soy Jack… Emma… Soy…

—Ya sé quién eres —dijo, poniéndose el teléfono en la oreja—. ¿Cómo has conseguido este número?

—Me lo diste tú. Hace años. *Antes*.

Ella asintió, dándose cuenta de que debía de tener ese número desde hacía más de diez años. El tiempo vuela.

Se puso en pie.

—¿Qué quieres, Jack?

—Verte.

—¿Por qué?

—Eres mi familia. Mi *única* familia.

—Nunca te ha importado la familia. —*En realidad, nunca te ha importado nada. Absolutamente nada.*

No respondió. ¿Le habrían dolido sus palabras? *No, no seas ridícula.*

—He cambiado —dijo él, finalmente.

Imposible. Tú no puedes cambiar.

—No me interesa.

—Por favor, Emma, soy tu hermano…

—Eres un asesino.

Otra larga pausa.

—Fue un accidente. Ya he pagado mi deuda. Ahora soy diferente.

Pamplinas.

—Mira, Jack, si eso es verdad, me alegro por ti. Nada me complacería más que encontraras algo de paz. Pero ahora mismo estoy ocupada, con el trabajo, algo gordo.

—¿Qué quieres decir, Emma?

—No puedo ocuparme de esto ahora. —*Ni nunca, la verdad.*

—Se lo debemos a mamá y a papá, ¿no crees? Dejar esto atrás, seguir adelante…

¡Te importaban una mierda!

—Jack, voy a colgar.

—¿Ni siquiera vas a preguntarme dónde estoy? ¿O qué estoy haciendo?

Estás en un centro de reinserción, ya me lo ha dicho Yorke.

—Buenas noches, Jack.

—¿Cómo está mi sobrina? ¿Cómo está Anabelle?

Gardner colgó. Sentía los latidos del corazón en todo el cuerpo. Se quedó mirando el teléfono como si fuera un arma peligrosa. Con manos temblorosas, bloqueó el número.

No serviría de nada. Si quería volver a llamar, usaría otro teléfono.

Tendría que cambiar de número.

¿Cómo está mi sobrina?

¿Cómo está Anabelle?

Tiró el móvil sobre la mesa como si estuviera contaminado y cogió la copa de vino que casi había acabado derramada sobre su ropa.

Se la bebió de un trago y sirvió en ella el resto de la botella.

¿Cómo está mi sobrina?

Se quedó mirando el móvil, sumida en la incredulidad.

¿Cómo está Anabelle?

Alargó la mano y cogió el móvil. Lo apagó. Se bebió el resto de la copa y se dejó caer de nuevo en el sofá.

¿Cómo está mi sobrina?

Soñó con el Laberinto de los Espejos de Malcolm y con un cráneo fracturado.

Y, mientras tanto, de fondo, con una voz profunda y chirriante:

¿Cómo está mi sobrina?

¿Cómo está Anabelle?

30

Cherish le suplicó a su asaltante que parara. El cabrón respondió acribillándola a patadas.

—¡Está embarazada, animal! —gritó Riddick mientras se lanzaba al callejón.

El atracador, que llevaba un pasamontañas, agarraba con fuerza la mochila amarilla. Riddick estaba casi seguro de que aquel individuo alto y larguirucho era un hombre.

Con el botín en la mano, el atracador se giró para echar a correr. Riddick rodeó de un salto la figura postrada de Cherish y consiguió darle una patada en los tobillos, que le hizo tambalearse contra la pared de ladrillo y caer de rodillas.

Riddick fue a agarrarlo...

Cherish gritó de dolor.

Riddick vaciló. Cherish estaba doblada por la mitad en el suelo, sujetándose el estómago. Volvió a gritar, y Riddick cayó de rodillas a su lado.

—Sangre —jadeó ella.

—Vale... Estoy contigo —dijo Riddick al ver que había muchísima sangre. Le acunó la cabeza...

Sintió un golpe repentino en la nuca y todo se volvió blanco. Mientras se desplomaba de lado contra la pared de ladrillo, intentó desesperadamente no soltar la cabeza de la joven.

Riddick oyó unos pasos a su lado.

—¿Qué coño haces?

¡Anders!

Luego, se oyó el sonido de una pelea.

A pesar del dolor en la nuca, Riddick sintió que recuperaba la lucidez y levantó la cara para ver qué ocurría.

Anders tenía el bastón apoyado en el cuello del atracador, aprisionándolo contra la pared.

Puede que aquel hombretón tuviera la espalda hecha polvo, pero eso no era un impedimento en ese momento. La adrenalina podía ser así de curiosa. Mientras sujetaba el bastón contra la garganta del atracador con una mano, le golpeaba repetidamente el estómago con el puño.

Riddick bajó la cabeza de Cherish y se levantó para ayudar a su amigo...

Anders retrocedió de repente, chocando contra Riddick. Con la pared de ladrillo a su espalda, Riddick consiguió mantenerse en pie, pero se quedó sin aire. Intentó desesperadamente recuperar el aliento.

—¡Suéltelo! —gritó Anders—. ¡Ahora!

Riddick volvió a mirar hacia arriba y vio al atracador blandiendo un cuchillo en el aire. Ya había tenido cierto éxito con él, a juzgar por cómo se sujetaba Anders el hombro.

Anders se lanzó hacia delante, pero retrocedió de un respingo cuando el atracador le lanzó una cuchillada.

—Te voy a romper el cuello, chaval —dijo Anders.

El atracador se deslizó a lo largo de la pared de ladrillo, sin dejar de blandir el cuchillo para mantener a raya a Anders. Cuando hubo suficiente espacio entre ellos, se giró y echó a correr callejón abajo.

—¡Ya te encontraré! —le gritó Anders, con la voz cargada de frustración. Con sus problemas de espalda, no sería capaz de alcanzar a ningún jovenzuelo, así que Riddick avanzó tambaleándose para perseguirlo, casi perdiendo el equilibrio. Parecía que, en realidad, no había recuperado del todo los sentidos tras el golpe en la cabeza.

—Paul..., para —dijo Anders. Señaló un ladrillo con el bastón—. Te ha dado un buen golpe.

Riddick se tocó la palpitante nuca y se miró los dedos ensangrentados. Le sobrevino una repentina oleada de náuseas.

Cherish gemía de dolor en el suelo, todavía sujetándose el estómago.

—Tranquila, chica —dijo Anders—. Todo saldrá bien. —Sacó el móvil—. Voy a pedir ayuda.

31

Dan Lotus se arrancó el pasamontañas y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Luego, con la mochila rebotándole en el hombro, echó a correr por el aparcamiento de detrás del Sainsbury's. A esa hora no había muchos coches, así que no había obstáculos que lo frenaran.

¡Mierda! El contenido del estómago le subía por la garganta. *¡Acababa de apuñalar a un puto madero!*

Consiguió llegar a Gracious Street antes de vomitar en la acera.

Los maderos no entraban en el trato.

¡Para nada!

Recuperó el aliento y redujo la velocidad a una marcha rápida. Oyó la sirena de una ambulancia antes de verla pasar volando. Los sanitarios iban a tener trabajo para rato ahí arriba. Les había dado una buena tunda a los tres. Los maderos necesitarían puntos y, bueno, a Cherish le había dado una buena lección... Quizá le hubiese hecho un favor a ese cabroncete que llevaba en la tripa. Imagínate tener a esa zorra por madre. Nada había vuelto a ser lo mismo entre él y Bradley desde que ella apareció. La forma en que lo había llevado por el mal camino había sido asquerosa. No le extrañaría que ella hubiera estado implicada en su muerte.

Al darse cuenta de que estar en una calle principal con los servicios de emergencia volando hacia esa carnicería era una estupidez, giró a la derecha en Cheapside y empezó a correr de

nuevo. Cruzó para evitar a una pareja de borrachos que utilizaba toda la acera para mantener el equilibrio y salió disparado a Castle Yard.

Más adelante, divisó las imponentes y macizas torres de la muralla del castillo. Sintió la punzada de la duda al pensar en lo que le había pasado allí a su mejor amigo, pero decidió que esa era su mejor opción. Atravesar los terrenos del castillo, bajar las escaleras y llegar al río Nidd le ofrecía la mejor ruta para salir de aquella zona de peligro.

Corrió entre dos grandes zonas de césped, pasando junto a la bolera. Era imposible no fijarse en la torre del homenaje, en gran parte en ruinas, detrás de la cual habían dejado a Bradley —*joder, cómo echaba de menos a su colega*— como un trozo de carne; sin embargo, mantuvo la vista fija principalmente en el imponente viaducto de Knaresborough, porque una vez que bajara las escaleras y estuviera debajo de él, sentiría que había llegado a un lugar seguro.

Temeroso de darse un batacazo, Bradley fue más cuidadoso en las escaleras que bajaban a Waterside, pero aun así iba a paso ligero. Le sorprendía lo bien que estaba corriendo, después de haberse fumado y bebido hasta el agua de los floreros los últimos días tras la muerte de su mejor amigo.

Al pie de las escaleras, corrió por Waterside hacia el viaducto. A pesar de su preocupación por lo que le había hecho a un madero, no pudo evitar una sonrisa de suficiencia. Sin duda, les había dado esquinazo.

Había corrido bien, pero ya le tocaba tomarse un respiro. Bajó unos escalones hasta la Viaduct Terrace: una pequeña plataforma donde se podía echar pan a los patos, a pesar de las señales que lo prohibían, o contemplar maravillado las joyas de la corona de Knaresborough: los cuatro arcos del viaducto.

Completamente reventado, se quitó la mochila amarilla, la dejó caer al suelo y se apoyó en la barandilla. A pesar de estar seguro de que se había guardado la navaja automática en el bolsillo de la chaqueta, metió la mano para comprobarlo y se tranquilizó. Sus huellas dactilares estarían por todas partes, así que haberla perdido

durante la huida habría sido un desastre. Su siguiente tarea, una vez recuperados los sentidos, era deshacerse del puñetero trasto.

Hizo una mueca por el dolor en la mejilla herida. Habían sido un par de días dolorosos, ¡y no había forma de acostumbrarse a ese dolor punzante constante! Decidió comprar sidra y paracetamol de camino a casa.

Cogió la mochila y la abrió. Estaba rellena de periódicos para darle algo de volumen y peso. Por supuesto, no importaba lo que hubiera dentro de la bolsa. Simplemente había sido una artimaña para llevar a Cherish hasta allí. Como si alguien fuera a confiarle una bolsa de droga de verdad a esa estúpida. Se rio, cerró la bolsa y la tiró de nuevo al suelo.

Dan se metió la mano en el bolsillo para coger su vaper y se quedó un rato mirando el río, recuperándose del esfuerzo, sabiendo que ya había hecho lo suficiente para enmendar sus recientes indiscreciones. Se habría ganado de nuevo su favor con creces...

Sintió un fuerte apretón alrededor de la garganta.

A Dan se le cayó el vaper, agarró el brazo que le rodeaba el cuello e intentó liberarlo de un tirón. Inútil. Era un cabrón muy fuerte.

Intentó suplicar, pero no le salió ningún sonido de la garganta; se la estaban aplastando. Intentó, sin éxito, coger aire...

Tiraron de Dan hacia atrás. Aterrizó de culo en el suelo. Se atrevió a esperar, brevemente, que el impacto repentino hiciera que su agresor aflojara el agarre. No fue así. El cabrón no cedía y ahora lo arrastraba hacia atrás por el hormigón. Pataleó, pero no había nada que golpear salvo el aire y la mochila que había tirado.

¡Socorro! La cabeza le palpitaba.

¡No quiero morir! Vio cómo aumentaba la distancia entre él y la barandilla en la que se había estado apoyando.

Oyó un tren pasar a toda velocidad por el viaducto.

¡Por favor!

Miró hacia los cuatro arcos y todo perdió su color.

32

—¿Así que la cabeza está bien? —preguntó Riddick.

—Sí..., bueno..., no está fracturada —dijo la doctora Sally Fisher —. Sin embargo, le recomiendo...

—No se preocupe —la interrumpió Riddick, bajando las piernas de la cama del hospital—. No será necesario.

Ella se sonrojó.

—Ni siquiera le he hecho todavía mi recomendación.

Él sonrió.

—Es que leo la mente. Le preocupa que tenga una conmoción cerebral. Quiere dejarme ingresado. No la tengo. Me siento de maravilla. —Se acercó a una silla en la esquina sobre la que descansaba su chaqueta.

—Me sorprende que pueda leer alguna mente después de lo de hoy. Le han golpeado con un ladrillo.

—Debería haber cogido carrerilla. Todavía me mantenía en pie..., de aquella manera. —Se puso la chaqueta.

—Quiero que sepa que esto va en contra de mi consejo profesional..., necesita supervisión.

—Ya me han puesto los puntos, se lo agradezco. Necesito saber qué pasa con Cherish, la chica que ha venido conmigo. ¿Sabe usted algo?

—Me temo que no.

Cuando salía de la habitación del hospital, Sally lo llamó:

—¿Y, Paul?

Él se volvió.

—¿Sí?

—Por cierto, ¿cuándo va a llamarme?

—¿Llamarla?

—¿Está seguro de que no cogió carrerilla cuando le golpeó? ¡Charlamos toda la noche y dijo que iba a llamarme!

—Ah, sí. —Su rostro enrojeció ligeramente—. Estaba... Quiero decir, la llamaré... Es que han sido un par de semanas de locos.

—¿Todavía tiene mi número?

Riddick se sacó el móvil del bolsillo y lo levantó en el aire.

—Sí. —Debía de parecer imbécil. ¡Qué iba a demostrar el hecho de tener un móvil!—. La llamaré.

Se dio la vuelta y salió a toda prisa. Cuando estuvo a una distancia prudencial, intentó llamar a Gardner a su móvil. Saltó directamente al buzón de voz.

—Llámame, jefa. Estoy en el hospital... Estoy bien. Aquí se ha liado parda y no estoy seguro de que Cherish esté bien... ¡Tienes que llamarme!

Anders estaba en la sala de espera de Urgencias. Se sujetaba un vendaje en el hombro. Riddick se sentó a su lado.

—¿Aún no te han atendido?

—Parece que los polis jubilados no tienen la misma prioridad que los que están en activo.

—Está claro que no han oído hablar de nosotros. Tú habrías subido al primer puesto de la lista y yo habría caído al último.

—¡Como debe ser! A ti te han dado un golpe en la puñetera cabeza, mientras que a mí me han clavado un cuchillo en el hombro.

—Me dijiste que era un rasguño.

—Pues sí. Uno doloroso, eso sí... Bueno, ¿y a qué coño ha venido todo eso?

—Ni idea, pero tengo que darte las gracias. Si no hubieras estado allí, bueno, probablemente habría terminado el trabajo.

—¿Me estás diciendo que me debes una?

—Mierda... ya empezamos.

—Te pediré esa cita.

—No voy a hablar con nadie de mi problema con la bebida.

—Pero me la debes...

Riddick se levantó, negando con la cabeza.

—Hablemos de esto en otro momento.

—Sí, hablemos.

Riddick mostró su placa y preguntó en recepción por Cherish. La recepcionista hizo un par de llamadas y luego informó de que Cherish se había puesto de parto y había dado a luz. «La madre y el bebé están bien».

Riddick suspiró. *Gracias a Dios.*

Señaló con la cabeza hacia donde estaba sentado Anders.

—Por favor, que atiendan a este viejo por mí. Es un cascarrabias de mucho cuidado, no le conviene que se ponga de peor humor.

La recepcionista sonrió.

Riddick salió del servicio, siguió la línea del color apropiado por el laberinto que era el hospital, cogió el ascensor y llegó a la planta de maternidad.

Al entrar en la sala de espera, oyó el llanto de un bebé a lo lejos y, por un momento, se vio catapultado al día en que nacieron sus gemelas. Molly y Lucy habían competido de inmediato para demostrar cuál de las dos era la más ruidosa, y, por desgracia, esa competición no había amainado durante casi todo el primer año. Se sorprendió a sí mismo sonriendo ante su reflejo en una puerta de cristal.

Neil y Mandy estaban sentados en la sala de espera.

Tienes que estar de broma.

Consideró la posibilidad de evitar al pelmazo, pero se encontró, en piloto automático, caminando en su dirección.

Neil se puso en pie antes de que Riddick llegara a él.

Riddick abrió la boca para hablar cuando el recuerdo de algo que Neil había dicho ese mismo día le golpeó como un mazazo.

«¿Te das cuenta de lo que me va a costar el error de mi hijo y esa zorra? ¿Quién crees que va a acabar pagando el pato?».

No podía ser, ¿verdad?

—¿Pasa algo, Paul? —preguntó Neil.

—¿Por qué está usted aquí?

Neil miró a Mandy, que tenía los ojos y las mejillas enrojecidos de llorar.

—Adivínelo.

Riddick retrocedió un paso y suspiró.

—¿Sabe alguno de los dos por qué estaba ella fuera de casa a casi las once de la noche?

—No, no tiene ningún sentido —dijo Mandy.

Neil se encogió de hombros.

—Como sea, todo ha salido bien. La niña se ha adelantado un poco, pero estará perfectamente.

—¿Que ha salido bien? —dijo Riddick, arqueando las cejas—. ¡La ha atracado un loco armado! Podría haberla matado a ella y a su bebé fácilmente...

Mandy sollozó. Neil le pasó un brazo por los hombros.

—Por favor, Paul, un poco de tacto.

Riddick sintió que le hervía la sangre.

—Pero le cogeremos. Tenga por seguro que lo haremos.

—¿Tiene usted una pista? —preguntó Neil.

¿Era preocupación lo que se dibujaba en la cara de ese cabrón?

—Le he visto bien —dijo Riddick.

—Cherish le dijo a su madre que llevaba un pasamontañas.

Riddick retrocedió, asintiendo ligeramente con la cabeza.

—Sí, pero estoy seguro. Le cogeremos antes de que acabe la noche.

Trágate esa, capullo, pensó Riddick. *Y si tú estabas metido en esto, Neil, a ti también te pillaremos.*

Se acercó a recepción, enseñó su placa y pidió permiso para ver a Cherish.

Lo condujeron a la habitación. Estaba sentada, recostada sobre varios cojines, con la mirada fija en la incubadora que tenía al lado. Riddick miró la diminuta y azulada figura que había dentro. —Preciosa.

—Sí —dijo Cherish—. Vaya mierda de comienzo para ella...

—Sí, pero no es culpa suya, y los médicos de aquí son excelentes y lo tienen todo controlado. He hablado con ellos. Las dos van a estar bien.

—Gracias a usted.

Riddick se encogió de hombros. —Yo solo pasaba por allí… Hice lo que cualquiera habría hecho.

—Gracias de todas formas.

—No hay de qué. —Riddick bajó la vista hacia la bebé, que se chupaba los labios—. ¿Ya le han puesto nombre?

—Ariah.

—Me gusta. —Riddick levantó la vista hacia Cherish. Tenía muy mal aspecto. Había recibido un golpe en la mejilla y se le había hinchado.

—Me voy, ¿sabe? —dijo Cherish con una sonrisa.

—¿Qué quiere decir?

—En cuanto las dos estemos lo bastante bien, me largo de aquí. Lejos de mi madre. Lejos de *ese* hombre.

Sabia decisión. —¿Sabe adónde irá?

—Tengo una amiga en Starbeck. Nos acogerá hasta que me organice.

Riddick asintió de nuevo. —Espero que le vaya bien. Lo digo de verdad... Cherish, ¿qué hacía usted en la calle a las once menos cuarto?

Cherish desvió la mirada. —No podía dormir. Salí a dar un paseo largo. Me ayuda.

Mentira.

—Ya veo. Está bastante lejos de su casa, pero supongo que cuando una está intranquila, está intranquila.

Ella volvió a mirarlo y asintió.

—¿Qué había en la mochila amarilla que le robó?

Ella volvió a desviar la mirada. —Solo algo para picar. Me entra hambre. Todo el tiempo…

Otra mentira.

Miró la incubadora. —Espero que ya no. La comida va a ser cara. Sobre todo ahora que somos dos.

Riddick miró a la madre magullada y a la bebé prematura. Estaba desesperado por presionarla más sobre lo que había ocurrido en realidad, pero la situación era delicada. Además, no dejaba de pensar en su propia esposa, sosteniendo a sus dos bebés recién

nacidos. Era el momento más emocionante, si no el más agotador, de toda una vida. Por primera vez en mucho tiempo, Riddick se contuvo.

Neil apareció en la puerta. —Solo venía a ver cómo estabas. La enfermera me ha dicho que de verdad necesitas descansar, Cherish. —Miró a Riddick—. De hecho, la enfermera está bastante preocupada ahí fuera. —Señaló por encima del hombro con el pulgar —. ¿Quizá debería irse, Paul?

Riddick lo fulminó con la mirada.

—¿Cuál es su problema, por cierto? —preguntó Neil—. ¡Su colega, Anders, nunca me dio tantos problemas!

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Usted qué cree que quiero decir?

—Por favor —dijo Cherish—. No discutan delante de Ariah.

Riddick volvió a mirar a Cherish. —De todos modos, ya me iba.

—Bien —dijo Neil.

—Gracias de nuevo, Paul —dijo Cherish.

—No tiene que darme las gracias, Cherish, solo descanse. —Bajó la vista hacia Ariah—. Parece que esta pequeña va a dar mucha guerra.

33

Después de que el inspector Riddick se marchara, Cherish evitó cruzar la mirada con el cabrón peligroso que estaba en la habitación con ella.

—¿Va todo bien? —preguntó Neil.

Ella mantuvo la mirada fija al frente, ignorándolo.

—Siempre has tenido muy mala leche, Cherish.

Por el rabillo del ojo, Cherish vio cómo Neil se acercaba a la incubadora.

Giró la cabeza para fulminarlo con la mirada. —¡Aléjate de ella, gilipollas!

Neil abrió los ojos como platos y puso una mano sobre la incubadora. —Son palabras mayores para una niñita.

—Te juro por Dios que si tocas a Ariah, te mato.

Neil negó con la cabeza, incrédulo. —Joder, menos mal que Paul se ha ido. Amenazas como esa te van a meter en un lío.

—Fuiste tú, ¿verdad? Me mentiste. No me enviaste allí para entregar algo. Me enviaste para…, para… —No le salían las palabras. Se le puso la cara roja. Hizo una pausa para respirar hondo.

—¿Yo? —se tocó el pecho Neil—. ¿Cómo puedes pensar algo así? No he hecho más que cuidar…

—¡No has cuidado de nadie desde que entraste por la puerta de casa de mamá! Y lo has fastidiado todo, ¿a que sí? Pero yo estoy

bien. Ariah está bien. Las dos estamos bien. Ya ninguna de las dos te necesitamos.

—Estás loca —dijo Neil, rodeando la incubadora—. Deliras.

—Se acabó. Ya sé lo que hiciste. Tienes que irte.

—¿Que sabes lo que hice? ¿De verdad? ¿Por qué iba a enviarte yo a que te agredieran? ¿Quién se va a creer eso?

—Lo mío da igual. Lo que le hiciste a Bradley, *a tu propio hijo*, es lo que te va a pasar factura.

Neil puso los ojos en blanco. —Estás traumatizada.

—Quiero que te vayas de nuestra casa esta noche, Neil. No quiero que mamá esté a tu lado mientras te arrastran por los juzgados. Puedes huir ahora y ahorrarle eso.

—¿La cárcel? ¿Seguro que no te diste un golpe en la cabeza?

—Encontré el jersey, Neil.

Se le fue el color de la cara. Abrió la boca, pero no le salió nada.

—Tenía sangre. A tu propio hijo, ¿cómo pudiste?

Él negó con la cabeza. —¡Tú no lo entiendes! ¿Dónde está?

—En esa bolsa de plástico, Neil.

Retrocedió tambaleándose y solo se detuvo porque había una silla en su camino. —Zorra estúpida. Zorra estúpida, estúpida.

—Se acabó, Neil. La policía lo tiene. Huye. Vete. Déjanos en paz.

Neil negó con la cabeza. Entonces, abrió los ojos como platos. Apretó el puño y, con la cara roja, se abalanzó hacia delante…

—¿Está todo bien aquí? —Era la enfermera.

Neil se apoyó en la cama para recuperar el equilibrio, respiró hondo un par de veces y miró a Cherish a los ojos. —Esto no ha terminado.

—Sí que ha terminado —siseó ella.

Él se incorporó, se dio la vuelta y se abrió paso a empujones por delante de la enfermera. Cherish sonrió y miró a su preciosa recién nacida.

34

Otro día, otra resaca.

Gardner se estiró desde el sofá y encendió el móvil.

El aparato sufrió un ataque de zumbidos y pitidos.

Cinco mensajes de voz.

¿Mi hermano el sociópata?

Con el estómago revuelto, se puso a escuchar.

No eran de su hermano.

Los tres primeros mensajes eran de Riddick. Todos enviados a lo largo de la noche.

Anders apuñalado..., Riddick y Cherish agredidos..., el bebé ha nacido, prematuro, pero vivo.

El cuarto y el quinto mensaje tenían varias horas. Eran del Comisario Jefe Marsh. «¿Dónde está? Ha habido otro asesinato». *Mierda...* Escuchó los detalles de dónde estaba la escena del crimen. «La veo lo antes posible, Emma».

El siguiente mensaje era de todo menos cortés. «¿Dónde demonios se ha metido, Emma? ¡Ha pasado más de una hora y Paul tampoco coge el maldito teléfono!».

Gardner miró la botella de vino vacía sobre la mesa y corrió al baño a vomitar.

35

Riddick abrió la nevera para coger la leche para sus Weetabix. Miró la fila de Brewdog Punk IPA en el estante de arriba. Se lo planteó, pero luego decidió que no le apetecía una cerveza esa mañana. Volvió a la mesa del desayuno, donde le esperaba su bebida habitual para desayunar: vodka con lima. Rachel lo miraba con una ceja arqueada desde la cabecera de la mesa.

—Buenos días —dijo Riddick.

Ella no respondió.

—No te pongas así.

—No dejas de prometer que vas a beber menos.

Él suspiró. —Probablemente no debería seguir haciendo esa promesa.

—En algún momento tendrás que decirlo en serio, ¿no?

Riddick se sentó a su lado.

—No querrás morirte, ¿verdad?

Él la miró. No iba a dignarse a responderle. La opción más fácil era darle un trago al vodka con lima. Luego echó la leche sobre sus Weetabix. —Lo dejaré, Rachel, pero no hoy, no después de lo de anoche. Además, me late la cabeza donde me golpeó ese cabrón. No serviré para nada hasta que aplaque el dolor.

—¡Papá ha dicho una palabrota! —dijo Molly.

Riddick levantó la vista hacia el lado opuesto de la mesa, donde ahora estaba sentada su hija. —Lo siento, cariño…

—¡Papá mola! —dijo Lucy desde la silla de al lado.

—Papá *no* mola —dijo Rachel.

Riddick le sonrió a Lucy. —Lo que no mola es la palabrota. Aunque tenías razón sobre papá. —Le guiñó un ojo.

Solo había dormido dos horas esa noche, y con la ropa puesta. Metió la mano en el bolsillo del traje para coger el móvil y vio que se le había agotado la batería. Se mordió el labio para no volver a soltar un taco.

—Perdón, necesito enchufar esto —dijo, poniéndose en pie.

—A ti te gusta ella, ¿a que sí? —dijo Rachel.

—¿Quién?

—Emma Gardner, tu nueva compañera.

—Mi nueva jefa, en realidad… Bueno, ¿qué te hace decir eso?

—Simplemente lo sé.

Había un cargador junto a la tostadora, así que Riddick lo enchufó.

—Está casada. Además, no es mi tipo para nada.

—¡No lo decía en ese sentido!

—Ah… bueno, ¿en qué sentido lo decías entonces? —preguntó, volviendo a la mesa.

—Me refiero a que ha vuelto a ponerte las pilas.

Se detuvo a medio camino de la mesa con las cejas arqueadas. —¿No estoy muy seguro de qué significa «ponerme las pilas»?

—Significa que ha despertado algo en ti. Hacía años que no te veía así.

Riddick negó con la cabeza. —No, ahora sí que me has perdido del todo.

—Cuéntaselo a ella. Háblale a Emma de nosotras. Habla con ella. Ella es tu salida…

Llamaron a la puerta.

Riddick se quedó mirando a su mujer un instante más; sus palabras le habían golpeado más fuerte que cualquier ladrillo. Luego, fue a abrir la puerta.

Era Anders. —Espero que hayas dormido algo… Yo no he pegado ojo.

—Tú estás jubilado, puedes dormir todo el día.

—Olvida eso —dijo Anders, cerrando la puerta tras de sí y siguiendo a Riddick a la cocina—. Ya dormiremos cuando estemos muertos.

Riddick se sentó y continuó con su desayuno. Señaló su vodka con lima. —¿Quieres uno?

—¿Una mala noche, una herida de navaja, y crees que voy a volver a la bebida? Soy más fuerte que eso, y tú también lo serás algún día. —Se sentó donde Rachel había estado sentada hacía un momento.

—¿Qué relación tenías con Neil? —preguntó Riddick sin levantar la vista de su antiguo jefe.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por algo que dijo el capullo anoche.

—¿Qué dijo?

—Algo así como que antes no le dabas tantos problemas.

Anders soltó una carcajada. Riddick lo miró de reojo.

—¿Qué estás insinuando?

—Limítate a responder a la puñetera pregunta.

Anders suspiró. —No es nada turbio. ¿Cuánto tiempo hace que me conoces? Por Dios. Neil siempre ha sido un problema, pero es parte del ecosistema de por aquí. Es un ecosistema delicado. Yo simplemente no le quitaba el ojo de encima. Siempre sabía en qué andaba metido, así que podía mantenerlo a raya.

—Estoy bastante seguro de que la descripción del puesto dice que deberías detenerlo sin más.

—¡Y lo hice, si no recuerdas mal! —dijo Anders.

—Al final… ¿pero por qué no años antes?

—Porque, como ya he dicho, más vale malo conocido. Había muchos otros listos para dar un paso al frente y hacer lo que ese idiota estaba haciendo. Él sabía que lo vigilaba y las cosas nunca se desmadraron.

Riddick bebió su vodka con lima. Siempre había sabido que Anders era de la vieja escuela. Que sus asociaciones con los lugareños menos recomendables a menudo podían ir más allá de lo que se consideraba apropiado para un miembro del cuerpo policial. Sin embargo, Riddick siempre había creído que su viejo amigo

simplemente mantenía a sus enemigos cerca para poder acabar con ellos cuando se presentara la oportunidad. Era desolador descubrir ahora que Anders había permitido que algunos indeseables continuaran sin restricciones con sus carreras de explotación. —No puedo creer que esté oyendo esto.

—Nadie fue asesinado bajo mi mando, Padawan, recuérdalo.

—No me llames así… y, además, ¿qué se supone que significa eso?

—No iba por ti, Paul. Es solo un hecho. Desde que me he jubilado, las cosas han empeorado. Y no es solo por tu culpa…

—Sabes que fue Neil quien metió a ese atracador en ese callejón, ¿verdad? —Lo señaló.

—No lo dudo.

—¿Cómo pudiste pensar que podías controlar a un hombre como ese? Para mí es un misterio.

—Imagino que ahora es diferente, después de haber estado dentro. Más curtido, ¿quizás? De todas formas, no dudo de que le harás pagar por lo que ha hecho.

El teléfono de Riddick sonó. Suspiró y se acercó a él, junto a la tostadora. Vio que tenía mensajes en el buzón de voz.

Palideció mientras escuchaba los mensajes de Marsh y Gardner.

Colgó el teléfono. —El chico que atacó a Cherish anoche…

—¿Qué pasa con él?

—Está muerto.

36

El cielo amoratado parecía a punto de reventar, así que, a pesar de la humedad demencial, Gardner se subió la cremallera de su chubasquero amarillo. Se estaba poniendo el mono blanco junto al cordón que había acordonado el primer tramo de escalones que bajaba a la Viaduct Terrace. Más adelante, los escalones que llevaban al otro lado de la terraza también habían sido acordonados.

Alzó la vista hacia el impresionante viaducto de veinticuatro metros junto al que se había detenido para observarlo bien el día anterior mientras corría. Entonces había dudado de aquel puente ferroviario glorificado, pero ahora, con un rápido asentimiento, concluyó de una vez por todas que era, en efecto, una monstruosidad sobre un río precioso. Dejaría que otros creyeran que era algo de una magnificencia sobrecogedora. Sí, admitió para sus adentros, no era objetiva. Sin embargo, ¿cómo no serlo cuando la mayor parte de su experiencia en este lugar se debía a que había sido el telón de fondo de dos brutales asesinatos? No, iba a ser difícil crear buenos recuerdos de aquel lugar, e iba a tener que ponerse del lado de la pequeña minoría que no disfrutaba de aquella majestuosa estructura.

Bajó la vista hacia el cadáver, que estaba en el centro de la terraza, justo delante de un banco de madera. Sin mucho espacio para montar una carpa, los oficiales de la escena del crimen trabajaban con rapidez antes de que la lluvia se uniera a la fiesta.

El resto de Waterside estaba tranquilo; no solo porque era una escena del crimen y se le había pedido a la gente que se mantuviera alejada, sino porque todavía era muy temprano. Por supuesto, la prensa se estaba congregando de nuevo; por suerte, esta vez, Marsh se había asegurado de que hubiera más agentes para mantenerlos más atrás. Creyó distinguir a Marianne Perse entre la multitud y sintió una punzada de rabia en la boca del estómago.

—Más vale tarde que nunca, Emma —dijo Marsh, acercándose a su lado.

—Disculpe, jefa. El conector del cargador de mi móvil está puñetero. ¿Qué grado de certeza tenemos de que la víctima es Dan Lotus?

—Certeza absoluta. Tenía el carné de conducir en el bolsillo y, al igual que Bradley, varios agentes también lo han reconocido. Como su mejor amigo, había pasado muchos años de su adolescencia en nuestro radar.

—¿Quién lo ha encontrado?

—La familia Cook. Lo cual es una verdadera lástima. Tienen un hijo con autismo severo que se levanta a las cuatro y media cada mañana. Siempre lo llevan a ver los patos cuando se despierta, sin importar el tiempo que haga. Theo está obsesionado con los patos. Pobre crío. Bajó corriendo y fue el primero en descubrir a Dan. Vi a la familia antes de que se marcharan. El chiquillo estaba desconsolado.

Gardner negó con la cabeza. —Qué espanto.

—Lo es… Veo que el chubasquero amarillo ha vuelto a hacer acto de presencia.

Gardner señaló hacia los nubarrones que se cernían sobre el viaducto.

Marsh sonrió con suficiencia. —Hará falta algo más que ese abrigo birrioso si cae lo que se nos viene encima.

Gardner observó al médico legista, el doctor Hugo Sands, que daba vueltas alrededor del cuerpo. Lo examinaba desde distintos ángulos y se arrodillaba con frecuencia para inspeccionar algo que le llamaba la atención.

—Es irritante de narices —dijo Marsh—. Lo inspecciona durante un tiempo que se hace eterno y luego no te dice ni pío.

Gardner asintió. —¿Qué tenemos hasta ahora, jefa?

—Parece que es el mismo asesino. Mismo *modus operandi* y otra letra repugnante en la parte baja de la espalda.

—¿Cuál?

—No estoy segura. Sands la pondrá al corriente. ¿Sabe qué les ocurrió a Paul y a Anders anoche?

Gardner asintió. —Sí, jefa. Y a Cherish. Pobre chica.

—Bueno, pues quienquiera que haya matado a Dan le ha ahorrado un trabajo. —Señaló la bolsa amarilla que examinaba un oficial de la escena del crimen—. Esa es la bolsa que le robaron a Cherish. También hemos recuperado la navaja automática que usó contra Anders y el pasamontañas con el que se disfrazó.

—¿Colocados?

Marsh negó con la cabeza. —Poco probable. Lleva la misma ropa que Anders y Paul le vieron llevar en ese callejón junto a la plaza del pueblo.

—¿Qué había en la bolsa?

—Papel triturado. En el hospital, Cherish le dijo a Paul que estaba llena de aperitivos. También le dijo que estaba paseando. Embarazada de ocho meses, a kilómetros de casa, a las once de la noche.

Gardner se quedó pensándolo. Recordó el peligro que Cherish podría haber corrido con Neil por las pruebas que le había dado. ¿Había intentado Neil deshacerse de ella? ¿Forzar a la pobre chica a hacer una entrega para ponerla en peligro? De esa manera, no habría necesidad de meter nada real en la bolsa, si Neil solo intentaba llevarla a un lugar concreto.

—Debería intentar ponerme en contacto con Paul de nuevo, quizá sepa algo más...

—Déjeme eso a mí, Emma. Quiero que hable con Hugo Sands y que luego vaya al Cuartel General para dirigir su reunión informativa.

—Sí, jefa.

Marsh inspiró hondo por la nariz. Sonó como si estuviera inhalando todo lo que la rodeaba. Luego soltó el aire en un largo

suspiro. —Bradley y Dan eran los mejores amigos y tenían antecedentes penales. ¿Estamos tratando con una banda rival? ¿O con alguien descontento por algo que hicieron juntos en el pasado, tal vez?

¿Kelsey Winters?, pensó Gardner. —Tengo la sensación de que estamos cerca.

—Eso espero, Emma. Acabo de posponer la rueda de prensa programada para hoy. Esos cabrones están que trinan. Pero averiguar qué ha pasado aquí es más urgente. Dos asesinatos son inaceptables… un tercero, bueno, ya sabe, es una catástrofe que debemos evitar. Lo peor es que ambos asesinatos se cometieron bajo la atenta mirada de nuestro viaducto. Eso va a dar peso a la idea del «Asesino del Viaducto» y va a convertir Waterside en un pueblo fantasma durante una buena temporada.

Gardner, ya ataviada con el mono, se adentró en la escena del crimen. Saludó con la cabeza a varios oficiales de la escena del crimen por el camino y se reunió con Sands junto al cuerpo.

Bajó la mirada hacia Dan Lotus. Tenía los ojos abiertos, pero su mirada estaba perdida. Un gran corte le recorría la mejilla derecha, cerrado con puntos de sutura de mariposa.

Esperaba que Sands se mostrara tan vacilante como de costumbre, pero esta vez habló sin titubear. —Asesinado exactamente de la misma manera. Una llave de estrangulamiento. —Se arrodilló y, con una mano enguantada, señaló el cuello—. Esta vez los hematomas han aparecido antes.

—¿Y el tajo de la cara?

—¡De casi doce centímetros! Diría que de hace unos dos días. Es un corte limpio…, una herida de cuchillo. Le habría venido bien que se lo miraran en el hospital, en lugar de intentar curárselo él mismo. Se habría acabado infectando, apostaría algo.

—¿Y la letra que tiene grabada en la espalda? —dijo Gardner.

—Una L.

Oyó un gemido procedente del cielo plomizo.

—¿Qué coño está deletreando este cabrón? —preguntó Gardner.

Sands se encogió de hombros.

Gardner asintió. —¿Hora de la muerte?

—Bueno, creo que lo vieron por última vez poco antes de las once. Así que, entre esa hora y las dos de la madrugada, más o menos.

De repente, se produjo un estallido de ruido procedente de la prensa.

Gardner se giró para ver al poli más infame de Knaresborough, Riddick, acercándose a Marsh junto al cordón policial.

—Discúlpeme, doctor Sands —se disculpó Gardner. Se dio la vuelta y subió los escalones de vuelta hacia el cordón. Por el rabillo del ojo, vio a Marianne Perse que, tras haber burlado el cordón policial, había avanzado por la calle hasta quedar a la altura de la casa y ahora gritaba.

—Inspector Riddick, ¿podemos hacerle unas preguntas, por favor?

Gardner no pudo contenerse y se dirigió con paso decidido hacia Marianne.

—Inspectora Jefa Gardner, ¿puede decirnos algo sobre la segunda víctima del Asesino del Viaducto…?

—Está usted cruzando una línea, Marianne.

—Perdone, ¿a qué se refiere?

—Exactamente a lo que digo. Está cruzando una línea. Y además le están pasando información incorrecta. Nosotros nunca hemos usado el nombre del Asesino del Viaducto, y nunca lo haremos. El viaducto es irrelevante en esta investigación. Así que, si yo fuera usted, me aseguraría de vender rigor a partir de ahora. Pienso pedirle cuentas a la prensa cuando concluya este caso. A no ser que quiera asestarle un duro golpe a su capacidad para ganar dinero, le sugiero que dedique mucho más tiempo a investigar y mucho menos a acosar.

En ese momento, uno de los agentes que formaba parte del cordón vulnerado, regresó y se dirigió a Marianne. —¿Señora, puede volver aquí, por favor?

Marianne asintió. Mientras se la llevaban, mantuvo el contacto visual con Gardner.

¿Eso ha sido una sonrisa? Zorra engreída.

Gardner se dio la vuelta y fue a reunirse con Riddick y Marsh.

—¿A qué ha venido todo eso? —preguntó Marsh.

—Solo le pedía que retrocediera. —Miró a Riddick—. ¿Cómo te encuentras?

—Nada que un par de analgésicos no solucionen.

Gardner lo puso al día. —Voy a entrar para iniciar la reunión informativa.

—Echo un vistazo rápido al cuerpo y luego me reúno contigo —dijo Riddick.

—Dos cuerpos en tres días —dijo Marsh, mirando hacia la prensa —. ¿Acaso sorprende que estén tan hambrientos?

37

De camino al Cuartel General en Harrogate, el cielo emitió un horrendo sonido de eructo, pero aguantó.

Gardner se metió en el carril de un Starbucks para pedir el café americano más grande que pudo encontrar y un pastel danés. Tras llegar al Cuartel General, cogió otro café bien cargado, así que estaba lo bastante acelerada mientras se preparaba para la reunión informativa.

En la pizarra blanca de la *Operación Edén*, colgó una foto de Dan Lotus. Estaba sacada de su página de Facebook. Al igual que Bradley, buscaba un aura agresiva; la única diferencia notable era que él se había rapado un tajo en ambas cejas en lugar de solo en una.

Cometió el error de tomarse un *tercer* café antes de que todos entraran en la sala. Sintió que hablaba a mil por hora mientras informaba a todo el mundo de los acontecimientos de la noche anterior con Cherish y Riddick, así como de la escena del crimen de Dan Lotus. Cuando terminó, miró las caras de perplejidad de todos, preguntándose si habrían entendido algo de lo que acababa de decir.

—Tráfico de drogas comarcal —dijo Rice—. Tiene que ser eso.

Gardner asintió. —Gracias, Phil. Ahora es una línea de investigación con peso real y que seguiremos, *con saña*. —Miró a Riddick y asintió—. Antes del incidente de ayer, el inspector Riddick estaba investigando el ángulo de la banda rival, y ha estado

hablando con Neil Taylor, regularmente, así que nos pondrá al día en un momento. Pero primero, quiero repasar lo que *sabemos* con certeza.

Se giró hacia la pizarra. *Empieza por el asesinato*. Señaló bruscamente la foto de Bradley y repasó de nuevo los detalles principales del crimen. Cuando llegó a lo del preservativo usado, señaló la imagen de Susan Harrison. —He recibido confirmación del agente que la vigila en el hospital de que ha pasado toda la noche en su cama, lo que significa que no puede ser responsable del asesinato de Dan. No la descarta necesariamente del asesinato de Bradley, pero el doctor Sands insiste en que es el mismo asesino. Y cuando Sands insiste en algo, merece la pena escucharlo. —Continuó repasando la cronología que ya habían elaborado: la bebida en The Crown Inn, la discusión frente a la pizzería. Le pasó el testigo a Barnett—. ¿Ray?

—Gracias, jefa. Obviamente, estamos en proceso de conseguir la videovigilancia de Waterside de anoche. Sé que Viaduct Terrace no estará cubierta, pero sí parte de la zona que va desde el pie de la escalinata hasta la terraza. Deberíamos poder encontrar grabaciones de la víctima, Dan Lotus, y de quienquiera que lo siguiera. En cuanto a la videovigilancia de la noche del asesinato de Bradley, ya hemos identificado a todo el mundo en las grabaciones... salvo a uno. La figura encapuchada, a la que se vio discutiendo por teléfono. Me temo que seguimos sin estar más cerca de identificarlo.

—No más cerca, pero no nos rendimos —dijo Gardner—. Había una E grabada en la espalda de Bradley. —Señaló una fotografía ampliada de la espeluznante talla—. Había una L en la espalda de Dan.

Escribió LE en la pizarra en mayúsculas. —¿Le dice algo a alguien?

Todos miraron las letras. La gente murmuraba diferentes palabras que incluían las dos letras. La propia Gardner dijo unas cuantas: puzle, azul, etc.

—Cámbielas de orden, por favor, jefa —dijo Riddick.

Gardner obedeció. *EL.*

Otro minuto de reflexión. Casi se podía oír el zumbido de las neuronas, como la electricidad en una torre de alta tensión.

—Añada una K al principio... —dijo Riddick.

KEL.

Joder, claro.

KELSEY.

Sin saber si era la cafeína o la revelación, Gardner sintió un subidón de adrenalina como nunca antes había sentido.

Se giró hacia los presentes, obligándose a no temblar, pero sin estar del todo segura de si lo conseguía o no.

Se cruzó con la mirada de Riddick, que la tenía fija en ella, con los ojos muy abiertos e impávidos.

Matthew Blanks, el operador del HOLMES 2, había dejado de teclear por el momento, lo que confirió a la sala una atmósfera extraña y silenciosa.

KEL.

KELSEY.

Volvió a girarse hacia la pizarra y señaló con el dedo la foto de Kelsey. Con el corazón desbocado en el pecho, repasó de nuevo con el equipo la historia del suicidio de Kelsey.

¿Podría ser una coincidencia, o el móvil estaba ahí, claro como el agua?

—Si alguien está escribiendo su nombre, ¿eso podría significar cuatro asesinatos más? —preguntó Rice.

A Gardner se le heló la sangre. ¡Cuatro asesinatos más! ¿En su primer caso, en Knaresborough? ¡No duraría mucho en este puesto!

—No dejaremos que llegue a tres, y mucho menos a seis —dijo Riddick—. Tenemos que desenterrar hasta la última prueba del caso Winters.

—Pruebas, porque *usted lo convirtió* en una investigación, inspector —dijo Rice con sorna—. Pobre familia.

Riddick lo fulminó con la mirada y avanzó un poco en dirección a Rice.

Gardner señaló a Riddick con un dedo. Él se detuvo. Luego apuntó con el dedo a Rice. —Mida sus palabras al dirigirse a sus

superiores en mi sala de incidentes, sargento detective Rice. Sobre todo si quiere permanecer en ella.

Rice frunció el ceño y bajó la mirada.

—De repente, le agradezco mucho que recopilara esas pruebas, inspector; ¿qué está pensando?

—Estoy pensando en que identifiquemos a todos los acosadores de esas publicaciones de Facebook. A *todos y cada uno.* Y que demos con ellos lo más rápido posible.

Se volvió hacia Rice, que seguía con la cabeza gacha. *Lánzale un hueso al cabrón resentido.*

—¿Qué le parece, Phil? ¿Puede encargarse de eso?

Él levantó la vista. Se le iluminó la cara. Acababan de darle una enorme responsabilidad. —Sí, jefa.

—Y, Ray, ¿cómo van las cosas con Tom Winters, el padre de Kelsey? ¿Ha confirmado su paradero?

—No, jefa. Los de Recursos Humanos de su empresa todavía no se han puesto en contacto. Voy a volver a llamarles justo después de esta reunión.

Gardner asintió.

Se volvió hacia la pizarra. La pista de Kelsey era más que prometedora, pero no iba a jugárselo todo a una sola carta. Aquella pizarra estaba llena de pistas.

Las repasó todas con el equipo. *¿Qué hacía Cherish fuera a esas horas con una bolsa de papel triturado? ¿Por qué la estaba esperando Dan Lotus con un pasamontañas? ¿Pretendía matarla o asustarla?*

Expuso su teoría de que alguien, posiblemente Neil Taylor, le había tendido una trampa a Cherish. Que ella no sabía que la bolsa no contenía nada de valor y que la enviaban hacia un destino aciago.

Gardner se movió por la sala, trazando líneas en la pizarra mientras su equipo debatía en profundidad el abanico de pruebas y las personas implicadas. Trazó líneas que conectaban muchas de estas pistas con Neil.

—Phil, ¿podría repasarnos otra vez la declaración detallada que hizo Neil ayer? Repase su cronología de los hechos.

Gardner escuchó con atención. Tenían a Neil en una grabación de videovigilancia con su amigo, Simon Turner, andando hasta las escaleras del castillo, lo que significaba que todo dependía de la veracidad del siguiente punto. *¿Continuaron Neil y Simon, como afirmaba Neil, hasta casa de Simon para tomar unas copas?*

Rice consultó sus notas. —Hemos hablado con la mujer de Simon Turner y afirma rotundamente que estuvieron allí, bebiendo.

—¿Podrían haber tenido tiempo de asesinar a Bradley antes de ir a tomarse esa copa, quizá?

—La cronología no cuadraría —dijo Barnett—. Hemos considerado todas las variantes. Se habrían topado con Bradley y Susan mientras tenían sexo.

Gardner suspiró. —Entonces, tenemos que volver a presionar a Simon y a su mujer. El nombre de Neil está saliendo con demasiada frecuencia…, *con demasiada frecuencia*.

La puerta de la Sala de Incidentes se abrió. Marsh estaba allí de pie, mirando a Gardner. Le hizo un gesto para que saliera de la sala.

—Discúlpenme un momento —dijo Gardner—. Inspector Riddick, ¿puede encargarse usted, por favor?

Riddick se levantó y se acercó al frente.

Gardner salió y se quedó en el pasillo con Marsh. —Tengo noticias de la Científica sobre el jersey de Neil, Emma.

No era la primera vez esa mañana que Gardner sentía que se le aceleraba el pulso. —¿Sangre de Bradley?

—No.

Gardner sintió que se le encogía el corazón.

—De Dan Lotus.

Gardner volvió a entrar en la Sala de Incidentes, con la cabeza dándole vueltas.

Riddick estaba en pleno discurso. La miró, pero ella levantó la mano y negó con la cabeza para indicarle que continuara.

—Gracias, Lucy y John, por notificarlo a los parientes más cercanos de Dan Lotus. Dan vivía con su tía, Mary Thompson —dijo Riddick—. Su padre murió cuando él era un bebé, y su madre se fugó al extranjero cuando era pequeño. ¿Le gustaría añadir algo al respecto, Lucy?

O'Brien asintió. —Como pueden imaginar, estaba desolada. Llevaba cuidando de él casi toda su vida y se consideraba su madre.

Rice resopló. —Podría habérselo agradecido manteniéndose alejado de los problemas.

Gardner negó con la cabeza, pero se mordió el labio. Siempre le asombraba la gente que creía que la vida podía ser tan sencilla. Que las personas solo se enfrentaban a una única opción clara, y que cualquier desviación era imperdonable.

—Bueno —dijo O'Brien—. Ha aceptado un agente de enlace familiar y volveremos más tarde para tomarle una declaración más detallada. Ya les puedo adelantar que no será sospechosa. Sufrió un ictus hace varios años y no puede mover el brazo izquierdo, pero sin duda puede ayudar a hacernos una idea de quién era Dan.

No solo otro capullo, pensó Gardner, clavando la mirada en la nuca de Rice.

—Así que, necesitamos lo de siempre. Videovigilancia, puerta por puerta. Las asignaciones están aquí delante.

—Antes de terminar —dijo Gardner desde un lado de la sala—. Hay más. Y es *importante*. No afectará a sus tareas actuales. El inspector Riddick y yo nos encargaremos de ello.

La tensión era palpable. Blanks había dejado de teclear otra vez y la miraba a través de una cortina de pelo. Aunque no era investigador, estaría igual de fascinado por el misterio que se estaba desvelando.

—Tenemos noticias de la Científica sobre el jersey que nos dio Cherish.

Los ojos de los presentes se abrieron de par en par.

—La sangre pertenecía a Dan Lotus.

La gente frunció el ceño.

Todos habían esperado, y deseado, que fuese la de Bradley, lo que podría haber precipitado toda esta investigación hacia una

conclusión rápida y limpia.

Gardner dijo: —El doctor Sands creía que Dan Lotus sufrió una herida de arma blanca en la cara hace varios días, posiblemente en torno a la fecha en que Bradley fue asesinado. Ya sabemos por nuestras investigaciones que Dan pasaba algo de droga para Neil, o al menos lo hacía, antes de que a Neil lo metieran en la cárcel. Entonces, ¿ha estado Dan trabajando para Neil de nuevo desde que salió? Y si Neil le cortó la cara a Dan, ¿por qué?

—No olvidemos que Neil podría haber enviado a Dan a agredir a Cherish, o algo peor —dijo Riddick.

—La cosa no pinta bien para Neil —dijo Gardner—. Pero no quiero que lleguemos a ninguna conclusión sólida. Tenemos pruebas de que hirió a Dan, y de gravedad, por lo que debe existir algún tipo de móvil, pero hasta ahí llegamos. Así que, el inspector Riddick y yo tendremos el honor de hablar con él y averiguar qué estuvo haciendo durante ese margen de tiempo de anoche. También voy a solicitar una orden para registrar su domicilio. —Miró a Riddick y sintió que se le aceleraba el corazón.

No podía negar que Riddick poseía un talento asombroso para sacar información importante a gente como Neil, pero no estaba exento de riesgos. Esos dos se habían mostrado especialmente hostiles el uno con el otro en su último encuentro… ¿Podría estar buscando más de lo mismo? Además, desde la conexión con Kelsey Winters, Riddick parecía una bomba de relojería. Sin embargo, a pesar de sus recelos, su instinto seguía diciéndole que Riddick era importante para esta investigación. Casi central. En su presencia, las cosas parecían avanzar a un ritmo vertiginoso.

—Todos los demás, continúen con su área de investigación y nos reuniremos de nuevo a las seis —concluyó.

38

La puerta de la casa de Neil se abrió. Mandy estaba allí de pie. Tenía la cara congestionada de tanto llorar.

Gardner la miró con compasión. —Señora Spencer...

—Se ha ido.

Gardner y Riddick intercambiaron una mirada.

—¿Adónde? —preguntó Riddick.

—No tengo ni idea. El cabrón hizo las maletas y dijo que se largaba.

Mierda —pensó Gardner—. *Puede que todavía no se dé cuenta, Mandy, pero para usted es una noticia estupenda. Para nosotros, sin embargo... A no ser que...* —volvió a mirar a Riddick. Él negó levemente con la cabeza. No creía que Neil estuviera escondido en la casa.

Doble mierda.

—¿Cuándo ha ocurrido exactamente? —preguntó Gardner.

—Entró a hablar con Cherish y salió de un humor de perros. No dijo ni pío en todo el camino de vuelta y, cada vez que intentaba hablar con él, me mandaba a callar.

El jersey. Joder, Cherish, no le habrás hablado del jersey, ¿verdad?

—Luego hizo las maletas y se fue. Lo último que me dijo fue: *«Si quieres culpar a alguien, culpa a esa zorra de hija tuya»*.

—¿Se llevó algún coche? —preguntó Riddick.

Ella asintió.

Bien. El ANPR lo pillará.

—¿Dónde fue Neil antes de ir al hospital anoche? —preguntó Gardner.

—A ninguna parte. Vimos juntos la última película de James Bond. *De verdad.* Sé que he mentido por él antes, pero ¿por qué iba a mentir ahora? Vimos la película desde las nueve y media hasta cerca de la medianoche, y entonces llamó el hospital. Estuvimos allí hasta las cuatro de la madrugada.

—De acuerdo —dijo Gardner—. La creo.

—¿Está usted segura? —dijo Riddick, enarcando una ceja—. ¿De verdad que está sola ahí dentro?

Mandy se hizo a un lado. —Sí, por supuesto. Compruébenlo si quieren.

—¿Si no le importa?

Mandy asintió.

Riddick miró a Gardner. —Espera aquí, tardo un minuto.

Mientras Riddick aprovechaba el permiso de Mandy para registrar la casa, Gardner intentó que Mandy le contara más cosas sobre Neil. Sin embargo, ella estaba demasiado alterada y ahora las lágrimas le caían cada vez más deprisa.

Cuando Riddick reapareció, negó con la cabeza para indicar que Neil no estaba allí.

Fuera, en el umbral, Gardner dijo: —Hemos solicitado una orden para registrar este domicilio a fondo, Mandy. ¿Nos daría su permiso para ahorrarnos tiempo?

Mandy se enjugó las lágrimas y asintió. —Sí. Que se joda.

—Gracias. Voy a hacer la llamada.

De vuelta en el coche, Gardner emitió una alerta de búsqueda para Neil Taylor. También contactó con el Cuartel General para solicitar que la Científica fuera a registrar el domicilio de Neil de inmediato.

Riddick asomó la cabeza. Parecía incómodo y no la miraba a los ojos. —Quiero enseñarte una cosa..., cuanto antes.

—¿Tiene que ver con el caso?

—No.

Gardner enarcó una ceja. Recordó su preocupación anterior de que él fuera una bomba de relojería, y ahora esta peculiar petición. —Probablemente no sea el momento, Paul.

—No, *definitivamente* no es el momento —la miró, brevemente, pero luego desvió la vista—. Sin embargo, me gustaría..., perdón, *necesito* hacerlo antes de cambiar de opinión.

Aunque no estuviera relacionado con el caso, se sintió obligada a aceptar. Cualquier cosa que Riddick estuviera dispuesto a compartir no debía tomarse a la ligera. Desde luego, no había sido un hueso fácil de roer hasta ahora, y no debería dejar pasar oportunidades como esta. Además, Gardner podía ser esclava de la curiosidad, ¡especialmente cuando se trataba de alguien tan enigmático como Paul Riddick! —¿Vale, adónde vamos?

—Sígueme.

Por el retrovisor, lo vio subir a su vehículo y beber de su botella de Sprite. ¡Estaba todo el día bebiendo Sprite!

Bueno —pensó, metiéndose la mano en el bolsillo para coger sus Tic Tac—*, supongo que todos tenemos nuestros vicios.*

39

Mientras Riddick guiaba a Gardner por la capilla, a ella le entró un sudor frío. *Este es el momento, va a sincerarse conmigo.*

Por la parte de atrás, Riddick la llevó por un sendero que discurría entre hileras de lápidas. Algunas de las piedras se desmoronaban y muchas estaban tan desgastadas que resultaban ilegibles, pero eso no hacía más que acrecentar la belleza del lugar. Unas enredaderas trepaban por los muros de piedra que rodeaban el camposanto, mientras los narcisos se mecían con la suave brisa y los azafranes morados reposaban en la quietud perenne.

—Es precioso —dijo Gardner.

Riddick, que caminaba delante de ella, no respondió.

Suspiró para sus adentros. *Mantén la boca cerrada, chica.*

Llegaron a la última de las lápidas y al final del sendero. Delante de ellos había varias hileras de árboles recién plantados, todos aún muy jóvenes. Cada árbol tenía una pequeña placa dorada. Gardner estaba demasiado lejos para leer lo que ponía en ninguna de ellas.

A su derecha había un banco y Riddick se sentó. Se movió a un lado para hacerle sitio a Gardner.

Contempló los árboles, cada uno de ellos en representación de una vida vivida y una vida perdida, y sintió un nudo en la garganta.

Le debes a este pobre hombre mantener la compostura.

Se sentó a su lado.

Riddick señaló los árboles. —Segunda fila, el de más a la derecha. Esa es Rachel. Mi mujer. Tenía una paciencia infinita, como te puedes imaginar. También fue la mujer más guapa que he conocido.

Gardner tragó saliva.

—A su lado, están mis dos pequeñas granujas, Molly y Lucy...

Gardner apartó la cara, temerosa de romperse.

—No te dejes engañar por la calma. Eran cualquier cosa menos tranquilas.

Se rompió. Gardner se llevó una mano a la cara y se secó una lágrima. Se giró para observar a Riddick de perfil. Miraba los árboles, sonriendo.

—Lo siento —dijo, secándose el otro ojo con el dorso de la mano.

Riddick negó con la cabeza. —No tienes por qué sentirlo. No te he traído aquí para eso, jefa.

—No me llames jefa, Paul. Especialmente ahora, por favor, no me llames jefa.

Riddick asintió. —Como quieras.

Se quedó mirando su perfil. Parecía tan relajado... *tan tranquilo*. No podía ni imaginarse en una situación así, y mucho menos sobrellevarla con la entereza con la que él lo estaba haciendo. —Gracias por traerme aquí, Paul. Yo..., yo...

—¿Quieres saber por qué?

—No —dijo Gardner, nerviosa—. Quiero decir, sí...

—Tranquila, Emma. —Riddick la miró por primera vez en un buen rato—. Me lo pidió Rachel.

Gardner asintió, hizo una pausa y luego dijo: —No lo entiendo.

Riddick volvió a clavar la vista en los árboles. —Aún hablo con Rachel. De hecho, sigo hablando con las tres.

Gardner abrió la boca para responder, pero entonces se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué decir.

Riddick sonrió de nuevo. —No te preocupes, no estoy loco... bueno, no del todo. Sé que no están ahí. No de verdad.

Gardner asintió. Se esforzó por encontrar una respuesta. Lo mejor que se le ocurrió fue: —Siempre estarán contigo.

Riddick negó con la cabeza. —Sí..., eso es lo que dicen..., pero yo no lo creo.

—Ah —dijo Gardner, sintiéndose de repente una estúpida.

—No están ahí, Emma. Se han ido. *Del todo.* No soy religioso ni creo en fantasmas. Las veo porque quiero.

Gardner asintió. —Lo entiendo.

—¿De verdad? —preguntó Riddick, mirándola con una ceja arqueada.

No lo sé. —Creo que sí.

—¿No te parece una locura?

—No... Sin embargo, no soy la persona más indicada a la que preguntar. ¿Has hablado con alguien de esto...?

—¿Por qué iba a hacer eso? Quiero verlas. Me gusta verlas.

Gardner asintió. Sintió que se le enrojecía la cara. —Claro.

—Así que no tienes que preocuparte, Emma. Todo esto es una elección. Pero entiendo que esta forma, esta *vida*, no es sostenible.

Gardner abrió la boca para darle la razón, pero consiguió contenerse.

—No me puedo creer que te esté contando esto. Ni siquiera se lo he dicho a Anders. Claro que es un capullo pomposo en el mejor de los casos, no sé si podría soportar su respuesta condescendiente. Ya sé que si quiero tener alguna oportunidad de vivir, tengo que empezar a dejarlas ir.

Gardner asintió, contenta de no haberle dicho lo que él ya sabía.

—Rachel, o al menos mi versión de Rachel, cree que puedes ayudarme con eso.

¿Yo? Por el amor de Dios. Apenas te conozco, Paul. Sí, tengo experiencia siendo el hombro en el que llorar, pero nunca en algo tan desgarradoramente trágico como esto.

—No pongas esa cara de asombro, Emma.

—¿Soy la persona adecuada para esto, Paul?

—Mi mujer..., perdón..., *yo* creo que sí. Habrás visto mi entusiasmo por el trabajo. Hacía años que no lo sentía. No lo había sentido desde... desde... bueno, desde que *llegaste*..., ¿creo?

Gardner respiró hondo y negó con la cabeza. Esto no era gracias a ella. A ver, ¿cómo podía serlo? —Paul, a lo mejor es que

simplemente ya estás preparado. ¡Yo no puse el cadáver allí! Creo que has encontrado este entusiasmo tú solito.

—No. —Riddick lo enfatizó negando con la cabeza—. Vi cómo mirabas a Bradley. Vi lo que *sentías* por la víctima, cómo lo defendías. He visto la pasión por la justicia en tus ojos, Emma.

—Y yo también he visto esas cosas en ti, Paul.

—Tú me hiciste recordar lo que eran.

Gardner asintió. —Me alegro de que te encuentres mejor, Paul.

—Así que ahora quiero contarte la historia de cómo se arruinó mi vida. Quiero contártela, al menos la parte que importa, y luego, después, quiero que nos vayamos y encontremos a ese cabrón que mató a Bradley y a Dan. Quiero que lo hagamos, lo deseo con todas mis fuerzas.

—Lo entiendo. Es un honor para mí que confíes en mí.

—Pues esta es la historia. —Miró hacia los árboles mientras contaba—. Ronnie Haller era un traficante de drogas, no muy distinto de Neil Taylor; usaba a chavales para distribuir la mercancía. El negocio de las rutas comarcales. Uno de los peces gordos. Ronnie había ido demasiado lejos. Había matado a dos jóvenes que le habían sisado. Lo teníamos bien cogido. Iba a pasarse la vida en la cárcel, y yo me moría de ganas por interrogarlo una última vez. Y conseguí lo que quería…

40

Ronnie Haller enseñó los dientes. Le faltaban algunos; otros estaban podridos y apenas se sostenían en su sitio.

Riddick reprimió un bostezo. No porque le aburriera la agresividad de Ronnie, sino porque estaba agotado. Las dos últimas semanas habían estado repletas de noches en vela y trabajo de campo, de discusiones con Rachel y de escaso tiempo para ver crecer a Lucy y a Molly.

Pero había merecido la pena.

Miró a la bestia que tenía enfrente. Puro tatuaje, cicatrices, sudor y rabia. Directo de la calle.

Dios, sí que había merecido la pena.

—Es la última vez que se lo voy a preguntar, Ronnie —dijo Riddick inclinándose hacia delante. Podía oler el hedor corporal de Ronnie. En las últimas semanas, su mala higiene personal había hecho que Riddick se acostumbrara a su propio olor, pero no tenía nada que ver con aquello. Ronnie olía a tierra y a barro—. Su ADN está en el cuerpo de Oliver. El ADN de Oliver está en su ropa. Tenemos las grabaciones de videovigilancia, el arma del crimen, la declaración de un testigo presencial. Hemos construido un caso tan sólido que ningún abogado podrá echarlo por tierra.

Riddick miró a Nathan Rose. El abogado untuoso sonrió con desdén. Él también sabía que estaba vencido.

Este era, sin duda, un día para recordar.

—También tenemos pruebas fehacientes de que fue usted quien le envió a la madre de Jimmy una fotografía de su cuerpo apaleado. De hecho, tenemos una grabación de usted metiendo el sobre en el buzón. Como ve, no hemos dejado piedra por mover, Ronnie. Le caerán dos cadenas perpetuas. Nunca he oído a la fiscalía tan convencida. Dígaselo, Nathan.

El abogado de la sonrisa despectiva se encogió de hombros. —Mi cliente es consciente de su situación. Y ha decidido abstenerse de seguir colaborando con su investigación…

Riddick dio un manotazo en la mesa. —¿Colaborar? ¡No es colaborar! ¡Es decoro! ¡Un mínimo de respeto! No tiene nada que perder, Ronnie. Jimmy está muerto. Usted lo mató, ningún jurado dejará de condenarlo. Por el amor de Cristo, entregue el cuerpo, por su madre. ¿Cómo se sentiría usted si fuera su madre, desesperada por enterrarlo?

Ronnie se inclinó hacia delante. Los nervios de sus párpados temblaban. —¿Mi madre? La enterré hace mucho tiempo. Cáncer. ¿Qué puñetero decoro o mínimo de respeto mostró esa enfermedad?

—Se está desviando del tema, Ronnie…

—Estoy muy centrado en el tema. Sabe cómo trabajo, cómo me muevo, ¿verdad, inspector? Lleva dos semanas husmeando a mi alrededor, metiéndose en mi vida. ¿Cree que no lo sabía? ¿Cree que no lo presentía cada vez que doblaba una maldita esquina?

—No era solo yo. No puedo atribuirme todo el mérito.

—¡Mérito! Ja. Habla como un verdadero líder. Puede atribuírselo todo… De hecho, se lo atribuirá todo…

Riddick se levantó. —Sabía que esto era una pérdida de tiempo. Ya hemos jugado bastante a este juego. Doy por terminado este interrogatorio…

—¿Qué hora es, Paul? —preguntó Ronnie.

Riddick lo ignoró y metió la silla debajo de la mesa.

—¿Qué hora es? —Ronnie miró de reojo a Nathan.

Nathan miró un reloj que debía de costar lo mismo que Riddick ganaba en un mes.

—Las cinco menos diez.

—Ah… ya falta poco, entonces —dijo Ronnie con una sonrisita.

Apoyado en el respaldo de la silla, Riddick sucumbió a la curiosidad. —¿Poco para qué?

Ronnie ladeó la cabeza de un hombro a otro. —Paciencia.

—Es usted patético. Este interrogatorio ha terminado.

Riddick se giró hacia la salida.

—Tic, tac. Tic, tac —dijo Ronnie—. Mientras usted se arrastraba por mis asuntos, elaborando un informe sobre mí, yo estaba haciendo algo muy parecido. Devolviéndole el favor, por así decirlo. Tiene una vida interesante, inspector Riddick.

Riddick se dio la vuelta bruscamente. —¿Está admitiendo otro delito?

Ronnie se encogió de hombros rápidamente. —Solo digo que preparé un dosier sobre usted, igual que usted hizo sobre mí.

Riddick sintió la adrenalina burbujear en su estómago. —¿Qué ha hecho?

—Rachel es una mujer guapa, Paul, y esas dos hijas gemelas son para robar el corazón…

Riddick se abalanzó sobre la mesa para agarrar a Ronnie. Lo cogió por la camisa del uniforme de la prisión. —Como le haya tocado un pelo a mi familia, lo mato.

—Pero yo ya estoy muerto, Paul, ¿no lo ve? Usted mismo ha dejado claro que no tengo nada que perder.

Riddick arrastró a Ronnie hacia delante sobre la mesa. —¿Qué ha hecho?

Oyó que la puerta de la sala de interrogatorios se abría de golpe a su espalda, pero siguió tirando hasta que Ronnie cayó de la mesa al suelo.

Riddick sintió unas manos bajo sus axilas. —¡Suélteme! —Lo arrastraron hacia la salida. Intentó zafarse, pero el compañero que lo sujetaba lo tenía bien agarrado—. ¡Déjeme!

Vio cómo Ronnie se ponía en pie, sacudiéndose la camisa de la prisión. —¿Qué hora es ahora? —Miró a Nathan.

Nathan, que estaba temblando, miró su reloj. —Las cinco menos cinco.

Ronnie le sonrió a Riddick.

—¿A qué hora sale Rachel para llevar a las niñas a natación, inspector? —preguntó Ronnie.

Riddick sintió que el mundo se derrumbaba a su alrededor.

—¿A qué hora?

Las cinco menos cinco… las cinco menos cinco… las cinco menos cinco… La respuesta resonaba en su cabeza una y otra vez.

—Mi mujer —dijo Riddick, y su cuerpo se aflojó en los brazos de su compañero—. Llame a mi mujer. Llame a Rachel.

41

—Era demasiado tarde —dijo Riddick.

Gardner se agarraba una mano con la otra. Podía ver el blanco de sus nudillos.

—Un coche bomba —dijo Riddick.

Dios mío. Sintió una lágrima correr por su mejilla.

—No sufrieron... O, al menos, eso me dijeron.

Pobre hombre... Abrió la boca, pero la cerró rápidamente. Él ya había dejado claro que no soportaba que nadie le dijera que lo sentía.

Riddick se puso en pie y dio un paso adelante. Contempló los árboles jóvenes.

Gardner respiró hondo un par de veces, asimilando la magnitud de la tragedia de Riddick.

Observó a una ardilla corretear por los muros de piedra cubiertos de enredaderas.

Tras un minuto de silencio, Riddick se giró. —Deberíamos irnos.

Gardner apenas podía moverse. —¿Y Ronnie Haller? ¿Qué le pasó?

—Está en la cárcel. No saldrá jamás.

Gardner estuvo a punto de decir *«bien»*, pero se lo pensó mejor. No había nada positivo en esta situación. Absolutamente nada.

—¿Quién puso la bomba? —preguntó Gardner.

—Dos jovencitos. Manipulados por Ronnie. Nos fue bastante fácil encontrarlos.

Claro, pensó Gardner, *como si alguien pudiera salirse con la suya después de un crimen tan atroz.*

—Ronnie los echó a los leones —dijo Riddick. Se dio la vuelta—. Dan y Bradley también eran lo bastante mayores como para tener más cabeza, pero también eran jóvenes y los echaron a los leones. Nadie estuvo ahí para enseñarles el buen camino.

Sí, pensó ella, asintiendo, *sí que lo entiendes, ¿verdad? Toda esa fanfarronería de cuando te conocí era pura fachada.* —Estoy de acuerdo.

—Ronnie y Neil —continuó Riddick—. Unos cabrones malvados y manipuladores. Esos son los verdaderos monstruos.

Exacto. Eres de los buenos, Paul. Puedes reencontrarte a ti mismo. *Yo te ayudaré.*

Riddick se irguió. —Quiero detenerlos. Quiero detenerlos a todos.

—Yo también —dijo Gardner, sintiendo cómo crecía en su interior un sentimiento de afecto por Riddick—. Yo también.

42

Junto a sus vehículos, a la entrada de la capilla, Gardner recibió varias actualizaciones por teléfono. Después, le puso al día a Riddick.
—Primero, Neil Taylor ha abandonado su coche en la ciudad y ha seguido a pie.

Riddick dio un puñetazo en el capó de su coche y luego se giró para apoyarse en él. —No tiene un pelo de tonto. ¿Quién no sabe lo que es el ANPR hoy en día?

—Todo el mundo lo está buscando —dijo Gardner—. Lo cogeremos. Sin embargo, la declaración de Mandy sugiere que Neil no es el asesino de Dan Lotus. Además, Ray ha recuperado grabaciones de videovigilancia de Dan entrando corriendo en los terrenos del castillo, y otras de él esprintando por Waterside. Las cámaras han grabado a alguien que lo seguía a toda prisa.

—¿Quién?

—Alguien con una sudadera con capucha que se las apaña muy bien para ocultar la cara. Podría ser la misma persona que vieron la noche que murió Bradley, ¿sabes?, ¿la que discutía por teléfono?

—Es una pena que Viaduct Terrace no tenga cobertura. Tendríamos el asesinato grabado.

El teléfono de Gardner volvió a sonar. Era el sargento detective Ross.

—¿Qué tiene para mí, John?

—Simon Turner se ha derrumbado, jefa. Y quiero decir que se ha venido abajo del todo. En cuanto le dijimos que había pruebas contundentes de que Neil usó un cuchillo con Dan, le echó toda la culpa de la agresión a Neil. Afirma que, después de irse del pub Worlds End a la hora de cerrar la noche que murió Bradley, recorrieron todo Waterside hasta su casa, como dijo en un principio, pero entonces, aquí es donde la historia cambia de la original… Neil recibió una llamada de otro chaval que trabajaba para él, que le dijo que tenía pruebas de que Dan le había estado sisando dinero de la droga que vendía para él. Le leo directamente de la declaración detallada de Simon, jefa: «*Neil simplemente perdió los estribos. Tenía esa mirada salvaje que se le pone a veces. Ya sabes que más te vale mantenerte al margen. Llamó a Dan y le pidió que se reuniera con él cerca del club de críquet. Me alegré cuando se fue… no había ninguna posibilidad de que yo lo acompañara. Parecía dispuesto a matar a un hombre, y yo no quería tener nada que ver con eso… tiene que creerme. Me sentí aliviado cuando vi a Dan al día siguiente y solo tenía un corte en la cara… El chaval salió bien parado teniendo en cuenta de lo que es capaz Neil*».

Gardner le agradeció a Ross la información y se lo contó a Riddick. —El corte en la cara de hace dos días era el aviso, entonces… ¿Quizá Dan volvió a sisarle y Neil fue a rematar el trabajo? Eso significaría que Mandy nos ha mentido sobre que Neil estuviera en casa anoche.

—Es posible. Pero eso supone que a Bradley *lo* mató otra persona que no era Neil, porque él habría estado ocupado cortándole la cara a Dan. ¿No estábamos convencidos de que nos enfrentamos al mismo asesino?

—A no ser que Neil hiciera que el asesinato de Dan pareciera obra del mismo asesino a propósito.

—Astuto —dijo Riddick—. Sin embargo, ¿cómo habría sabido de la inscripción en la espalda de Bradley para duplicar el *modus operandi*? La prensa nunca publicó esa información.

—Cierto. Por alguna razón, esa información nunca se filtró. En su momento pensé que era un detalle peculiar que nuestro topo omitió.

Sea como sea, necesitamos detener a Neil. Asesino o no, ese cabrón tiene una buena parte de las respuestas.

Otra llamada. Esta vez, del respondón del sargento detective Rice. —¿Phil?

—Mierda —suspiró Rice—. Esa chica, Kelsey, lo pasó fatal. ¿Estás sentada, jefa? Creo que estoy sobre una pista muy buena.

¡Venga, capullo engreído, al grano! Tenemos a un puñetero asesino suelto.

—Empecé por revisar todas las publicaciones de Facebook contra Kelsey. Ocurrió durante un periodo de cuatro meses. Dan era el peor, con diferencia. Retocó con Photoshop todo tipo de imágenes usando a Kelsey; algunas cosas muy ofensivas. Nada pornográfico, o lo habrían retirado, pero una mierda muy desagradable igualmente. La hacía parecer un animal rastrero y le ponía pies de foto, intentando que pareciera la pelota de la clase. El problema con estas publicaciones es que consiguen un montón de «me gusta» y comentarios. Eso las mantiene vivas. Supongo que la persona atacada solo puede ignorarlo hasta que se vuelve abrumador…

—Gracias, Phil. Ya sé que las redes sociales son un estercolero. ¿Podemos ir al grano, por favor?

—Bueno, Bradley aportó su granito de arena con unas cuantas publicaciones, lo que lo convierte en el enemigo público número dos, pero eso fue todo, en realidad. Nadie más publicó una imagen desagradable. Todos los demás se limitaron a darle a «me gusta» o a comentar.

¿No hay más cabecillas? ¿Quizá las letras EL no pretendían deletrear KELSEY? ¿Quizá no habrá más víctimas? ¿Y quizá, después de todo, esto no tiene nada que ver con Kelsey?

—Así que pasé un tiempo leyendo todos los comentarios y tomando nota de todos los que escribieron algo desagradable. Unos pocos la defendieron, pero muy pocos, por desgracia; la mayoría optó por apuntarse al bando de los cabrones. La gente es gilipollas, ¿eh?

En muchos sentidos, la gente es como un rebaño de ovejas, pensó Gardner. Era una triste realidad, especialmente en casos como este.

Rice suspiró. —Hay un montón de nombres. Estamos hablando de más de cien.

—Le va a costar atacar a cien personas —dijo Gardner—. Y también será como buscar una aguja en un pajar para saber quién es el siguiente. —*¿Se estaba yendo al garete la pista de Kelsey?*

—Espera, jefa. Te he dicho que estaba sobre una buena pista. Había varios nombres en esos comentarios que destacaban. Nombres que eran más frecuentes. Así que conté los nombres más habituales y lo reduje a cinco.

Ahora esto se está poniendo interesante, pensó Gardner, sintiendo un repentino subidón de adrenalina.

—He pasado esos nombres por nuestro sistema. Los cuatro primeros no me llevaron a ninguna parte, pero el quinto… bueno, el quinto hizo saltar un informe…

Gardner dejó de apoyarse en el capó y se enderezó. Vio que Riddick le arqueaba una ceja, ansioso por saber qué estaba pasando.

—Se llama Richard Hill. Sus padres denunciaron su desaparición anoche…

El subidón de adrenalina se intensificó… De hecho, de repente fue como un maremoto.

—Tiene dieciocho años, y no han pasado ni veinticuatro horas, así que todavía no ha llamado la atención de nadie…

Ahora sí.

—Estaba en el mismo curso que Bradley, Dan y Kelsey.

Podía oír los latidos de su corazón. —Vale… vaya, Phil. Esto es increíble…

—Un momento, jefa. Aún no he terminado.

¿Que aún no has terminado? Vaya..., a lo mejor Phil era el Mesías.

—He accedido al correo electrónico de Kelsey y he encontrado correspondencia entre Kelsey y Richard *antes* de que empezara el acoso. ¿Estás lista, jefa? Aquí viene la bomba...

Madre mía, tienes todo el derecho del mundo a presumir ahora...

—Kelsey y Richard estuvieron saliendo y lo dejaron antes de que empezara el acoso...

Gardner miró a Riddick con los ojos como platos. A pesar de no haber oído la conversación, él sonrió.

Su entusiasmo era contagioso.

43

Los padres de Richard Hill abrieron la puerta. Gardner y Riddick les enseñaron sus placas.

—Por fin… —resopló David Hill—. Pensábamos que nadie nos hacía caso.

Joanne Hill, sonrojada y nerviosa, parecía como si hubiera estado corriendo en la cinta sin parar. —He perdido la cuenta de las llamadas que he hecho.

Una vez instalados todos en un salón espectacularmente vacío de muebles, aunque muy ordenado, Gardner se sinceró. —Su hijo tiene dieciocho años. Sus preocupaciones se anotaron en comisaría, pero no es menor de edad y no lleva desaparecido un tiempo especialmente prolongado…

—Pero *algo* no va bien —dijo Joanne.

Gardner asintió. *«Por eso estoy en su salón…», pensó.*

David agitó un dedo en el aire. —Nuestro hijo no pasa un día, perdón, rectifico, ni una hora, sin que sepamos dónde está.

—Así que, como ve —continuó Joanne—, ha desaparecido. No cabe ninguna duda.

—Los estamos escuchando y haremos todo lo que esté en nuestra mano —dijo Riddick.

Gardner asintió, de acuerdo con Riddick, y pensó: *«¿Desde cuándo eres tú el sensible?».*

—¿Cuándo fue la última vez que vieron a Richard? —preguntó Gardner, abriendo su cuaderno y volviéndose hacia los padres.

—Ya hemos pasado por esto —dijo Joanne.

—¡En las innumerables llamadas! —exclamó David.

—Lo comprendo —dijo Gardner con un gesto tranquilizador—. Pero sigue siendo mejor si la información se da cara a cara.

—Fue ayer a las seis… después de cenar. Cogió el balón de fútbol y se fue al parque —dijo David.

—¿Solo? —preguntó Riddick.

—No estoy seguro. Simplemente se fue. A veces queda allí con amigos, pero no conocemos a muchos de ellos. Es un chico reservado, nuestro hijo. Nunca trae a nadie a casa.

—Ya veo —dijo Gardner—. ¿A qué parque?

—Al del centro cívico de Stockwell —dijo Joanne.

—De acuerdo, ¿cuándo se dieron cuenta de que había un problema? —preguntó Gardner.

—Cuando se puso el sol. Eran casi las diez y seguía sin haber ni rastro de él. Para las once, nos estábamos volviendo locos.

—¿Y empezaron a llamar a la policía? —preguntó Riddick.

—Sí, por supuesto —dijo David—. Como he dicho antes, esto no es nada propio de él. Y ahora, aquí estamos, a media tarde del día siguiente y no hemos sabido nada.

Joanne se echó a llorar.

—Ninguno de los dos hemos podido ir a trabajar —dijo David—. No con esta preocupación.

—¿Era su hijo amigo de Bradley Taylor y Dan Lotus? —preguntó Gardner.

David palideció de repente. —¡Los chicos muertos! *No*, por supuesto que no.

Joanne negó con la cabeza, de pronto aterrorizada. —Por favor… eso no… no…

Gardner levantó las manos. —No hay nada que sugiera que él haya…

—¿Aparte del hecho de que ha desaparecido y de que ahora están ustedes aquí hablando de chicos asesinados que iban a su

mismo curso? —dijo David. Parecía enfadado. Se acercó a su mujer y le pasó un brazo por los hombros.

—¿Podría tener esto algo que ver con ese asesino del viaducto? —preguntó Joanne con voz temblorosa.

—Insisto, no hemos establecido ninguna conexión de ese tipo —dijo Gardner.

—¿Fue Richard *amigo alguna vez* de esos dos chicos, que ustedes sepan? —preguntó Riddick.

—¡En absoluto! —dijo David—. Esos dos muchachos eran unos delincuentes, ¡todo el mundo lo sabe! No me creo esa historia del asesino en serie y las tonterías del viaducto. Se juntaban con malas compañías, y cuando te juntas con malas compañías, te pasan cosas malas.

Gardner tomó una nota. —¿Qué saben de la relación de su hijo con Kelsey Winters?

Levantó la vista a tiempo de ver a David y Joanne intercambiar una mirada.

—¿Sabían que estaban juntos? —preguntó Gardner.

—Fue algo breve —dijo Joanne—. Estuvieron juntos un mes, si acaso.

—Insisto, ¿qué tiene que ver esto con nada? —siseó David.

—¿Saben cómo era la relación de Richard y Kelsey? —preguntó Gardner.

—*¡Breve!* ¿Qué más se puede decir?

—Señor Hill, sé que está frustrado, pero todos queremos lo mismo: encontrar a su hijo —dijo Riddick.

—¿Qué tiene que ver una chica que se suicidó hace dos años con mi hijo? —dijo Joanne.

Gardner y Riddick intercambiaron una mirada; tendrían que tener mucho cuidado con lo que revelaban.

—Siento tener que decirles esto —dijo Riddick—, pero parece que su hijo estuvo implicado en el acoso que llevó a Kelsey a quitarse la vida.

Gardner suspiró para sus adentros. *¡Menuda paciencia!*

—Tonterías —dijo David, retirando el brazo del hombro de su mujer e inclinándose hacia delante—. Es un chico excelente.

—Me temo que hay pruebas de que su hijo hizo algunos comentarios sobre unas imágenes inapropiadas en Facebook relativas a Kelsey justo antes de su suicidio. —Gardner hizo una pausa para respirar hondo—. Imágenes publicadas por Bradley y Dan.

Silencio sepulcral.

Joanne negaba con la cabeza; el rostro de David enrojecía.

—Pero —dijo Gardner—, muchos de sus compañeros hicieron comentarios. *Muchísimos.* Su hijo fue uno de tantos. Así que puede que esto no signifique nada.

—¿Ese asesino tiene a mi hijo? —preguntó Joanne, con los ojos llenos de lágrimas.

—Como no me canso de repetir, no hay nada que apunte a eso —dijo Gardner—. Pero lo único que sí sé es que Richard tenía una conexión con Kelsey que los demás no tenían, y es que salió con ella.

—De verdad —dijo Joanne, con el rostro bañado en lágrimas—. Aquella relación no fue nada serio... Nunca podría haber durado. Terminó por una buena razón.

—¿Y cuál era? —preguntó Riddick.

Los padres se miraron. David pareció sonrojarse todavía más. —Porque Richard es gay —dijo Joanne.

Gardner tomó nota, preguntándose cómo habría reaccionado Kelsey a aquello. ¿Con resentimiento, quizá? ¿Incitando a su vez a Richard a responder acosándola? Volvió a alzar la vista hacia Joanne.

—Se sintió fatal en su momento por romper con ella. Me dijo que creía que era gay y me preguntó qué debía hacer. Yo le dije que hiciera lo correcto. Fue todo un caballero.

Gardner reprimió una carcajada. *¡Todo un caballero! ¡Si también él participaba en el acoso!*

David se había quedado muy callado y miraba al suelo. ¿Acaso al padre de Richard le había molestado todo aquello?

—¿Y a usted qué le pareció esto, señor Hill?

Él fulminó a Gardner con la mirada. —Bien. Estamos en el siglo XXI. ¿Por qué lo pregunta?

Está claro que es un tema sensible.

—Solo intento recabar toda la información que pueda —dijo Gardner.

—Su sexualidad me parecía perfectamente bien —continuó David —. Lo que me preocupaba era su elección de pareja.

—Le gustaban los granujas —dijo Joanne.

Granujas. Gardner hacía muchísimo tiempo que no oía esa palabra.

—¡Me dijo que el chico ese que murió, Bradley, le parecía atractivo! —dijo Joanne.

—Entonces, ¿*conocía* a Bradley? —preguntó Riddick.

David abrió los ojos como platos. —¡Conocerlo, sí! ¡Usted me preguntó si eran amigos, y desde luego que no lo eran!

—¿Cómo reaccionó cuando se enteró de los sentimientos de Richard por Bradley, señor Hill? —preguntó Gardner.

David negó con la cabeza. —¡Le dije que sentir algo por gente como esa era un billete de ida al desastre!

Joanne dijo: —Richard se empecinó en que a Bradley no lo entendían y que en realidad tenía un lado sensible.

—Entonces, ¿*eran* amigos? —preguntó Riddick.

David frunció el ceño, se cruzó de brazos y se echó hacia atrás.

Gardner miró de reojo a Riddick. *¡Quieto, chico!*

—Por lo que usted sabe, ¿llegó a pasar algo entre Bradley y su hijo? —le preguntó Gardner a Joanne.

—No. Me lo habría contado. Además, mi hijo era tímido, ¡jamás le iba a confesar su sexualidad a un chico peligroso como Bradley!

¿Sería por eso que Richard participó en el acoso?, pensó Gardner. *¿Intentaba impresionar a Bradley?*

Gardner arrancó una página del final de su cuaderno y se la entregó a Joanne. —¿Puede escribirme los nombres completos de todos los amigos de Richard, por favor?

—Claro, pero no son muchos, y ya hemos llamado a todos.

—No se pierde nada por volver a comprobarlo —dijo Riddick.

—Además, Joanne, ¿podría dibujarnos un mapa de la ruta que habría seguido su hijo hasta el campo de fútbol? —dijo Gardner.

Porque tenemos que encontrar a Richard, de verdad que sí.

44

De vuelta en el coche, Gardner contactó primero con O'Brien. —Lucy, voy a darle una lista de nombres. Quiero que contacte con todos ellos y averigüe cuándo vieron por última vez a Richard Hill…

Después de O'Brien, llamó a Rice. Rice había demostrado su valía al llevarlos hasta este punto. Encajaría bien para lo que venía a continuación. —¿Phil?

—Jefa, ¿qué han dicho los padres?

Ella se lo explicó. —Así que Richard es una víctima potencial. —Le dio los detalles de la ruta hacia el parque—. Salió de su casa a las seis. Se le esperaba de vuelta sobre las nueve. Tiene usted un margen de tres horas.

—Me pongo a ello.

Salió de su coche, se acercó al de Riddick y dio un golpecito en la ventanilla. Él la bajó. —Voy a hacer la ruta hacia el parque...

Su teléfono volvió a sonar. Era Barnett.

—Ray.

—Jefa, por fin he tenido noticias de la empresa de Tom Winters. *No está allí.*

—¿Cómo dice?

—Lo dejó hace más de un mes. Llamó a Recursos Humanos y les dijo que había terminado y que no iba a volver a la plataforma. No han sabido nada de él desde entonces.

—Joder.

—También lo he comprobado con el Ministerio del Interior. Está en el país. Voló a Leeds desde su trabajo hace más de dos meses y no ha cogido otro vuelo para salir.

Tom Winters: el padre destrozado.

—Tenemos que encontrarlo ya. Si está matando a estos chicos, podría tener a Richard.

—Ya estoy en ello. Se ha emitido un aviso de búsqueda. Pasé por su bungaló el otro día en Harrogate; supuse que estaba fuera, pero ¿y si estaba dentro?

—Precisamente por eso voy a conseguir una orden para entrar. Tom Winters es ahora una persona de especial interés. —Dijo esto a propósito, para que Riddick captara la revelación.

Riddick asintió, como si de repente todo cobrara sentido.

—Voy de camino al bungaló ahora con el inspector Riddick. Mándeme la dirección por mensaje.

—Hecho, jefa.

Gardner sintió un escalofrío en la base de la columna al terminar la llamada con Barnett. ¿Había estado el asesino tan a la vista todo este tiempo? ¿Creer que Tom Winters había estado fuera del país había retrasado la resolución del caso?

Se llevó una mano a la boca. ¿Podrían haber evitado la muerte de Dan si hubieran sido más exhaustivos con esta pista?

—¿Jefa? —dijo Riddick—. ¿Estás bien?

—Cambio de planes. —Le contó a Riddick lo que había averiguado—. De camino, contactaré con Marsh para que nos tramite esa orden.

—No será tan rápido.

—No, no lo será, pero como sospeche que hay alguien en ese bungaló cuando llegue, vamos a entrar. Tenemos motivos para creer que la vida de alguien corre peligro.

Alzó la vista. Enmarcada por un cielo negro, Joanne Hill los estaba mirando por la ventana.

Gardner y Riddick estaban de pie frente al bungaló de Tom Winters. Marsh ya les había dicho que la orden llegaría, pero que, con suerte, sería a última hora de la tarde.

Si Richard seguía vivo, ¿le quedaba hasta última hora de la tarde?

Gardner examinó la propiedad, desde su buhardilla hasta su tejado a dos aguas.

La respuesta a todo podía estar entre aquellas paredes, pero si entraba sin una orden, la Fiscalía pondría el grito en el cielo y el abogado de Tom Winters se pondría las botas.

Probaron la puerta principal, con la misma falta de éxito que Barnett el día anterior.

Riddick merodeó por el jardín delantero de un seto alto al otro, mirando hacia los bungalós adyacentes, y luego regresó junto a Gardner. —Probemos con los vecinos… a ver si nos enteramos de las idas y venidas.

—Sí…, un momento —dijo Gardner, mirando por la ventana delantera—. Ven aquí, Paul. ¿Ves eso?

Riddick se asomó al salón. —¿Ver el qué?

—La puerta de la cocina abierta, detrás del sofá, ¿la ves?

Riddick entrecerró los ojos. —Sí… ¿Cristales rotos?

—¿Te parece que ha habido un forcejeo?

—Bueno, es posible…, lo más probable es que a alguien se le haya caído un vaso…

—¿Y no lo ha barrido? Creo que merece una investigación más a fondo.

Riddick asintió. —De acuerdo, jefa.

Pasaron por la cancela lateral y bajaron por un sendero de piedra. El jardín trasero era diminuto y tenía muy poco que ofrecer en cuanto a decoración floral.

Gardner fue directa a la ventana de la cocina, y el corazón casi se le salió del pecho. —¡Joder! *¡Paul!*

Paul se reunió con ella y miró por la ventana. —Cristo bendito.

Había un hombre acurrucado junto a la puerta abierta de la cocina. Estaba inmóvil y de cara a la pared del fondo de la cocina en lugar de a la puerta, por lo que Gardner no tenía ni idea de quién

era, ni de si estaba vivo. También había un pequeño charco de sangre alrededor de la mitad superior de la víctima.

—Llama a una ambulancia —dijo Riddick, mirando por el suelo. Unas rocas ornamentales bordeaban la pequeña parcela de césped que componía el jardín y ella observó a Riddick abalanzarse sobre la roca más grande que pudo encontrar.

Gardner llamó a una ambulancia y dio los detalles mientras Riddick reventaba el cristal del centro de la puerta trasera. Metió el brazo. —¡La llave está en la cerradura! —proclamó con entusiasmo.

Lo vio tantear a través de los cristales rotos. —¡Cuidado! —le gritó, tapando el micrófono de su teléfono para no dejar sordo a su interlocutor.

Riddick entró por la puerta, se arrodilló y le puso un dedo en el cuello al hombre, mientras ella confirmaba que los servicios de emergencia estaban en camino.

Colgó y echó a correr hacia donde Riddick estaba arrodillado. —¡La ambulancia está de camino!

Riddick la miró. —Demasiado tarde. Está helado.

El ojo izquierdo de Tom Winters permanecía abierto, pero el derecho lo tenía pegado por la sangre. La frente y la mejilla de ese lado de la cara también presentaban graves daños, y tenía la mandíbula claramente desencajada.

Gardner estaba de pie junto a Riddick. Ambos miraban el cuerpo mientras el doctor Hugo Sands lo inspeccionaba, conteniendo las preguntas mientras él formulaba sus conclusiones preliminares.

Gardner observó la cocina mientras los oficiales de la escena del crimen trabajaban. Aparte del cristal roto que había despertado sus sospechas en un principio, había muy pocas señales de forcejeo. Quienquiera que hubiese matado a Tom lo había hecho rápidamente y sin previo aviso. Lo más probable era que Tom conociera al asesino y lo hubiera dejado entrar en su bungaló; aunque, en este

momento, no se podía descartar la posibilidad de que un intruso lo hubiera estado esperando para tenderle una emboscada.

Sands se incorporó, suspiró y observó el cadáver un instante más antes de mirar a Gardner. —La víctima es un varón de entre cuarenta y cuarenta y cinco años…

—Sí. Ya lo sabemos. Es Tom Winters —dijo Riddick—. Hasta con media cara hundida puedo verlo. Mire las fotografías de su salón.

Sands le lanzó una mirada larga e inquisitiva a Riddick.

—Deje que hable el doctor Sands, Paul —dijo Gardner.

—Sospecho que la causa de la muerte es el traumatismo en la frente, pero la confirmación llegará cuando esté en mi mesa de autopsias.

—¿Hora de la muerte?

—Calculo que un par de días, pero, de nuevo, hay pruebas que puedo hacer en el hospital para confirmarlo y acotar la hora.

—¿Lo golpearon de frente? —preguntó Gardner—. Eso parece.

—Correcto —dijo Sands—. Lo habría visto venir.

—¿Por qué no opuso más resistencia? —dijo Riddick.

Sands miró el cristal roto. —De nuevo, esto es solo una teoría. Sospecho que se estaba tomando una copa con su asesino. El asesino lo sorprendió con el primer golpe empleando algún tipo de objeto contundente. A la víctima se le cayó el vaso y luego se desplomó. Entonces, cuando cayó al suelo, el agresor se aseguró de que no se levantara. —Sands señaló la mesa de la cocina, donde un oficial de la escena del crimen estaba buscando huellas en un vaso —. ¿La copa del asesino?

Gardner le preguntó al oficial de la escena del crimen: —¿Huellas dactilares?

El oficial asintió. —Sí, inspectora.

—Genial. —Intentó no entusiasmarse demasiado. En el pasado, había participado en una investigación en la que una víctima había compartido una copa con su asesino. Las huellas de la víctima estaban en el vaso porque había servido la bebida; el asesino, sin embargo, había llevado guantes.

Gardner miró a Riddick. Tenía la mirada perdida. No era la primera vez que se lo notaba. A veces, parecía alerta; otras, como

ahora, parecía estar en su propio mundo. Lo más probable era que se debiera al duelo, pero la posibilidad del abuso de sustancias le nubló de repente el juicio.

—Quédese aquí y ayude, Paul. Voy a hacer unas llamadas.

—Sí, jefa.

Fuera, Gardner alzó la vista hacia el cielo amoratado. Le sorprendió el tiempo que estaba aguantando.

A Tom Winters lo tenían por el culpable ideal. Todas las víctimas estaban relacionadas con el acoso a su difunta hija, la oportunidad debido a su presencia en el país había existido, las letras en la espalda de las víctimas, que podrían deletrear el nombre de ella…

Y, sin embargo, no había sido Tom Winters.

No podía haber sido él porque llevaba dos días muerto.

Entonces, si no era Tom Winters, ¿eso los devolvía a la hipótesis de Neil?

Suspiró.

Pensando de nuevo en la mirada perdida, se dirigió directamente al coche de Riddick. Miró por encima del hombro y comprobó que nadie la observaba. Impulsada por una repentina oleada de adrenalina, probó la puerta del coche. La había dejado abierta.

Rápidamente, antes de que alguien del equipo de la Científica, o peor aún, el propio Riddick, la viera, se deslizó por los asientos y abrió la guantera.

Sacó la botella de Sprite.

Quedaba como un tercio.

Desenroscó el tapón y la olió.

—Mierda.

Un grueso goterón de lluvia impactó contra el parabrisas.

Como no quería enfrentarse a Riddick por esto todavía, Gardner se limitó a informarle de que iba a notificar a Hannah Winters la muerte de Tom.

—¿Sospecha de ella ahora? —dijo Riddick. Parecía nervioso—. Ya ha pasado por bastante, ¿sabe?

Ahí está de nuevo esa faceta sensible oculta haciendo una de sus raras apariciones.

—Ahora mismo, con Richard desaparecido, sospecho de todo el mundo. Es lo mejor. No podemos permitirnos pasar nada por alto.

—Déjeme ir con usted… Estoy preparado para verla de nuevo.

¡Preparado! No estás preparado para nada, Paul. ¡Lo que estás es borracho!

—No, quiero que se quede aquí. Uno de nosotros tiene que coordinarse con Marsh. También necesito asegurarme de que el equipo de la Científica aumente. Necesitamos que registren esta casa de arriba abajo. Incluso si eso significa quitar a los oficiales de la escena del crimen de la casa de Neil. Hay algo aquí en el bungaló de Tom, lo sé.

Gardner condujo rápidamente hasta la residencia de los Winters. Las gotas de lluvia eran cada vez más grandes y pesadas, pero aún esporádicas. Se avecinaba un diluvio en el horizonte. Sonó su móvil. Era Rice. Respondió por el manos libres.

—Adelante, Phil.

—Jefa. Tenemos imágenes de fuera del colegio de primaria, cerca del centro cívico. A las seis y cuarto, Richard se reunió con otro chico. No se dirigieron al parque. No hemos podido determinar adónde fueron después, pero sí hemos identificado al otro chico. Se llama Andrew Langsdale. Es dos años menor que Richard y todavía va al colegio.

—¿Dirección?

Rice le dio la dirección. —Y puede que quiera andarse con cuidado con este, jefa. Está en un centro de acogida.

—Siempre me ando con cuidado —dijo Gardner—. Una vez más, buen trabajo, Phil.

—Gracias, jefa. Y…

—¿Diga?

—En realidad, no importa.

—¡No, en serio, adelante, Phil!

—Siento ser un capullo que siempre dice lo que piensa.

Gardner sonrió. *Parece que me equivoqué contigo, y Marsh tenía razón.*

—A veces, lo mejor es decir lo que se piensa. —*Y siento haber pensado que eras el topo.*

—Gracias, jefa.

—Solo a veces, ¿eh?

—Recibido alto y claro.

Tras colgarle a Rice, contactó con Barnett. —Necesito que le dé la noticia a Hannah Winters sobre Tom.

—De acuerdo, jefa.

—Insista en sus movimientos durante los últimos dos días. Nos estamos quedando sin gente con un móvil y no tenemos ni idea de dónde está Neil. Si le da la más mínima mala espina, llámeme de inmediato.

—A la orden, jefa.

Gardner colgó.

La situación parecía desesperada. Los cadáveres se acumulaban y ellos parecían ir saltando de un sospechoso a otro sin sacar nada en claro.

Metió la mano en el bolsillo para coger sus Tic Tac.

GARDNER, que esperaba que Andrew Langsdale estuviera en el instituto, se quedó desconcertada cuando un joven le abrió la puerta.

Le enseñó su placa. —¿Andrew Langsdale?

—Sí... Andy, por favor. —Se echó el pelo lacio detrás de una oreja.

—Soy la inspectora jefa Emma Gardner, ¿está alguno de sus tutores en casa?

—No —dijo—. Están los dos en el trabajo.

Ella suspiró para sus adentros. Tenía que andarse con cuidado.

No podía interrogar a un menor sin un adulto o un abogado presente. —Qué lástima, de verdad que necesito hablar con ellos.

¿No ha ido hoy al instituto?

—Estoy mal del estómago.

Gardner asintió. —Sé lo que es eso. Tengo una hija pequeña; siempre está trayendo a casa virus estomacales.

Andy asintió.

—¿Puede darme el número de uno de sus tutores para ahorrarme tiempo?

—Claro —dijo Andy, sacando el móvil del bolsillo—. Por cierto, ¿de qué se trata?

—Solo necesito hablar con ellos. No están metidos en ningún lío ni nada.

Andy le tendió el móvil para que Gardner pudiera ver el número de Helen Tibbot. Ella lo apuntó en su libreta.

Levantó la vista hacia Andy; tenía la cara pálida, un poco de acné y aspecto atlético.

—¿Es por el Asesino del Viaducto? —preguntó Andy.

Gardner se guardó la libreta en el bolsillo. —¿Por qué lo pregunta?

—Porque aquí no se habla de otra cosa, y ahora la policía se presenta en mi puerta.

—Podría estar en su puerta por un millón de razones, Andy, no se preocupe. ¿Usted qué opina sobre... —Gardner hizo comillas con los dedos— ...el Asesino del Viaducto?

—Bueno, mi novio cree que es todo mentira.

Gay también, entonces. ¿Podría ser Richard este novio?

Gardner asintió.

—Cree que son chavales de bandas distintas que se están liquidando entre ellos.

Gardner asintió.

—¿Es eso cierto? —preguntó Andy.

Gardner se encogió de hombros. —No puedo hacer ningún comentario al respecto. *Y llevo demasiado tiempo hablando a solas con un menor.* —Mire, solo voy a hacer una llamada. Ha sido un placer hablar con usted, Andy.

Andy la observó un minuto con cara de confusión y luego cerró la puerta.

45

Tras terminarse el vodka, Riddick interceptó a Barnett frente a la casa de los Winters. Se secó un par de gruesas gotas de lluvia de la frente.

—Cambio de planes, Ray —dijo Riddick—. Voy a hablar con Hannah.

Barnett lo miró con recelo. —La jefa acaba de ponerse en contacto conmigo, señor.

—Y conmigo también. Ha sido muy clara: me ha pedido que lo haga yo.

Barnett asintió. —¿Supongo que podríamos hacerlo juntos entonces?

—Quiere a todo el mundo disponible para la búsqueda de Richard y Neil. ¿Podría volver al Cuartel General?

Barnett frunció el ceño.

—En eso también ha sido muy clara —dijo Riddick—. ¿Algún problema, Ray?

—No, señor.

—Buen chico.

Esperó a que Barnett se marchara en el coche para bajar por el camino de entrada de la casa de Hannah. Apoyó el dedo en el timbre, pero no lo pulsó. El alcohol le había dado el valor suficiente para llegar hasta allí, pero no para lanzarse. Respiró hondo.

Contrólate, Paul. Esto es algo que puedes devolverle.

Pulsó el timbre.

Hannah abrió la puerta. Se quedó boquiabierta. Giró la cabeza lentamente de un lado a otro. Riddick no estaba seguro de si era una expresión de incredulidad o una negativa rotunda a aceptar su presencia.

—¿Qué quiere *usted*? —preguntó Hannah.

Riddick bajó la mirada al suelo un instante, respiró hondo de nuevo, levantó la vista y dijo: —Lo siento… Siento lo que le hice pasar.

Hizo una pausa, dejando que el peso de sus palabras calara.

Tardó mucho tiempo.

Finalmente, ella dijo: —Gracias… Se lo agradezco.

Riddick vio que ella tenía los ojos llorosos, antes de darse cuenta de que él también. Se secó las lágrimas.

—Sentí mucho lo que le pasó a usted —dijo Hannah.

Riddick asintió. —Gracias. También necesito hablar con usted de algo. No son buenas noticias, me temo. Sentí que se lo debía, dárselas yo mismo.

—¿De qué se trata exactamente?

—¿Puedo pasar primero? Es mejor si lo hago.

46

Después de que Gardner le explicara la gravedad de la situación, la cuidadora de Andy, Helen Tibbot, accedió a volver a casa para que Gardner pudiera interrogar a Andy en su presencia. —¿Le parece bien en cuarenta minutos?

—Me parece bien.

—Andy no le habría hecho daño a Richard... Lo *adora*.

Vamos a ver, ¿por qué no le preocupa entonces que su novio lleve desaparecido veinticuatro horas? O sea, seguro que lo sabe. Los padres de Richard tienen a todo Knaresborough en alerta...

Miró su reloj, calculó el tiempo que tenía hasta que tuviera que volver para reunirse con Helen y Andy y fue a tomar un café. Por el camino, se puso en contacto con Rice y le pidió un informe detallado sobre los antecedentes de Andy. *Para empezar, ¿por qué estaba tutelado por los servicios sociales?*

Mientras se tomaba en un Nero un café de esos que resucitan a un muerto, le sonó el teléfono.

¿Barry?

Nunca la llamaba durante el día. De hecho, ¡casi nunca la llamaba, y punto!

—Joder, Em, ¿por qué no me dijiste al menos que estaba en la calle?

Gardner se levantó, haciendo que la mesa se tambaleara y derramando el café. —¿Qué ha pasado?

Todas las miradas de la cafetería se clavaron en ella. Se dio cuenta de que estaba hablando muy alto. Se dirigió a la salida.

—Ha sido tu hermano.

Ya estaba en la plaza del pueblo, boqueando. —¿Dónde estás?

—En casa. A salvo, no te preocupes. Pero ha venido aquí...

Dios mío... No...

Se dio cuenta de que estaba hiperventilando, así que se apoyó en un banco para estabilizarse y respiró hondo. —¿Qué ha pasado?

—No gran cosa. Ha llamado a la puerta, ha preguntado por ti y, cuando le he dicho que estabas trabajando fuera, se ha dado la vuelta.

—Vale... bien. ¿Quizá haya captado el mensaje?

—Oh, ha captado el mensaje, sí, pero no le ha hecho ninguna gracia.

—¿Cómo lo sabes?

—Se ha quedado al otro lado de la calle mirando la casa durante casi diez minutos. Desde la ventana no le veía la cara, pero no estaba sonriendo. A lo mejor estaba esperando a ver si aparecías.

Una oleada de náuseas la invadió y tardó unos instantes en responder. —Quiere intimidarnos.

—¡Pues lo está consiguiendo!

Gardner se apartó del banco. Sintió una descarga de adrenalina y se dio cuenta de que su terror estaba siendo reemplazado por la ira. —Escucha, Barry, no te lo dije porque no quería creer que fuera un problema. No fue hasta anoche, cuando me llamó, que me di cuenta de que había algo más. Quiere verme. ¿Por qué? No lo sé. Y, francamente, no me importa.

—Tienes que hacer algo con esto, Em. Ese hombre es peligroso. No lo quiero cerca de ninguno de nosotros. Ana se ha dado cuenta de que estaba asustado. Esto no puede volver a pasar.

—No pasará. Voy a llamar a Mike. Y si él no puede ayudar, vuelvo a casa.

Colgó, sintiéndose de repente más sola que nunca.

47

Hannah Winters encajó bien la noticia sobre su marido. —¿Sufrió?

—Creo que no.

—¿Tendré que identificarlo?

—No será necesario —dijo Riddick. Había visto el estado en que se encontraba Tom. No era algo a lo que Hannah debiera someterse. Bastaría con el registro dental.

—Tenía sus defectos —dijo ella, con la mirada perdida en la distancia—, pero era un buen padre. Un padre muy bueno. Adoraba a Kelsey. Sentía verdadera adoración por ella. Y después no encontró la paz.

Riddick le concedió un momento para reflexionar. Al final, ella preguntó:

—¿Ha encontrado usted la paz, inspector Riddick?

—Paul, por favor —dijo él, conteniendo las lágrimas de nuevo—. Y no…, todavía no he encontrado la paz.

—La encontrará —dijo Hannah—. Tiene que hacerlo. Un día se dará cuenta de que encontrar la paz es la mejor forma de honrar a los que ha perdido. Sin ella, nunca podrá disfrutar de sus recuerdos. Así que necesita la paz para poder reencontrarse de verdad con ellos.

Riddick bajó la mirada hacia la mesa. Hannah sonaba como si estuviera recitando un libro de autoayuda, pero él reconoció la verdad en sus palabras. Asintió para indicarle que la estaba

escuchando y luego se dispuso a cambiar de tema. —Tenemos que descartarla de nuestras pesquisas, Hannah. Es un mero trámite. Necesito tomar nota de todos sus movimientos y de su paradero durante los dos últimos días.

—Por supuesto —dijo Hannah, sonriendo—. Lo que usted quiera. No tengo nada que ocultar.

Riddick tomó notas mientras Hannah le daba los detalles. —¿Autorizaría a que le tomemos muestras de ADN y las huellas dactilares?

—Por supuesto.

—Gracias —dijo Riddick—. Me encargaré de organizarlo. ¿Sabe de alguien a quien Tom no le cayera bien, alguien que pudiera hacerle daño?

—No. La verdad es que no —dijo Hannah—. Era un hombre que caía bien, de verdad. Incluso después de distanciarnos, seguíamos teniendo una buena relación. De hecho, era mejor. Ya casi nunca discutíamos.

—¿Sabía que no había vuelto a su trabajo?

Hannah negó con la cabeza. —De haberlo sabido, lo habría dicho cuando estuvo aquí el sargento detective Barnett.

—¿Hay algo que se le ocurra? Le tiene que parecer extraño que las dos víctimas, Bradley y Dan, fueran los acosadores de Kelsey. —Se abstuvo de contarle lo de las letras grabadas en sus espaldas.

—¿O una dolorosa coincidencia? Esos chicos siempre andaban metidos en líos; esto podría haber pasado por muchas razones.

—¿Le dijo usted al sargento detective Barnett que Bradley vino a disculparse?

—Sí. Era un alma sensible. Con mucho dolor. Lo perdoné, igual que lo perdoné a usted. El perdón tiene mucho de bueno. Le da a uno esa paz de la que le hablaba antes.

Riddick asintió. —¿Conoció a Richard Hill?

—No —dijo Hannah—. A Kelsey le gustaba tener sus secretos. Richard era uno de ellos. Rompió con ella porque, según él, era gay, y luego se unió al acoso en la red. ¿Quién sabe? Quizá un día decida disculparse también.

—Disculpe, Hannah, ¿cómo sabía lo de Richard si Kelsey lo mantenía en secreto?

—Ah. —Hannah desvió la mirada—. ¡Pillada! Lo leí en su diario. ¿Sabe? Durante meses después de leerlo, me sentí culpable. Terriblemente culpable. Como si ella fuera a volver a entrar por la puerta. Obviamente, ahora me doy cuenta de lo irracional que era. Inspector, ¿se encuentra bien?

No, no se encontraba bien.

Riddick ya se había puesto en pie y caminaba de un lado a otro. Era eso o gritar a pleno pulmón. —¿Un diario? ¡Tenía un diario!

—Sí.

—¿Por qué no sabíamos esto antes? Sin duda, era relevante.

—Lo descubrimos meses después de la investigación. Escondido detrás de su armario. Después de todo lo que pasó, no teníamos ganas de removerlo todo otra vez.

Todo lo que pasó...

Oh, Dios, ¿iba a resultar que todo esto era culpa suya… otra vez?

Si en ese diario había algo que pudiera haber evitado estos asesinatos, ¿sería capaz de vivir con ello? Riddick tragó saliva. —¿Dónde está?

—Arriba.

—¿Me permite echarle un vistazo, por favor?

Hannah pareció dudar. Miró hacia la chimenea, donde había una foto de Kelsey. No tendría más de once o doce años. Se la veía elegante con su uniforme escolar y su sonrisa resplandecía.

—Por favor, Hannah —dijo Riddick—. Estamos convencidos de que estos asesinatos están conectados de alguna manera.

Hannah asintió como si hubiera oído hablar a su hija; a Riddick no le pareció que esta posibilidad fuera demasiado descabellada, dadas sus propias experiencias.

—Si ayuda a poner fin a lo que sea que esté pasando en Knaresborough, entonces Kelsey y yo estaremos más que encantadas.

48

Tras terminar su llamada a su buen amigo, el Inspector Jefe Michael Yorke, en Salisbury, Gardner decidió no entrar a tomarse el café.

Ya tenía la cabeza bastante hecha un lío como para encima alterarla más con cafeína.

—No te preocupes, Emma. Tú termina tu caso. De esto me encargo yo —habían sido las últimas palabras de Yorke, y habían sonado sinceras.

Se aferró a ellas. Yorke siempre tenía un modo de prometer seguridad y protección incluso en las circunstancias más difíciles. Y siempre cumplía sus promesas.

Siempre.

Respiró hondo y se enderezó. Todo saldría bien. Su hermano no era más que un fanfarrón. Yorke le pondría en su sitio.

Veamos, ¿dónde me había quedado en este lío de la Operación Edén?

Miró la estatua de Blind Jack con su rueda de agrimensor.

Ahora mismo, me siento tan ciego como tú, viejo. Ciego como un maldito topo.

Miró la hora en su reloj. Tenía que irse a hablar con Andy Langsdale en presencia de su cuidadora, Helen Tibbot.

Le sonó el teléfono. Era Rice.

—¿Phil?

—Jefa…, Andy Langsdale es el *hijo biológico* de Tom Winters.

A Gardner le entró un temblor de nuevo. Desde luego, Rice tenía un talento especial para soltar revelaciones que lo cambiaban todo. —Joder.

—Sí. Andy Langsdale nació dos años después que Kelsey; su madre era una tal Ruth Langsdale, de Starbeck. Hizo constar a Tom Winters como padre en el certificado de nacimiento.

—Si esto es verdad…, si Tom es el padre…, engañó a Hannah. ¿Lo sabía ella? No ha dicho nada. La madre de Andy, Ruth, ¿dónde está ahora?

—Murió de leucemia cuando Andy tenía ocho años. Ninguno de sus parientes vivos quiso acogerlo —y supongo que eso incluye a Tom Winters—, así que pasó a estar bajo la tutela del Estado.

Gardner sentía cómo todo empezaba a encajar en su cabeza. Caminaba de un lado a otro, con los ojos muy abiertos por la incredulidad. —¿Sabe Andy quién es su padre?

—No lo sé. Pero sí puedo decirle que fue pasando por varios hogares de acogida antes de acabar con los Tibbot. Lleva con ellos cinco años. Un buen chico, según dicen. No se mete en líos.

Gardner miró a través de la ventana de la cafetería. Ahora se preguntaba si el café habría sido una buena idea. De repente, su cerebro parecía un pantano. Necesitaba concentrarse.

—Andy tiene un padre que lo rechazó… un padre que ahora está muerto —hizo una pausa—. Tiene una hermanastra a la que acosaban. Una hermanastra que ahora está muerta. Y a esto súmale los acosadores muertos…

—Desde luego, hay un patrón —dijo Rice.

—Voy para su casa ahora mismo; envíame refuerzos allí. —Sintió su corazón desbocado en el pecho—. Esta es la buena. —Después de que Rice le prometiera los refuerzos, colgó y se dirigió a su coche, disfrutando de un optimismo que hacía tiempo que no sentía.

49

—¿Quién es esa «A» a la que Kelsey se refiere sin parar? —le preguntó Riddick mientras señalaba la letra y le daba la vuelta al diario para que Hannah pudiera verlo.

Hannah miró. —La verdad es que no tengo ni idea. Recuerdo haberlo leído en su momento y haber reaccionado igual que tú.

Riddick negó con la cabeza; algo no cuadraba. —¿Kelsey pasaba tiempo con alguien a quien solo llamaba «A»? ¿No te pareció reservado y extraño? ¿Por qué no nos lo dijiste?

Ella lo fulminó con la mirada. —Ya te lo he dicho. Vuestra investigación estaba muerta y enterrada. Y, si no recuerdas mal, nunca pensamos que hubiera que seguir indagando…, todo fue cosa tuya.

Riddick se estremeció. *Tienes razón*. *Sin embargo, viendo esto, a lo mejor la tenía yo después de todo y solo estaba buscando en el lugar equivocado. Quizá debería haber seguido adelante, joder, y haber salvado tres vidas.* Siguió leyendo el diario.

Había muchas referencias a «A»:

Solo «A» parece entenderme...

La concentración en la cara de «A» cuando me escucha. Bueno, es agradable. Más que agradable, en realidad...

Después del mensaje de Richard, ni siquiera esperaba levantarme de la cama hoy. Pero, bueno, apareció «A». Tiene algo especial. Me encanta estar con él...

Evidentemente, nunca podrá pasar nada con «A», no estaría bien, pero me hace sentir más arropada, mejor de algún modo...

Riddick levantó la vista hacia Hannah. —Sospecho que Kelsey quería mantener la identidad de esta persona en secreto para cualquiera que echara un vistazo a su diario..., ¿tú, o Tom, quizá? ¿Se te ocurre alguien que pueda estar relacionado con Tom o contigo que se llame «A»?

Hannah se lo pensó un momento, pero luego negó con la cabeza. —Lo siento.

Riddick siguió leyendo.

Es un lugar donde podemos pasar tiempo juntos, un lugar donde podemos relajarnos de todos los cabrones que nos rodean...

Un momento, pensó Riddick. *¿Un lugar?* Hasta entonces, había estado leyendo por encima a la velocidad del rayo... Releyó.

Ripley... una vieja cabaña...

—¿Mencionó alguna vez que hubiera ido a Ripley? —preguntó Riddick.

—No.

Él la miró. —¿O sea, que no tenías ni idea de que iba a Ripley, a una especie de vieja cabaña, con alguien llamado «A»?

Hannah enarcó una ceja. —¿Me estás juzgando otra vez, Paul?

—No..., en absoluto. Solo quiero aclararlo. Hago lo que puedo por refrescarte la memoria.

Riddick pasó la página y vio la impresión de un mapa. *Bingo.* Hacía zoom en la zona que rodeaba Ripley y su castillo. Habían

dibujado una cruz en el mapa, en lo profundo del bosque, cerca de una finca en un antiguo molino que reconoció.

Se giró y le enseñó el mapa. —¿Esto tienes que haberlo visto?

—Siempre le gustó Ripley... o quizá eran los helados lo que le gustaba. Solíamos llevarla a menudo cuando era más pequeña.

Riddick se puso en pie. —¿Puedo tomar esto prestado, Hannah? Te lo devolveré.

Ella pareció dudar, pero luego volvió a mirar hacia la fotografía de su hija en la repisa de la chimenea y asintió. —Vale... ¿Puedo preguntar para qué?

—Bueno, porque la X marca el lugar, ¿no?

—¿Pero qué lugar?

—A estas alturas, Hannah, lo sé tan poco como tú.

50

Gardner llegó a casa de los Tibbot antes que los refuerzos, así que les dijo que no acudieran.

Andy Langsdale se había ido.

Helen Tibbot estaba alterada y pálida. —Se ha llevado el segundo coche. No ha hecho *nunca* nada parecido.

—¿Cuándo?

—No lo sé. He llegado hace cinco minutos. Las llaves y el coche no estaban.

—¿El modelo del coche y la matrícula, por favor, señora Tibbot?

—¿Qué ha hecho?

—Por favor, señora, puede que no tengamos tiempo.

—Un Toyota Yaris negro —dijo, y a continuación le dio el número de la matrícula.

Gardner comunicó los datos por teléfono y luego se volvió hacia Helen. —¿Tiene alguna idea de adónde ha podido ir?

Helen se lo pensó y luego negó con la cabeza. —Lo siento… Esta mañana estaba malo del estómago. Estaba pálido y de verdad que parecía indispuesto. Mire, Andy es un *buen* chico. De verdad que lo es. Sea lo que sea que crea usted que ha hecho, tiene que estar equivocada. No tiene ni un ápice de maldad.

Al darse cuenta de que no podía hacer nada hasta que averiguara el paradero de Andy o la alerta del vehículo diera sus frutos, Gardner decidió que era un momento tan bueno como

cualquier otro para hacer preguntas. —¿Me permite pasar, señora Tibbot?

—Sí…, claro.

Dentro, en el salón, Gardner rechazó con un gesto el ofrecimiento de una bebida caliente y fue directa al grano. Le dio la fecha y la franja horaria del asesinato de Bradley. —¿Sabe dónde estaba Andy en ese momento?

La mujer pensó un instante. —Sí…, había salido. Tenía una cita con Richard. Nos molestó bastante que volviera pasadas las doce; había prometido regresar a las diez. No era propio de él, pero tiene dieciséis años, ya sabe, así que castigarlo nos pareció ridículo. Tuvimos una conversación de adultos al respecto y prometió no volver a hacerlo. Es consciente de la enorme responsabilidad que tenemos con su bienestar; se disculpó. Como le he dicho, tiene un buen corazón.

Gardner tomaba notas con mano temblorosa. Ya se imaginaba la respuesta de David y Joanne Hill cuando les preguntara por el paradero de Richard aquella noche: ¡*Richard no salió esa noche, o, si lo hizo, desde luego no tenía una cita*!

Andy Langsdale era el principal sospechoso del asesinato de Bradley.

—¿Y anoche? —preguntó Gardner.

—Volvió aquí después de otra cita con Richard.

—¿A qué hora fue?

—A las nueve y media. Como era de esperar, ¡esta vez fue muy puntual!

—¿Y volvió a salir?

—No. Se fue a la cama sobre las diez. Es lo que suele hacer en día de diario.

—¿Y a qué hora fueron a ver cómo estaba?

—Tiene dieciséis años, ¡no vamos a ver cómo está!

—Entonces, ¿la última vez que lo vio fue a las diez?

—Sí.

—¿Y a qué hora se acostaron usted y su marido?

—A las diez y media.

—¿Podría haber salido de casa sin que lo oyeran?

Ella suspiró y asintió. —Los dos roncamos, así que usamos tapones para los oídos. Es posible. Escuche, si está tratando de relacionar a Andy con estos horribles asesinatos, se equivoca..., *de verdad* que se equivoca.

Gardner asintió para demostrar que entendía la preocupación de Helen. —¿Sabe algo de los padres biológicos de Andy?

—Sí…, por el propio Andy, de hecho. Esa información no nos la dio el ayuntamiento. Su padre es Tom Winters. Cuando nos lo dijo, sí que nos pareció extraño que lo hubieran acogido en un hogar tan cerca de su padre biológico, pero, según Andy, ni siquiera se conocían, así que supongo que no se consideró un factor importante.

—¿Intentó Andy contactar alguna vez con su padre?

—Que yo sepa, no. Sabía que su padre nunca quiso saber nada de él.

¿Y por eso le guardaba tanto rencor a ese hombre? ¿Tanto resentimiento como para matarlo?

La muerte de Tom todavía no era de dominio público. Increíblemente, habían conseguido mantenerlo alejado de la prensa, pero eso no duraría mucho.

—¿Sabía Andy que tenía una hermanastra?

Helen se estremeció. Empezaba a preocuparse. Se estaba dibujando un retrato del chico a su cargo; era solo cuestión de tiempo que ella misma viera las conexiones.

—Sí —contestó Helen, con un temblor en la voz—. Kelsey Winters.

—¿E intentó contactar con Kelsey?

A Helen se le llenaron los ojos de lágrimas y asintió. —Iban al mismo instituto. Se hicieron amigos.

Gardner sintió como si una mano le hubiera atenazado el corazón y empezara a apretar.

—Totalmente inapropiado, dada la situación, lo sé —dijo Helen—. ¿Pero qué se le va a hacer? No deberían haberlo acogido tan cerca.

Presupuestos ajustados y personal desbordado; por desgracia, descuidos como este eran demasiado frecuentes.

—Entonces, ¿pasaban mucho tiempo juntos?

—Creo que sí. Sabe que lo destrozó, ¿verdad? Su suicidio. *Lo destrozó*.

Sí, lo sé, pensó Gardner. *Ahora está claro como el agua. Sabiendo que Tom Winters era su padre, buscó a su hermanastra, Kelsey. Forjaron un vínculo como solo pueden hacerlo los hermanos.*

Pensó en Jack, su propio hermano. *Quizá no todos los hermanos…*

—¿Cree que Tom era consciente de que Andy era su hijo biológico? —preguntó Gardner.

—Según Andy, ni idea, aunque se conocieron. A ver, ¿cómo iba a saberlo? No sabrá qué aspecto tiene. Supongo que si hubiera oído el apellido Langsdale, podría haber atado cabos, pero es obvio que nunca lo ha hecho. Sé cómo suena, pero ¿qué remedio queda? Informé al ayuntamiento, pero tardaron un montón en dar con una solución. Para entonces, Kelsey ya no estaba. —Bajó la cabeza.

Ahí estaba de nuevo. Presupuesto ajustado y personal desbordado. La causa de muchas tragedias.

—¿Sabía que Richard Hill era uno de los que acosaban a Kelsey? —inquirió Gardner.

Helen pareció atónita. —¿De verdad? Parece un chico tan majo… ¿Está segura?

Gardner se preguntó brevemente si Helen era el tipo de persona a la que le costaba ver algo que no fuera lo bueno en los demás. —Me temo que sí. Junto a los dos acosadores principales, Dan Lotus y Bradley Hill.

Se llevó una mano a la boca. —¿Víctimas del Asesino del Viaducto? —Sus ojos se movieron rápidamente de un lado a otro—. No, ¿seguro que no? —Se desplomó en la silla. Ahora comprendía lo que Gardner comprendía: esto era más que una simple coincidencia.

—Richard ha desaparecido, Helen.

—*¡Oh, Dios mío!* Andy no..., seguro que no..., él no *lo haría*. Es demasiado tierno..., demasiado dulce. Debería usted haber visto cómo cuidaba de Kel. La protegía, estaba desesperado por...

—Perdone, ¿cómo ha dicho que la llamaba?

—Era su apodo. Kel. Al menos, el apodo que Andy le había puesto. ¿Por qué?

Porque había una E grabada en la espalda de Bradley Taylor. Y una L grabada en la espalda de Dan Lotus.

La K, obviamente, estaba reservada para Richard Hill.

51

Riddick aparcó cerca del castillo de Ripley. Alzó la vista hacia una imponente torre mientras se tomaba dos analgésicos con el culín que quedaba en su botella de Sprite. Levantó la mano en el aire. Ni rastro de temblores, pero necesitaría otra dosis antes de que acabara el día.

Examinó el mapa del diario, se grabó la ruta en la mente y, por si acaso, le hizo una foto con el móvil. El diario era muy valioso para Hannah. No quería arriesgarse a estropearlo, así que optó por dejarlo en el coche.

Fue una buena decisión.

En cuanto bajó del vehículo, el cielo se abrió. La lluvia tardó apenas un par de segundos en pegarle el pelo a la frente y la camisa a la piel.

Miró hacia el maletero del coche, donde guardaba un paraguas grande para tales ocasiones. Suspiró. De poco serviría ya.

Avanzó con paso decidido a través del chaparrón torrencial hacia el carril bici que se alejaba del castillo.

Empapado, Riddick tuvo que caminar un buen trecho por el carril bici hasta llegar a la altura de la zona boscosa y el antiguo molino marcados en el mapa de Kelsey.

Incluso bajo el peso de la intensa lluvia, la zona le resultaba familiar. Riddick había sido scout a los catorce años, y Ripley había sido su terreno.

Cegado por la lluvia, se sintió orgulloso de sí mismo por escalar la valla de madera. Por desgracia, solo consiguió dar dos pasos antes de resbalar y pegarse un costalazo.

—¡Maldita sea! —gritó a pleno pulmón. Nadie lo oiría con el estruendo de la lluvia. Se puso en pie, sacudiéndose, aunque no tenía ni idea de qué esperaba quitarse de encima.

Puso la vista en los árboles que tenía delante, intuyendo un alivio del torrente bajo el dosel. Empezó a correr, aumentando el ritmo del chapoteo de sus zapatos.

Cuando llegó a los árboles y la fronda lo guareció, se sacó el móvil del bolsillo; como era de esperar, el teléfono estaba húmedo, pero el bolsillo del pantalón lo había salvado del remojón. Buscó en sus fotos y examinó el mapa de nuevo, comprobando que se estaba orientando correctamente. La cabaña estaba más o menos a mitad del bosque, a la izquierda, de cara al antiguo molino.

Continuó.

Sobre él, el sonido de la lluvia en el dosel era ensordecedor. Una brisa se coló entre los árboles, provocándole un escalofrío. «¿Qué demonios estoy haciendo?».

Al menos los analgésicos empezaban a hacerle efecto en la nuca.

Debía de llevar casi cinco minutos andando cuando la lluvia amainó. Fue increíble la rapidez con que el estruendo fue sustituido por un suave repiqueteo.

Más adelante, oyó un grito de dolor.

¿Hay alguien aquí? ¿De verdad? ¿Será el misterioso A?

Se echó a correr, tranquilizado por el crujido de los helechos y la maleza bajo sus pies, ya que eso era lo que evitaba que resbalara.

Oyó un segundo grito. Más fuerte esta vez. Se estaba acercando.

¿Era A al que estaban hiriendo? ¿O era él quien hería?

Otro grito.

Siguió el sonido hasta una pequeña cabaña decrépita.

El corazón le martilleaba en el pecho. Alguien allí dentro estaba en apuros.

Mientras se acercaba, volvió a meterse la mano en el bolsillo, dándose cuenta de que necesitaba refuerzos.

Y entonces, para su eterna vergüenza, se pegó un costalazo por segunda vez en menos de diez minutos.

Este lo dejó sin aliento. También le provocó un destello cegador que le recordó a la noche anterior, cuando alguien le había golpeado la nuca con un ladrillo.

Se sentó, frotándose la frente, mirando con rabia el tronco de un árbol que le había atizado…

—¡Ayúdeme!

¡No hay tiempo para evaluar tus heridas! Se puso en pie, recordando que estaba a punto de pedir refuerzos. Bajó la vista hacia los helechos y la maleza que se alzaban del suelo, sumergiéndole los pies hasta la mitad.

¿Dónde diablos está mi teléfono…?

—¡Por favor, ayuda!

Olvida el teléfono.

Riddick corrió hacia la pequeña cabaña de madera, sin apartar la vista del suelo. No le apetecía un tercer golpe en la cabeza. Y, por experiencia, las desgracias siempre venían de tres en tres.

Llegó al lateral de la cabaña y apoyó las manos en la madera húmeda.

Hubo otro grito de dolor.

La cabaña tendría unos cinco metros de largo, si acaso, y no estaba en muy buen estado. La madera estaba podrida y se desmoronaba bajo su mano mientras rodeaba el lateral.

Sospechó que la había construido el dueño del antiguo molino de enfrente, mucho antes de que cerrara. ¿Quizá la usaba como almacén?

Dobló la esquina de la cabaña, sin saber si se encontraría con la parte delantera o la trasera del recinto.

Era la delantera, y le faltaba la puerta.

Riddick se llevó la mano a la boca.

Dentro de la cabaña, un joven sin camisa yacía de costado. Tenía las manos atadas, al igual que las piernas. La parte baja de su espalda estaba ensangrentada.

—¿Richard?

—Sí… Por favor, ayúdeme, ¡antes de que vuelva! ¡*Ayuda*!

Riddick entró rápidamente en la cabaña vacía y se arrodilló detrás de Richard. La parte baja de su espalda estaba, en efecto, ensangrentada, y parecía que le habían tallado la letra K.

K - E - L

Sí..., encajaba…

Mientras Riddick forcejeaba con las cuerdas de las muñecas de Richard, le miró el rostro pálido. —¿Estás bien, Richard? Soy de la policía.

Richard tenía los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas, y muchos nervios de su cara sufrían espasmos. Había tenido una mordaza en la boca, pero había conseguido sacársela; ahora le colgaba apretada de la barbilla.

—Aguanta, Richard, ya falta poco, aguanta… —Los nudos eran un infierno. Estaban muy apretados. Pasó a las cuerdas que ataban las piernas e identificó el mismo problema. —Tenemos que cortarlas… Necesito encontrar mi teléfono fuera y…

—¿Tú quién eres? —preguntó alguien detrás de Riddick.

Riddick giró la cabeza.

Un joven alto y corpulento estaba allí de pie, con un impermeable amarillo reluciente y la capucha puesta. Sostenía un mazo en una mano.

Riddick entornó los ojos. —Policía...

El chico blandió el mazo.

El mundo se incendió de repente y Riddick se desplomó de costado. Tenía razón en lo de que no hay dos sin tres. Rodó hasta quedar boca arriba y vio que el chico alzaba el mazo de nuevo.

—¡Pare...!

Pues no, que sean cuatro.

El mazo cayó con estrépito y todo se volvió negro.

52

—¿Cómo que ha ido a hablar con Hannah? —dijo Gardner, dando vueltas alrededor de su coche en la entrada de la casa de los Tibbot con el móvil pegado a la oreja—. ¿Te das cuenta de lo ridículo que es eso, Ray? Esa mujer lo acusó de arruinarle la vida hace menos de dos años. ¿Por qué iba a hacer algo así?

Pensó en el momento en que Riddick la había llevado a la capilla para contarle la verdad sobre su familia. Quizá hoy era el día de poner sus asuntos en orden, incluida su disculpa a la familia Winters.

—Lo siento, jefa. Ya lo sé. Pero ha sacado a relucir su rango —dijo Barnett.

—¿Por qué no me has llamado?

—Lo he pensado, pero me preocupaba que no te hiciera gracia que te hiciera perder el tiempo. No paraba de decir que querías que todo el mundo se centrara en...

—¡Podrías haber usado un poco de puñetero sentido común, Ray!

Apartó el teléfono de la oreja mientras la frustración la invadía. Tras respirar hondo, decidió que no tenía sentido machacar a Barnett, que hasta ahora había hecho un trabajo estelar. Riddick había usado su rango. Eran cosas que pasaban.

—Vale, ya está hecho, Ray. Pasemos a otra cosa. *Mierda. Mierda.* Lo he llamado cinco veces y no lo coge. Voy a ir a casa de Hannah a

buscarlo o, como mínimo, ¡a averiguar qué puñetero estropicio ha causado!

GARDNER APARCÓ en la entrada de la casa de Hannah. Sonó el teléfono. Era la comisaria jefe.

—El ANPR ha localizado el Toyota Yaris de los Tibbot aparcado en las inmediaciones del castillo de Ripley —dijo Marsh—. Ya he enviado un equipo para allá. ¿Está segura de que Andy Langsdale es el asesino, Emma?

—Sí, y es peligroso.

—No por mucho más tiempo. Le espera el calabozo. Bien hecho.

Guárdese las gracias. ¡Todavía no lo hemos cogido, señora!

Gardner terminó la llamada. Hannah abrió la puerta y salió. Se abrazaba a sí misma para protegerse del frío. Desde el repentino aguacero de hacía unos momentos, la humedad se había disipado y la temperatura había caído en picado.

Gardner se bajó del vehículo. —¿Señora Winters? ¿Está aquí el inspector Riddick?

—No. Se fue hace un rato.

Mierda. ¿Dónde demonios te has metido, Paul? —Siento que el inspector Riddick haya venido aquí…

—No lo sienta. Hemos pasado página.

Gardner enarcó una ceja. *Vaya, es usted mucho más indulgente de lo que yo podría ser jamás*. —De acuerdo, ya veo. Le he perdido la pista. ¿Podría decirme de qué han hablado?

Hannah le explicó que Riddick había leído en el diario sobre alguien llamado A.

—Creo que A es por Andy —dijo Gardner—. Su mejor amigo. Y también su hermanastro. —Intentó que no se le notara el tono de reproche en la voz, pero la mirada que le dirigió probablemente la delató.

Hannah se llevó una mano al pecho. Su siguiente respiración fue audible.

—Usted sabía que tenía un hermanastro, ¿verdad? —dijo Gardner.

—Sabía que existía; no sabía que vivía por aquí y, desde luego, no sabía que mi hija era amiga suya. Era muy reservada, ya sabe..., sobre todo en sus últimos meses. —Apartó la mirada y se estremeció —. Cometí algunos errores... Yo era una mujer diferente entonces. Cuando mi marido tuvo esa aventura, Kelsey solo tenía dos años. Le di un ultimátum a Tom: o le daba la espalda a esa otra mujer, y a ese niño, o nos perdería a mí y a Kelsey. Viéndolo en retrospectiva, dejé a ese niño sin padre, ¿no es así? Qué monstruosidad por mi parte... ¿Soy en cierto modo responsable de la muerte de mi hija? — Se tocó de nuevo el pecho y su cuerpo vaciló.

—No, no lo creo. Por lo que parece, Andy y Kelsey eran los mejores amigos.

—Sí... y en el diario, Kelsey dijo que él la apoyó cuando la acosaban.

Gardner asintió. —Tiene sentido. Creo que lo que le pasó a su hija también tuvo un impacto traumático en él. La quería.

—¿Cree que Andy es el Asesino del Viaducto?

—No puedo hacer comentarios al respecto...

—¡Y Tom! Dios, ¿asesinó a su padre?

—De nuevo, no estoy en posición de comentar nada. ¿Qué más leyó Riddick en el diario?

—Leyó sobre una cabaña en la que Hannah y A —perdón, Andy— solían pasar el rato.

—¿Dónde está eso?

—Es difícil de describir. Había un mapa marcado con una cruz. En Ripley.

Gardner sintió como si le hubieran dado un fuerte golpe en el estómago. Andy acababa de abandonar el Toyota Yaris de sus cuidadores en Ripley.

—¿Ripley? ¿El inspector Riddick ha ido a Ripley?

—Creo que sí. Sí.

Gardner buscó el móvil en su bolsillo; le temblaba la mano. —¿En qué parte de Ripley?

—No estoy...

—*Piense*, señora Winters... por favor, *piense*.

—Cerca de un viejo molino. En una pequeña arboleda, creo... No sé nada más... Lo siento...

—Tengo que irme, señora Winters, gracias.

Mientras se subía al coche, Gardner volvió a llamar a Marsh. —Señora, Paul está en peligro. Ha descubierto la ubicación de un lugar en el que Andy y Kelsey solían pasar el rato en Ripley. Una vieja cabaña. Si Andy está en Ripley, lo más probable es que esté en esa cabaña. Necesitamos rastrear el móvil de Paul. Está encendido, porque da tono, no salta directamente al buzón de voz. —Gardner salió marcha atrás de la entrada de la casa de Hannah con el teléfono sujeto entre la oreja y el hombro.

—De acuerdo, déjelo en mis manos. ¿Adónde va?

—A Ripley. En cuanto tenga la localización de su teléfono, envíeme un pin por SMS.

53

Riddick abrió los ojos y sintió un latigazo de miedo en el estómago.

No veía nada.

Estoy ciego…

Parpadeó.

Joder, me has dejado ciego…

Siguió parpadeando… y entonces pudo ver de nuevo. Había sido la sangre de la frente, que se le había metido en los ojos. Estaba tumbado boca abajo…

Mierda. ¡No podía mover los brazos porque tenía las muñecas atadas! Intentó mover los pies, pero se encontró con el mismo problema: tenía los tobillos sujetos.

Richard Hill gimió de dolor. Riddick giró la cabeza hacia el sonido. El chaval de la chaqueta de lluvia amarilla que había golpeado al inspector estaba en cuclillas, mirando a Richard de cerca.

Riddick se preguntó, brevemente, si alguien podría encontrarlo antes de que lo impensable sucediera en aquella cabaña. Su teléfono móvil estaba tirado en la maleza, fuera, y sus compañeros *podían* rastrear la señal. Solo que…

Probablemente no tenían ni idea de que hubiera desaparecido…

Siempre cabía la esperanza de que Barnett se hubiera ofendido porque un superior desquiciado le hubiera ordenado que se alejara de casa de Hannah y se hubiera quejado a Gardner. Era plausible; Riddick tenía la costumbre de armar jaleo.

Llegó a la conclusión de que su mejor baza sería mantener al chaval hablando hasta que llegara la ayuda. Y, a juzgar por la tristeza en el rostro del chico, la sensibilidad era sin duda lo que procedía.

Una mierda, la verdad, porque la sensibilidad no era precisamente el punto fuerte de Riddick.

—Esto se ha acabado —dijo Riddick.

—Lo sé —dijo el chaval, mirando a Riddick antes de bajar la vista hacia Richard—. Casi.

Richard, al que habían vuelto a amordazar, gimió. No era de extrañar. Tenía la espalda llena de cortes.

Riddick apartó más sangre de sus ojos parpadeando. —¿Es usted A?

—¿Perdón?

—A. Así es como lo llamaba Kelsey. En su diario.

Al mencionar a Kelsey, el chaval bajó la mirada al suelo. Estaba vacilando y parecía al borde de las lágrimas. Sin embargo, se recompuso y, finalmente, volvió a levantar la vista. —La A debe de ser por mi nombre: Andy. Kel era mi hermana, ¿sabe?

No. No lo sabía. La cabeza de Riddick iba a toda velocidad. —¿Hermana?

—Hermanastra, en realidad. Tom Winters era mi padre biológico —dijo Andy, encogiéndose de hombros—. Éramos iguales, Kel y yo. Nunca he conocido a nadie con quien me llevara mejor, y he conocido a bastante gente. Es lo que pasa cuando vas rebotado de casa en casa, como yo, desde que murió mi madre.

¿Tom Winters era el padre biológico de Andy? La mente de Riddick echaba humo.

Richard volvió a gemir.

Riddick consiguió rodar sobre su espalda y luego se incorporó hasta quedar sentado. —Siento su pérdida, Andy. La vida sabe repartir mierda...

—¿Y qué sabe usted de la *mierda*? —Andy lo fulminó con la mirada.

Riddick enarcó una ceja, lo que le provocó una punzada de dolor por toda la cabeza. —Más que la mayoría, hijo… por desgracia.

Puede creerme.

—No me fío de nadie. Aparte de Kel… pero ya no está.

Riddick pudo ver las lágrimas en sus ojos.

—Andy —dijo Riddick, sintiendo como si la cabeza fuera a estallarle por todo el daño que había sufrido recientemente—. Estoy aquí para ayudar en lo que pueda.

—¿Ayudarme? Es demasiado tarde. Solo quiere meterme otra vez en su sistema. No, esto se acaba —miró a Richard— ahora.

Richard gimió.

Riddick negó con la cabeza. —Esta no es su única opción...

—Mírelo. —Andy le sonrió a Richard—. Mire la sorpresa en sus bonitos ojos. Me amaba. Pensaba que yo lo amaba. ¿Se da cuenta de lo lejos que he tenido que llegar para que esto funcionara? —La expresión de Andy cambió a una de asco—. Acostarme con el enemigo.

Richard apretó los ojos y soltó un sollozo silencioso y dolorido.

—Lágrimas de cocodrilo —dijo Andy—. Usted no se merece el amor, Richard. No después de lo que le hizo a Kel. Al igual que Bradley y Dan, solo hay una cosa que se merece.

—¿Mató usted a su padre biológico, Tom Winters? —preguntó Riddick.

Andy se volvió para mirar a Riddick. Parecía sorprendido. —¿Está muerto?

—Sí… y no fue un accidente.

Andy desvió la mirada, negando con la cabeza. —No lo sabía… —Suspiró y se quedó mirando el techo un momento—. Tal vez él también se lo merecía…, pero no…, yo no lo maté. No lo haría. Lo odiaba… pero Kel lo adoraba, así que nunca la traicionaría haciendo *eso*.

Entonces, si usted no lo mató, ¿quién fue?

La noticia de la muerte de Tom había asustado a Andy. Siguió mirando al techo, negando con la cabeza. Todavía tenía el mazo en una mano. A Riddick no le apetecía volver a encontrarse con él, ¡ya le habían usado la cabeza de piñata bastante por hoy! Tenía que desactivar la situación cuanto antes. —¿Sabe que están viniendo hacia aquí? Mis compañeros. No tardarán mucho...

Andy dijo: —Lo he registrado. No tiene móvil. ¿Cómo podrían encontrarlo?

Riddick pensó en su móvil, fuera, en la maleza, y rezó a Dios —a pesar de que nunca le había servido de nada— para que la maleza, húmeda por la lluvia, no lo hubiera apagado. Necesitaba que hubiera una señal activa.

—Ayúdeme a entender —dijo Riddick, queriendo retrasar lo inevitable tanto como fuera posible—. Kelsey era su hermanastra, Tom su padre biológico, ¿cómo se ha llegado a todo esto?

—¿Quiere decir que no lo sabe ya? —dijo Andy—. Su compañera, esa mujer… la inspectora jefa Gardner, creo… vino a mi casa buscando a Richard. ¿Debió de investigar mis antecedentes?

¿Lo sabía Gardner? Una nueva oleada de esperanza lo inundó. Si había identificado a este Andy, bien podría estar de camino.

—Tom Winters tuvo una aventura con mi madre y luego no quiso saber nada de mí cuando nací. —Con los sollozos de Richard como telón de fondo, salpicados por ocasionales gritos de dolor, Andy le contó a Riddick sus orígenes: la muerte de su madre por leucemia, sus años en centros de acogida, su regreso a Knaresborough...—. Cuando volví aquí, la vida fue buena durante un tiempo. Tuve cuidadores maravillosos. *Tengo* cuidadores maravillosos. Sabía de la existencia de Kel por mi madre, me lo contó antes de morir. Kel, por supuesto, no tenía ni idea de que yo existía. Me puse en contacto con ella… Como he dicho antes, congeniamos al instante. Probablemente porque ambos estábamos muy tocados. El sufrimiento une a las personas.

—Cuando habla de sufrimiento, ¿se refiere al acoso? —dijo Riddick—. Creía que era algo reciente. Hasta que empezó el acoso, Kelsey tuvo una buena vida, ¿no? Sus padres la adoraban, le iba de maravilla en los estudios… ¿A qué sufrimiento se refiere exactamente?

—¿De verdad quiere saberlo?

—Sí.

—Hay cosas que, una vez las oye, desearía no haberlas oído nunca.

—Cuéntemelo.

Después, a Riddick se le revolvió el estómago. —Eso es espantoso. Dios mío, es espantoso.

—Sí. Así que, como ve, cuando ella se enteró de que Bradley y Dan *sabían* lo que se había visto obligada a hacer, y la amenazaban con *descubrirlo*…, bueno, ¿qué opción le quedaba? No podía vivir con lo que se le venía encima, así que tomó la única salida posible. Bradley, Dan y Richard solo fueron la gota que colmó el vaso tras un largo período de sufrimiento. Por desgracia para esos chicos, *yo* soy su gota que colma el vaso.

—Esto pasó hace años —dijo Riddick—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué no se vengó justo después de que sucediera?

—Quise hacerlo, créame. Pero algo me frenó. Quizá fue mi juventud. Quizá fue la esperanza de que era solo el duelo y que el deseo de hacerles daño se calmaría. Pero, si acaso, se hizo más fuerte. Hace poco, esos cabrones cumplieron dieciocho años, y yo observaba desde lejos cómo empezaban a disfrutar de la edad adulta. Sus libertades, el dinero, sus novias, su consumo de drogas. Eligieron sus caminos y se deleitaron en ellos. Richard planeaba ir a la Universidad de Oxford, ¡así que fíjese en lo que le ha ofrecido a él la edad adulta! Mi dolor al verlos alcanzar ese hito hizo que toda mi rabia volviera a aflorar. ¿Porque sabe quién más habría cumplido dieciocho años y estaría eligiendo un camino? —Le dio una bofetada a Richard en la frente—. Ya no podía más. A Kelsey le arrebataron su camino; así que yo les he arrebatado el suyo a ellos. Sobre todo el suyo, Richard. Sí. Usted es el peor de todos. Ella lo amaba. Lo amaba con *desesperación*. Y usted no tuvo el valor de salvarla o, como mínimo, de apoyarla. En lugar de eso, eligió la peor de todas las opciones. —Le dio otra patada—. Se unió a esos demonios y la atormentó.

Andy se irguió, se inclinó y deslizó las manos bajo los brazos de Richard. —¡Levántese!

Richard tenía los tobillos atados, pero Andy era un chico fuerte y atlético, así que consiguió ponerlo en pie.

Andy se pegó a la espalda de su tembloroso cautivo, al parecer sin que le importara que la sangre manchara su chubasquero amarillo.

Richard, con los ojos llenos de lágrimas, miró a su derecha, donde Riddick estaba incorporado.

—Escuche, Andy —dijo Riddick—. Sé lo lejos que ha llegado, pero nunca es demasiado tarde para parar. Podemos ayudar-

Andy rodeó con el brazo derecho el cuello de Richard y le puso la mano izquierda en la nuca, haciendo que a Richard se le abrieran los ojos como platos.

—¡Andy, pare! —dijo Riddick. Sabiendo que no había tiempo, se arrastró hacia atrás hasta la pared de la cabaña y la usó para ponerse en pie.

Andy arrastró a Richard hacia la salida con una firme llave de estrangulamiento. Como Richard no podía mover las manos, parecía una marioneta de madera colgando de la presa de su fuerte asaltante. Los talones de sus pies atados ya se deslizaban por el suelo de la cabaña.

Incapaz de caminar por las cuerdas, Riddick empezó a dar pequeños saltos hacia delante. Estaba poseído por la adrenalina y la desesperación, así que terminó, inevitablemente, de rodillas. Levantó la vista hacia el joven, apodado el Asesino del Viaducto, mientras se cobraba otra vida—. Pare, Andy, no se merece esto.

Andy llegó al hueco donde antes había estado la puerta. Richard todavía intentaba respirar y aferrarse a la vida, pero su color estaba cambiando rápidamente.

—Ella no habría querido esto. —Riddick sabía que era su última oportunidad—. Kelsey no habría querido esto.

—¿Y usted cómo lo sabe? Usted no la *conoció nunca* —siseó Andy, arrastrando a su víctima moribunda a través del umbral-

El teléfono móvil de Riddick empezó a sonar. Sus ojos se desviaron hacia la pared de madera, en esa dirección: fuera, en la maleza.

Luego miró de nuevo la sorpresa en la cara de Andy y siseó: —Ya vienen.

Andy soltó a Richard, que se desplomó de rodillas y luego de bruces. Aún se movía, y Riddick esperó que no fueran solo los espasmos que acompañaban a la muerte.

Andy salió corriendo. Riddick podía oírlo en la maleza, revolviendo entre la vegetación, gritando: —¿Dónde está? ¿Dónde diablos está?

Entonces, Riddick suspiró aliviado cuando Richard se giró sobre su espalda, boqueando en busca de aire, antes de oír la voz de Gardner fuera. —Andy Langsdale, queda usted arrestado…

Paul Riddick cerró los ojos y suspiró de nuevo.

54

Dos agentes uniformados esposaron a Andy y se lo llevaron a través del bosque. Los otros dos que habían acompañado a Gardner estaban en la cabaña, haciéndole compañía a Richard hasta que llegaran los sanitarios.

Gardner le enseñó a Riddick el mapa en el móvil, con la chincheta roja indicando esta ubicación precisa.

—Gracias a Dios que se me cayó el móvil —dijo Riddick—. De lo contrario, bueno, habría hecho un triplete.

—Ya llevaba tres —dijo Gardner—. ¿Te olvidas de Tom?

Riddick la miró fijamente. —Él no mató a Tom.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí. Y decía la verdad.

—¿Cómo lo sabes? Tom trató a su hijo como una mierda: ¡lo dejó con su madre y, después de que ella falleciera, permitió que se lo llevaran a un centro de acogida!

—Lo sé, pero nunca le habría hecho daño a Tom. Kelsey adoraba a su padre. Y todo lo que él hizo fue por ella.

Gardner negó con la cabeza y apartó la mirada para ocultar su decepción. Estaba convencida de que todo había terminado. ¿Otro asesino? No era lo que necesitaba en ese momento, no con su hermano sociópata acechando en la sombra.

—Así que —dijo Riddick, haciendo girar los hombros—, eso nos deja con lo que sea que aparezca en casa de Tom y los hallazgos de

la autopsia de Sands…

—No —espetó Gardner—. Te deja a ti esperando a que lleguen los sanitarios para que te atiendan.

Riddick se inmutó. Quizá había sido demasiado agresiva, pero, joder, qué decepcionada estaba con esta repentina falta de conclusión.

—Estoy bien —dijo Riddick—. De hecho, estoy más que bien. Estoy que me subo por las paredes.

—No… No estás pensando con claridad, Paul. Te has llevado más golpes en la cabeza que una pelota de críquet.

Se dio unos golpecitos en la frente con los nudillos, con cuidado de no tocarse los moratones ni los cortes. —Y por eso mismo está más dura.

—Estás lleno de moratones y cubierto de sangre. No voy a dejarte hacer nada hasta que te hagan una radiografía…

—Entonces, voy por mi cuenta —dijo, adentrándose en el bosque.

Gardner abrió la boca para llamarlo. Consideró el vodka que había encontrado en la botella de Sprite, pero sabía que no era ni el momento ni el lugar. Sin embargo, todavía tenía que plantarle cara. —¿Y qué podría inspirarte a hacer añicos nuestra recién formada, aunque todavía bastante frágil, relación?

Riddick se giró. —Por otra cosa que ese chico me acaba de decir ahí dentro.

—Pues comparte.

Riddick se detuvo, se apoyó en un tronco, bajó la vista, respiró hondo y entonces compartió la información.

Gardner se apoyó en el tronco de un árbol adyacente para mantener el equilibrio. —No me lo esperaba.

—Ni yo, y he tenido que enterarme por un psicópata que blande un mazo.

—O sea, ¿imposible, no? —Se metió la mano en el bolsillo en busca de unos Tic Tac.

Riddick se encogió de hombros. —¿Puedo seguir yendo por mi cuenta, por favor?

—Vale, pero voy contigo.

55

Tras los resultados del registro en casa de Tom y una reunión con el doctor Hugo Sands sobre el cuerpo, Riddick le dijo a Gardner que se iba al hospital.

Ella lo aprobó sin reservas.

Pero Riddick cogió un taxi y, en vez de eso, fue a casa de Anders; de camino, se detuvo en un Tesco para comprar una botella de medio litro de vodka. Un taxista de cierta edad lo observó por el retrovisor mientras le daba un trago.

—¿Ha sido uno de esos días? —le preguntó el conductor con una sonrisa.

—Llevo más de dos años sintiendo que es *uno de esos días*.

—¿Como en *Atrapado en el tiempo*?

—Buena película —dijo Riddick, dándole otro trago mientras intentaba recordar si Bill Murray lograba salir de aquella terrible situación, y cómo.

El taxista intentó seguir hablando con él, pero Riddick lo ignoró con un gesto. El alcohol estaba haciendo un trabajo excelente para disipar su ansiedad, pero su humor no podía estar más lejos de ser bueno.

Dejó los restos del vodka en el taxi. —Para usted, amigo. A mi amigo no le gusta que beba.

—¿Se encuentra bien, hijo? —le preguntó el taxista.

—¿Sabe cuántas veces me han preguntado eso en los últimos dos años? —preguntó Riddick con una sonrisita.

El conductor pareció confuso, pero luego dijo:

—¿*Atrapado en el tiempo*?

—Exacto —dijo Riddick.

Subió por el camino de entrada de la casa de Anders y aporreó la puerta.

El corpulento escandinavo de origen británico abrió la puerta y negó con la cabeza al ver a su antiguo colega.

—Deberías estar durmiendo la mona.

—La medicina lo tiene controlado —dijo Riddick.

—¿Los analgésicos o el alcohol?

Riddick se encogió de hombros.

—¿Tienes un minuto?

—Para ti siempre tengo un minuto, y más —dijo Anders, haciéndose a un lado.

Riddick gruñó al entrar en la casa de Anders.

—¿No deberías estar de buen humor? —le preguntó Anders a su espalda—. Has metido al Asesino del Viaducto entre rejas.

—No lo llames así —dijo Riddick—. Nunca mató en ningún maldito viaducto, y por el amor de Dios, era solo un niño. Un chaval confundido, no un asesino en serie con delirios.

—Ya veo —dijo Anders, cerrando la puerta principal—. No estás de humor para bromas, entonces.

Riddick lo ignoró y fue a sentarse a la cocina de Anders; había estado allí en muchas ocasiones.

—Te ofrecería una copa —dijo su antiguo jefe desde el umbral de la cocina—. Podría ayudarte con ese humor de perros…, pero ya sabes que no guardo nada aquí.

—No hay alcohol que pueda con este humor —dijo Riddick—, pero aceptaré un refresco.

Anders pasó junto a Riddick, apoyándose en su bastón.

—Me temo que solo tengo Coca-Cola Light. Ni siquiera podrás contar con un subidón de azúcar. —Abrió la nevera y cogió una lata.

—De todos modos, ya he decidido dejar la bebida —dijo Riddick.

—¡Joder! —exclamó Anders—. ¿Cómo de fuerte te ha golpeado? De haber sabido que se te podía meter algo de juicio en la cabeza a golpes, ¡me habría ahorrado un montón de tiempo intentando convencerte!

—Es hora de revaluar mi vida.

—¡Dios ha escuchado mis plegarias! —dijo Anders, dejando la lata de Coca-Cola Light delante de Riddick.

—Esto no tiene nada que ver con Dios, Anders. Esto tiene que ver con algo mucho más cercano —dijo Riddick, abriendo la lata.

—Bueno —dijo Anders, apoyando el bastón en la mesa y sentándose frente a él—. La Iglesia y Dios pueden esperar. Ya llegarás a apreciar sus virtudes. En fin, volvamos a la revaluación de tu vida. ¿Qué aspectos en particular?

—Estoy revaluando las amistades. —Riddick alargó la mano derecha hacia el bastón de Anders y lo hizo girar en el suelo.

Anders entrecerró los ojos mientras desviaba la mirada de Riddick al bastón que giraba.

—Parece robusto —dijo Riddick.

—Sí…, me costó un ojo de la cara, pero nunca se romperá. Buena madera, madera *tratada*. Así que las amistades, ¿dices? ¿A qué te refieres?

Riddick sintió una ligera contracción en la comisura de sus labios.

—Estoy revaluando en quién puedo confiar.

Anders asintió.

—Te entiendo, Padawan. Recuerdo mis días en ese lugar; te aseguro que entonces también había unas cuantas almas poco fiables. ¿A quién le has echado el ojo?

Riddick hizo girar el bastón. Se mordió el labio inferior para que no le temblara.

—¿Estás bien, Paul?

Riddick respiró hondo.

—Parece que Kelsey Winters tenía más pasado del que creíamos.

—¿Kelsey? —Anders negó brevemente con la cabeza—. ¿Por qué le das vueltas a eso? Entiendo que fue parte del caso, pero tus días de obsesión con esa chica tienen que quedarse en el pasado.

—Hay cosas sobre ella que sus padres no sabían. —Riddick enarcó una ceja—. Cosas sobre ella que *no querría* que sus padres supieran.

—Bueno, muchas chicas de quince años tienen secretos.

Riddick miró fijamente a Anders antes de hablar por fin.

—¿Hacer pornografía es un secreto común entre las chicas de quince años?

Anders palideció. Colocó sus grandes manos sobre la mesa. Sacudió la cabeza con tanta fuerza que sus mofletes temblaron.

—No…, no me lo creo.

Riddick suspiró.

—Escandaloso, ¿eh? —Hizo girar el bastón.

—No, de verdad que no me lo creo. ¿Aquí? En Knaresborough, no es…

—No, es verdad, créeme —dijo Riddick—. Me lo dijo Andy Langsdale…

—¿Que te lo dijo? —Anders puso los ojos en blanco—. ¿Qué te dijo? ¿No estaba loco ese chaval?

—Ella tenía catorce años en ese momento, Anders. Conoció a alguien por internet. *Y la manipularon con fines sexuales.*

Anders lo despachó con un gesto de su gran mano.

—¿Manipulada? Conocía a la familia Winters. De ninguna manera la dejarían chatear con ningún maldito desconocido por internet.

Riddick dio un gran sorbo de Coca-Cola Light y observó a Anders.

—No quiero que te creas las divagaciones de un chaval desesperado, Paul —dijo Anders.

Riddick dejó la lata. —¿Hay más. ¿Puedo seguir?

—Si insistes, pero estoy preocupado, Paul, estoy…

—La captó un chaval de diecinueve años llamado Charlie Rigby.

Anders respiró hondo, volvió a palidecer y bajó la vista hacia la mesa con los ojos como platos.

—¿Te acuerdas de Charlie Rigby? —preguntó Riddick.

—¿Es una pregunta retórica? —dijo Anders, todavía con la mirada baja.

—Limítate a responder a la pregun…

—¡Sabes de sobra que sí! —dijo Anders, alzando la vista, con las mejillas empezando a enrojecer—. Igual que tú, Paul. ¿Adónde coño quieres ir a parar?

Riddick fulminó con la mirada a su antiguo jefe. —Dímelo tú. Parece que te falla la memoria.

—Le apodaban «Goodtime Charlie», trabajaba para Neil y murió de sobredosis. ¿Qué tal va mi memoria?

—Poco fiable.

—¿Adónde quieres llegar con esto? ¿Has olvidado quién soy? Soy tu amigo, ¡no un maldito cabrón al otro lado de la mesa de interrogatorios!

—Ya te dije que estaba reevaluando mis amistades.

—¡Lo que estás haciendo es perder el juicio por *completo*!

—Charlie Rigby producía y distribuía pornografía. Parte de ella incluía a chicas jóvenes. Una de esas chicas era Kelsey Winters.

Anders se recostó en la silla, negando con la cabeza. —Lo habría sabido. Sabía todo lo que se cocía en Knares…

—¿Porque te llevabas bien con Neil?

Anders se inclinó hacia delante y dio un golpecito en la mesa. —Vale. Ya veo de qué va esto. ¿Todavía estás cabreado por lo de la otra noche? Pero ¿es que no lo ves? Este es un ejemplo perfecto de por qué mantenía a Neil cerca: era mejor saber qué tramaba un cabrón como él que andar a tientas en la oscuridad, sin tener ni idea, como la mayoría de los puñeteros idiotas con los que he trabajado.

—¿Así que sabías lo de la pornografía?

—Por supuesto que no… y tampoco me lo creo.

—Pues créetelo. He visto parte del material. —Riddick apuró la lata de Coca-Cola Light. La golpeó contra la mesa—. En el ordenador de Tom Winters.

Los ojos de Anders se abrieron como platos. Abrió la boca, pero no pronunció palabra.

Riddick continuó: —Era tal como dijo Andy. Charlie Rigby la captó y, mientras abusaba de ella, lo grabó.

Anders bajó la mirada, negando con la cabeza. —Repugnante. ¿Cómo pudo? ¿Cómo puede alguien hacer algo así? Me revuelve el

estómago.

Riddick se levantó y, sin soltar el bastón, fue hasta la nevera. La abrió y miró a Anders. —¿Puedo coger un Perrier?

—Sí, claro —dijo Anders.

Riddick sacó una botella de Perrier de la nevera y volvió a la mesa. Se sentó, colocó el Perrier delante de él, pero no lo desenroscó. Aún sujetaba el bastón.

—Me pregunto cómo consiguió Tom la pornografía —dijo Anders, arrugando el rostro en una mueca de asco.

—Bueno, es fácil de encontrar en internet, en ciertas páginas —dijo Riddick, haciendo girar el bastón—. Páginas que cobran al consumidor. Supongo que un hombre obsesionado con las circunstancias del suicidio de su hija podría un día encontrar información que lo llevara por ese camino, ¿no?

—Horrible —dijo Anders—. Charlie era un individuo despreciable… Menudo trago para Tom tener que ver eso. Debió de ser frustrante para él que Charlie ya no estuviera para poder enfrentarse a él.

—Dudo que Charlie fuera el único implicado.

Anders enarcó una ceja. —¿Sospechas de alguien más?

—Bueno, alguien mató a Tom… y no pudo ser Charlie. Está muerto.

—¡Lo mató Andy, el hijo abandonado! ¡Creía que el caso estaba cerrado!

—Hemos descartado a Andy del asesinato de Tom.

Anders soltó una carcajada. —¿Basándoos en qué?

—En que no pudo haberlo hecho. Estaba en el instituto, registrado en su clase.

Anders se levantó. —Mierda. Has estado ocupado. Creo que me voy a tomar una copa…

—Siéntate, por favor, Anders —dijo Riddick, empujando la botella de Perrier hacia él—. No la he tocado.

Anders se sentó. Tenía la cara congestionada.

Riddick continuó: —Seguimos el rastro del dinero de las webs de pornografía. ¿Adivina quién gana dinero vendiendo esta pornografía? ¿Quién *sigue* ganando dinero?

Anders se encogió de hombros. Evitó el contacto visual.

—Neil.

—Vale. —Anders asintió, pero siguió sin mirar a Riddick a los ojos —. Ese cabrón. Es lógico… Carece de brújula moral… De verdad que no lo sabía.

Riddick se encogió de hombros. —Así que eso nos deja con un sospechoso. Un sospechoso desaparecido, eso sí, ya que nadie sabe dónde está el cabrón. El móvil está más claro que el agua. No quería que Tom Winters expusiera la verdad, así que lo mató.

—Tiene sentido. Dios, si lo hubiera sabido, jamás lo habría consentido. Lo habría partido en dos. Tenéis que encontrarlo y encerrar a ese animal.

—Salvo que… no creo que Neil matara a Tom.

—¿Qué? —Anders parecía confuso—. ¡Acabas de decir que el móvil estaba más claro que el agua! ¿Quién más tendría un motivo para…?

—Deja que te enseñe algo —dijo Riddick, abriendo las fotografías en su móvil. Lo giró para mostrárselo a Anders—. Un recorte de periódico sacado del cajón de Tom. Una foto de la flor y nata.

Anders tragó saliva al ver una versión mucho más joven de sí mismo, de pie en un grupo de individuos trajeados, junto a un Neil de rostro lozano.

—Hace bastante tiempo de eso —dijo Riddick—. Mucho antes de que me convirtiera en tu padawan.

Anders se encogió de hombros; los nervios de su cara empezaban a crisparse. —No entiendo adónde quieres llegar. Colaboramos en la apertura de un centro juvenil, ¿y qué? Eran malos tiempos. Un montón de críos causando problemas en las calles. Quería implicarme en ayudar a cambiar el rumbo de sus vidas.

—¿Con Neil? —dijo Riddick, golpeando la mesa con las palmas de las manos.

—Creía que él quería un equilibrio. Compensar parte de la miseria que había causado. Tenía dinero. Yo quería que lo usara para algo bueno.

—Eres un mentiroso, Anders. Un maldito mentiroso.

Anders apuntó a Riddick con el dedo. —Escúchame bien, Paul. No toleraré que me hables así en mi propia casa…

—¡He comprobado los nombres y las cifras, gilipollas engreído! En los tres años que «ayudaste» en el centro juvenil, ¿sabes a cuántos de esos niños se les imputaron delitos menores? A unos veinte. Tres años, veinte niños que Neil captó para la delincuencia.

Anders se levantó de nuevo. —Ya es suficiente, Paul. Quiero que te vayas. Esos niños ya tenían vidas complicadas. Yo intenté apartarlos del crimen, no empujarlos a él.

—Quizá esa es la apariencia que dabas, pero solo estabas haciendo la vista gorda con Neil, algo que has seguido haciendo durante años. ¿Cuánto dinero sacaste de toda esta puta miseria?

—¡No tienes pruebas de eso!

—Pero estará ahí, ¿verdad? Porque tengo razón, ¿a que sí? Y lo que es más, Tom lo descubrió, ¿no?

—¡Lárgate! —dijo Anders, señalando la puerta—. Después de todo lo que he hecho por ti, pequeño cabrón quejica. Perdido en tu propia autocompasión mientras el mundo te busca excusas. Deberían haberte echado del trabajo hace mucho…

—Tom te invitó a su casa, ¿verdad? —dijo Riddick.

—Estás diciendo tonterías.

—Tom había descubierto la pornografía. Como sabía de tu conexión con Neil por esta fotografía, creyó que serías la persona perfecta para delatarlo. ¿Por qué iba a sospechar Tom que Anders Smith, la célebre figura de la ley y el orden, iba a ser en realidad cómplice del delito?

Anders negó con la cabeza.

—Solo que Tom lo había entendido todo mal, ¿no es así? —continuó Riddick—. Porque tú estás implicado. Siempre lo has estado. ¿Empezó a sospechar Tom cuando intentaste desviarlo? ¿Fue eso lo que te hizo dejar la copa que te había ofrecido y matarlo? ¿Era su sospecha un riesgo demasiado grande que correr?

Anders sonrió con desdén. —¿Por qué no te aclaras las ideas? ¡Nunca he oído semejante sarta de tonterías!

—Antes de venir aquí, he estado con el médico legista, Hugo Sands. Ha completado la autopsia. Alguien mató a Tom a golpes.

Encontraron astillas de madera en su cara.

Riddick volvió a hacer girar el bastón. —¿Qué le pasó a tu último bastón?

Los ojos de Anders se movían de un lado a otro. Riddick pudo ver el pánico que lo embargaba. —Ya te lo dije, se rompió, yo…

—¿Dónde está?

—No lo tengo, lo tiré…

—Es que, cuando le pregunté a Sands si las heridas podrían haber sido causadas por un bastón de madera, le pareció que era totalmente razonable…

—¿Cómo has podido?

Que Anders le alzara la voz después de su gran traición enfureció aún más a Riddick. Se puso en pie. —¿No. ¿Cómo has podido *tú*? —Arrojó el bastón nuevo al suelo, a los pies de Anders—. Te consideraba como un puto padre.

—Con razón. He cuidado de ti desde el primer día. Estás dejando que tus emociones te nublen el juicio… Tenía a Neil atado en corto… Podría haber sido mucho peor sin mí.

Riddick negó con la cabeza. —No. Aquí tienes el titular. Viste cómo Neil arruinaba vidas. Y sabías lo de Kelsey, ¿verdad? Sabías lo de la pornografía y los abusos. Y asesinaste a Tom antes de que ninguna prueba saliera a la luz.

Anders se apartó de la mesa, reculando. Miró a izquierda y derecha.

—¿Qué vas a hacer, Anders? ¿Huir? ¿Adónde? Ya eres un viejo con la espalda hecha polvo. Por favor. Te lo imploro. Conserva un poco de dignidad.

Anders continuó negando con la cabeza. —No tienes pruebas suficientes.

—¿Y crees que no las encontraremos? Si no las encuentro yo, lo hará Emma Gardner. Es buena, ¿sabes? Mejor de lo que nosotros lo fuimos nunca. Su brújula moral solo apunta en una dirección. No como la tuya. Y la mía… la que tú dañaste.

—¡¿Dañada?! —resopló Anders—. Eso lo hiciste tú solito.

—Te escuchaba, te admiraba, intentaba ser como tú, y ahora mira… ¡Eres un monstruo!

Anders se arrodilló lentamente y recogió su bastón, gimiendo al hacerlo. Sujetó el bastón por la punta, de modo que la empuñadura apuntaba hacia fuera, hacia Riddick.

Riddick enarcó una ceja. —En serio, Anders. ¿No has causado ya suficiente daño a tu alma? ¿Quieres añadir el asesinato de alguien a quien dices querer como a un hijo?

—Te quise… —El bastón temblaba en su mano—. Te quiero… Paul. Por favor, compréndelo… No he tenido elección. Durante años. ¡Ninguna elección!

—Ahórratelo, Anders —dijo Riddick, dando un paso hacia él para que la empuñadura del bastón se apoyara contra su pecho—. Ahórratelo para tu confesión.

—No puedo ir a la cárcel… Me obligó a hacer estas cosas… Tenía suficiente contra mí para hundirme… No podía salir *ni siquiera* cuando quería.

—Eso lo empeora todavía más. Tom Winters, Kelsey Winters, Bradley Thompson y Dan Lotus están todos muertos. Pero no pasa nada porque tú te protegiste. Eres un viejo egoísta, Anders.

Anders alzó el bastón por encima de su cabeza. Su brazo se tensó.

Riddick se dio unos golpecitos en el centro de la cabeza. —Adelante. La vida ya me ha dado bastantes golpes, y no me refiero solo a los chichones de la cabeza. ¿Qué más da uno más? Estás acabado de todos modos, Anders, muera yo desangrado en tu cocina o no. Ya le he enviado por correo electrónico todo lo que he descubierto a Emma, y si no confiesas, al menos mi muerte es algo de lo que podrán condenarte fácilmente.

Anders dejó caer el bastón a su lado. Tenía los ojos llenos de lágrimas. —Lo siento, Paul… Lo siento mucho, pero no quiero ir a la cárcel. Este no soy yo. Esto no es lo que quería ser. Empezó, y luego simplemente no paró.

—Bueno, hay una cosa buena que podrías hacer antes de que todo esto acabe. Llámalo penitencia.

Las lágrimas corrían por el rostro de Anders. Dejó caer el bastón y se sentó en su silla. Se quedó mirando la mesa un rato, posiblemente considerando la mejor manera de terminar su vida

como un hombre libre. Finalmente, sus ojos inyectados en sangre se encontraron con los de Riddick.

—¿Qué quieres que haga, Paul?

ANDERS GUARDABA un viejo par de esposas en su casa. Riddick las usó para esposar al ex inspector jefe en la parte trasera de su propio Land Rover y luego, por si acaso, se aseguró de que los seguros para niños estuvieran puestos.

Un par de veces durante el trayecto, Anders intentó entablar conversación con Riddick; este lo cortó en seco en cada ocasión. —Hemos terminado. Solo las indicaciones ahora, Anders.

A los quince minutos de viaje, Riddick preguntó: —¿Thirsk?

—Sí…

Al final, se dirigían por carreteras comarcales, siguiendo las señales hacia Thirkleby Hall.

—¿El camping? —preguntó Riddick.

—No. Sigue adelante, pasa de largo también las casas rurales.

—¿Hacia el puñetero medio de la nada?

—Ahora… gira a la derecha aquí.

La carretera que tomaron no estaba en condiciones. Oyó a Anders rebotar contra la puerta en el asiento trasero. Con las manos esposadas, no tenía forma de estabilizarse.

Varios baches y gemidos después, la carretera se niveló. Unos árboles frondosos se alzaban a su derecha, bloqueando el sol que ya se ponía. Riddick encendió las luces antiniebla para ver con más claridad. Había suficientes animales atropellados esparcidos por el lugar como para ser precavido, y redujo ligeramente la velocidad.

—Ahí arriba, a tu izquierda, sigue el camino de entrada hasta la casa de campo.

Riddick tomó el desvío. Se sintió aliviado de que el camino de entrada estuviera en mejores condiciones que la carretera por la que acababa de pasar; había empezado a marearse.

Hacía mucho tiempo que nadie había considerado necesario podar los setos que flanqueaban el camino, probablemente años. Arañaban la carrocería del coche. —¿Esta casa está aislada aquí en medio de la nada?

—Sí... Es una pocilga.

—Ya, me voy dando cuenta. ¿De quién es?

—Me la dejó mi padre. No vale gran cosa, pero tenía la ilusión de arreglarla algún día. Cuando me jubilara. ¡Supongo que eso ya no va a pasar!

Riddick lo miró por el retrovisor. —¿Al menos estás vivo. ¿Quieres que te enumere todas las muertes con las que estás relacionado?

Anders suspiró.

Riddick pisó el freno delante de la desvencijada casa. Sintió la cabeza de Anders rebotar contra la parte trasera de su reposacabezas.

No había más coches en el camino de entrada. Levantó la vista hacia la casa. En lugar de lucir como una joya, la estructura de dos plantas se había convertido en víctima de su propia hiedra. El tejado parecía necesitar una reparación urgente. —Deberías donarla a una organización benéfica.

—¿Qué vas a hacer?

Riddick apagó el motor y las luces y luego salió del coche. Abrió la puerta de Anders y le desabrochó el cinturón de seguridad. —Sal.

Anders obedeció.

Riddick señaló la puerta abierta de su coche. —Ahora, al asiento del conductor.

—¿Por qué?

—Ahora.

Anders se sentó en el asiento del conductor. Riddick se metió la mano en el bolsillo para coger la llave, le soltó una de las esposas a Anders y luego se la enganchó al volante.

Riddick se guardó las llaves del Land Rover en el bolsillo.

Anders no dejó de mirarlo durante todo el proceso.

—¿Qué? —preguntó Riddick, irritado.

—No te jodas la vida tú también...

—¿Como si a ti te importara?

—Me importa, Paul, créeme, yo...

Riddick lo interrumpió cerrando la puerta delantera.

Riddick examinó la destartalada casa. Las cortinas del piso de abajo estaban echadas, pero no las del de arriba.

¿Estás mirando?

Una simple llamada de teléfono podría disipar esta situación de peligro, pero Riddick sintió el impulso, el deseo, de seguir adelante por sí mismo. Había demasiadas cosas que estaban *mal*, desesperadamente mal, con todo lo que había sucedido por culpa de la persona que estaba ahí dentro, y ese cabrón no iba a salirse de esta por las buenas. Si alguien merecía temer por su vida, suplicar perdón, era el ocupante de la decrépita casa de Anders.

Riddick avanzó rápidamente por el sendero agrietado y cubierto de malas hierbas y aporreó la vieja puerta de madera, que casi se salió de los goznes.

—Se acabó —gritó Riddick.

Ninguna respuesta. La puerta no se abrió.

Volvió a llamar. —Última oportunidad para hacerlo con dignidad.

De nuevo, sin respuesta. *Claro que tú no tienes dignidad, ¿verdad?*

Dio un paso atrás y se preparó para embestirla. La adrenalina le hacía temblar, pero la sensación era buena. *Quería* hacerlo de esa manera...

La puerta se abrió.

El cabrón petulante estaba allí de pie, con pantalones cortos y una camiseta. Tenía una cerveza en una mano y una sonrisa burlona asomándole por las comisuras de los labios.

—Tenías que ser tú —dijo Neil, y señaló con la cabeza el Land Rover de Anders—. ¿El viejo cabrón al final se ha derrumbado bajo el peso de su humanidad?

Riddick, cargado de adrenalina, se sentía como un resorte a punto de saltar.

—Mírate qué pintas llevas... sobre todo la cabeza. Como ya te dije, *siempre* has sido un psicópata...

Riddick se abalanzó hacia delante y le estampó la frente en la cara a Neil.

El agudo dolor en la cabeza de Riddick distaba mucho de ser placentero, pero el sonido del crujido fue satisfactorio.

El inspector le clavó un puñetazo a Neil en el estómago y escuchó cómo soltaba todo el aire de golpe. Disfrutando de su dominio, Riddick se lanzó a dar otro golpe, pero Neil lo esquivó esta vez y se le echó encima con la botella en la mano.

Riddick retrocedió tambaleándose, agarrándose la oreja. Se apoyó en la pared para recuperar el equilibrio y se miró la palma ensangrentada. Luego, alzó la vista hacia Neil, que estaba apoyado en la pared junto a las escaleras con la nariz chorreando sangre.

En la mano izquierda sostenía la botella con la que acababa de golpear a Riddick. No se había roto, pero la apuntó hacia él. —No te acerques, psicópata.

Riddick se enderezó. Se hizo crujir el cuello, que se le había puesto rígido por la subida de adrenalina. —Suelta la botella.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Voy a matarte con ella.

—Adelante. —Riddick hizo una mueca—. Así te quitarán de la circulación para el resto de tus días.

—¿Estás dispuesto a morir solo para ajusticiarme? —dijo Neil con una sonrisa burlona.

Riddick se preguntó si lo estaba.

Neil había retrocedido hasta el pie de las escaleras. Sin previo aviso, se dio la vuelta y subió corriendo la escalera de caracol, todavía con la botella en la mano.

Riddick lo persiguió y, al llegar a lo alto, vio cómo una puerta se cerraba de un portazo delante de él. Se arrojó contra ella, bajó el pomo y la abrió de una embestida.

Estaba en un dormitorio escasamente amueblado. Las sábanas estaban revueltas y había ropa sucia por el suelo.

Delante, Neil había abierto la ventana y ya tenía un pie fuera.

Riddick cargó hacia delante, metió las manos bajo sus axilas y tiró de él hacia dentro. —Ni de coña. —Cayó de espaldas, y el peso de Neil al desplomarse sobre él le dejó sin aire. Neil rodó a un lado y se alejó gateando.

La cabeza de Riddick cayó hacia un lado y vio a Neil coger la botella con la que le había golpeado antes y empezar a levantarse,

de espaldas a él.

Riddick se incorporó y se puso en pie. Neil se giró y volvió a blandir la botella. El inspector oyó el silbido de la botella al pasar, pero esta vez no le dio, lo que le permitió terminar de levantarse.

Neil echó el brazo hacia atrás de nuevo, pero Riddick no iba a darle otra oportunidad. Se lanzó hacia delante y lo placó al estilo rugby contra la cama.

Luego, se incorporó y le hundió el puño en la cara. Una, dos, una tercera vez, y luego una cuarta para rematar.

Riddick retrocedió, boqueando, mientras Neil gemía sobre la cama.

—No eres más que un parásito —dijo Riddick, agarrándose la oreja—. Bradley... Dan... todos esos niños de tu centro cívico hace años. ¿Cuántas vidas jóvenes has arruinado?

—Que te jodan —gimió Neil.

—Fuiste a por una chica embarazada. ¿Es que no hay límites?

—Era una zorra, y me delató...

Riddick levantó a Neil y arrastró al hombre, aturdido, hasta la ventana abierta.

Sentía el corazón desbocado en el pecho y se sentía tranquilo con lo que estaba a punto de hacer. Miró la cara ensangrentada de Neil. Todavía se reía, a pesar de tener un ojo medio cerrado y la nariz completamente torcida.

—¿Qué vas a hacer, policía? ¿En serio? *¿Qué vas a hacer?*

Lo que de verdad quería hacer le costaría la carrera. Pero, si se tenían en cuenta las mentiras y atrocidades de aquel hombre, ¿era un pequeño precio a pagar? El mundo estaría mejor sin Neil Taylor. Y si Riddick era el hombre que debía sacarlo de en medio, ¿equilibraba eso la balanza de algún modo después de haberles fallado a su mujer y a sus dos hijos?

—Voy a hacer lo correcto —dijo Riddick, haciendo girar a Neil y obligándole a sacar la cabeza por la ventana abierta.

56

Después de que Riddick irrumpiera en la vieja casa de campo, Anders, con la única mano que tenía libre, había conseguido sacar el móvil del bolsillo de la chaqueta.

Deberías haberme cacheado, padawan… Parece que no te he enseñado tan bien como podría haberlo hecho.

Anders suspiró. Estaba acabado. No había escapatoria. Sin duda le esperaba un destino horrible, pero, por primera vez desde que Riddick había llamado a su puerta esa misma mañana, se sintió en cierto modo resignado a ello. Anders había cometido muchos errores en su vida, *muchos*, principalmente por culpa de la bebida del diablo. E incluso después de haber acabado con esa porquería, se había visto obligado a seguir cometiendo errores. Se había metido demasiado hondo como para poder dar marcha atrás.

Así que, en cierto modo, se alegraba de que hubiera sido Riddick quien descubriera la verdad; de alguna manera, le parecía apropiado. Hacía que pareciera lo correcto. El hombre al que consideraba como un hijo iba a acabar con su sufrimiento.

Pero incluso en ese momento de alivio, la tristeza era insoportable.

Porque su relación se había acabado. El maldito testarudo era demasiado íntegro como para aceptarlo de nuevo en su vida.

No obstante, había una cosa más que Anders podía hacer. Después de todo, si de verdad era un buen padre —y, en el fondo,

sentía que todavía lo era—, entonces su hijo debía ser lo primero.

Llamó por teléfono al Comisario Jefe Marsh.

Ella quería una explicación. No la obtuvo. Lo que consiguió fue esta ubicación.

Anders vio cómo una cabeza se asomaba por la ventana de arriba.

—¡Dense prisa! —gritó al teléfono.

Entrecerró los ojos, intentando identificar a quien estaba a punto de precipitarse al vacío, esperando, *rezando*, para que no fuera Paul Riddick.

57

Cuando el comisario jefe Marsh puso al corriente a Gardner de la situación, ella ya estaba en la carretera, antes de que se pudieran organizar todos los refuerzos.

Un curso reciente de persecución a alta velocidad, combinado con las bombillas nuevas de las luces intermitentes de la parrilla, garantizó que encabezara la comitiva y llegara la primera a Thirkleby Hall.

A tal velocidad, tuvo dificultades en el camino de tierra que había después del parque de caravanas en el tramo de acceso, pero solo aflojó un poco la marcha, a pesar de saber que era probable que sufriera un reventón o se cargara la suspensión.

Finalmente, se desvió por el camino que llevaba a la aislada casa de campo y sintió que la ansiedad que le burbujeaba en la boca del estómago se desbordaba al ver un Land Rover más adelante.

Marsh ya la había alertado de que ese era el vehículo de Anders y que en ese momento estaba esposado a una rueda. Aún no estaba segura al cien por cien de la naturaleza de los delitos del ex inspector jefe, pero este ya le había admitido a Marsh que Riddick lo había pillado, por lo que un arresto indebido era la menor de sus preocupaciones.

Lo que le preocupaba era Riddick, posiblemente borracho y completamente desquiciado, persiguiendo a un hombre peligroso en la casa de campo que tenía delante.

Aparcó detrás del Land Rover y, a pesar de los cristales tintados del vehículo, pudo ver la cabeza de Anders.

Mientras conducía, había achacado el temblor de su cuerpo a la superficie irregular y a los baches. Tras apagar el motor, se dio cuenta de que el temblor era consecuencia de la adrenalina.

Abrió la puerta, salió y miró.

Notó que la punzada de pavor que sentía en el estómago se intensificaba.

Más adelante, alguien yacía boca abajo en el sendero. Se apoyó en el techo de su vehículo para mantener el equilibrio mientras alzaba la vista hacia la puerta principal abierta y, luego, hacia la ventana abierta que había justo encima.

¡Riddick!

—¡Dios, *no!* —corrió por el sendero hacia la figura tendida—. ¡Paul!

Por un momento, regresó a aquel rascacielos, acercándose a la cortina ondulante que ocultaba el balcón desde el que Collette Willows había caído al vacío…

—¡Paul!

La figura se movió. *¡Sí! ¡Por favor, sí!*

—¡Paul!

Se quedó helada. No era Riddick.

La figura llevaba pantalones cortos y camiseta, y tenía la cabeza rapada. La miró con la cara ensangrentada y sonrió.

Neil Taylor.

Confundida, se acercó hasta quedar de pie sobre él, mirándolo. Tenía las manos atadas a la espalda con una cuerda. Levantó la vista hacia la ventana abierta. Si hubiera salido por ahí, sería improbable que estuviera vivo. Y, de estarlo, su estado sería peor que este.

—Neil Taylor, queda usted dete…

—¡El psicópata ya lo ha hecho! —siseó Neil—. ¡Guárdeselo hasta que tenga un abogado y entonces se los lee a él!

Gardner levantó la vista hacia Riddick, que estaba de pie en el umbral de la puerta.

Fue a ayudarlo. La oreja izquierda del inspector sangraba y parecía pálido.

—Iba a tirarlo por la ventana, pero no he podido hacerlo —le siseó al oído a Gardner.

Ella lo miró.

—Ya basta, Paul…

—No —siseó él de nuevo—. Se lo debía. Se lo debía a Kelsey, a Bradley, a Cherish… a todos, y no he podido hacerlo.

—Mírame —dijo Gardner, agarrándolo por los hombros—. *Ya basta.* Tú no eres como esta gente. No eres como Neil, y no eres como Anders.

Riddick miró a Gardner. A ella le pareció que estaba a punto de llorar, pero era difícil saberlo, debido a las recientes heridas que lo habían dejado en mal estado.

—Ojalá fuera verdad, jefa —dijo Riddick—. De verdad que ojalá fuera verdad.

Epílogo

Gardner dejó el bolso y se sentó junto a Riddick en el banco de la capilla.

Le ofreció un Tic Tac. Él enarcó una ceja.

Ella se rio, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y le dio unos caramelos de menta extrafuerte. Él también se rio.

Luego se quedaron un momento en silencio, contemplando los árboles jóvenes.

—He traído flores —dijo Gardner, señalando el bolso con la cabeza—. Para felicitarlos por su cumpleaños.

—Gracias. Hoy habrían cumplido siete años —dijo Riddick.

Gardner le apretó el hombro.

—Sabe, hace más de un mes que no los veo. Es decir, he venido, pero..., bueno..., usted ya me entiende.

—Sé a lo que se refiere.

—Cesó... Después de todo lo de Anders, simplemente cesó.

Gardner asintió.

—¿Sabe que quiere verme? —la miró Riddick.

—Sí, lo sé.

—¿Y usted qué opina?

—No opino nada —dijo Gardner.

—¿De verdad?

—Sí.

Y era la verdad. No era quién para juzgar. Riddick había mantenido una relación muy estrecha con aquel hombre durante toda su carrera.

—Pues no voy a ir. Siento que ahora que he enterrado a los fantasmas, y que Anders ya no está, debo intentar seguir adelante. ¿Qué le parece?

—Me parece sensato.

—Oh, tengo algo que enseñarle. —Sacó el móvil del bolsillo y le mostró una foto.

Cherish estaba sentada en un banco, con Ariah en brazos. Gardner nunca había visto tan feliz a la joven.

—Madre e hija están perfectamente —dijo Riddick.

—Es una noticia maravillosa —dijo Gardner.

—Paso a ver cómo están de vez en cuando. Usted ya sabe.

—Lo sé —dijo Gardner y sonrió—. Es usted un buen hombre, Paul.

—No nos vengamos arriba. Bueno, el caso es que he decidido que quiero volver al trabajo.

—Ya veo.

—Estoy listo. —Miró a Gardner—. Llevo seis semanas sin probar una gota de alcohol.

—Lo sé. —Gardner nunca le había contado a nadie lo de la bebida y había estado ahí para apoyar a Riddick siempre que él la había necesitado.

—Entonces, ¿puedo volver?

Ella desvió la mirada. *Es demasiado pronto, Paul, demasiado pronto.* —Déjeme pensarlo.

—Eso no suena muy prometedor...

Todavía te estás recuperando. Seis semanas no es mucho tiempo. Y sigo preocupada por ti. —Otras dos semanas, y luego hablaré con Marsh, ¿de acuerdo? —dijo Gardner.

Él puso los ojos en blanco. —¡Genial!

—¿Cuántas veces tengo que decírselo? ¡Si es que lo adora, caray!

—Pues tiene una forma curiosa de demostrarlo.

—Marsh no muestra sus emociones.

—Eso desde luego. Y bien, ¿qué es de usted?

Gardner se giró. La operación Edén y la liberación de su hermano le habían pasado factura emocional. Lo había pasado mal estos últimos meses, pero había conseguido mantenerlo oculto. Cargar a Riddick con sus demonios no era una opción, y no tenía a nadie más con quien hablar. —Voy tirando —dijo—. Sigo tomándome un descanso con Barry. Seguro que se arreglará. —*Eso espero*, pensó. Barry la había apuñalado por la espalda al echarse atrás con la mudanza al norte por compromisos laborales, lo que había sumido en el caos su matrimonio, que ya se tambaleaba.

—¿Y vio a Anabelle este fin de semana?

—Sí, fue estupendo.

—Es una lástima —dijo Riddick—. Porque quiero que se quede, pero entiendo que tendrá que volver con ella pronto. ¿Quizá podría traerla aquí?

No sin una batalla por la custodia, pensó Gardner. *Y no voy a hacerla pasar por eso todavía. No hasta que sepa que mi matrimonio se ha acabado definitivamente.*

—Bueno, primero me quedan otros diez meses de esta comisión de servicio, así que todavía no se ha librado de mí.

Riddick sonrió. —Gracias.

—¿Por qué? —dijo Gardner.

—Por traerme de vuelta.

Gardner apartó la mirada con lágrimas en los ojos, honrada por la gratitud, pero al mismo tiempo preguntándose: *¿quién me va a salvar a mí?*

Gardner terminó su llamada con Barry y luego se acabó la segunda copa de vino de la noche.

Prometedor, pensó. Había sido la conversación más larga que habían tenido en más de un mes. *¿Señales de vida?*

—Voy a decir que *sí* —dijo Gardner en voz alta, sirviéndose otra copa de vino para celebrar—. Señales de vida.

Sonó el timbre.

Miró su reloj. ¿Las nueve?

La única visita que recibía a esas horas era la de Riddick cuando sentía la llamada del alcohol y necesitaba consuelo y distracción. Fue a la cocina, escondió la botella de vino y la copa, masticó unos cuantos Tic Tacs para quitarse el aliento a alcohol y abrió la puerta principal...

Retrocedió tambaleándose.

Su hermano estaba en el umbral de su puerta.

Jack tenía un aspecto distinto al que ella recordaba. Se había dejado crecer el pelo y le caía lacio a ambos lados de la cara. También llevaba bigote y una perilla pequeña. Parecía mayor. Más un hombre que el chico al que habían condenado por homicidio.

Llevaba unos pantalones cargo y una camiseta del grupo Slipknot.

Tenía la cabeza ligeramente inclinada y la miró con aire avergonzado. —¿Emma?

—No —dijo Gardner, con el corazón desbocado en el pecho. Alargó la mano hacia la puerta para cerrarla—. No tienes derecho a hacer esto. No tienes derecho a venir aquí.

—Por favor, Emma, solo escucha lo que tengo que decirte...

—No*. En absoluto.*

—No lo entiendes...

—Lo entiendo *todo*. Tengo una vida, Jack. Una hija. Un buen trabajo. ¡Tú nunca has traído nada más que dolor y sufrimiento!

Él siguió con la mirada baja. Su expresión era triste. Era un teatro. Intentaba parecer sumiso, abatido por la vida; así era como se las había arreglado para volver a la vida de sus padres una y otra vez.

—Te *necesito*, Emma. Eres todo lo que tengo.

—Eres un asesino, Jack. No hay lugar...

—He *cambiado*.

—Tú no puedes cambiar. Lo sabes.

—¿Según quién?

—¡Según cualquiera que te haya conocido! Tú no eres como los demás. —Empezó a cerrar la puerta.

—Tengo una hija. Igual que tú. Una niña pequeña. Tiene siete años.

Gardner dejó de cerrar la puerta. *No. No la tenía. No podía...* —¿Qué? ¿Cómo?

—Antes de entrar en la cárcel. Alguien de quien estaba enamorado.

¿Enamorado? No. Imposible. —No te creo...

—Mira —dijo Jack, rebuscando en su bolsillo. Le entregó una fotografía con los bordes doblados de una niña pequeña con un vestido de flores y el pelo recogido en dos coletas—. Esto me mantuvo con vida mientras estuve dentro.

Gardner sintió que se le encogía el corazón. *Pobre niña...* —Lo mejor que puedes hacer es dejar a esta niña en paz.

—Lo haría..., pero..., no puedo.

—No eres capaz de anteponer las necesidades de otra persona a las tuyas. Nunca lo has hecho.

—No es eso... La habría dejado en paz..., pero...

—¿Pero qué?

Se dio la vuelta y se acercó a un viejo Ford destartalado. Abrió la puerta trasera, metió la mano y luego se apartó. La niña de siete años de la fotografía salió del vehículo.

—Dios santo —dijo Gardner, y se le cortó la respiración. Esto no podía estar pasando. Esto no podía estar pasando, *joder*.

Jack subió por el sendero, cogido de la mano de la niña. No dejaba de mirar a la cría, con admiración.

Un teatro. Un puto teatro.

Se detuvo en el umbral. —Esta es Rose, Emma.

Gardner le sonrió a la niña. —Hola, Rose.

—¿Es usted mi tita Emma?

Gardner sintió que el corazón se le aceleraba. Miró a Jack, que tenía los ojos llenos de lágrimas. Volvió a bajar la vista hacia Rose.

—Necesitamos tu ayuda, Emma —dijo Jack.

Le clavó la mirada en la cara. Sus ojos parecían diferentes, de algún modo. No fríos y duros como los de hacía tantos años en el Laberinto de Espejos de Malcolm, y en todos aquellos horribles momentos posteriores. Había algo en ellos.

Un teatro. Tenía que serlo. Simplemente lo había perfeccionado.

Bajó la mirada hacia la preciosa y sonriente niña y la volvió a subir hacia su lloroso hermano. —Por favor, te lo ruego.

Gardner sabía que aquello estaba mal. Cada parte de su ser le gritaba que cerrara la puerta, volviera a la cocina, cogiera el vino y bebiera hasta perder el conocimiento. Olvidar que esto había ocurrido.

Cada. Parte. De. Su. Ser.

—No tenemos adónde ir —dijo Jack, secándose las lágrimas.

Gardner retrocedió para dejarlos entrar en su casa, preguntándose, incluso antes de que la puerta se hubiera cerrado, qué le iba a costar aquella decisión.

Un ermitaño solitario. Una joven desaparecida. Una comunidad atemorizada.

Cuando el cadáver de una joven de la zona aparece junto a un lago aislado, el principal sospechoso es el viejo ermitaño que lleva muchos años viviendo allí; sobre todo cuando encuentran el bolso de la chica en la puerta de su casa.

Pero la inspectora jefa Emma Gardner y su compañero, el inspector Paul Riddick, no lo tienen tan claro. ¿Por qué dejaría el viejo ermitaño una pista tan evidente? ¿Y quién querría tenderle una trampa?

A medida que profundizan en la investigación del asesinato, descubren una comunidad atemorizada, decidida a proteger secretos enterrados hace mucho tiempo. Y Riddick está convencido de que su propio oscuro pasado también está relacionado de alguna manera con este crimen.

Gardner teme no encontrar nunca las respuestas que necesita, hasta que una nueva pista la conduce por un camino que preferiría no recorrer. Uno que la lleva directamente hasta la puerta de su propia casa…



¡Haz clic AQUÍ para leer ahora!